

José Luis Toledano

A LA SOMBRA DEL CAJUEIRO

Españoles en Mozambique
Mozambiqueños en España



cooperación
española

A mis padres, que nos lo han dado todo

“La razón por la que escribo tanto sobre África es porque me indigna cómo es vista por el resto del mundo. Cuando la literatura sudamericana llegó a Europa cambió por completo nuestra perspectiva sobre los seres humanos. Pronto sucederá lo mismo con la literatura africana: entonces nos enteraremos de lo que tienen que decir sobre la humanidad”

Henning Mankell

A Pablo y Fabián



Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Expresamos nuestro agradecimiento al Embajador Álvaro Alabart Fernández-Cavada, a Natibel Peña Bonilla y al personal de la Embajada de España en Maputo.

- © Texto y fotografías José Luis Toledano Llorente.
- © De la traducción Rosa Martínez-Alfaro.
- © De la foto del autor Reiner Bauer.
- © Edición AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo.

publicaciones@aecid.es
<https://publicacionesoficiales.boe.es>

NIPO: 502-15-041-1.
Depósito Legal: M-18260-2015.

Coordinación editorial: Carlos Pérez Sanabria y Héctor Cuesta Romero.
Distribución: Ainhoa/Pilar.

Este libro se terminó de imprimir en mayo de 2016 en Madrid.
Link2, Comunicación Empresarial.

PRÓLOGO

Los españoles tendemos a olvidarnos de lo mucho (y lo bueno) que hemos hecho fuera de nuestras fronteras. Demasiado atareados con nuestras rencillas, embebidos en las noticias de la actualidad y marcados por el rigor con que nos juzgamos a nosotros mismos, nos falta ecuanimidad y un punto de distancia para darnos cuenta de lo que hemos sembrado en campos ajenos.

En una de las suculentas anécdotas de este libro, uno de los entrevistados, Pascoal Mocumbi, figura muy relevante de la independencia mozambiqueña, nos cuenta que un grupo de compañeros, entre ellos quien sería más tarde el presidente de la nueva República Joaquim Chissano, atravesaron España huyendo de Portugal. La policía los detuvo en San Sebastián y los llevó al calabozo. Eran los años sesenta, y los futuros fundadores de Mozambique sabían que no estaban en un país donde la lucha contra la dictadura de Salazar encontrara oídos receptivos. Sin embargo, al cabo de cierto tiempo, un comisario les abrió las puertas y les autorizó a que se marcharan sin más trámites. Los despidió afectuosamente y les dijo: “No se olviden de España”.

Este es el fin que persigue este libro: que los mozambiqueños no se olviden de España ni los españoles de Mozambique. Porque recordar es un acto de justicia. No se trata de reivindicar proezas ni de presumir de los logros del pasado; sino de hacer una pequeña crónica de lo mucho (y lo bueno) que han hecho los españoles en una zona tan lejana como Mozambique para ayudar a los demás, para compartir conocimientos o para intentar que la vida de su población fuera más digna y más humana.

Los misioneros españoles llegaron a esas tierras siguiendo la estela de san Francisco Javier, aquel jesuita que recaló durante meses en Isla de Mozambique en su ruta hacia la India. Vivieron la guerra de la independencia y la guerra civil y se pusieron siempre del lado de los mozambiqueños que sufrían; apoyaron a la población y, en algunos casos, incluso participaron en la creación del Estado que nació a mediados de los años setenta.

Llegaron después los ingenieros, los cooperantes, los guardias civiles, los médicos, los especialistas de RENFE, los catedráticos, los representantes de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, los arquitectos, los jueces... Todos se sintieron fascinados por el país, muchos sueñan con regresar, algunos se quedaron a vivir allí para siempre.

Se abrió la Embajada de España, y la Cooperación Española llegó muy pronto y ha mantenido desde entonces una presencia estable y comprometida en un país que sigue considerando como prioritario.

José Luis Toledano nos relata algunos de los episodios de esta epopeya; ha ido siguiendo y entrevistando a estos españoles que han sido, también, parte de la Historia de Mozambique, del mismo modo que ha hablado con mozambiqueños que han vivido en nuestro país o se han sentido vinculados a España. José Luis Toledano, que fue representante de EFE en Mozambique, es un periodista avezado en conflictos, un reportero de la vieja escuela que busca charlar pausadamente con sus entrevistados para extraerles su parte más humana: revelaciones y reflexiones a veces sorprendentes, en ocasiones increíbles, siempre amenas y entrañables.

En esta extensa galería de retratos la diversidad se organiza en torno a un elemento central: el amor por Mozambique. Porque Mozambique ha sido siempre una tierra hospitalaria que ha sabido devolver con una sonrisa los esfuerzos de quienes han querido ofrecerle su trabajo.

6

Ahora que Mozambique está cambiando vertiginosamente gracias al empuje de las inversiones vinculadas al gas y a la extracción de minerales, ahora que tiene la posibilidad de lograr el fin de la pobreza, es el momento de hacer balance de esta primera etapa, de estas décadas de colaboración. Se trata de no olvidar a sus protagonistas, de recordar la historia común que podría quedar sepultada por las nuevas autopistas y aeropuertos que, afortunadamente, van completando el hermoso paisaje mozambiqueño.

El autor nos advierte de que no están todos los que son: como en cualquier selección, faltarán en este compendio de testimonios de muchas otras personas y actividades que, por una obvia cuestión de espacio, han quedado fuera del proyecto. Nuestras disculpas para ellos, y nuestro agradecimiento para todos los que, mencionados o no en el libro, han hecho tanto por la amistad entre nuestros dos pueblos. Que sirva su trabajo y su pasión como modelo para los nuevos actores de nuestra Cooperación, que siguen llegando a nuestro querido Mozambique para aportar sus conocimientos y su trabajo, y para los empresarios o los turistas de uno y otro país que protagonizan hoy el nuevo ciclo de prosperidad de nuestras relaciones.

*J.M. García-Margallo y Marfil,
Ministro de Asuntos Exteriores y de Cooperación*

No se olviden de España

E

l viernes 4 de noviembre de 1960 Joaquim Chissano, de 21 años, subió por primera vez a un avión, un moderno Super Constellation de las líneas aéreas portuguesas, con dirección a Lisboa. Los Connie's, como se conocían en el argot de la aviación a estos nuevos aeroplanos, reemplazaron a los viejos DC-3 Dakota, recortando el tiempo de vuelo entre Lourenço Marques —la bella capital colonial de Mozambique, hoy Maputo— y Lisboa de 31 a 22 horas. Seguro que, mientras el joven se acomodaba en su plaza junto a la ventanilla en el lado izquierdo del avión, sus familiares y amigos, que acudieron a despedirle después de días festejando su marcha, aún permanecían en la sala de espera del aeródromo, inquietos, hasta ver partir el avión.

Joaquim Chissano, que era hijo de negro “asimilado”, iniciaba un proyecto excepcional para un nativo mozambiqueño: matricularse en la Facultad de Medicina de Lisboa gracias a una beca de estudios. Había nacido en Malehice, provincia de Gaza, el mismo año en que comenzó la II Guerra Mundial. Su abuelo materno le dio el nombre de *Dambuza*, “combatiente de guerras”, y su padre, maestro en la misión de la aldea, le inculcó durante la infancia la importancia de la educación. Así, en 1951, a punto de cumplir los trece años, viajó a la capital para realizar las pruebas de ingreso en el Liceo Salazar, una institución de enseñanza reservada a blancos, “indianos” (ciudadanos de origen indio o paquistaní) y mulatos. Joaquim realizó un examen brillante y se convirtió en el primer negro en formar parte del alumnado de la escuela. Su adaptación fue buena desde el inicio, pero a lo largo de los años padeció humillaciones y discriminaciones por parte de alumnos y profesores.

Portugal estuvo presente en Mozambique desde que en 1498 Vasco de Gama, al mando de la carraca *San Gabriel*, dobló el Cabo de Buena Esperanza en dirección noreste para abrir la ruta de las especias a la India. En estas costas del Índico se establecieron las primeras plazas comerciales, que en el siglo XVIII y XIX sirvieron a lusos y árabes como puerto de salida del lucrativo tráfico

de esclavos hacia Arabia, India y Brasil. La esclavitud quedó abolida en Portugal y sus colonias a mediados del XIX; sin embargo, un siglo después el racismo y la segregación seguían dominando las relaciones sociales en Mozambique a pesar de ser un país mayoritariamente negro. En Maputo los blancos portugueses, los *indianos* y los mulatos vivían en la “ciudad de cemento” en diferentes barrios según su posición social. Los negros ocupaban “la ciudad de cañizo” en arrabales periféricos como Mafalala, donde levantaban pequeñas casas de madera y techos de cinc. Rara vez traspasaban la frontera y entraban en los barrios de cemento, salvo con un permiso en la mano, concedido por estrictas razones de trabajo.

Durante los cuatro siglos que transcurrieron desde la llegada del navegante hasta finales del siglo XIX, Mozambique solo fue para Portugal una serie de plazas en la costa donde abastecerse en su ruta hacia la India. Rara vez penetraron en el interior del territorio. La verdadera colonización no comenzó hasta poco antes de los inicios del siglo XX, la impulsó la competencia con otras potencias europeas y estuvo compuesta por pequeños comerciantes, mientras que las grandes compañías británicas y belgas controlaban los extensos cultivos de algodón y caña de azúcar. A mediados del siglo XX la dictadura salazarista incrementó el envío de colonos pobres y analfabetos portugueses a Mozambique concediéndoles tierras que cultivar, de las que carecían en Portugal. Muchos se enriquecieron y formaron una clase burguesa en la colonia que se concentró en la capital y en las principales ciudades de las provincias.

El avión donde viajaba Joaquim Chissano ascendió entre cúmulos dispersos hasta alcanzar la altura de crucero. A ras de suelo, gran parte del continente se desperezaba del letargo colonial. El viaje no cumplió con las expectativas de duración. A las dos escalas previstas en el libro de ruta del piloto —Luanda (Angola) y Brazzaville (Congo)— se le sumó una tercera inesperada. En pleno vuelo, el motor izquierdo se incendió tras una impresionante llamarada, que el joven observó fascinado. Después de volar más de una hora con un solo motor, el avión tomó tierra en Kano (Nigeria), donde pasaron la noche. Por fin, el domingo 6 de noviembre aterrizó en Lisboa, y Joaquim se reunió con su inseparable amigo Pascoal Mocumbi, que días antes había llegado desde Maputo con idéntico propósito de estudiar medicina.

Los dos muchachos se habían conocido en Mafalala, junto a la pequeña vivienda de paredes y techo de lata situada en el cruce de varias calles polvorientas donde Joaquim vivía con su abuela y su tía. Un panadero ambulante se instalaba diariamente en la estratégica esquina. «Por ese camino apareció un joven de 11 años, alto, delgado y bien vestido a comprar pan en la baranda de mi casa», escribió Chissano sesenta años después en su libro de memorias *Vidas, lugares y Tiempos*. «Lo observé detenidamente mientras esperaba su turno para escoger el pan. Tenía la sensación de estar ante un estudiante. Acabé por hablar con él para saber quién era, y me respondió alegremente. Parecía que ya éramos amigos antes de conocernos».

Pascoal Mocumbi, aunque había nacido en Lourenço Marques en 1941, vivió su infancia en Inharrime, provincia de Inhambane, donde cursó primaria en la escuela de la misión. Después regresó a la capital con su padre Manuel, que era empleado en la librería *Progreso*, para continuar sus estudios. Tras su muerte, se marchó a vivir con su madre y su padrastro. «Éramos ahora vecinos e íbamos juntos a la escuela. Él acababa de matricularse en el Liceo Salazar como estudiante de primer año después de haber aprobado el examen de admisión. (...) Yo ya no era el negro solitario de la Escuela Grande de Mozambique», anotó Chissano. Se convirtieron en almas gemelas. Pasaban juntos las vacaciones escolares con las respectivas familias y compartían amigos, diversiones y actividades culturales. Decidieron unirse al Núcleo de Estudiantes Secundarios Africanos de Mozambique (NESAM), una asociación fundada por iniciativa de Eduardo Mondlane —un funcionario mozambiqueño de Naciones Unidas que vivía en Nueva York. En 1962 fue el primer presidente del recién formado Frente de Liberación de Mozambique, Frelimo— para que los estudiantes negros tomaran conciencia y desafiaran la discriminación y la inferioridad. Transcurrido un tiempo, los eligieron para los cargos de dirección de la organización estudiantil. Carecían de conciencia política, ignoraban qué ocurría en el mundo y no tenían una postura clara sobre la descolonización y los movimientos de liberación; pero ya despuntaba en ellos una firmeza reivindicativa y de liderazgo y la voluntad de defender la identidad y cultura mozambiqueñas.

Lisboa era la capital del *Estado Novo*, el régimen nacionalista que desde los años treinta, como un sucedáneo del franquismo español o del fascismo de Mussolini, había impuesto el dictador Antonio de Oliveira Salazar en Portugal. Los dos jóvenes se encontraban ahora en el corazón del imperio para matricularse en la Facultad de Medicina. Jamás hubieran podido imaginar, ni juntando sus sueños más presuntuosos, que los futuros acontecimientos históricos les arrastrarían hasta convertirlos en dos personalidades fundamentales de la historia de Mozambique. Algunos años antes, en las visitas al abuelo de Pascoal durante las festividades escolares, el anciano solía pedir a Dios que los dos jóvenes tuvieran éxito en sus estudios y fuesen grandes hombres. «Sus oraciones debieron ser oídas allí en el cielo», escribió Chissano en sus memorias.

Llevaban poco tiempo en Lisboa cuando la ONU adoptó la Resolución 1514: un llamamiento a la independencia y al derecho de autodeterminación de todos los pueblos reclamando a las metrópolis medidas para traspasar el poder a las colonias sin condiciones ni represión. La mecha había prendido. Portugal sabía que sin sus posesiones africanas perdía prosperidad económica y protagonismo en la escena internacional. Por eso, Salazar dio un giro de tuerca y declaró a Angola, Santo Tomé, Cabo Verde, Guinea Bisau y Mozambique provincias ultramarinas, dejando así de ser colonias. Con esta medida la resolución de la ONU no tenía efecto para Portugal y no había ningún territorio que descolonizar.

En los siguientes meses los dos jóvenes se habituaron a las clases, los apuntes y las visitas a la biblioteca. «Era el primer año de medicina y teníamos

muchos libros que estudiar para los exámenes», me cuenta Pascoal Mocumbi cuando lo entrevisto en la ciudad de Manhíça. «No queríamos bromear haciendo otras cosas». Compartieron habitación en una residencia de estudiantes propiedad de la *Mocidade Portuguesa*. La organización, al estilo del *Frente de Juventudes* español, los consideraba «buenos portugueses negros». En la residencia coincidieron con estudiantes de otros territorios lusos africanos. Algunos los miraban con recelo sospechando que podían ser espías del servicio secreto portugués. Se temía que estuvieran por todas partes. El clima político en Portugal estaba revuelto y hablar de la situación en las colonias era casi tabú.

Joaquim y Pascoal comenzaron a reunirse en secreto con un puñado de compatriotas, también estudiantes, para evaluar la situación de Mozambique. Su conocimiento de la escena política nacional e internacional era escaso. Los acontecimientos en las colonias se precipitaron según pasaban las semanas. Cuatro meses antes, el ejército portugués, por orden del administrador de Mueda, un distrito al norte de Mozambique, había abierto fuego contra un grupo de vecinos que se concentraron ante la sede del regidor para preguntar cuál sería la fecha de su independencia, un logro que ya había conseguido la vecina Tanzania. Murió un número aún no determinado de personas. Los hechos quedaron ocultos durante mucho tiempo.

Por otro lado, en Angola, el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) atacó el 4 de febrero de 1961 varias cárceles y liberó a un gran número de prisioneros políticos. Se iniciaba así la insurrección armada en ese país. A partir de entonces la PIDE, la policía secreta del salazarismo, comenzó a seguir de cerca e interrogar a los estudiantes africanos que vivían en la metrópoli. La PIDE era un arma eficaz del régimen de represión política contra cualquier tipo de oposición interna. Sus agentes y colaboradores estaban infiltrados en todos los sectores de la sociedad portuguesa y en los movimientos independentistas de las colonias, a los que sometió con extrema violencia.

Chissano y Mocumbi decidieron inscribirse en la *Casa dos Estudantes do Imperio de Lisboa*, una institución financiada por el gobierno portugués para apoyar a los estudiantes africanos que se encontraban en la capital. La organización se convirtió paradójicamente en el germen de los movimientos nacionalistas de ultramar. «Estaba claro que todos estábamos de acuerdo en lo que queríamos: luchar por la independencia de nuestro país», escribe Chissano. «Desde Portugal las cosas se veían de manera más clara, había más información. Aun así, todavía no conocíamos los movimientos de liberación que se perfilaban en Mozambique». La presión policial les pisaba los talones. Ambos fueron interrogados por el comisario nacional de la *Mocidade Portuguesa*. No era un juego inocente. La cosa iba en serio. Lo más seguro era salir del país. Eduardo Mondlane, desde Nueva York, estaba detrás de la organización que se creó para sacar a los estudiantes africanos de Portugal.

Era el mes de mayo y los exámenes estaban a la vista. Los dos estudiantes comunicaron a sus conocidos que pasarían algunos días en el Algarve para preparar los exámenes de junio invitados por su antiguo profesor de matemáti-

cas del Liceo Salazar de Loureço Marques. Era sólo una estrategia para desviar la atención. Siguiendo instrucciones de los coordinadores de la huida, primero Pascoal y dos días después Joaquim, viajaron en tren y en coche rumbo a la frontera norte con España. En un lugar apartado cerca del río Miño se reagruparon todos los estudiantes africanos que participaban en la aventura. Muchos de aquellos jóvenes eran los fermentos de las luchas de liberación y serían futuros presidentes y destacados cargos políticos de sus países una vez que se independizaron de Portugal.

La vigilancia en el puesto fronterizo se relajaba durante la noche. Con la ayuda de un pasador, cruzaron clandestinamente en una barca de remos a la orilla española y se ocultaron en un corral de cabras hasta el alba. El grupo estaba formado por cincuenta estudiantes africanos y varios guías franceses y norteamericanos miembros de las organizaciones religiosas extranjeras encargadas de la operación. Viajaron como turistas en varios coches evitando ir en caravana para no levantar las sospechas de la policía española. Sus guías les repartieron pasaportes auténticos expedidos por Senegal y Congo Brazzaville, pero con identidades falsas.

El recorrido los llevó a través de Galicia, Asturias y Cantabria hasta llegar sin contratiempos a San Sebastián, donde volvió a congregarse toda la expedición. Durante el viaje se alojaban en casas de colaboradores españoles de la red donde comían y descansaban. «Un campesino español, cuyo nombre no recuerdo —aunque lo recordase, estoy seguro de que sería un seudónimo, porque no es habitual utilizar los nombres verdaderos en este tipo de actividades— era un hombre de mediana edad, aparentaba 45 años», cuenta Chissano en su libro. «Era vivo, alegre. Pasaba la mayor parte del tiempo vigilando la carretera para ver si había señales de la policía. Es de suponer que estaba en contacto con otras personas en varias ciudades. (...) En una de nuestras conversaciones nos preguntó: “¿Saben quién fue el primer comunista del mundo?” la respuesta llegó de él mismo para satisfacer nuestra curiosidad: “Jesucristo fue el primer comunista del mundo. Tenía su propio partido con un comité central de doce miembros. Su programa era salvar a los pobres, a los esclavos, de la tiranía de los grandes señores”. Creo que explicaba así por qué ponía tanta pasión en participar en nuestra operación de salida de Portugal en dirección a nuestra salvación y la de nuestros países».

Al llegar a San Sebastián subieron todos a un autobús «de lujo» con dirección a la frontera de Hendaya. Todo parecía ir según lo previsto, pero el plan se malogró. Nunca supieron qué falló. Tal vez el policía cómplice que debería haberles facilitado el tránsito por la frontera. «Los agentes vieron que nuestros pasaportes no tenían sello de salida de Portugal», me va explicando Mocumbi. La trama que les había permitido huir quedó fácilmente al descubierto. Sus nombres y nacionalidades eran fingidos. Condujeron al grupo al destacamento de la Guardia Civil, donde los esposaron e interrogaron uno por uno. «Les confesamos que íbamos a Francia, a un país donde pudiéramos estudiar, leer y hablar en libertad. No queríamos nada de Portugal, sólo libertad», me cuenta

Mocumbi que les dijeron a los agentes españoles. La lista facilitada por la PIDE con los nombres de los huidos ya estaba en poder del oficial. La policía les condujo a la prisión de San Sebastián, donde les repartieron mantas y colchones «malolientes» y les dieron de cenar «pan y un consomé de carne, sin carne». Cundió el desánimo en el grupo pensando que la extradición a Portugal era cuestión de horas. Unos rezaron en silencio, otros cantaron melodías de sus países. Los guías franceses y americanos, también arrestados, comenzaron a mover los hilos de la diplomacia. Escribieron al representante consular de Estados Unidos. Le explicaron la situación de peligro que los estudiantes de las colonias africanas corrían en Portugal y le informaron de que se dirigían hacia Francia, donde esperaban recibir asilo político para continuar con sus estudios. Muchos años después descubrieron que la carta que entregaron a la policía española no salió nunca de la prisión. Sin embargo, «setenta y tantas horas después» se presentó un comisario que les dijo: «Sabemos quiénes son, sabemos que son portugueses. Ahora, cuando los saquemos, no se olviden de España». Mocumbi lo repite con una sonrisa: «Siempre recordaré aquello que nos dijo: “No se olviden de España”».

Tres décadas después Pascoal Mocumbi realizó una visita oficial a España como ministro de Asuntos Exteriores. Su homólogo español, Francisco Fernández Ordoñez, le preguntó si ya había estado antes allí. «Sí, conozco su país. Una vez estuve en la cárcel», le contestó Mocumbi. «Luego me contó que él también había estado en esa misma prisión en tiempos de Franco». Fernández Ordoñez fue ministro de Exteriores del gobierno socialista de Felipe González hasta dos meses antes de su muerte, en agosto de 1992. «Nos vimos en diferentes ocasiones a lo largo de los años y desarrollamos una amistad personal. Fuera de protocolo me llevó a comer a su casa y también a tomar vino y tapas».

La policía condujo a los estudiantes africanos de nuevo al autobús. «Todavía no sabíamos lo que nos iba a pasar, pero nos animaba las caras relajadas y amigables de todos los guardias», anotó Chissano. «El bus nos llevó hasta la sede municipal donde el alcalde se despidió diciendo: “Los angoleños sois muy buenos, hay que liberaros”. Nos tomaban a todos por angoleños». Tras el acto protocolario se dirigieron a la frontera, que finalmente cruzaron sin problemas. Nada más pisar suelo galo, brindaron con champán. «Uno de los estudiantes de Santo Tomé y Príncipe hizo un discurso cuyas palabras aún hoy están en mi memoria», recogió Chissano en su libro. «“Camaradas, esta no es todavía la verdadera libertad. La verdadera libertad será la libertad de nuestros pueblos”, y lloró».

Muchos años después, Pascoal Mocumbi y su mujer, Adelina, hicieron un viaje por algunos de los lugares que recorrió en su huida por España. «Ya estábamos casados y con hijos. Lo hicimos los dos juntos. Mi esposa estaba interesada en hacer aquel viaje y conocer San Sebastián».

El grupo llegó a Sevres, un barrio periférico de París, en los primeros días de julio de 1961. Los alojaron en las casas de la CIMADE, una organización ecuménica protestante francesa que formaba parte de la red responsable de sacar de Portugal a estudiantes africanos de las colonias. Joaquim y Pascoal no

sabían cómo iban a vivir ni dónde continuarían sus estudios de medicina. «Estados Unidos estaba demasiado lejos, preferíamos quedarnos en Francia para poder estar en contacto con nuestros compatriotas», recuerda Mocumbi. Su amigo Chissano estaba sin blanca desde que partió de Mozambique un año antes, siempre a la espera del importe de la beca, que nunca llegaba. «Era mi amigo Pascoal quien me prestaba dinero para los transportes y otros gastos personales», escribió.

Desde allí intentaron establecer contacto con el Movimiento de Liberación de Mozambique. Aprovecharon las visitas de dos destacados compatriotas a París, Marcelino dos Santos, líder de la lucha anticolonial que residía en Rabat, y de Eduardo Mondlane, que desde su despacho en Nueva York ya había comenzado a idear el proceso de emancipación de Mozambique. Mondlane dejó poco después la ONU para trasladarse a Dar-Es-Salaam, en Tanzania, donde se estableció la sede de la organización, y comenzar la planificación de la lucha de independencia contra Portugal.

Finalmente el dinero de la beca llegó, y Mocumbi y Chissano decidieron marcharse a Poitiers, donde se matricularon en la facultad de Medicina. Allí crearon la UNEMO (Unión Nacional de Estudiantes Mozambiqueños), una organización nacionalista para atraer a estudiantes mozambiqueños dispersos por el mundo y unirse a los movimientos de liberación ya existentes. Joaquim Chissano fue el presidente y Pascoal Mocumbi, vicepresidente. La organización desempeñó un papel fundamental en esos años convulsos hasta la creación en Dar Es Salaam, el 25 de junio de 1962, del Frelimo, al que UNEMO decidió unirse. Sus actividades políticas comenzaron a llevarlos por el mundo. Chissano viajó a Estados Unidos, donde se encontró con Eduardo Mondlane, para atraer adeptos para la causa, y Mocumbi acudió a Tanzania al primer congreso de Frelimo en representación de la UNEMO. El compromiso político cada vez era más exigente y comenzó a robarles horas a sus estudios. En 1963 Chissano decidió interrumpirlos. Eduardo Mondlane le llamó para integrarle en el Comité Central de la organización en Dar Es Salaam. Allí vivió hasta 1974, y asumió la tarea de llevar a cabo la transferencia de poderes entre el gobierno portugués y Frelimo una vez se puso fin a los cuatro siglos de dominación colonial, y preparar la declaración de independencia de Samora Machel.

Pascoal Mocumbi también dejó ese año la carrera para trasladarse a Tanzania. Al igual que su compañero Chissano, le incluyeron en el Comité Central, donde se encargó del Departamento de Información y Propaganda. Entre 1965 y 1967 Mocumbi fue el representante de Frelimo en Argelia. Allí, los miembros del Frente recibían formación militar. Ese año, al acabar su misión, retomó sus estudios de medicina en la universidad suiza de Lausana hasta graduarse en 1973. Se especializó en cirugía, obstetricia y pediatría. Regresó a Mozambique en 1975 después de la salida de los portugueses, que dejaron el país devastado y sin especialistas ni médicos ni cuadros técnicos. Pascoal Mocumbi fue uno de los primeros doctores negros mozambiqueños. Ejerció hasta que se incorporó al gobierno independiente de Mozambique en 1980.

La política fue parte de la vida de los dos jóvenes desde los años de juventud. Ambos continuaron vinculados desde aquel lejano día en que se conocieron en la baranda de la casa de lata de Mafalala. Tras el fin de la guerra colonial, en 1974, Joaquim Chissano regresó de Tanzania a Mozambique como primer ministro del gobierno de transición. Después de la proclamación de independencia, el 25 de junio de 1975, ocupó la cartera de Asuntos Exteriores. Tras la muerte de Samora Machel, en 1986, fue designado presidente de Mozambique, cargo que ocupó hasta 2005. Además, fue presidente de la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SADC), vicepresidente de la Internacional Socialista y presidente de la Unión Africana. Tras abandonar la presidencia de Mozambique, ha participado en diversas misiones de paz para Naciones Unidas. En 2006 el ex secretario general de la ONU, Kofi Annan, le nombró su enviado especial para Uganda y Sudán del Sur con el fin de mediar en el conflicto con el Ejército de Resistencia del Señor (LRA). Chissano goza de un gran prestigio internacional. Recientemente se le nombró enviado de la Unión Africana para el conflicto del Sáhara Occidental.

Por su parte, Pascoal Mocumbi fue ministro de Sanidad entre 1980 y 1987. Después, Chissano le ofreció la cartera de Exteriores, que desempeñó durante siete años. Entre 1994 y 2004 fue primer ministro de Mozambique. Tras dejar la carrera política, formó parte de numerosos proyectos de diversos organismos nacionales e internacionales en el sector de la sanidad. «Fue una vida difícil, pero no perdimos nunca la esperanza», me confiesa un día de lluvia torrencial de diciembre de 2014 en su despacho del Centro de Investigación en Salud de Manhíça. El CISM es una institución financiada por varias entidades españolas e internacionales. Desde hace años es una de las actuaciones más destacadas de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) en Mozambique. Mocumbi preside la Fundación Manhíça, encargada de la gestión científica del centro.

Pascal Mocumbi es un hombre alto y robusto, de setenta y tres años. El día en que nos vemos viste una camisa de cuadros y unos *jeans*, y sobre la mesa hay una gorra de granjero americano, que se pone cuando sale al exterior. Sus movimientos son suaves y armoniosos. Tiene un aire elegante y distinguido. Su cabeza es majestuosa, sus rasgos, suaves y los ojos vidriosos. Tiene la voz pausada y cadente. Mientras habla mueve unas manos grandes, que unas veces se tocan en la punta de los dedos y otras se entrelazan. Resulta una persona entrañable, educada y amable. Le pregunto si se hubiera podido imaginar la vida que le esperaba cuando se fue a estudiar a Lisboa. «Tal vez podría haberme imaginado ser alguna vez médico, pero el resto...», hace una larga pausa. Observa fijamente algún punto indeterminado de la habitación como si se asomara al vacío de los recuerdos, desafiando la penumbra de la memoria para rascar algunos datos lejanos de una vida intensa, turbulenta y apasionante. Luego prosigue: «Ni remotamente. Yo quería estudiar medicina, pero también quería tener libertad. Todo lo que pude ver y vivir, todo lo que pude conocer en esos años, a tantas personas importantes que encontré a lo largo del camino, a

aquellos que apostaron por nosotros para poder estudiar siendo negros,... todo eso lo hicimos para conseguir la libertad. Descubrimos el derecho a ser libres, pero tuvimos que dotarlo de valor y defenderlo».

Unos días antes, Pascoal Mocumbi había sido condecorado por el Rey de España con la Orden de Isabel la Católica. Asistí a la ceremonia que se celebró en la residencia del Embajador de España en Mozambique, Santiago Miralles, encargado de imponerle la distinción. La concesión distinguió a Mocumbi por su contribución a las relaciones entre ambos países mientras fue ministro de Sanidad, de Asuntos Exteriores y primer ministro de Mozambique y por el trabajo que ha desempeñado en la Fundación Manhiça. «Me sentí muy orgulloso», me confiesa. «Recibí la medalla delante de dirigentes, ministros y periodistas; pero sobre todo de mi familia. Todos mis hijos —tiene seis— estuvieron presentes».

Pienso que tal vez Dios escuchó las plegarias del abuelo de Pascoal Mocumbi, Alson Nkuxlhe, y le concedió el deseo que tanto repitió para que su nieto y su inseparable amigo, Joaquim Chissano, llegaran a ser «grandes hombres».

Historia, movimiento y cambio

F

átima Valcárcel manifestó desde niña una atracción inconsciente por África. En la adolescencia se preguntaba por qué todos se fijaban en Madagascar y nadie miraba al otro lado del canal, donde estaba Mozambique. Muchos años después, y tras pasar una temporada trabajando en Mali, descubrió que aquella pasión inconsciente de la niñez por África no era el fruto de un sueño o imaginación literaria. Y siguió pensando en Mozambique.

Fátima Valcárcel viajó a Mozambique en agosto de 2006. En su plan de viaje incluyó la visita a Isla de Mozambique, una ciudad insular situada en la provincia de Nampula que dio nombre al país y fue su primera capital. Fátima desconocía su existencia hasta que la Unesco la declaró en 1991 Patrimonio de la Humanidad. Y le sorprendía que después de ser redescubierta para el mundo y colocada en el mapa por el organismo de Naciones Unidas apenas siguiera siendo un lugar ignorado por el turismo internacional, incluido también el español. Al llegar a Isla de Mozambique se sintió hechizada por el abundante y valioso patrimonio arquitectónico, histórico y cultural encerrado en un espacio tan pequeño.

A Fátima le llamó la atención que no existiera nada escrito, ni novela ni ensayo ni historia alguna sobre Isla de Mozambique, algo que no ocurría por ejemplo con otra isla no lejana, Zanzíbar. «Hay muy pocos documentos escritos sobre Isla de Mozambique a pesar de haber sido la primera capital de la colonia portuguesa de Mozambique. Me resultó muy chocante que no hubiera nada, y me dije: “Si esto no lo ha escrito antes nadie, lo tengo que hacer yo”». Como el tema le pareció apasionante se planteó escribir una novela histórica. Comenzó buscando información *online* en los archivos históricos de Lisboa y Maputo, pero encontró muy poco.

En su visita a Isla de Mozambique, le sedujo el cementerio católico que se encuentra en una esquina de la ínsula. Recorrió las lápidas, las miró una a una y se preguntó quiénes estarían allí enterrados. Imaginó sus historias. «Me quedé

con algunos nombres y fechas. Así decidí que la novela estaría enmarcada entre esas fechas».

A primeros de 2013, Fátima Valcárcel decidió establecerse en Lisboa, porque la acercaba más al África que tanto la atraía, y también a América Latina. Deseaba dejar atrás el periodismo, por desencanto, y dedicarse al sector turístico. Pensó que podía desarrollar un proyecto que le rondaba la cabeza, con el aliciente personal de tener acceso a una información fundamental para escribir la novela histórica sobre Isla de Mozambique que ya comenzaba tomar forma.

Cuando Fátima visitó por primera vez el Archivo Histórico de Ultramar de Lisboa, descubrió que existían documentos desde 1605. Quedó fascinada. «Encontré documentos originales escritos en portugués por Felipe II de su puño y letra, que yo tenía entre mis manos». «No me podía contener. Me apetecía escribirlo todo desde el principio». También encontró cartografía.

A Fátima le fascinó la historia del reino de Monomotapa, un vasto territorio que alcanzó su cenit a mediados del siglo XV gracias al comercio de plata, oro y marfil. Estos productos eran transportados al puerto de Sofala, que fue fortificado, y a otros puntos de la costa del Índico, donde los comerciantes árabes los intercambiaban por telas, vidrios y abalorios. Los comerciantes portugueses tenían mucho interés en establecer relaciones con el rey de Monomotapa para explotar las minas de oro y conseguir marfil. Lucharon contra los árabes por el comercio de la costa, y se fueron internando poco a poco, con mucha dificultad, desde el litoral hacia el interior por el río Zambeze, intentando subyugar al monarca. Desde Lisboa, las autoridades, recelosas, enviaron a un emisario para comprobar si realmente existían las minas y valorar si merecía la pena invertir.

Le pareció una historia muy atractiva y se planteó escribirla. Sin embargo, pronto desistió. Me explica Fátima que «era contraria a la manera como se había contado la historia de África en los siglos de la colonización, sobre la que exploradores y periodistas de la época dieron la imagen de que los africanos no evolucionaban; se los veía como sociedades estáticas». Me explicó que le tenía mucho respeto a los africanos después de estudiar el imperio de Mali y comprobar que era falso que las sociedades africanas no evolucionaban, principalmente porque, quienes lo afirmaron, unas veces a conciencia y otras por ignorancia, habían sido los colonizadores. Esto implicaba que al contar la historia de África, lo que se puede leer en la mayor parte de los textos es que sus pobladores no han tenido participación en la colonización. «Todo queda en lo que los colonizadores han hecho, y la visión del africano no ha tenido reflejo en los últimos dos siglos. Simplemente no quisieron dar un papel a los africanos al contar la historia».

Fátima Valcárcel sintió que desconocía demasiado del reino de Monomotapa y de Portugal como para escribir una novela histórica. «Pensé que era muy complicado entender la mentalidad portuguesa y africana del momento para ser lo más objetiva posible con todos los actores». Tenía ideas preconcebidas para compensar las deficiencias de tantos siglos de escritos de autores occiden-

tales sobre los africanos. Pero al mismo tiempo, se dio cuenta que tampoco conocía al pueblo portugués, y comenzó a sentir mucho respeto por su historia como pueblo navegante y explorador.

La idea de hacer una novela histórica sobre Isla de Mozambique se convirtió en una gran presión. El escritor Antonio Sarabia le recomendó escribir un ensayo, porque consideraba que Fátima tenía una actitud demasiado racional. Fátima no quería escribir un ensayo, deseaba llegar al gran público. «Sarabia me dijo que no podía pretender ser tan fiel a la realidad. “Siempre habrá lagunas y siempre habrá ficción. No te puedes sentir tan comprometida con la causa. Y si te sientes tan comprometida, en algún momento va a aflorar la novela, y los documentos tampoco te van a dar la realidad”». Finalmente, después de tantas dudas, no se sintió preparada para escribir la novela y decidió hacer un paréntesis.

Mientras se distanciaba de la novela, Fátima lanzó el proyecto turístico llamado *Siete Lisboas*, —por el número de colinas de tiene la capital portuguesa—. *Siete Lisboas* es una página web en castellano multitemática sobre la ciudad de la luz. Fátima llegó a Lisboa después de trabajar en Mali en proyectos de cooperación. Es una mujer alta, de piel blanca y cabello largo y oscuro. Tiene una conversación ágil y extensa. Me confiesa que ha encontrado “su sitio” en Lisboa. Nació en Valencia en 1972. Estudió empresariales y periodismo en Valencia y un master de relaciones internacionales y estudios africanos en Madrid. Vivió cinco años en Londres trabajando para el canal en español de *Bloomberg Television*. En 2009 regresó a España y trabajó como redactora jefe en la sección de economía de la revista *Política Exterior*.

Al mismo tiempo que desarrollaba su proyecto, decidió estudiar en profundidad la historia de Portugal para conocer y entender mejor a los portugueses: «Un pueblo muy abierto y siempre mirando al mar. Abierto a otras culturas más allá de los mares. Un pueblo de navegantes y exploradores, que salen a conocer y no a descubrir y a conquistar. Los españoles miramos a nuestros navegantes más como conquistadores, ellos lo hacen más como navegantes».

Finalmente, hace unos meses, Fátima volvió a la idea de escribir la novela. Las lagunas históricas que encontró sobre el reino de Monomotapa eran demasiado grandes como para rellenarlas con la ficción. Decidió enmarcar la trama del libro en un periodo histórico posterior, desde finales del siglo XVIII a principios del XIX, incluyendo como decorado los edificios de la isla y su historia en base a un mapa de 1802 que descubrió en el Archivo Histórico de Ultramar (AHU), y que ahora cuelga de la pared de su apartamento lisboeta.

Viajo a Lisboa para hablar con Fátima Valcárcel acerca de Isla de Mozambique y su novela, hasta donde pueda desvelarme, aun a sabiendas de que es un gran favor, porque pocos escritores tratan con ajenos la trama argumental de su obra mientras la están escribiendo.

En el AHU, Fátima se quemó durante meses las pestañas buscando documentos de la época, y empapándose de la historia de Portugal y Mozambique para que le ayudaran a documentar su novela. Los archivos están a un centenar de

metros del río Tajo, ya cerca de la desembocadura en el Atlántico, en el barrio de Ajuda. Es un edificio rectangular de principios del siglo XX, de tres pisos de altura y fachada blanca de balcones enrejados. La puerta principal es de hierro y está coronada por un arco peraltado, y flanqueada por cuatro columnas y dos ventanales. El jardín delantero está descuidado. Hay algunos árboles dispersos y abundante maleza seca.

Las escaleras que llevan a los pisos superiores están cubiertas de mosaicos hidráulicos portugueses con decoraciones en azul. En una de las paredes hay un gran cuadro con el escudo heráldico de Francisco Javier, el misionero español, cofundador de la Compañía de Jesús, que llegó a Mozambique en 1541 camino a las Indias. En la Isla de Mozambique hay una bonita capilla blanca en el lugar donde, según la tradición, el religioso se sentaba a rezar y a mirar el mar mientras esperaba el barco que habría de llevarle a Oriente.

El AHU realizó recientemente un gran trabajo de digitalización de los catálogos con los contenidos de los archivos por años, para facilitar la tarea de los investigadores y disminuir los tiempos de búsqueda. En una de las salas saludamos a Isabel, documentalista del centro, a la que solicitamos una serie de documentos de la época histórica que interesa a Fátima. La sala es alargada, con paredes amarillas y estantes llenos de libros. Hay varias mesas alineadas en el centro, ocupadas por un puñado de personas concentradas en la lectura de libros y documentos. Isabel nos saca una caja con documentos del siglo XVIII, todos originales y en buen estado de conservación. Desprenden un maravilloso olor a antiguo, ofrecen un color amarillento y manchas de humedad por los siglos transcurridos. Están escritos a mano, con plumilla y tinta negra. Tratan sobre asuntos dispares relacionados con Mozambique. No todos son de lectura sencilla debido a las florituras de la caligrafía. Los hojeamos durante largo tiempo, hasta que a las siete en punto el conserje de la puerta principal hace sonar una campana de acero anunciando el cierre del archivo.

Mientras nos alejamos del archivo caminando, Fátima Valcárcel me cuenta que en sus investigaciones descubrió que el terremoto de Lisboa de 1755, y los sucesivos maremotos que ocasionó, causaron casi cien mil muertos y destruyeron centenares de edificios, y se perdieron muchísimos documentos. Esta fue una de las razones por las que decidió retrasar el comienzo de su novela. El año 1752 es una fecha simbólica, porque Mozambique se independizó del vicerreinado de la India. Hasta ese momento, Mozambique no tenía el estatus de colonia y había permanecido bajo el dominio de sus gobernantes orientales, que en aquella época todavía tenían el título de capitanes generales. Isla de Mozambique fue la primera capitanía general —capital— de Mozambique como colonia. Y esa fecha le pareció a Fátima perfecta para el inicio de su libro, en la que además ya existían los principales edificios históricos que se construyeron en la isla.

Esos edificios eran parte de la infraestructura que Portugal fue construyendo para dar servicio a la población que allí se estableció. Los más relevantes son la Fortaleza de San Sebastián y el Palacio de San Paulo, que se convirtió en

residencia oficial de los capitanes generales, que en 1833 se llamaron gobernadores generales, y en sede del gobierno. El palacio, actualmente un museo muy evocador, es fruto de la adaptación del colegio de la Compañía de Jesús, que se erigió a principios del siglo XVII, cuando España y Portugal compartían un mismo rey. El fuerte de San Lorenzo está en la otra punta de la isla.

Sorprende la gran cantidad de iglesias que había en la isla en esa época debido a las muchas rivalidades entre las distintas congregaciones religiosas, principalmente entre dominicos y jesuitas. Despuntan Nuestra Señora de la Salud, la iglesia de la Misericordia, la de Santo Domingo, y la ermita de san Antonio. Otro edificio importante fue la aduana y la casa de hacienda. Había un lavadero público y una cantera para las construcciones. También destaca el hospital y su relación con la Santa Casa de la Misericordia. Esta institución tuvo bastante poder en Portugal en esa época histórica en la gestión de la isla. Hoy día, la Santa Casa de la Misericordia rige la mayor parte de las instituciones sociales del país. Es religiosa y privada. La lotería portuguesa, por ejemplo, le pertenece: una manera chocante de financiarse. En Isla de Mozambique era muy difícil disponer de agua dulce y poder cultivar en tan pequeño espacio. Los portugueses consiguieron desarrollar campos de café y algodón en la zona continental.

España, al igual que está haciendo con el otro núcleo histórico del país, el de la Isla de Ibo, ha querido ayudar a la recuperación y la restauración del conjunto monumental. Entre 2010 y 2014 la Unesco usó la dotación española del Fondo para los Objetivos del Milenio para restaurar edificios e instalar un centro de atención turística. Mucho antes, en 1995, la Agencia Española de Cooperación facilitó que el Archivo Nacional de Simancas entregara al gobierno de Mozambique los documentos microfilmados referentes a Mozambique, y especialmente a la *Ilha*, que obran en su poder.

Fue en el siglo XVIII cuando las autoridades de Portugal permitieron a todos sus ciudadanos el comercio con Mozambique, que estaba hasta entonces bajo el control exclusivo de los gobernadores y del ejército. Estos tan sólo mantuvieron el privilegio del comercio de la pólvora y de la *missanga grossa e missanga*, —los abalorios y las pequeñas cuentas de oro, piedras preciosas o cristal—.

De esa época es la construcción del Fuerte Mossuril, que sirvió para proteger la isla de los ataques que seguían recibiendo de los “naturales”. «Este es un hecho importante porque da por hecho que eran los ciudadanos autóctonos, para lo que pueda significar», señala Fátima. Hasta 1759 Motomotapa había sido un reino grande, poderoso y estable; pero comenzó a desmembrarse por luchas internas rivales, y el oro que brotaba de los ríos fue poco a poco desapareciendo. Su comercio fue reemplazado por el tráfico de esclavos, al principio sirvió para nutrir las plantaciones de los franceses en Madagascar, pero luego se dirigieron a las plantaciones de Brasil.

Vasco de Gama llegó a Isla de Mozambique el 2 de marzo de 1498, aunque los portugueses ya conocían la existencia de la isla y de otros puertos del Índico. Además de Vasco de Gama, los navegantes y exploradores João de Castro,

Fernando de Magallanes y Pedro Álvarez de Cabral y el poeta y escritor Luis de Camoes vivieron o pasaron por ella de camino a las Indias Orientales. La Isla de Mozambique no llegó a tener la relevancia de otras plazas de la costa oriental africana. Durante mucho tiempo fue un lugar de paso y abastecimiento para los navegantes portugueses, luego se convirtió en fortaleza y factoría.

Sebastião José de Carvalho e Mello, el marqués de Pombal, decidió apostar por el territorio de Mozambique. Para ello aprobó el decreto de separación de la India. El Marqués de Pombal fue el responsable de expulsar a los jesuitas de Lisboa en 1759 y de los dominios de ultramar, expropiándoles de todas sus posesiones. En 1761 se le otorgó a Isla de Mozambique por carta regia la categoría de villa para reforzar y remediar el declive que sufría. Se la elevó en 1818, también por carta regia, a categoría de ciudad, con la función de capital colonial hasta 1898. Se creó en la isla una colonia “swahilizada”, compuesta por los africanos del interior del continente y árabes e *indianos* dedicados al comercio. «Imagina la cantidad de historias que se pueden dar en una isla de tres kilómetros de longitud y cuatrocientos metros de anchura, a tres kilómetros del continente —hoy, unida por un puente— y los diferentes personajes que participaron en ese encuentro entre culturas», dice Fátima. «Si hoy es difícil aceptar una relación entre dos culturas, imagina lo que debió significar aquella. Todas estas historias ocurren en un territorio tan pequeño, que además es isla».

Para Fátima son tres los tipos humanos que representan la colonización en África: el militar, el misionero y el comerciante. Entre ellos surgieron rencillas, principalmente entre el misionero y el militar. Partiendo de esas figuras principales, Fátima desarrolla la trama de su historia. «Es el encuentro entre culturas, con un componente dramático de amor.

No había mujeres portuguesas en Mozambique, pero empezaron a llegar paulatinamente. «Hay documentos que desvelan que un capitán general, a cargo de Isla de Mozambique, se suicidó atravesándose el vientre con una espada en un momento de enajenación mental. Otros dicen que fue porque no podía mantener a su familia, presente en la isla con él, no sé si por el recorte de suministros impuesto por la metrópoli o porque los ataques de los nativos del continente imposibilitaba su llegada.

El libro de Fátima tendrá presente otro tema fundamental de la historia europea: las guerras napoleónicas. Al llegar los soldados de Napoleón a Portugal, los reyes lusos huyeron a América y se añadieron el título de emperadores de Brasil. Abandonaron al pueblo portugués hasta que las cosas se calmaran. Antes de huir, establecieron una regencia con un gobierno británico para que luchara contra Napoleón. Los ingleses ayudaron a Portugal a expulsar a las tropas francesas de su territorio. Esta circunstancia potenció las relaciones entre Inglaterra y Portugal. Inglaterra en esa época había decidido prohibir la esclavitud y en 1815 se firmó el tratado luso-inglés que prohibió la esclavitud en Portugal y Mozambique. En el negocio de esclavos no habían participado los navegantes comerciantes de especias y licor, sino otro tipo de comerciantes, que se especializaron en este lucrativo mercado.

Fátima decide no revelarme más de su obra. Caminamos por una vereda a orillas del Tajo. Observo el atardecer de la ciudad de Lisboa mientras imagino la luz y los colores de las casas medio derruidas de *Ilha de Moçambique*, ese lugar mágico cargado de historia que dio nombre a todo un país. Antes de despedirnos, Fátima me habla del profesor Ferrán Iniesta y me dice que comparte por completo el planteamiento de su libro *Bajo la cruz del sur. Religión, comercio y guerra en el Canal de Mozambique* cuando escribe que «para ir contra el lugar común de las sociedades, inmóviles, estáticas, verdaderos símbolos del eterno retorno, hace tiempo que me decidí por la historia, por el movimiento y el cambio en estas culturas».

El médico cazador y los padres burgueses de Burgos

J

oaquim Chissano me cita un día de extremo calor y humedad del verano austral, próximo a las Navidades, en su majestuosa casa de la Avenida Armando Tivane, en el barrio de Sommerschield, uno de los más selectos de Maputo. La mansión, vecina a la de Graça Machel y Nelson Mandela, es de una sola altura, planta de cruz, muros blancos y techo de teja roja. Frondosos árboles lindan la extensa propiedad, tapizada de un césped mimado y relumbrante. Aunque no se ve la piscina, desde algún lugar del jardín llega el olor a cloro y el borboteo del motor que renueva el agua. Un amplio parking antecede a la entrada principal.

A la cita me acompaña Lucía Chicote, la segunda jefatura de la Embajada de España, que, a punto de concluir su misión diplomática en el país, desea conocer personalmente a uno de los personajes más carismáticos y destacados de la historia del país. Varios miembros del servicio del ex presidente aguardan nuestra llegada a la sombra del porche. Uno de ellos nos conduce por una luminosa galería de suelo de mármol blanco sobre el que yace la piel extendida de un guepardo con la cabeza en relieve. Nos acomodan en una sala de espera con el aire acondicionado a pleno rendimiento. Una televisión de plasma sin volumen emite noticias en inglés.

Media hora más tarde, un joven de traje oscuro descorre las cortinas de un lateral de la estancia y nos invita a pasar a un amplio salón ovalado de grandes ventanales con vistas al jardín trasero. Tras las tapias de la propiedad se distingue el recién inaugurado Palacio Presidencial, levantado en tiempo récord por obreros chinos. El centro del salón lo ocupa un conjunto de cómodos sillones y sofás en torno a una mesa de té de madera. El resto de la sala está decorada por una imponente talla de arte maconde (del norte del país), cuadros africanos, alfombras persas, jarrones con flores y lámparas de mesa.

Joaquim Chissano aparece por el extremo opuesto de la sala y nos saluda cortésmente con una sonrisa. Algo más orondo de lo que le imaginaba, tiene

los ojos luminosos y lanceolados, cabello solo en los parietales y la inconfundible perilla, ya canosa. Viste una camisa de seda africana estampada, colorida y con motivos geométricos. Se sienta con aspecto de estar algo fatigado en un sillón de piel color avellana. Más tarde nos confiesa que la noche anterior ha tenido invitados hasta altas horas. Recuerda con voz pausada, cálida y juvenil algunas de sus visitas a España durante el desempeño de sus diferentes cargos en el gobierno y en instituciones a las que ha pertenecido. Le pregunto si nunca regresó a San Sebastián, como Pascoal Mocumbi. «No, nunca», contesta sonriendo. «¿No guarda buen recuerdo del lugar?», insisto. «No, no. Fueron muy simpáticos», asegura. «Pudieron habernos devuelto a Portugal y no lo hicieron».

Joaquím Chissano nos habla de su viaje oficial a España en 1998. «Me hospedaron en el Palacio Real y fui condecorado por el rey Juan Carlos. Establecimos una relación de amistad con el Rey y la Reina, y aproveché para agradecerles lo que estaba haciendo la Familia Real por Mozambique en el área social».

A lo largo de los años se encontró en varias ocasiones con Felipe González en el marco de las reuniones de la Internacional Socialista, organización a la que Frelimo pertenece y de la que Chissano fue vicepresidente. Con José María Aznar tuvo una relación más profunda y continua. Sin embargo, al no ser ya presidente de Mozambique, con José Luis Rodríguez Zapatero sólo se vio en foros internacionales.

Chissano estuvo en la Expo de Sevilla en 1992. «Tuve tiempo de visitar la catedral, una maravilla arquitectónica». También pasó varias veces por España para asistir a las reuniones del Fondo Monetario Internacional y del *Club de Madrid*, una organización independiente compuesta por más de cien ex jefes de estado y de gobierno democráticos de 67 países diferentes de la que es miembro desde que se constituyó en 2002. El Club de Madrid asesora en el fortalecimiento de las instituciones democráticas y en la resolución de conflictos.

Joaquim Chissano nos cuenta lo que le sucedió con el director de FMI, el francés Michael Camdessus. En aquella época Chissano estaba volcado buscando fondos para la construcción de un puente sobre el río Zambeze. Los asistentes a la reunión le preguntaron si su construcción era una prioridad económica. Chissano les respondió que cómo tenían coraje de cuestionárselo cuando en Europa se construyen en las ciudades puentes mayores sólo para disminuir el tiempo del trayecto de veinte a diez minutos. “El puente que queremos construir allí es para reducir el tiempo de tres meses a un día de travesía”, les dijo, “porque hay coches que esperan uno o dos meses para llevar la mercancía de un punto a otro del país”. Algún tiempo más tarde, Chissano se encontró con Camdessus en Francia. Cuando se saludaron, Camdessus «se acordó de mi comentario de que en Europa se construyen puentes donde no hay ríos».

Hablamos del pasado. Le pregunto si es cierto, como me han contado, que el desenlace de la guerra de independencia de Mozambique tuvo a un cazador

español como protagonista involuntario. «Sí», me responde riéndose, «la guerra entre Portugal y Mozambique acabó por la intervención casual del médico de Franco».

La guerra colonial entre Portugal y el Frelimo comenzó en septiembre de 1964. El movimiento, que tenía su sede en Dar Es Salaam, se había creado dos años antes por la unión de varias tendencias independentistas. Bajo el patrocinio del primer presidente tanzano, Julyus Nyerere —padre del socialismo en África— y dirigido por Eduardo Mondlane, un mozambiqueño negro, antropólogo y funcionario de Naciones Unidas, Frelimo no tenía muy claro qué vía tomar para lograr la independencia: la política o la bélica. Con estas dudas en los despachos del cuartel general, el conflicto comenzó por la vía de las armas cuando un grupo de guerrilleros atacó una base militar portuguesa al norte del país. El primer tiro lo disparó el general Alberto Chipande contra el puesto administrativo de Meluco en 1964. Chipande fue, tras la independencia de Portugal, el primer ministro de Defensa de Mozambique.

En aquellos primeros momentos de las actividades guerrilleras, la organización apenas contaba con 300 combatientes, pero se hicieron fuertes en pequeñas áreas gracias al apoyo de la población maconde. El doloroso recuerdo de la matanza de Mueda, cuatro años atrás (la infantería portuguesa mató a un número indeterminado de agricultores desarmados que se estaban manifestando) y la conciencia de los trabajadores inmigrantes que regresaron de países vecinos en que ya se habían desencadenado movimientos de independencia, nutrió a Frelimo de sus primeros militantes.

Mozambique es uno de los países más grandes de África. Tienen una extensión de 800 mil kilómetros cuadrados, más de 2.500 kilómetros de punta a punta donde conviven numerosos grupos étnicos. Era, pues, un territorio difícil de vertebrar y cohesionar. Eduardo Mondlane pretendió mezclar socialismo y guerra de guerrillas para lograr los objetivos que se había marcado. Durante el tiempo que estuvo al frente de la organización, Mondlane contó, a pesar de su liderazgo, con enemigos dentro y fuera del partido. Lo acabaron asesinando con un libro bomba en 1969. Nunca se esclareció el atentado, pero parece bastante probable que participaran en él disidentes y agentes de la PIDE portuguesa.

La sucesión por la dirección de Frelimo degeneró en una lucha intestina que terminó cuando en mayo de 1970 el comandante Samora Machel se hizo con el liderazgo e imprimió un giro marxista a la organización. Samora, un enfermero que se había unido al movimiento en Dar Es Salaam en 1962 y recibió adiestramiento militar en Argelia, tenía un gran carisma e indudables dotes de mando. Aunque Frelimo controlaba diversas áreas —zonas liberadas— de las provincias norteñas de Cabo Delgado y Niassa, no parecía poner en riesgo la supremacía portuguesa en el resto del país. En realidad, su presencia se reducía a campamentos ocultos y a unidades móviles de insurgentes. El conflicto no era más que una guerra de guerrillas, con emboscadas a convoyes, colocación de minas en zonas de paso y ataques por sorpresa a las bases milita-

res enemigas, donde los soldados lusos vivían atrincherados. A buena parte de la población nativa de la región, que se encontraba entre dos fuegos, se la confinó en los *aldeamentos*, poblados bajo el control de las autoridades portuguesas, con el fin de mantenerlos alejados de la influencia guerrillera.

Mientras el conflicto en Mozambique ganaba en intensidad, en Lisboa el dictador Salazar quedaba impedido para gobernar tras un accidente doméstico. Le sustituyó Marcelo Caetano, que intentó modernizar las estructuras del país, pero sus tímidas iniciativas se vieron frenadas por el sector más tradicional del ejército. El general Kaulza de Arriaga, un defensor de la línea dura de las políticas para África, fue nombrado comandante en jefe de las tropas portuguesas en Mozambique. Arriaga decidió dar un golpe de mano definitivo y poner fin al conflicto colonial. En mayo del 70 diseñó la operación *Nó Gordiano* (Nudo Gordiano). Una ofensiva militar para eliminar las bases guerrilleras y aniquilar a Frelimo evitando así su expansión a otras provincias.

El general desplegó un contingente de 35.000 soldados, toneladas de armamento y decenas de aviones y helicópteros, cantidades desproporcionadas para el tamaño de la provincia de Cabo Delgado. Cerca de setenta campamentos fueron destruidos y murieron un gran número de insurgentes. Cuatro meses después del comienzo de la operación, el Nudo Gordiano parecía haber conseguido su objetivo y el norte volvía a estar bajo control de las fuerzas armadas. Pero las cosas no eran como parecían.

Chissano nos asegura que la historia del médico de Franco es verdadera; al menos, en aquellos tiempos la dieron por cierta. «A Franco le gustaba cazar. Venía aquí acompañado de su médico. Aunque en esa ocasión Franco no estaba». Es muy probable que Chissano se refiera al doctor Vicente Gil, médico personal de Franco, que el historiador norteamericano Stanley Payne describió en su biografía sobre el Caudillo, como «un hombre brusco y devoto falangista camisa vieja (...) que manifestaba en 1954: “S.E. trabaja demasiado en dichas cacerías, que no son ningún descanso, pues duerme poco. Ayer (...) disparó 6.000 cartuchos y eso es terrible para un hombre de 62 años. El día menos pensado revienta la aorta”». Según Chissano, el avión que transportaba al doctor de Franco debió de salir de Morrumeu, una reserva de caza en el centro del país cercana a la de Gorongosa en la que abundaban diferentes especies africanas y donde los administradores de la Companhia de Moçambique, el gobierno colonial y sus ilustres visitantes disfrutaban cazando.

Tal vez el aparato decidiera volar bajo para seguir el rastro de una manada de elefantes; los guerrilleros de Frelimo se asustaron pensando que los habían descubierto y abrieron fuego contra el aparato antes de que los atacaran a ellos. El avión salió indemne y ninguno de sus ocupantes resultó herido. Al dar parte del incidente, el ejército portugués descubrió sorprendido la presencia de insurgentes fuera de Cabo Delgado. «Nosotros teníamos fuerzas en la provincia de Sofala, pero los portugueses no lo sabían», sostiene Chissano. Frelimo había preparado un destacamento para atravesar en secreto la provincia de Tete —sin entrar en combate— hasta Manica y Sofala, y desde allí atacar al enemigo por la retaguardia.

El fracaso de la operación del general Kaulza de Arriaga causó una crisis moral en los militares portugueses. «Yo creo que fue ahí donde empezó el gran desánimo de las Fuerzas Armadas», dice Chissano. «Sobre todo de los jóvenes, que ya habían descubierto hacía algún tiempo que estaban luchando por una causa que no era la suya.» A partir de 1972, con la reapertura del frente de Tete y Manica, la estructura colonial comenzó a desmoronarse y el conflicto tomó otra dimensión.

No hay pruebas de que el episodio del avión del médico de Franco tuviera un peso determinante en el fin de la guerra colonial portuguesa. Las matanzas de Mukumbura y Wiriamo sí fueron un catalizador inesperado que acabó con los delirios coloniales de Portugal en Mozambique. Los responsables de dar a conocer aquellos hechos fueron un grupo de misioneros españoles, «los padres de Burgos», del IEME (Instituto Español de Misiones Extranjeras), una institución progresista de carácter diocesano con sede esta en la ciudad castellana que enviaba misioneros a América Latina y África.

Durante los últimos meses de 1971 miembros de las fuerzas especiales portuguesas entraron a sangre y fuego en varias comunidades de la provincia de Tete bombardeando aldeas, arrasando cosechas y apresando a hombres, mujeres y niños que quemaron vivos dentro de sus chozas. Su objetivo era eliminar el apoyo que la población civil pudiera prestar a la guerrilla. Una superviviente del poblado de Mucumbura, donde murieron 16 personas, relató estas atrocidades a los misioneros españoles Alfonso Valverde y Martín Hernández. Valverde y Hernández eran miembros de IEME y habían llegado a Mozambique años atrás. Gracias al acuerdo firmado entre Salazar y el Vaticano en 1940, se habían abierto las puertas de Mozambique a los misioneros extranjeros. Los Padres Blancos —expulsados del país a mediados de los 60—, los misioneros combonianos y los del IEME, entre otros, recalaron en el país, construyeron escuelas y hospitales y educaron a la población negra durante esos años. Este grupo de religiosos católicos vivió el conflicto desde las tripas. En la mayor parte de los casos se pusieron del lado de la guerrilla e impulsaron la independencia del pueblo mozambiqueño.

Tras los ataques a Mucumbura, Valverde y Hernández enterraron a los muertos y recogieron las pruebas de la agresión. Con ellas escribieron el informe *Mukumbura 1971*, donde relataban detalladamente fechas, nombres de las víctimas y responsables de las matanzas. Sus denuncias encontraron poco eco entre la jerarquía eclesiástica mozambiqueña, que era portuguesa y no se apartaba de la sombra de la política del *Estado Novo* en las colonias.

A finales de diciembre los dos sacerdotes decidieron viajar con las pruebas a la vecina Rodesia, gobernada entonces por el régimen racista de Ian Smith, para que compañeros misioneros en ese país los dieran a conocer fuera de África. La PIDE, que conocía sus pasos, advirtió a la policía rodesiana. Al franquear la frontera los arrestaron y se los entregaron a las autoridades coloniales portuguesas, que los encerraron en la prisión de Lourenço Marques. Durante un tiempo poco o nada se supo fuera de Mozambique de la suerte de los misioneros Valverde y Hernández. Según una nota que distribuyó un año más tarde la

Oficina de Información Misionera, «sobre los misioneros pesa la acusación de haberse manifestado públicamente en favor de la autodeterminación del pueblo de Mozambique y la de haber denunciado de palabra y por escrito las muertes de mujeres, niños y hombres ocurridas en la región de Mucumbura durante las acciones de las fuerzas gubernamentales contra los guerrilleros de Frelimo».

Valverde y Hernández pasaron dos años encarcelados y gran parte de ese tiempo incomunicados y en condiciones deplorables. El eco de las matanzas había traspasado las fronteras de Mozambique. El primer ministro portugués Marcelo Caetano, abochornado por la dimensión internacional que habían tomado los acontecimientos y antes de que se celebrara el juicio y causara daños mayores, decidió amnistiar a los dos misioneros, que regresaron a España en noviembre del 73 «sin pasaporte y sin un duro.» En cierta manera el gobierno de Lisboa reconocía las matanzas y daba la razón a los padres de Burgos.

En diciembre de 1972, un año después de los hechos de Mucumbura, un nuevo episodio en la provincia de Tete agravó dramáticamente la situación de la guerra en Mozambique. El ejército portugués atacó la aldea de Wiriamo asesinando a 400 hombres, mujeres y niños. De nuevo, misioneros españoles del IEME de Burgos, compañeros de Valverde y Hernández, fueron testigos clave de esta nueva atrocidad. «Yo no tenía coche. Viajaba en autobús de línea de Changara a Tete. Al pasar por allí, subió gente al autobús gritando: “Nos están matando, nos están masacrando”, y comenzaron a relatarnos lo que estaba ocurriendo», recuerda Vicente Berenguer, misionero del IEME. Las llamas llegaban hasta la carretera. Al llegar a Tete, sus compañeros ya estaban al corriente del ataque y habían comenzado a hacer una lista con los nombres de las víctimas.»

Tanto Vicente Berenguer como el resto de los «padres de Burgos» tuvieron que salir de Mozambique en la primavera de 1973 por las presiones y amenazas de la PIDE, que los acusaba de ser miembros de Frelimo. Con ellos viajaron a España los documentos sistematizados que habían recogido sobre las matanzas. El responsable de sacarlos fue el ex sacerdote Miguel Buendía. «Pretendíamos hacer una denuncia internacional, pero no queríamos que fuera un escándalo periodístico, sino que llegara a la ONU y al Vaticano», me cuenta Buendía cuando lo entrevisto. «Los objetivos los conseguimos, aunque no como queríamos.» Resultaba complicado llamar la atención en Europa sobre una guerra de la que no se sabía nada, menos aún de las masacres. Desde distintos sectores sociales les animaron a hacer ruido en los medios de comunicación para poder abordar a instancias internacionales «Pero, ¿cómo hacerlo?». En esos días, les llegó la noticia desde Rodesia de que un sacerdote católico británico, Adrian Hastings, especialista en cuestiones africanas, estaba interesado por el caso. «El padre Hastings fue a Madrid a hablar con nosotros y se comprometió a presentar toda nuestra documentación en la Cámara de los Comunes en Londres, pero dos semanas después, nos llamó diciendo que la seguridad británica debió de conocer sus planes y habían cancelado su intervención en la Cámara».

El 10 de julio de 1973, unos días antes de la visita oficial del primer ministro portugués Marcelo Caetano a Inglaterra para celebrar el 600 aniversario de la

Alianza anglo-portuguesa, apareció en la primera página del diario *The Times* la información del padre Hastings sobre las masacres. Durante más de una semana la noticia recorrió la prensa mundial. El impacto fue extraordinario y se miró a Portugal con recelo. No cabe duda de que estas informaciones acabaron de arrinconar al *Estado Novo* y provocaron el golpe de Estado de los capitanes el 25 de abril de 1974. La víspera de la Revolución de los Claveles, Miguel Buendía se encontraba en Holanda dando a conocer la situación de Mozambique en diferentes instancias europeas. «Alguien trajo el *Sunday Times* del 22 de abril donde se denunciaban las masacres de Wiriamo. Pero ya no eran denunciadas por los misioneros españoles sino por los propios militares portugueses, que eran más extensos en explicaciones y detalles».

La caída del salazarismo abrió las puertas a la democracia en Portugal y facilitó el proceso de independencia, que se desarrolló de forma rápida y pacífica. Salazar y Caetano habían elegido la guerra cuando sus colonias deseaban independizarse, pero después del golpe militar el sistema colonial era difícil de justificar. Muchos soldados portugueses rechazaron luchar en África, y los guerrilleros insurgentes apenas encontraron resistencia sobre el terreno. La guerra de Mozambique acabó con la firma de los Acuerdos de Lusaka entre el gobierno portugués y Frelimo el 7 de septiembre de 1974. Se transfirió el poder al movimiento y se creó un gobierno de transición dirigido por Joaquim Chissano. El 25 de julio del año siguiente, Mozambique proclamó la independencia y Samora Machel se hizo cargo del primer gobierno soberano. «Creo que ayudamos a acelerar el fin de la guerra colonial», me asegura Buendía. Muchos años después, Marcelino dos Santos, líder histórico de Frelimo, le dijo a Vicente Berenguer: «Ustedes consiguieron en una semana lo que nosotros no pudimos en dos años».

Me reúno con Miguel Buendía en una cafetería de la avenida Julyus Nyerere de Maputo. Buendía nació en Murcia en 1944, pero aparenta ser más joven. Su pelo es gris y fosco, y la barba rala. Se diría que es un guerrillero sandinista. Viste camisa "indiana" blanca con el cuello bordado, pantalón ancho a rayas y sandalias cruzadas. Cuando Miguel Buendía llegó a Mozambique, el 3 de diciembre de 1970, conocía poco de la guerra colonial en la que el país estaba sumido. «Yo me inclinaba por viajar a América Latina, pero algunos amigos me convencieron de venir aquí.» Después de salir del IEME de Burgos, donde coincidió con Vicente Berenguer, pasó por Portugal para aprender la lengua. La PIDE comenzó a vigilarlos y tuvieron que asumir la visión portuguesa sobre sus colonias africanas. «No querían que nos metiéramos en política. Querían misioneros, no curas obreros que educaran y formaran a la población negra». Le destinaron a Chimoio, en la provincia de Tete, donde ya había presencia guerrillera.

Al conocer de cerca las injusticias que sufría la población campesina comenzó a desvelar sus inclinaciones. Cuando llevaba dos o tres meses, un compañero portugués le advirtió que, si pensaba así, era mejor que se marchase. «Nos manteníamos en una posición ambigua. Nuestra tarea era estar al lado del pueblo mozambiqueño, que luchaba por la independencia y la justicia

frente a un régimen dictatorial discriminatorio», declara Miguel. «Estábamos convencidos de que tenían derecho a su liberación, y eso coincidía con la filosofía de la Iglesia».

Se percató de que había que trabajar en la clandestinidad. Sus compañeros del IEME habían tomado una decisión arriesgada: dar apoyo humanitario a la guerrilla, concienciar a la población de la situación y ayudar a los jóvenes a integrarse en Frelimo. «Teníamos una red para mandar jóvenes a Tanzania para unirse al movimiento y formarse. En una ocasión detuvieron a un grupo de cinco y los torturaron. Confesaron quién les había acogido y les había dado las direcciones, cartas, etc.» Desde ese momento la PIDE tenía toda la información para la expulsión de los Padres de Burgos y no cesó de acosarlos hasta que decidieron salir del país.

Regresaron a España y viajaron por Europa durante un año y medio dando a conocer la situación del país mientras el régimen dictatorial portugués se desvanecía. En noviembre de 1974, dos meses después de la firma de los Acuerdos de Lusaka, Miguel Buendía regresó a Mozambique, compró con un compañero un Land Rover en Maputo, y volvieron a la parroquia de Chimoio. El éxodo de portugueses de Mozambique tras la independencia dejó el país sin técnicos, maestros y médicos. Las pocas infraestructuras anteriores a la guerra quedaron destruidas. Todo estaba por hacer. Buendía permaneció en Chimoio casi dos años haciendo labor pastoral, actividades de alfabetización y formación de adultos. Impartió clases de historia, biología y educación política (historia de Frelimo). También trabajó en las aldeas comunales, un proyecto fallido de Frelimo para facilitar la salud, la educación y otros servicios a la población rural y promover la producción colectiva. Buendía pretendió que la escuela asumiera un papel de liderazgo para llevar el conocimiento a la comunidad, promover el cambio y adoptar los logros del proceso revolucionario sin perder la perspectiva de la fe. «Había feligreses a los que les costaba entender que era posible ser cristiano y marxista», dice. Le pregunto si nunca tuvo problemas de conciencia por haber ayudado a una guerrilla marxista. «No, mi formación religiosa no me asustaba. No había incompatibilidad entre ser cristiano y marxista. Los más pobres son hermanos. El marxismo me daba las herramientas para entender la situación que no me daba el evangelio. Por eso el marxismo es compatible con el cristianismo». Estas tesis tan reformistas y revolucionarias llamaron la atención de Frelimo. Aunque el movimiento había tomado un giro estalinista, entendieron que el Cristo del que hablaban los misioneros españoles estaba ligado a los pobres. «Los nuevos dirigentes conocían nuestra posición y estábamos bien considerados», asegura. En una alocución radiofónica el locutor nos mencionó llamándonos «padres burgueses». Samora Machel, que lo escuchó, se enfadó mucho. «Dijo que el locutor era un ignorante. “¿Cómo puede decir que los padres de Burgos son burgueses?”, preguntó socarrón a quienes estaban con él».

Miguel Buendía abandonó el sacerdocio tras un proceso de distanciamiento de la Iglesia, y en 1988 se casó con una mozambiqueña. Le pregunto si le

resultó difícil dejar el sacerdocio. «Rompí con la Iglesia como institución, pero no en términos de fe. Sigo siendo creyente». Ese proceso de distanciamiento se agravó años más tarde «tras la vivencia que significó afrontar la enfermedad y muerte de mi único hijo, que contaba en esos momentos 12 años de edad». Me dijo que en los años posteriores a la guerra de independencia se sentía lleno de contradicciones y no le gustaba cómo dirigían la Iglesia los obispos. Pero no quería que la gente pensara que se iba porque ahora los obispos eran negros. «Fue difícil decírselo a nuestros cristianos, y no podía comunicárselo así. La Iglesia colonial fue horrible. Pero nos llamó mucho la atención que después de la independencia, los obispos se pusieran en contra del movimiento de liberación y hablaran de la Iglesia perseguida». Samora Machel implantó el marxismo leninismo en Mozambique como orientación política al hacerse cargo del nuevo Estado. Nacionalizó la salud, la educación, la justicia y otros servicios que habían estado al cargo de la Iglesia católica. Ésta quedó reducida como institución social a la mínima expresión hasta que años más tarde volvió a participar en algunas actividades y recobró antiguas propiedades. Miguel Buendía me confiesa que le resultó todavía más difícil abandonar la Iglesia en España. Sin embargo, sus padres le apoyaron cuando quiso ser cura, cuando vino a las misiones, y también cuando dejó el sacerdocio. Su padre, monárquico y falangista, siempre le respetó. «Sufrió mucho porque él también fracasó en lo que creyó. Una vez me dijo: “En el mundo en el que estás hay mucha gente que no es como tú”».

En 1977 Buendía se trasladó a la capital, que ya no se llamaba Lourenço Marques sino Maputo, para seguir dando clases. Colaboró en la elaboración de un texto de Historia para los cursos de educación básica, y más tarde fue nombrado responsable pedagógico de la provincia de Maputo para la asignatura de Historia de África. Al poco tiempo pasó a trabajar en el gabinete de la ministra de educación, Graça Machel, esposa del presidente Samora, y muchos años después del sudafricano Nelson Mandela. Graça Machel ha sido la única esposa de dos presidentes de dos países distintos.

Graça le empleó en el Instituto Nacional de Desarrollo de la Educación, donde estuvo entre 1980 y 1987. Al año siguiente se marchó a Brasil para completar el doctorado sobre la historia de la educación mozambiqueña. La experiencia brasileña fue reveladora en muchos sentidos. «Posiblemente si hubiera estado en América Latina no habría dejado la Iglesia», reconoce. Al regresar a Mozambique no se sentía bien en el ambiente institucional. Trabajó un tiempo para Unicef, pero el rector de la Universidad Eduardo Mondlane le llamó para montar un proyecto pedagógico sobre investigación en ciencias sociales. Hoy continúa dando algunas clases sobre filosofía e historia de la educación en Mozambique en los masters que organiza la facultad de educación de la UEM.

«Si hago balance de mi vida en Mozambique, puedo asegurar que aprendí y recibí mucho más de lo que di. Tuve la posibilidad de participar en la revolución». Le pregunto qué queda de aquella revolución. «Este no era nuestro

sueño. Aunque Mozambique no sea una isla en el mundo, hay grandes desafíos para aquellos que creemos que otro mundo es posible. Aquella utopía concreta se fue al carajo, pero tenemos que luchar para que sigan existiendo otras».

Las armas del misionero

En cierta ocasión el padre Vicente Berenguer recibió en Maputo la visita de dos misioneros españoles del hospital de la orden de San Juan de Dios en Liberia. Después de recorrer las instalaciones parroquiales le preguntaron qué tipo de armas utilizaba para protegerse de los ladrones. El padre Vicente, perplejo, respondió: «¿Armas aquí? Ninguna. ¿Vosotros usáis armas?». «Sí, claro», le dijeron con naturalidad. «Escopetas recortadas y dos perros grandes. Pero no disparamos a dar, sólo al aire. Si no, ya no nos quedarían medicinas». Ante la reacción de sorpresa de Berenguer, los visitantes añadieron: «Es que Mozambique no es África».

«Siempre tuve clarísimo que nunca cogería un arma», me dice Vicente Berenguer, «y no lo hice. Pero comprendo que los guerrilleros de Frelimo lo hicieran». «Puedo decir que no hubo otra vía que la de las armas para liberar a este país». Le digo que no hubiera sido el primer cura que tomara un fusil. «No (risas). Camilo Torres (sacerdote católico colombiano, precursor de la Teología de la Liberación y miembro del grupo guerrillero ELN, que murió en combate en 1966) lo hizo. Pero no siguió muy bien a Jesús de Nazaret». «Le entiendo», asegura. «Me leí su libro con mucho interés. Pero no lo comparto».

«Ahora sí que Mozambique es África», bromea el padre Vicente sentado bajo la extensa sombra de un *ntoma*, un árbol frondoso al que llama «el árbol de los secretos», su lugar favorito para conversar y leer, bajo el que corre una brisa fresca que va del valle a las colinas. El árbol está en medio de un jardín parcelado en terrazas, amplio y descuidado, plantas diseminadas y un pequeño huerto. Dos gansos graznan ruidosamente, y un gallo, con el plumaje extendido, corteja a una gallina que picotea indiferente el suelo. El jardín forma parte de la modesta casa parroquial del municipio de Ressano García, donde Vicente Berenguer vive desde hace más de 10 años junto a otros religiosos. La propiedad está situada en lo alto de una colina a menos de 100 metros de la valla fronteriza con Sudáfrica. Desde ese promontorio se ven los lindes del Parque

Nacional Kruger, una de las reservas de fauna salvaje más importante del continente. Al río Inkomati, que corre ruidoso por la parte baja del pueblo, suelen bajar a beber elefantes, búfalos y otros animales que rebasan los límites del parque. «Si lo cruzan, los habitantes del pueblo los cazan, y todos tienen carne para comer», me cuenta Berenguer con una carcajada.

El pueblo debe su nombre al ingeniero y ministro de ultramar portugués Federico Ressano García, responsable de la construcción de la línea del ferrocarril entre Lourenço Marques y Pretoria en 1887. A principios de del siglo XX, además de la estación del tren, apenas había alguna cantina y los barracones de un destacamento militar que se levantaron durante la guerra de los Boers. Hoy es el punto fronterizo por carretera más importante entre los dos países. Lo atraviesan mercancías, trabajadores camino de las minas y plantaciones sudafricanas y turistas. Una mínima parte de los 10.000 habitantes vive en la zona antigua del pueblo. El resto está desparramado por las colinas que lo rodean. El barrio original está formado por varias calles en pendiente, dispuestas en damero, sin asfaltar y agrietadas por profundos surcos causados por las intensas precipitaciones. Cuando llueve, el agua arrastra con fuerza cuesta abajo piedras y lodo hasta encontrarse con el cauce del río, y lo desborda. Fuera de estas calles no hay ni agua canalizada ni desagües ni electricidad. Las casas descoloridas del centro, antes pintadas de tonos vivos, son de estilo colonial, de techos y soportales de cinc herrumbrosos, que se han ido desmoronando con el paso del tiempo. Además, hay una peluquería que conserva el ambiente de las viejas barberías portuguesas, un antiguo horno panadero, un cine que ha sido tomado por una iglesia evangélica y un hotel ennegrecido que se incendió el año pasado. «Nadie hace nada por recuperar este pueblo», se lamenta el padre Vicente. «El gobierno debería declararlo patrimonio nacional por su belleza y su historia. Es una maravilla. Llevo años pidiendo que lo restauren. Ya me cansé.»

El municipio, a 90 kilómetros de Maputo, ha multiplicado su población en los últimos años por la llegada de millares de personas atraídas por los negocios que brotan en torno a la frontera, unos pocos legales y otros muchos ilegales. En el lado mozambiqueño hay una gran actividad comercial y tránsito de mercancías. En las barracas situadas a la orilla de la carretera se concentran cambistas de divisas, porteadores de mercancías y vendedores de género diverso. A diario cruzan contrabandistas de droga, tabaco y alcohol. Pero también es la vía de salida del tráfico de trabajadores, menores y prostitutas que sueñan con una vida mejor en Sudáfrica. Todas estas actividades producen importantes beneficios, y son un reclamo para que sigan llegando desesperados buscándose la vida.

Cuando Vicente Berenguer llegó en septiembre de 1967, Mozambique era una provincia de ultramar que el *Estado Novo* de Salazar quería conservar a cualquier precio. Berenguer conocía el colonialismo a nivel intelectual por sus estudios de teología en Burgos, «pero en realidad no sabía nada hasta que no aterricé aquí y vi que los negros no eran nada en su propio país».

Vicente Berenguer nació en Teulada, Alicante, en 1937, en una familia católica y conservadora. Cursó filosofía en el seminario de Valencia y teología en Burgos. Dejó el seminario en el cuarto curso de teología porque estaba harto de rectores, de seminario y de todo. Se marchó al circo de la Ciudad de los Muchachos, con el padre Silva. Allí se liberó de muchas cosas, y eso le permitió regresar al seminario y retomar sus estudios. A través de las visitas de misioneros que pasaban por el seminario y de las cartas de Luis García Castro, asesinado por soldados rodesianos en 1976, Berenguer empezó a interesarse por la realidad de las misiones.

Nada más aterrizar en África se sumergió en «un mundo desconocido» donde fue percibiendo el colonialismo real con todas sus aristas. Su primer destino fue la misión de Moatise, un enclave minero en la provincia carbonífera de Tete explotado por compañías portuguesas y belgas. La comunidad estaba compuesta por el personal blanco de las minas, directivos, trabajadores y sus familias, y por los sirvientes negros. El salazarismo siempre defendió sin pudor que Portugal y sus territorios de ultramar eran un estado indivisible e interracial en el que «no existía racismo, en todo caso diferencias de educación y, por tanto, diferencias económicas».

Vicente Berenguer es un torrente de vitalidad, humanismo y buen humor: una combinación muy común en la mayoría de los misioneros que han vivido durante años en las cloacas del mundo dando sentido a una vida dedicada a ayudar a los olvidados y a los sin voz de la tierra, gracias a una voluntad de acero y a una fe inquebrantable. Berenguer me cuenta mientras esperamos la hora del almuerzo cómo vivió aquellos contrastes al poco de llegar a Moatise. Desde el principio fue incapaz de mantenerse indiferente ante las injusticias que se producían a su alrededor. Un día, le preguntó a un joven que pasaba cada mañana por delante de la misión si no estudiaba. El muchacho le contestó que los *pretos* (negros) sólo estudian la primaria. El padre Berenguer quiso saber la razón. «No hay lugar para nosotros», le respondió el adolescente. Si queréis estudiar, les dijo, venid el grupo de chavales de 16 y 17 años que estáis sin hacer nada. Al día siguiente el joven apareció con 22 amigos. Fueron a comprar todos los libros del primer año de bachiller, limpiaron una sala, y reunió a profesores improvisados: la mujer del gerente de las minas, la del médico, el adjunto de la administración..., y les dieron clases de todas las asignaturas. «Aquel muchacho es hoy cirujano rural», me explica orgulloso Berenguer.

En una ocasión le invitaron a cenar a casa del gerente de las minas, una familia portuguesa tradicional con dos hijos; un chico de 15 y una chica de 12 años que asistía a los cursos de cristiandad. Durante la cena sonó el timbre. El empleado, que tendría unos 50 o 60 años, salió de la salita para abrir la puerta. El hijo comenzó a insultarle con desprecio. «Di un golpe en la mesa y le dije si no le daba vergüenza insultar a una persona que por edad podría ser su padre», recuerda Berenguer. «Le pregunté si esa era la educación que había recibido. Se hizo un silencio absoluto. Al día siguiente sus padres fueron a la

misión a reprocharme que hubiera humillado a sus hijos delante de un negro. Para mí fue algo incomprensible. Años más tarde, ese chico, que fue médico en el hospital militar, me dijo: "Padre, cuánta razón tenía cuando me reprendió así". Su hermana, Ana Mafalda Perera Leite, es hoy una gran escritora y poetisa. Luego se marchó toda la familia a Portugal. No eran culpables. Ese era el ambiente que reinaba en aquella época».

En otra ocasión, un alumno jovencito besó a la hija de la directora de la escuela oficial, que era blanca. Fue un escándalo. Berenguer les dijo: «¿Saben lo que hacen estos chicos? Lo que ven a los soldados portugueses hacer con sus hermanas». Pero al padre Vicente los reproches le llegaban de ambos lados: cuando se dirigía a la fiesta de cumpleaños de los hijos de un maquinista portugués de los ferrocarriles, en el camino se encontró con un joven de unos doce años que le pregunto adónde iba. Se lo dijo y le preguntó si quería acompañarle. El muchacho quiso saber si había chicos como él. «Le dije que sí», recuerda. «Yo me refería a la edad y él al color. Y cuando vio que eran blancos se enfadó y me soltó: "Si usted entra allí no vuelva más conmigo"».

Vicente Berenguer fue feliz los ocho meses que pasó en Moatise. Sin embargo, solicitó el traslado a Changara. Deseaba comprender mejor el mundo rural africano. La misión de Changara estaba en pleno campo, a catorce kilómetros de la sede administrativa. «Aquello me encantó». Recorrió comunidades remotas del llano y las montañas, aprendió a chapurrear la lengua local y continuó formando a jóvenes desde primaria hasta el seminario y la escuela de profesores. Tuvo entonces los primeros contactos con guerrilleros de Frelimo. Era el año 1970. Los insurgentes bajaban de la zona de Mucumbura. Al llegar a nuevas áreas, sus exploradores indagaban quién vivía allí y tanteaban si podían encontrar apoyo entre la población. «Así fue cómo me contactaron, y cómo comenzó nuestra cooperación». Le pregunto si sabía quiénes eran. «Sí, claro», me responde risueño. «Venían a casa y pedían medicamentos, mantas; a veces llegaban heridos, necesitaban alcohol, mercurocromo,... algo de dinero, dólares rodesianos para comprar cosas al otro lado de la frontera. Yo era consciente de lo que estaba haciendo». ¿Y eso le parecía bien? «Por supuesto», me responde, «no había otra manera. La independencia no podía llegar de otra forma que a través de la lucha armada».

La PIDE convocó a Vicente Berenguer hasta en seis ocasiones, porque en diferentes ataques del ejército portugués confiscaron medicinas a los insurgentes. «Me preguntaron si yo apoyaba a los terroristas. Les dije que nunca vi a nadie que llevara escrito "Frelimo" (se señala la frente). Yo entrego las medicinas a la población. Esa fue mi defensa». Los acuerdos firmados entre el Vaticano y el Estado portugués eran una credencial que permitía a los misioneros caminar por la delgada línea que separaba los intereses de los colonos de los derechos inalienables de los africanos. Para algunos obispos y militares esta acreditación de la Iglesia en manos de los misioneros extranjeros era un desafío a la autoridad colonial. En una ocasión el padre Vicente fue interceptado por una patrulla portuguesa cuando iba a entregar a la guerrilla una maleta de medicamentos y

dinero rodesiano. Los soldados quisieron saber qué llevaba allí. El misionero puso la mano sobre la maleta y les contestó que tan solo era una manta. Quisieron llevarle con ellos, pero Berenguer les dijo que sólo iría preso. Al final cada cual siguió su camino. Al día siguiente dio con los guerrilleros, que le apuntaron con las ametralladoras. «Alguien gritó: “¡Es el padre, es el padre!”». Llevaban siguiendo algún tiempo nuestra pista. Me dijeron que les había dado un gran susto porque había comido naranjas por el camino, y los únicos que podían comer naranjas eran los del ejército». Conversaron un rato, entregaron el dinero y los medicamentos y regresaron a la misión.

El obispo de la diócesis de Tete programó una visita en helicóptero a varias comunidades y pidió a Vicente Berenguer que le acompañara. «Cuando estábamos en el aire le decía al piloto: “Más alto, más alto”, para evitar que pudiera ver a los guerrilleros. “Parece que tiene miedo de los *turras* (los terroristas)”, me dijo el obispo. “Algo de miedo sí tengo”, le contesté disimulando». Visitaron escuelas en aldeas apartadas. El obispo pudo observar con sus propios ojos las duras condiciones de vida de la población indígena. El viaje incluyó una parada en un cuartel militar. El teniente coronel le dijo al obispo: “Nos queda este poquito (Vicente junta los dedos hasta casi tocárselos) para coger a su cura. Ellos son los que ponen las minas y ayudan a los terroristas”. Al obispo no le sentó nada bien aquello». La jerarquía eclesiástica era toda portuguesa. En general se mostraban contrarios a la independencia, y más aún a prestar ayuda a los insurgentes. Con el tiempo algunos prelados fueron abriendo los ojos a la realidad.

Un domingo, Vicente Berenguer oficiaba la misa en la iglesia de la misión. Los soldados habían traído a un gran número de indígenas desde los *aldeamentos* de comunidades apartadas y los hacinaron en una dependencia de la administración. Estaban agotados. «Antes de comenzar el Padrenuestro, les dije que esa oración significaba que todos somos hermanos. Pero también les dije que no sabía si aquellos que estaban allí amontonados eran también nuestros hermanos. “Para mí sí lo son”», añadió con solemnidad, «“y no puedo ver a unos hermanos vivir así. Por lo tanto, quien quiera rezar el Padrenuestro conmigo que lo rece, pero que sepa que ellos también son nuestros hermanos”. Comencé a rezarlo y me quedé solo». Cuando terminó la misa se le acercó el teniente coronel y le advirtió: “Padre, tenga cuidado con lo que dice”. «Le contesté que no podía falsificar el mensaje del Evangelio».

Desde la puerta de la vivienda que da al jardín, la cocinera nos interrumpe y nos invita a pasar al interior. En el modesto comedor, débilmente iluminado, el almuerzo está servido sobre una mesa cubierta con un hule. El menú es una combinación de la cocina española y mozambiqueña: tortilla de patatas, *matapa*, *xima* y jurel. El Padre Vicente recita una curiosa bendición antes de sentarnos: «Unos quieren y no pueden, otros pueden y no quieren. Nosotros que queremos y podemos, bendícenos Señor». Durante la comida quiero saber si, al igual que su compañero Miguel Buendía, el padre Vicente emplea el mismo argumento sobre la compatibilidad entre las ideas marxistas y las tesis

de la Iglesia católica. Me responde que para él no hay ninguna contradicción. A medida que profundizas más en el evangelio ves la necesidad de libertad de este pueblo. Esto también lo percibes desde la parte marxista. «Yo creo mucho en Jesús de Nazaret. Ahora estoy leyendo el libro de Hans Künt, *Jesús*. El propio autor te dice al principio: “Si quieres saber del Jesús teológico lee a Joseph Ratzinger, si quieres saber del Jesús hombre, ven a mí”».

¿Qué opinaban sus superiores en aquellos años sobre sus actividades? «Mis superiores conocían bien mi carácter, inclinaciones y deseos; por eso siempre me dejaron mucha libertad. Éramos “los rojillos”, pero en Madrid siempre nos respetaron». ¿Se considera un cura rojo? «Me considero un creyente», me responde y se ríe.

Tras el almuerzo regresamos al jardín. La sombra del ntoma es más espesa y alargada, y la brisa mece las ramas produciendo música de maracas que baja desde lo alto. Los gansos han desaparecido, pero el gallo, infatigable, sigue rondando a la gallina. A punto de retomar la conversación, alguien llama desde la puerta. El padre Vicente se ausenta unos minutos. Al regresar, se disculpa: el marido de una vecina ha fallecido y la viuda no tiene dinero para enterrarle. «Le he dicho que vuelva más tarde», me dice con gesto de impotencia.

Los guerrilleros de Frelimo fueron extendiendo su influencia por el norte del país a medida que se afianzaban entre la población rural. A muchos campesinos el conflicto los atrapó entre dos fuegos. Le pregunto si los alumnos y los internos no eran sospechosos para la tropa portuguesa de ayudar a la insurgencia. «En un principio pasaban inadvertidos», me responde. «Una noche llegó un grupo de guerrilleros. Venían armados y en traje de campaña. Un par de ellos entró en la casa, el resto se quedó fuera vigilando. Charlábamos tranquilamente cuando de repente entró uno y nos dijo que se acercaba la tropa portuguesa. Se escabulleron inmediatamente. Estábamos muy asustados, casi paralizados». Antes de romper el alba el padre Vicente fue a hablar con Felipe, el mayor de los internos, y le dijo que reuniera a todos sus compañeros y salieran a borrar el rastro de los guerrilleros. «“Si os encontráis con los soldados, decid que vais a recoger leña y limpiad sus huellas”. Una hora más tarde llegó el ejército: “Frelimo ha estado aquí –nos acusaron–. Vemos pisadas que llegan hasta la casa, pero no las que salen”. Por fortuna sólo encontraron las pisadas de los chavales», añade satisfecho.

Le pregunto si los guerrilleros reclutaban a la fuerza a los jóvenes para enrolosarlos en las filas de Frelimo. «No, no», me responde. «Los chavales se marchaban encantados. No sólo los del internado, también los que vivían en sus casas». Las pruebas de que la población civil de las zonas rurales daba cobertura a la insurgencia provocaron que las fuerzas armadas adoptaran la táctica de tierra quemada, hostigando aldeas y poblados con extrema violencia y crueldad. Berenguer me cuenta que en una ocasión, los soldados cogieron a un joven y le preguntaron por el lugar donde el padre Vicente se veía con Frelimo. Le metieron el cañón del fusil en la boca, se orinó encima pero no dijo nada. Días más tarde detuvieron al cocinero de la misión. El padre Vicente fue

al cuartel en su moto, se presentó ante el comandante de las tropas portuguesas y le dijo que él era el único responsable si había habido algún problema. Consiguí que lo soltaran.

Vicente Berenguer veía con preocupación la presión que el ejército portugués estaba sometiendo a su entorno. Reunió a los profesores y les dio libertad para que el que no aguantara la situación se marchara. «Se quedaron dos conmigo, el resto se marchó».

En diciembre de 1972 el ejército le dio veinticuatro horas para salir de la misión. Llegó el camión de la tropa. Como no le podían detener, le dieron a elegir entre ir a Tete o al puesto administrativo donde estaban acuartelados los militares. Eligió lo segundo. Cargó unos pocos enseres personales, y a la media docena de chavales que quedaban en el internado los envió a un poblado con los dos profesores que decidieron quedarse. Le llevaron a una pequeña barraca prefabricada de los peones camineros. Transcurrido un tiempo, los propios soldados le hicieron una casita de dos habitaciones. Por la noche le visitaban alféreces y capitanes para escuchar música de cantautores lusos. Uno de ellos le llevó aparte y le dijo: “Padre, continúe así como trabaja”. «Pensé que me querían engatusar, pero el 25 de abril (de 1974) comprendí que habían sido aquellos capitanes los responsables de la Revolución de los Claveles».

La situación en los territorios de ultramar se hizo insostenible. Al deseo de los movimientos independentistas, la respuesta del salazarismo fue la guerra colonial. En Mozambique, las denuncias de los misioneros, en especial las de los «padres de Burgos», destapó los abusos sistemáticos del ejército y la policía política. Durante el juicio militar a dos curas portugueses por haber denunciado en sus homilías las matanzas de Mucumbura, al que Miguel Buendía asistió, los abogados defensores le recomendaron que salieran de Mozambique. “Como ya estábamos contra la pared y no podíamos hacer nada, en abril del 1973 nos marchamos a España».

El régimen portugués seguía desmoronándose; la guerra no producía los resultados deseados y las matanzas impactaban en la opinión pública mundial. En el seminario de Madrid, Vicente Berenguer entró en contacto con estudiantes angoleños residentes en España y los ayudó a conseguir salvoconductos para viajar a Argel, donde se reunirían con el Movimiento Popular de Liberación de Angola, el MPLA. «No sé cómo me las arreglé para conseguirlos», recuerda. «Imagínate, en tiempos de Franco». Meses más tarde, él también se desplazó a Argel invitado por el MPLA. Allí volvió a coincidir con miembros de Frelimo, que llevaban a cabo formación militar en los campos de entrenamientos del país magrebí.

Corría el año 1974. Todavía no se había producido el golpe de estado en Portugal; sin embargo, algunos misioneros españoles, entre los que se encontraba Vicente Berenguer, tomaron la decisión de marcharse a la frontera de Zambia con Mozambique «para seguir trabajando por la independencia». Desde el cuartel general de Frelimo en la capital tanzana, el presidente Samora Machel, escribió una carta a los «padres de Burgos» solicitando dos represen-

tantes para ir a Dar Es Salaam a diseñar las líneas del sistema de educación de Frelimo. Machel quería que la alfabetización y la educación fueran una prioridad para la población de Mozambique, dominada culturalmente por los colonizadores. «Nos eligieron a José María Lerchundi y a mí».

Allí se encontraban todos los grandes dirigentes de la organización: Montero, Chissano, Banze, Mocumbi, Vieira, Revelo, dos Santos.... Visitaron la escuela secundaria que Frelimo tenía en Bagamoyo. También fueron a Mtwara y Tunduru, para conocer el internado, y Vicente se encontró con algunos de sus antiguos alumnos. Se alojaron en su casa Samora Machel y Samito, el primer hijo de Samora y Josina Muthemba. Estando en Tanzania se produjo el golpe de estado de Portugal el 25 de abril de 1974. «Vivimos el golpe con los ojos puestos en Mozambique. Nos alegrábamos por Portugal, pero mirábamos a Mozambique. Sabíamos que con aquella revolución llegaría la independencia».

Mientras Berenguer y Lerchundi estaban en Dar El Salaam, llegó la primera delegación desde Mozambique con el escritor Rui Nogar, el poeta José Craveirinha y el pintor Malangatana, entre otros, para reunirse con la plana mayor del movimiento. Se discutieron las futuras responsabilidades de los «padres de Burgos», y se acordó «que regresáramos a España para preparar el camino para un próximo viaje a Mozambique». Los misioneros españoles solicitaron desde Madrid, al recién creado gobierno de transición, dirigido por Joaquim Chissano, los permisos necesarios para volver a Mozambique. En noviembre de 1974, un año y siete meses después de salir del país, el padre Vicente regresó a Tete. Fue a Changara, pero al poco tiempo el ejército rodesiano bombardeó con aviones la zona, donde se encontraban campamentos del ZANU, y el obispo le transfirió a Tete. Allí abrió una parroquia y se dedicó a la enseñanza.

Mientras tanto, Portugal y los líderes de Frelimo negociaron el fin de la guerra, el reconocimiento de Mozambique como país independiente y la gestión transitoria hasta la total independencia, que se proclamó el 25 de junio de 1975. Fue un tiempo de euforia, solidaridad y unidad popular. Frelimo era muy apreciado, y los mozambiqueños estaban dispuestos a trabajar y sacrificarse para reparar el vacío que habían dejado los colonos portugueses. «Nos ofrecimos como profesores de lo que fuera: de biología, de geografía, de historia...».

Vicente Berenguer admiraba mucho a Samora Machel. «Si hoy levantara la cabeza, ametrallaría a mucha gente», dice riéndose, «y pensaría: “Esto no es por lo que luchamos”». Un mes después de declarar la independencia, Samora deseó recorrer por tierra el país de norte a sur, atravesando el río de Rovuma y pasando por todas las provincias hasta llegar a la capital. «Yo estaba en mi casa en un suburbio de Tete con mi amigo (Luis García) Castro. Estábamos charlando y se nos había olvidado que el presidente estaba por allí. Al oír un claxon nos asomamos. En ese momento pasaba su coche por delante de nuestra puerta. Al verme mandó parar, se bajó, me dio un abrazo y exclamó: “¡Independientes!”». Samora entró en la casa mientras la tropa la rodeaba, y charlaron durante unos minutos. Le pidió que esa noche cenaran juntos en la sede del gobierno local

donde le dedicó unas palabras de agradecimiento por su labor. «Era muy sencillo», suspira el padre Vicente. «Fue capaz de bajar del coche para abrazarme».

Las escuelas y hospitales que estaban dentro de las misiones dirigidas por la Iglesia católica quedaron bajo control del Estado. Una de las primeras medidas del gobierno independiente fue la nacionalización de la sanidad, la educación y la justicia. En el campo de la educación se nombraron nuevos directores en todas las escuelas, y el personal de los centros privados pasó a ser empleado del estado. Un cuarto de millón de colonos portugueses huyó o fue expulsado por las nuevas autoridades. El país quedó con una economía muy frágil, esencialmente de servicios, sin cuadros técnicos ni especialistas, sumido en la dependencia exterior. Numerosos religiosos también abandonaron Mozambique. Los que optaron por quedarse tuvieron que adaptarse a la nueva situación.

En 1976 Vicente Berenguer asistió al primer curso nacional de directores de escuela en Maputo. Después le nombraron director de la Escuela Industrial y Comercial de Tete. «No sabía nada ni de industria ni de comercio. Me dijeron: “Tienes que dirigir, sabes dirigir, pues dirige”». Fueron tiempos difíciles. Faltaba de todo. Ni siquiera había papel. Encontró resistencias en algunos antiguos profesores portugueses que todavía permanecían allí, pero también en los nuevos responsables mozambiqueños. Un día, súbitamente, llegó la policía, le arrestó y le enviaron a una cárcel de Maputo para proceder a su deportación. En la prisión le colocaron en un cuartito con doce literas, pero le tocó dormir en el suelo porque no había cama para todos. «Me propusieron pagar algo de dinero para no limpiar las letrinas ni hacer otros trabajos». Contactó con Miguel Buendía y José María Lerchundi, y les comunicó que estaba detenido. «El de Miguel es el único número de teléfono que me he sabido de memoria en mi vida». Hablaron con Sergio Vieira, que era ministro del Interior. «No queremos que nos hagas ningún favor», le dijeron a Vieira, «sólo saber qué ha hecho Vicente para estar en la cárcel». Pasó tres o cuatro noches encerrado hasta que le liberaron. «En nombre del gobierno me pidieron perdón. Yo les dije que no quería disculpas, sino saber por qué me habían detenido. Me contaron que fue porque yo ponía a los alumnos en contra del gobierno». Al parecer su nombramiento había levantado envidias y deseos de venganza en algunos nuevos funcionarios, y urdieron una trama que provocó la desconfianza de los dirigentes de la provincia.

En Maputo pensaron que sería más conveniente que no volviera a Tete y le ofrecieron trabajar con Graça Machel, que había sido nombrada ministra de Educación. Vicente y Graça tuvieron una relación próxima y cordial. Su nuevo puesto estaba dentro del área de producción escolar. Visitó escuelas del norte y centro del país y organizó seminarios a nivel nacional sobre el tema. En el ministerio también trabajaron sus compañeros del IEME José María Lenchundi, Julio Moure y Miguel Buendía. En 1981 y 1982 el ministerio le envió con una delegación a Cuba, socio fundamental de Mozambique en aquellos años, para estudiar cómo gestionaban la educación. El pasaporte de Vicente Berenguer decía que su profesión era «cura católico». El funcionario cubano que los

recogió en el aeropuerto de La Habana le preguntó cómo era posible que un católico que daba misa viniera a un país marxista representando a otro país marxista. «A mí eso me cabreaba mucho. Le dije: “¿Tú qué pretendes con tu ideología: comida para todos, sanidad para todos, educación para todos, vivienda para todos? Es exactamente lo mismo que pretendo yo. Tú desde tu ideología y yo desde mi fe. El día que mi fe sea un obstáculo para conseguir esto, críticame todo lo que quieras. El día que tu ideología sea un obstáculo, seré yo quien te critique”. Me dijo que nunca había oído a un cura hablar así. Le pregunté si creía que podríamos trabajar juntos. Me dijo que sí».

Algún tiempo después, el mismo funcionario le preguntó qué le parecía Cuba. El padre Berenguer le dijo que le encantaba, pero que había una cosa que no le gustaba. «Te lo cuento con un chiste con tal de que no me metas en la cárcel: Todos los años en la Plaza de la Revolución de La Habana dan la emulación socialista a la zafra (un tipo de premio por cumplir los planes de producción, en este caso de la cosecha de caña de azúcar). Un año le correspondió a un viejo. Fidel Castro le pidió que gritara bien alto lo que sentía en esos momentos. “¿Y me oirán los yanquis?”, preguntó el viejito. “Sí, grítalo bien alto”, le aseguró Fidel. “¿Sacadme de aquí!” Es lo único que no me gusta de Cuba», le dijo Vicente al funcionario: «No poder entrar y salir cuando uno quiera».

Unos años más tarde le asignaron una parroquia y siguió compaginando las labores pastorales con el trabajo en el ministerio hasta la salida de Graça Machel, en 1989. A partir de ese momento se dedicó a la enseñanza. Con fondos de donantes extranjeros levantó «piedra a piedra» (como se canta en el himno nacional de Mozambique) centros infantiles, escuelas secundarias, preuniversitarias, asilos e incluso morgues. Hace más de una década el arzobispado le destinó a Ressano García, donde ha construido una escuela secundaria y un internado. «Ya le dije al obispo que no quería estar más de diez años en el mismo sitio. Tienen que ser los mozambiqueños jóvenes quienes tomen el relevo».

Vicente Berenguer cuenta 77 años. Es chaparro, tiene el pelo gris y la nariz redonda y prominente. Usa gafas y viste ropa amplia y cómoda, y una gorra con visera cuando sale al exterior para protegerse del sol. Le pregunto si está pensando jubilarse y volver a España. «No lo sé todavía», me responde. «Estoy en un momento de duda. Hablé con (Antonio) Cañizares –arzobispo de Valencia–. No quiero una parroquia en España. Nosotros ya no entramos por ahí. Tenemos otra visión de muchas cosas de la iglesia y queremos algo diferente. Pero no queremos molestar».

El intenso calor va remitiendo cuando el sol se tiende sobre las colinas de Sudáfrica. Decidimos salir de la casa parroquial y visitar la escuela secundaria y el internado, a cinco kilómetros del municipio, que Vicente Berenguer ha construido y equipado con donaciones internacionales. La escuela tiene capacidad para más de mil estudiantes de bachillerato, es propiedad de la Iglesia, pero está subvencionada por el Estado. El internado aloja a noventa

alumnos procedentes de las escuelas primarias del distrito a los que escogen los directores dando preferencia a las chicas. Los internos pagan mil quinientos meticales anuales (unos 35 euros), y el Gobierno soporta el resto de los gastos. «Los tres primeros años fuimos nosotros, con ayuda de los amigos, los que asumimos los costes», confiesa Berenguer.

Después de recorrer las instalaciones tomamos un camino de tierra para contemplar la región desde la cima del monte Asunción, desde donde se observa toda frontera y el resto del municipio. Las colinas circundantes están moteadas de modestas casitas construidas de bloques de hormigón, caña y tejados de lata. Están diseminadas por el paisaje y unidas por estrechos caminos, polvorientos en la estación seca y embarrados con las lluvias. El valle y las colinas están deforestados. Los habitantes han talado los grandes árboles y la vegetación leñosa para usar la madera para cocinar. Desde la distancia se observa nítidamente la línea que separa el bosque frondoso de Sudáfrica del llano desbrozado del lado mozambiqueño.

Dejamos el *pick-up* orillado en el camino. Vicente Berenguer está en forma. Sube los terraplenes con la agilidad de una cabra montesa hasta encaramarse al punto más alto, donde se levanta una gran cruz blanca. Un poco más allá se encuentra la ermita de Nuestra Señora de la Asunción. Nos vamos cruzando con los vecinos de las casas que han ido colonizando las colinas. Saludan al padre Vicente con afecto e intercambian algunas frases. Me dice que la mayoría de la población de este distrito es seropositiva. Muchas mujeres jóvenes se dedican a la prostitución para ganarse unos meticales. Otras atraviesan la frontera y acaban en los burdeles de Sudáfrica, engañadas por las pasadoras con promesas irrealizables.

Vicente Berenguer es una especie de guerrero solitario e infatigable de la iglesia. Un alma libre que guarda el espíritu de rebeldía de los años de juventud. «A mí me pueden llevar a la cárcel, pero no me callo. Estamos en la miseria. Lo digo en las homilías». Asegura que no tiene mérito lo que ha hecho durante más de cuatro décadas en África. «Ha habido curas y monjas españoles a cuyo lado yo no soy nada». Ha habido «una Iglesia fuerte y luchadora que hizo mucho por la liberación de este país». «Ha sido una lucha constante codo con codo con otras personas para hacer un mundo mejor, y creo que ese objetivo aún es factible. Cuando veo una escuelita para niños que ya no están en la arena y tienen un desayuno, creo que es posible».

El camarógrafo de Samora Machel

C

uando Carlos Jambo fue consciente de lo que acababa de ocurrir, el mundo se le vino encima. Eran las 9:21 de la noche del domingo 16 de octubre de 1986. Jambo estaba desconcertado y aturdido tras el brutal impacto, y apenas pudo distinguir en la oscuridad los pedazos esparcidos del viejo Tupolev 134 a su alrededor. Intentó liberarse del cinturón de seguridad, pero la mano izquierda no le respondía. Tomó un trozo de metal del avión y se ayudó de la otra mano y de los dientes para accionar el broche y escapar del asiento. Se puso en pie aguantando el intenso dolor del brazo fracturado y miró a su alrededor. En ese momento percibió la dimensión de la tragedia: allí, tendido entre los restos de la nave y otros muchos cadáveres, se encontraba el cuerpo sin vida del presidente Samora Machel. «Sentí una enorme tristeza y un gran vacío. Comencé a pensar cuál iba a ser mi futuro, qué iba a ser de mí. Todavía no sé cómo me salvé. Sigo arrepintiéndome de estar vivo. Me hubiera gustado morir para no haber sufrido tanto», me confiesa Carlos Jambo sumido aún en la desdicha, veintiocho años después del accidente.

El Tupolev 134, un bimotor soviético con capacidad máxima para 72 pasajeros, que había salido desde Mbala, al norte Zambia, con dirección a Maputo, se estrelló, por motivos que todavía hoy se desconocen, en la ladera de una colina de Mbuzini, en Sudáfrica, cerca de la frontera con Mozambique, a sesenta y cinco kilómetros de su destino. En la aeronave viajaban con Samora treinta y ocho miembros de su comitiva entre asesores y varios ministros, además de los dos pilotos rusos, que llevaban trabajando para el presidente tres años. Sólo sobrevivieron 8 pasajeros, sentados en la parte trasera del avión, y uno de los pilotos. Samora Machel regresaba de una reunión en Mbala con los presidentes Kenneth Kaunda, de Zambia, José Eduardo dos Santos, de Angola y Mobutu Sesse Seko, de Zaire: una misión de paz que buscaba encontrar una salida a las guerras civiles de Angola y Mozambique.

«Iba medio dormido y no noté nada hasta que estábamos ya en el suelo, pero no perdí la conciencia. Como estábamos en guerra, pensé que habíamos

sido abatidos por la Renamo», el grupo armado financiado y creado por los servicios secretos de la antigua Rodesia y apoyado por Sudáfrica que desde 1977 se enfrentó al gobierno de Frelimo. La cruenta guerra civil duró dieciséis años y causó al menos un millón de muertos.

Transcurridas unas horas llegó al lugar del accidente el ejército sudafricano. «Un soldado me preguntó si conocía el cuerpo de Samora y se lo mostré». Los militares buscaron las cajas negras entre los restos, recogieron pruebas y documentos, evacuaron a los heridos y esperaron a que una delegación oficial de Maputo se hiciera cargo del cuerpo del presidente y del resto de los fallecidos. Samora Machel permaneció de cuerpo presente en el ayuntamiento de Maputo entre el 24 y el 27 de octubre. Fue enterrado el 28 junto a su esposa, Josina Muthemba, que había muerto en 1971, con 25 años, y a Eduardo Mondlane, en la Plaza de los Héroe. Más de cien delegaciones extranjeras asistieron al funeral. Nelson Mandela, desde su celda en la prisión de Robben Island, pidió a sus captores asistir a las exequias fúnebres, pero le denegaron el permiso.

La muerte de Samora Machel cayó como una bomba dentro y fuera de Mozambique. El país vivía tiempos difíciles. La guerra civil se había estancado y el modelo de economía planificada que pretendía impulsar los planes de desarrollo para sacar al país de la pobreza no había dado los resultados esperados.

Se barajaron todas las hipótesis posibles como causa del accidente: sabotaje de los servicios secretos sudafricanos, un error en los sistemas de navegación del avión, incluso el estado etílico de los dos pilotos soviéticos. Durante años se han realizado diferentes investigaciones internacionales con la participación de expertos civiles y militares en aviación que no han convencido a ninguna de las partes implicadas en el suceso. Hoy en día se siguen desconociendo las verdaderas razones por las que el avión presidencial se desplomó acabando con la vida de Samora Machel y 32 acompañantes. José Milhazes, periodista e historiador portugués especialista en Rusia, rastrea en su libro sobre la muerte del presidente mozambiqueño las pistas que le lleven a determinar si el incidente fue un accidente o un atentado. Aunque no se han descubierto pruebas concluyentes que demuestren una u otra posibilidad, Milhazes asegura que en el momento de la muerte de Samora, las relaciones entre la Unión Soviética y Mozambique se habían «enfriado». Moscú pensaba que Samora Machel era un político poco culto y rudo. Aunque creían que Joaquim Chissano podría ser un presidente más previsible, desconfiaban de ambos porque podían desviarse de “la vía socialista”.

Aprovecho que Vicente Berenguer ha venido a Maputo a una reunión en el arzobispado para que me presente a Carlos Jambo. Paolo, el *motorista* que durante más de un año me dio servicio de taxi por la ciudad, llega puntual a recogerme en la cafetería Cristal. Pasamos por la parroquia de Malhangalene para buscar al padre Vicente y nos dirigimos a casa de Carlos Jambo en la Vila dos Pescadores, un poblado a 6 kilómetros de Maputo. En el trayecto, el padre Vicente me cuenta que Carlos fue alumno suyo en el internado de la misión de

Changara, y que, al ser un buen estudiante, más tarde le envió a hacer secundaria a la misión de Moatise. Un día, el padre de Carlos, que era el *régulo* — jefe— de una pequeña tribu llamada Malembe, de la zona montañesa de Tete, fue a hablar con el misionero. Le contó intranquilo que los guerrilleros de Frelimo habían ido a su casa para reclutarle. A su vez, la tropa portuguesa también le pedía que colaborara ya que era el hombre más notable de la comunidad. El padre Vicente no se anduvo por las ramas. Le dijo con firmeza que, si deseaba la independencia de su pueblo y dejar de ser esclavos el resto de sus vidas, se uniera a Frelimo, aunque esa decisión le acarrearía sufrimiento, e incluso la muerte. Pero también le dijo que si quería vivir bien, sin complicaciones, sería mejor que se quedara en algún *aldeamento* del gobierno portugués. El hombre respondió sin pensárselo: «Cuide de mis hijos». Se echó al monte con la guerrilla dejando a cargo del padre Vicente a sus tres hijos más jóvenes: Carlos, que estudiaba en Moatise, y sus dos hermanos menores.

Durante unas vacaciones en 1970 el joven Carlos fue a visitar a la familia y solo entonces descubrió que su padre se había unido a Frelimo. A su regreso habló con el padre Vicente y le contó su intención de visitar a su hermana, que vivía cerca de la frontera con Rodesia, junto a la base de Frelimo de Peteasse, en las montañas de Nhansolo, donde se encontraba su padre. «Si vas allí ya no volverás», le advirtió el misionero. Carlos, que aún era un adolescente, le aseguró que no quería unirse a la guerrilla, sino seguir estudiando. Como había vaticinado, «se marchó, y ya no regresó», me dice Vicente Berenguer. Carlos Jambo siguió los pasos de su padre y se unió a la insurgencia. Transcurrido un tiempo, el padre Vicente, que se había ausentado de la misión y no pudo regresar durante un mes a causa de las lluvias, supo que el joven había vuelto acompañado de otros guerrilleros y se había llevado a sus dos hermanos menores, que seguían al cuidado del misionero, para que su padre pudiera verlos. Uno de los sacerdotes de la misión le dijo al padre Vicente que, nada más partir Carlos y sus hermanos, se escucharon en las inmediaciones de la misión un intenso tiroteo y algunas explosiones. Vicente Berenguer se inquietó y salió en dirección a la base de Frelimo. Más tarde, el religioso supo que habían sido Carlos y sus compañeros quienes habían tendido una emboscada a una patrulla portuguesa y habían dejado tras de sí el camino cubierto de minas para impedir que les siguieran hasta la base guerrillera.

El padre Vicente viajó hasta la casa de la hermana de Carlos. Su marido le acompañó al pie de la montaña, donde había un poblado de chozas habitadas por aldeanos civiles que servía protección de la base en caso de un ataque repentino o una huida precipitada. Una anciana que se encontraba a la puerta de su choza, al ver al misionero desconfió y se negó a mostrarles el camino hasta al campamento. El cuñado de Carlos intentó convencer a la mujer de que aquel blanco que estaba delante de ella era un sacerdote católico que cuidaba de los hijos del *régulo* Jambo. Un miliciano que montaba vigilancia detrás de la choza escuchó la conversación, salió de la espesura y gritó el nombre del padre Vicente. Resultó ser un antiguo alumno suyo de la misión de Mukum-

bura. Tras intercambiar saludos, el misionero le comunicó su deseo de hablar con el jefe del destacamento guerrillero. La anciana, al ver las muestras de cariño y confianza del miliciano, se disculpó y ofreció al padre Vicente un puñado de cacahuets. El guerrillero se adentró en la vegetación y desapareció. Al cabo de un rato regresó acompañado por el comandante de la base, Carlos Jambo y su padre. El comandante, intrigado, le preguntó qué deseaba. El padre Vicente fue directo al grano: le dijo que era el párroco de Changara, que en su ausencia y sin su permiso se habían llevado a dos estudiantes de su internado, y que estaba allí para recuperarlos por las buenas o por las malas. El comandante, que no se esperaba una respuesta tan contundente de un sacerdote, balbuceó desconcertado. A Carlos y su padre les temblaban las piernas. El padre Vicente pidió que le dieran un arma. Como vio que el comandante no sabía qué hacer, acabó soltando una carcajada y confesándole que les estaba gastando una broma. Se rieron todos, y el comandante, aliviado, le invitó a quedarse en la base. El padre Vicente pasó allí tres noches. Durmió en chozas camufladas en las ramas de los árboles y el destacamento femenino se ocupó de facilitarle agua caliente para el baño. El día que Vicente Berenguer regresó a la misión con los dos jóvenes, Carlos quiso marcharse con ellos. Discutieron la situación y pensaron que era más seguro para él que se quedase con la guerrilla: si el ejército portugués atacaba la base, las sospechas de haberlos delatado soló recaerían sobre el misionero. Todos estuvieron de acuerdo. Dos insurgentes lo acompañaron hasta la salida de la montaña. Vicente Berenguer y Carlos Jambo no volvieron a verse hasta años después.

La Vila dos Pescadores se encuentra en el extremo norte de la Bahía de Maputo. Paolo conduce despacio por la carretera costera plagada de baches de la Avenida Marginal, donde los socavones son tan profundos que es mejor evitarlos. Atravesamos el barrio periférico de Costa do Sol. En la última década en esta antigua zona de campos y cañaverales se han construido urbanizaciones suntuosas que desahogan la demanda de alojamiento de calidad para hombres de negocios, empleados de organismos internacionales y trabajadores de ayuda humanitaria.

El cielo está gris y amenaza lluvia. Sopla brisa fuerte del este. La pleamar ha cubierto gran parte de la arena. El mar está picado y turbio y las olas baten con fuerza los nuevos espigones del litoral. Las obras de mejora de la carretera y la construcción de los diques son parte del proyecto del futuro paseo marítimo, que pretende dar más protagonismo a esta parte de la costa. Pienso que es una lástima que Maputo haya vivido tantos años dando la espalda al imponente Océano Índico. Estas playas, sucias y descuidadas, a donde van a parar una parte de los desechos de la ciudad, se llenan los fines de semana de familias y jóvenes.

El asfalto se acaba súbitamente después de dejar atrás el legendario Hotel Costa do Sol. El camino es un lodazal por causa de las intensas lluvias de los últimos días. La Aldea dos Pescadores es un antiguo asentamiento de pescadores, de aguas tranquilas y poco profundas frente a la antigua isla-prisión de

Xefina. Cada tarde barcazas tradicionales descargan las capturas del día. Docenas de mujeres bajan hasta la arena, reparten los peces y remontan la pendiente con las cajas en la cabeza en dirección a los mercados locales. El poblado ha ido ganando terreno a los manglares y a las tierras bajas para poder acoger la presión demográfica de la inmigración rural. Chabolas de caña y bloques de cemento cohabitan con las viviendas más acomodadas de la clase media mozambiqueña. Decenas de camiones descubiertos y *chapas* (furgonetas de transporte de pasajeros) rebosantes de viajeros van y vienen a la ciudad deslizándose por el barro. La entrada a la Vila dos Pescadores es el punto neurálgico de la aldea. Es a la vez parada del servicio de transporte; mercado donde mujeres vestidas con *capulanas* venden en el suelo montoncitos de hortalizas, frutas y pececillos; y emplazamiento de barracas de madera que cocinan *frango* (pollo) en parrillas ennegrecidas.

Tenemos que realizar un par de llamadas a Carlos Jambo para poder localizar el lugar donde nos hemos de encontrar. En la Aldea dos Pescadores, las calles no tienen nombre ni las casas número, y sólo se accede a través de indicaciones orientativas: «Después de dejar la iglesia anglicana, atravesad una laguna a punto de desbordarse donde se han caído varios postes de la electricidad. Continuat hasta que lleguéis a un quiosco pintado de amarillo en el lado derecho. Tomad esa calle, seguid hasta que paséis una casa que tiene una puerta metálica negra y luego, la primera a la izquierda hasta el final del camino». Allí, con una enorme sonrisa y los brazos levantados en señal de bienvenida, un hombre grueso, de pelo canoso y movimientos nerviosos nos espera entusiasmado. Carlos Jambo se funde en un largo abrazo con el padre Vicente Berenguer.

«Pensaba que el padre Vicente se había marchado ya a España. Hacía tiempo que no sabía nada de él», exclama exultante. «Así que cuando el otro día me llamó y vi su nombre en el teléfono para decirme que venían, me puse muy contento». Jambo nos muestra su chiringuito, donde vende cervezas y pollo a la brasa, situado en un claro del bosque rodeado de cabañas de caña en un extremo de la aldea. En la cabaña donde se cocina, cuelga un cartelón con la lista de precios escrita en tiza blanca. Nos sentamos alrededor de una mesa de plástico, y una joven nos sirve unas cervezas y un tarrito de *amendoim* — cacahuetes— tostados.

«Yo soy persona gracias al padre Vicente», declara Jambo. «Aprendí a leer, a escribir y a hablar portugués en el internado de la misión gracias a él. Gracias a él también tuve mis primeros zapatos. Me enseñó lo que soy hoy. Me enseñó a ser persona». Toma la mano del misionero. «Pero no sólo a mí, también a muchos chicos que pasaron por sus manos. El padre Vicente quiso liberarnos a través de la educación para que dejáramos de ser dependientes. Algunos de aquellos muchachos son hoy doctores o grandes cuadros de Frelimo».

Carlos tiene la voz aguda y cantarina. Se comunica con todo el cuerpo. Habla a borbotones, desordenado, y a veces resulta imposible entenderle porque la frase se transforma en risa antes de concluirla. «Yo de niño era muy

travieso». Vicente Berenguer lo corrobora: «Ya entonces tenía una personalidad fuerte, la de un luchador. Yo tengo dos imágenes de él cuando estaba en la misión de Changara. Allí no podían fumar. Algo le prohibí hacer, que ahora no recuerdo, se encendió un cigarrillo para provocarme y se paseó delante de mí fumando como diciendo: “Tú a mí no me dominas”». El relato provoca las risas de los dos. «En otra ocasión les dije a todos los chicos que teníamos que ir a cierto lugar. Carlos respondió que él no iba. Lo volví a repetir, y él volvió a decir que no salía. Le cogí por la camisa y accidentalmente se la rasgué». Jambo asiente: «Yo le decía furioso: “No haga eso”». «Quería saber si era capaz de golpearme», añade Berenguer. «Yo le repetía que me soltara. Solo quería golpear al blanco», reconoce Jambo entre risas. «Sí», confirma Berenguer, «me decía: “Le voy a matar, le voy a matar”». «Entonces yo tenía un temperamento muy fuerte», reflexiona Carlos poniéndose serio. «Esa vez el padre fue duro. Nunca falté al respeto a ningún superior. Pero no me gusta que nadie me domine por el hecho de ser un superior. Cuando me mandan hacer algo lo hago con respeto; pero tratarme como a un esclavo cuando yo combatí para dejar de serlo, eso no lo acepto», sentencia y vuelve a reírse.

Carlos Jambo tiene 61 años. Se ha casado en tres ocasiones y tiene nueve hijos y varios nietos. Es un hombre divertido, aparentemente sereno y feliz. Sin embargo, como él mismo dice, su vida ha sido un tanto *atrapalhada*. Desde el accidente del avión todo cambió y a partir de entonces se ha sentido «permanentemente triste». «Participé en cuatro guerras: contra los portugueses, contra la Rodesia de Ian Smith, contra Renamo, y la guerra del accidente del avión de Samora. Ahora estoy en la quinta: la de la supervivencia».

El accidente le causó la fractura del brazo izquierdo. Pasó en tres ocasiones por quirófanos de hospitales de Sudáfrica y Zimbabue. Se remanga la camisa, levanta el brazo y muestra una espectacular cicatriz ancha y larga que va desde la muñeca hasta la axila. Además del sufrimiento psicológico, durante mucho tiempo el hueso no acababa de soldar y el nervio radial seguía dañado. Como no tenía dinero para que lo trataran, telefoneó al padre Vicente, que gestionó que le llevaran a Alemania. Pasó semanas en un centro de rehabilitación en el que cada día nadaba en una piscina de agua caliente hasta que su brazo se recuperó. «Ahora está bien. Gracias al padre Vicente tengo brazo e incluso puedo conducir. Pero psicológicamente no me he recuperado».

Tras el encuentro con el padre Vicente en la base de Frelimo de las montañas Nhansolo, Carlos Jambo pasó varios años luchando contra los soldados portugueses. Antes de cumplir los veinte, le enviaron al cuartel general de Frelimo en la capital tanzana, donde le confiaron tareas cercanas a Samora Machel. En la primavera de 1974, cuando Vicente Berenguer y José María Lerchundi visitaron la sede de la organización en Dar Es Salaam para participar en el diseño del futuro sistema educativo, se volvieron a encontrar los dos. «Samora nos puso a dos jóvenes para que nos acompañaran esos días», recuerda Vicente. «Cuando Jambo me vio se quedó paralizado. No sabía si yo estaba preso o por qué razón estaba allí». El padre Vicente se levantó de la silla y le

abrazó. «Samora me preguntó: “Le conoce?” Claro, ¿cómo no le voy a conocer si ha estudiado conmigo?», le respondí.

En aquellos tiempos, Carlos Jambo se sentía joven y afortunado. Había comenzado a hacer reportajes fotográficos durante la guerra de liberación, y después aprendió a usar la cámara de video. Sus primeros recuerdos relacionados con el cine son gracias al padre João, que proyectaba películas en la misión de Karata. Al igual que Salvatore en la película italiana *Cinema Paradiso*, Carlos Jambo se sintió atraído por la magia del cine. Más tarde rodó en primera línea el conflicto entre Frelimo y Renamo. Cada vez que había alguna operación militar de envergadura, Samora le decía: “Jambo, vete para allá a filmar.” Carlos Jambo grabó las atrocidades de la guerra con la cámara. Participó con los soldados en el ataque de las bases de Inhambane, y fue el primero en entrar en Casa Banana, el cuartel general de Renamo en Gorongosa, donde a punto estuvieron de capturar a su líder, Afonso Dhlakama, que huyó “in extremis”. Al día siguiente, cuando Samora llegó al lugar, pronunció la célebre frase: “Hemos roto la espalda de la serpiente, pero la cola se seguirá moviendo”. Y a Carlos le dijo: “Jambo, has hecho un buen trabajo.”

Carlos Jambo y Jean Luc Godard se conocieron en Maputo. El cineasta francés, representante de la *nouvelle vague* y convencido maoísta durante los años sesenta, viajó a ese país en varias ocasiones entre 1977 y 1978 a instancias del gobierno de Samora Machel para ayudar a establecer la televisión estatal. Además de este proyecto, Godard pretendía utilizar la experiencia para rodar un largometraje. El proyecto fracasó y Godard abandonó Mozambique sin terminar su contrato. Dejó en Mozambique el material técnico que había llevado consigo, y a Carlos Jambo una valiosa experiencia.

Uno de los jefes de Carlos Jambo apreciaba su trabajo, y decidió ponerle en contacto con Godard para acompañarle el tiempo que permaneciera en el país. «Gracias a él aprendí a componer la imagen y a saber lo que es un guion. Trabajábamos en Super-8». Jambo había aprendido a usar la cámara en el *mato* (el bosque) durante la guerra de independencia. Sabía filmar, «pero no era profesional, no sabía elegir bien los ángulos». Aun así, Carlos Jambo era el único camarógrafo de Mozambique, donde sólo había una cámara de televisión, la suya. La primera que usó fue en blanco y negro, y posteriormente tuvo una en color. Fue una buena época personal y profesional. Disfrutaba de su trabajo. Consiguió un gran dominio con la cámara. Filmaba de tal manera que insertaba los planos como si ya estuvieran montados. Samora entendía el sentido de la imagen y le gustaba cómo trataba la suya. Se convirtió en su camarógrafo personal y le acompañó en numerosos viajes oficiales por Mozambique y el extranjero. Por eso también estaba dentro del avión que se estrelló.

Carlos Jambo todavía guarda el uniforme que vestía aquel fatídico día. Hace llamar a alguien para que se lo traiga. Al cabo de un rato, sale un hombre de una de las cabañas con una percha de la que cuelga una chaqueta azul marino de botones dorados con grandes manchas, agujeros y desgarrada. La coge con cuidado y nos la muestra. «Me la hicieron a medida. Ahora ya no me sirve. Es

muy pequeña. Antes yo era guapo y delgado». Se ríe. «Me la pongo todos los años y celebro el aniversario. Está tal y como quedó después del accidente». Se la superpone. «Mire, después de 28 años ahí siguen los botones. Son buenos botones. Tengo que buscar algún líquido que lo proteja para que no se pudra. Tengo que conservarlo para que lo vean mis nietos».

Me cuenta que, tras la muerte de Samora, muchos de los que formaban su círculo cercano quedaron apartados del poder. «En 1992, después de la firma de los Acuerdos de Paz de Roma, que puso fin a la guerra civil entre Frelimo y Renamo, el gobierno me retiró del servicio. Me dijeron que me fuera a descansar». ¿Por qué?, le pregunto. «No sé, dijeron que ya no estábamos capacitados para trabajar. Me dejaron con 500 meticales al mes (unos 13 euros). ¿Cómo podría vivir con eso?» Durante un tiempo filmó bodas de “indianos” para poder sobrevivir. Me dice que los años de trabajo con la cámara acumuló mucha experiencia y conocimiento en el mundo de la televisión. «Yo enseñé a muchos fotógrafos y cámaras que luego anduvieron con los siguientes presidentes. Todavía me llaman “Jefe Jambo”, pero yo ya no tengo nada de jefe». Tras ser relevado como camarógrafo, Carlos Jambo comenzó a construir con un amigo este chiringuito con la esperanza de que la Vila dos Pescadores se convirtiera en un lugar turístico, cosa que todavía no ha ocurrido. También decidió criar cerdos, pero los animales contrajeron una enfermedad y murieron todos. «Ahora soy cocinero», se resigna con una carcajada. «Me dedico a vender cervezas y pollos y a educar a mis hijos».

Antes de despedirnos, Carlos Jambo pone a Vicente Berenguer al día del estado de su extensa familia. «Es como mi segundo padre», me confiesa en un aparte. «Fue muy importante para mi familia. Cuidó e hizo estudiar a mis hermanos». El patriarca de la familia Jambo, el régulo, tuvo seis esposas, y las seis conocieron al padre Vicente. Uno de los hijos tiene su nombre como reconocimiento. Durante muchos años y hasta el día de su muerte el padre de Carlos llevó una bala alojada en la cadera, una bala de la guerra de la Independencia. El día que iban a sepultar a su primera esposa, sufrieron la emboscada de una patrulla portuguesa, le hirieron, y no pudo enterrarla.

Carlos me asegura que Vicente Berenguer no sólo fue una figura importante para la familia Jambo. El gobierno de Mozambique debería hacer un reconocimiento público a esos misioneros, sobre todo a los padres de Burgos, por todo lo que hicieron: lucharon por la independencia, en muchos casos lo pagaron con su salud, denunciaron masacres, fueron a la cárcel y los expulsaron del país. «No se pueden quedar sin reconocimiento», afirma meneando la cabeza.

Vicente Berenguer vuelve con nosotros y se lamenta de que, a pesar del tiempo transcurrido y del hallazgo de gas y petróleo, «en algunos lugares del país nada haya cambiado desde la llegada de la independencia, de que sigan siendo pobres». Los Malembe, la tribu de las montañas de Tete a la que pertenecen los Jambo, viven encima de yacimientos de oro y diamantes. Ellos lo saben, pero temen que la fiebre que se ha desatado en los últimos años sea un reclamo, y acudan en masa, escaven sus tierras y levanten el cementerio.

«Aquella gente, después de la paz, quedó abandonada en zonas remotas. Aunque nunca les faltó comida, porque la agricultura siempre ha sido su forma de vida, carecen de todo lo demás». Al regresar de España tras la firma de la paz, Berenguer les llevó lo más básico: leche, mantas, incluso aguja e hilo. «Allí no ha llegado el progreso. A las ciudades, sí, pero las aldeas remotas viven en la pobreza». «Si Samora levantara la cabeza no estaría contento», reflexiona Carlos Jambo. «Era un hombre bueno, serio y directo. Siempre tomaba las decisiones pensando en el pueblo. Tenía un proyecto para Mozambique, pero las decisiones que se tomaron después no tuvieron en cuenta al pueblo. Estamos en manos de los que están arriba, de los que dirigen el barco. Son ellos los que tienen el futuro del pueblo». Después de un largo silencio y antes de despedirnos, añade: «Pero tenemos que tener confianza en los dirigentes. Tenemos que tener paciencia». Vicente Berenguer alza los hombros y repite mientras nos alejamos: «Resignación africana, resignación africana».

Langostinos marxistas

E

n el suelo de la entrada principal del edificio de Pescamar en la ciudad de Beira hay un adoquín dorado diferente del resto. Bajo él se encuentra enterrada una caja sellada que contiene veintitrés monedas de cien meticales con la efigie de un camarón y un ejemplar del *Diario de Mozambique* del 21 de mayo de 2003. El número de monedas representa los años que la empresa pesquera llevaba en Mozambique, y el diario, la fecha de inicio de las obras de construcción del moderno complejo que hoy alberga la nueva sede de la compañía. «Algún día alguien encontrará las monedas», bromea David Troncoso, director general para África de Pescanova, mientras espera en uno de los salones del suntuoso hotel Polana de Maputo a Cadmiel Mutemba, ministro de Obras Públicas, que participó, como ministro de Pesca, en la ceremonia de enterramiento de aquellas monedas. Troncoso está de visita en Mozambique para mantener algunas reuniones con responsables del sector. Continuará mañana la turné africana por Namibia y Angola, donde Pescanova también desarrolla actividades pesqueras.

Transcurridos unos minutos, aparece el ministro Mutemba acompañado de un asistente. Aunque hace varios años que salió del ministerio de Pesca, mantiene una amistad cercana con Troncoso. El ministro tiene el pelo blanco y es de baja estatura. Viste traje beige y corbata roja y lleva gafas de sol. «Mi primer encuentro con Pescamar no fue bueno», me cuenta entre risas. «Había por ambas partes recelos, aunque no sé muy bien porqué». Troncoso lo admite: «Hubo malos entendidos en la fase inicial, pero fue breve, la superamos con el esfuerzo de las dos partes». Dice que la historia de la compañía y la de Mozambique corren paralelas. El país tiene treinta y nueve años y Pescamar, treinta y cinco. «Es el hermano menor. Hay una diferencia de cuatro años», añade Cadmiel Mutemba, entre bromas. «Las relaciones son muy fuertes. Ahora estamos pensando en los próximos treinta y cinco».

Tras la independencia de Portugal en 1975, la economía mozambiqueña necesitaba fortalecer un sector que incrementara sus exportaciones y equili-

brara la balanza de pagos. La empresa gallega Pescanova, que ya faenaba en aguas de Mozambique desde algunos años antes, fue invitada por el nuevo gobierno a formar una gran compañía de capital mixto que explotara los caladeros, al igual que el grupo Amasua, de Huelva. Las autoridades también escogieron para completar el sector al coloso japonés Amahu, aunque años más tarde, cuando arreció la crisis, abandonó el país y Pescamar compró su flota.

La apuesta era arriesgada. Una empresa capitalista de economía abierta se introducía en un régimen de economía planificada. Pero como dice David Troncoso, «Mozambique tenía claro que necesitaba impulsar el sector, que en aquella época debía representar la mitad de sus exportaciones, y Pescanova entendía las características del país». Pescamar nació en 1980 para un periodo de cinco años, pero el éxito del proyecto convenció a sus responsables y acabó estableciéndose definitivamente en Beira. Troncoso llegó a Mozambique en abril de 1994, «al mismo tiempo que los cascos azules», el año de las primeras elecciones multipartidistas. En 1992 había concluido el conflicto civil. «Mozambique era uno de los países más pobres del mundo. La gente iba descalza, mal vestida», recuerda. «Me llamó la atención que no hubiera animales domésticos, y eso es señal de extrema pobreza. Tampoco había antenas parabólicas, a diferencia de las favelas de Brasil. Ni siquiera se veían plásticos».

Era el comienzo de una nueva era, aunque el despegue económico todavía tardaría muchos años en llegar, «pero se estaban sentando las bases». Samora Machel había tenido dos cosas claras al hacerse con las riendas del país tras la independencia: lograr la unidad nacional de un territorio extenso y desvertebrado, y elevar las cuotas de educación de la mayoría de la población negra, que había vivido sin oportunidades bajo el dominio de Portugal. El 90% de los mozambiqueños eran analfabetos, había diez médicos, un puñado de abogados, ni un solo juez y dos economistas. Para ello, Samora tiró de sus aliados de la órbita marxista y envió a miles de jóvenes a formarse en Cuba, la Unión Soviética y Alemania del Este.

En aquellos primeros años la ciudad de Beira carecía de cualquier industria auxiliar y de mano de obra cualificada. En tierra, Pescanova tuvo que levantar talleres de electricidad, mecánica y metal. En el mar, el noventa por ciento de la tripulación de los barcos era española. Hubo que desarrollar un programa de formación continua para los diferentes cuadros. Troncoso dice que ahora están orgullosos de tener varias embarcaciones donde, salvo el jefe de máquinas y el capitán, el 100% de la tripulación es mozambiqueña. «Después de treinta y cinco años en Mozambique ha quedado demostrado que Pescamar no fue una empresa que vino a pescar para luego marcharse. Es una empresa que decidió instalarse y desarrollar la economía en Mozambique».

Unos días más tarde, Francisco Vilas, administrador y director ejecutivo de Pescamar, espera pacientemente la llegada de mi vuelo de Maputo, que se ha retrasado un par de horas, en la vetusta terminal del aeropuerto de Beira. La mañana es luminosa y sofocante, y la atmósfera, húmeda y viscosa. Francisco tiene treinta y ocho años, lleva once trabajando para la empresa en Beira. Es un

hombre corpulento, de pelo rubio cortado a cepillo, piel tostada y los ojos claros. Viste una camisa color safari con el logotipo bordado de la compañía.

Mientras me guía hasta el coche de la empresa, me dice que es uno de los días más calurosos del verano. Es sábado y la carretera principal que va desde el aeropuerto a la ciudad está abarrotada de gente que compra en los mercados de las cunetas. Beira es la capital de la provincia central de Sofala, la segunda urbe del país con algo más de medio millón de habitantes. Es una ciudad cosmopolita, tranquila y agradable, con una rica arquitectura colonial. Tiene el puerto más importante de Mozambique y el más cercano al caladero de langostinos. Es uno de los de mayor tráfico del Índico entre el puerto de Mombasa, en Kenia, y el de Durban, en Sudáfrica. Además, es la salida al mar de los cargamentos de carbón y otros minerales de los inmensos yacimientos de Tete, que llegan al puerto a través de la línea ferroviaria del corredor de Beira, construida para acercar el mar a la antigua Rodesia. En el siglo XIX, emigrantes portugueses se establecieron en Beira al abrigo de las actividades comerciales de la *Companhia de Moçambique*, que estaba en manos de capital inglés y belga.

Francisco Vilas organiza en su casa, una vivienda de aire colonial, estancias amplias y piscina en el jardín, una comida con tres veteranos empleados de la empresa: Ramón Muñoz Parra, jefe de la sección de electrónica, de 60 años; Manuel García Negreira, director técnico de flota, de 67, y Ramón Tejes Fernández, jefe de aprovisionamiento, de 58. Los tres forman parte de la plantilla de mil trabajadores de Pescamar, de los cuales ya sólo 30 son españoles.

«En 1969, los marineros españoles llegamos a Mozambique y los astronautas americanos, a la luna», empieza su crónica Ramón Muñoz. Se refiere a los pioneros del histórico *Sobroso*, el primer barco de Pescanova que arribó a las costas mozambiqueñas buscando nuevos caladeros para la pesca del langostino. Muñoz pertenece al grupo de aquellos primeros gallegos entusiastas que consiguieron sacar adelante una flota pesquera con mucha imaginación, «a lo MacGyver», en los años en que faltaba de todo.

Francisco Vilas nos ofrece un menú con productos de la empresa. Va sirviendo una bandeja tras otra de langostinos a la plancha de distintas especies y calibres que Pescamar captura, envasa y congela en los 35 barcos que faenan durante la veda, que se extiende desde el 1 de marzo al 15 de octubre. Al mercado interno no se destinan nada más que unas pocas cajas, que se venden en un pequeño establecimiento propiedad de compañía. Las capturas van íntegramente para la exportación a los mercados de España, China, Francia y Portugal.

El ruidoso aire acondicionado del comedor apenas mitiga el intenso calor. Manuel García Negreira, al que todos conocen por su segundo apellido, recuerda que en aquella época no se seleccionaba el langostino, sino que iba todo a granel, en bloques de 20 kilos. «O se metía en tanques de ocho mil kilos», añade Ramón Tajés. «Se lavaba, se limpiaba, pero no se seleccionaba por tamaño. Eso se hacía en España y después se llevaba al mercado», precisa Ramón Muñoz.

Tras la independencia, llegaron muchas empresas de diversos países a estas aguas. No todas practicaban una política de pesca responsable, de respeto a los

ciclos y con los aparejos adecuados. Cuando en 1980 el gobierno mozambiqueño fue consciente de los riesgos que corría el caladero, decidió ampliar el límite de pesca de 12 millas a 200 millas de la costa. A pesar de la gran producción de los primeros años, las malas prácticas fueron reduciendo las capturas hasta llegar a la crisis de 2007- 2008, cuando muchos armadores decidieron marcharse. A la sobre explotación del caladero, que está situado a tan sólo tres millas del continente, se sumaba la pesca artesanal, sin control ni reglamentación, que la población local realizaba con redes de fabricación casera, incluso con redes mosquiteras.

Otro elemento clave en esta mengua de langostinos ha sido la progresiva degradación del litoral y la constante tala del manglar, que los habitantes de la región cortan todavía hoy para leña. El camarón desova en los ríos y en los manglares, después la corriente lo arrastra al mar. Cuando se tala el manglar, se destruye su zona de desove. Para colmo de males llegaron los barcos rusos, que utilizaban bombas de absorción y succionaban por donde pasan la arena del fondo, incluido el pasto del que se alimenta el langostino.

Ramón Muñoz llegó a Mozambique en 1977. No sabía del país nada más «que estaba frente a Madagascar». Pescanova necesitaba un técnico en electrónica y se vino a probar suerte atraído por un salario más atractivo. Recuerda que el caladero no era tan grande como lo es hoy. Había lugares donde no se podía pescar porque el fango y los pedregales causaban muchos problemas. «Te quedabas pegado al fondo y tenías que soltar las redes».

Manuel García Negreira no se unió a Pescanova hasta 1988, pero ya en 1970 faenaba en las costas de Sudáfrica, en una embarcación de una empresa de la competencia. Después de un tiempo, el armador le envió con un barco a espiar lo que hacía Pescanova en Mozambique. «Vinimos aquí a pescar lo mismo que ellos, langostinos». Llegó con la idea de «echar la temporada»: seis meses, que era lo estipulado en campaña. Pero durante los primeros cinco no capturaron nada. A punto de regresar de vacaciones a España, comenzaron a pescar sin querer, «pesca y más pesca». Visto el buen resultado, y buscando llevar un poco más de dinero a casa, solicitó quedarse una campaña más. Otros seis meses lejos de Galicia.

A principios de los años setenta, Beira era la joya de la corona portuguesa, con calles elegantes, casas señoriales de bellas fachadas y jardines muy cuidados. Negreira, que venía a puerto a hacer acopio de víveres y a reparar el barco, dice que en los astilleros, que eran de propiedad portuguesa, había gente muy competente. Recuerda que la ciudad estaba «de juguete». «Se veían pocos mozambiqueños. Todo estaba en manos de los colonos, que construyeron aquí su segundo Portugal». Cuando pisaba tierra, solía comer cangrejo braseado y platos de la cocina lusa y mozambiqueña en un restaurante llamado Picnic. «Era todo de calidad y de presentación exquisita. Una maravilla. No lo veías ni en España».

Cuando Ramón Muñoz llegó a Mozambique, siete años después que Negreira, los portugueses se habían marchado, y el país estaba sumido en el conflicto civil. Cerca de doscientos cincuenta mil colonos habían salido del

país poco después de la declaración de Independencia. «Todavía había algunas cosas en condiciones, pero ya se veía el declive y la decadencia». Le alojaron en el hotel Embajador. En la mayoría de las habitaciones no había electricidad y la ropa de las camas estaba sucia. Pero en las tiendas de la ciudad aún se encontraban algunos artículos; restaurantes como el Hoyo y el Arcadia (hoy La Cabina del Capitán) todavía recibían clientes.

A Francisco Vilas alguien le contó que José Luis Moreno, el célebre ventrílocuo español, trabajó una temporada en el Moulin Rouge. Llegó al país con sus célebres muñecos, se enamoró de Argiros Sanianos, una joven de origen griego nacida en Mozambique, y se casó en Beira por el rito ortodoxo. El matrimonio duró siete años y tuvo dos hijos. El Molin Rouge era un cabaret de la época colonial. Contrataba grupos musicales españoles y portugueses, orquestas, ballets, cantantes y otros artistas. «Todo esto fue antes de la independencia porque, cuando yo llegué, el Molin Rouge ya estaba cerrado» nos explica Muñoz. «Sí, después, el Molin Rouge fue demonizado», corrobora Negreira: «fue la perdición para muchos capitanes españoles, que se gastaban el salario allí».

Mozambique disfrutó de un breve periodo de paz entre el fin del colonialismo portugués y el estallido de la guerra civil, que duró 16 años. Se impuso una política marxista y se nacionalizaron empresas y servicios sociales para mantener la producción y el empleo. El modelo socialista populista de Samora Machel provocó a finales de los años setenta una modesta recuperación de su débil economía. Estos logros fueron un ejemplo peligroso para los países vecinos, gobernados por minorías blancas racistas.

El régimen rodesiano de Ian Smith veía en las nuevas autoridades marxistas una amenaza a sus colonos de poder contar con una salida a sus productos a través de Mozambique hasta el puerto de Beira. Samora había apoyado las sanciones de la ONU contra Rodesia y Sudáfrica, aunque ello le costara millones de dólares de pérdidas en divisas por la reducción de mercancías que llegaban a los puertos de Beira y Maputo. Además, apoyó y dio cobijo a los movimientos de liberación de sus dos vecinos, ZANU y ANC, respectivamente.

En la capital rodesiana se congregaban colonos portugueses huidos o expulsados tras la independencia, ex combatientes, blancos y negros, del ejército colonial y mercenarios que protegían las grandes plantaciones. Todos ellos, por diferentes motivos, buscaban la revancha contra Frelimo. Así, en 1977, los Servicios de Inteligencia de Rodesia crearon un grupo mercenario para atacar la zona central de Mozambique. Se les unieron disidentes de Frelimo, campesinos descontentos con las medidas que adoptó el nuevo gobierno marxista y los tradicionales "bandidos armados". Acabaron conformando la Resistencia Nacional de Mozambique, Renamo, un movimiento creado y financiado por la Rodesia racista de Ian Smith y por el régimen del Apartheid de Sudáfrica, que contaba con el apoyo de Malawi y de organizaciones extremistas africanas y occidentales.

En sus primeros años, Renamo fue un grupo militar sin carácter político que apenas tenía presencia fija en Mozambique ya que lanzaba sus ataques desde los países vecinos. Evitaba enfrentarse militarmente a Frelimo. Sus objetivos

estaban en el campo. Buscaban desestabilizar el nuevo Estado, sabotando su economía y destruyendo las infraestructuras del país, principalmente carreteras, vías férreas y líneas del tendido eléctrico. También atacaban hospitales, escuelas, edificios oficiales, plantaciones y almacenes de las zonas rurales.

Renamo aplicó al conflicto la táctica del terror. Sometió a la población rural con crueldad. Se nutrió de combatientes secuestrando, torturando y reclutando por la fuerza incluso a jóvenes y niños, a los que infligió insoportables cuotas de horror. A mediados de los 90 visité Mozambique. Recorrí zonas del interior para escribir una serie de reportajes sobre las consecuencias del conflicto armado. Además de un país tapizado por minas anti persona que impedían el libre movimiento de la población y el regreso a las actividades agrícolas, la guerra había dejado miles de adolescentes que buscaban redención a sus traumas psicológicos por las atrocidades vividas como niños soldados. Recuerdo escuchar con espanto historias de muchachas que habían sido convertidas en esclavas sexuales cuando aún eran niñas y de jóvenes a los que habían obligado a asesinar a toda su familia con el perverso objetivo de “prepararlos para matar a cualquiera”. A muchos de ellos los sometieron a torturas y castigos cuando intentaron huir de sus reclutadores.

En el hotel Polana de Maputo David Troncoso destacaba el mérito que tuvo el personal español de Pescamar en los duros momentos de la guerra civil. «Durante años no podían salir de Beira. No había agua, electricidad ni combustible. Había que importarlo todo de España». Les pregunto a los tres cuáles fueron las mayores dificultades en aquel periodo en el que el conflicto armado tocaba a las puertas de la ciudad. Durante unos instantes cada uno busca una respuesta. «Sufrimos mucho, aunque fuimos unos privilegiados comparados con el resto de la población», dice Ramón Tejes. «Nunca nos faltó de nada. En el mercado escaseaba lo básico. No se encontraba de nada. A lo mejor unos tomates, pero no había ni pan ni harina». La empresa les enviaba desde Galicia los víveres que necesitaban con los mercantes de Pescanova que venían a cargar el camarón capturado. «Tampoco había ni agua ni luz», apunta Ramón Muñoz. «Beira estuvo tres años sin electricidad. La luz venía en Navidad, unos días, pero tiraban las torres, y de nuevo sin electricidad hasta seis meses». «Cuando salías de trabajar, llegabas a casa y no tenías agua, no tenías luz, no tenías nada fresco para beber», añade Ramon Tajés. «En la empresa teníamos unas cámaras frigoríficas. Hacíamos canastos de hielo y nos los llevábamos a casa para podernos refrescar. También había un pozo, y llevábamos el agua del pozo a casa. El problema estaba por la noche. Dentro de la casa hacía calor, no podías dormir. Salías a la baranda y allí te comían los mosquitos».

Negreira recuerda que los sabotajes se hacían en los alrededores de la ciudad. Renamo controlaba buena parte del país, pero Frelimo estaba en las ciudades costeras y en el sur. Durante gran parte del conflicto las ciudades permanecieron aisladas. Desde Beira no había acceso a otros lugares. «Por precaución, era mejor ausentarse». Después de las seis de la tarde no se salía de la ciudad. «Vivíamos como en un gueto. Teníamos nuestra empresa; luego

íbamos de casa en casa visitándonos. Así hacíamos nuestra vida social». «Por la noche se escuchaban tiros, escaramuzas nocturnas. Pero en Beira nunca vimos guerrilleros», me explica Ramón Muñoz.

Mientras damos cuenta de la bandeja de crustáceos, les pregunto si el conflicto entre Frelimo y Renamo se sentía también en el mar. «La guerra estaba en tierra», responde Ramón Muñoz. El puerto se cerraba a las seis de la tarde. Los barcos no podían entrar hasta el día siguiente. Si una embarcación regresaba más tarde, había que escribir una carta y avisar a las baterías costeras instaladas en las playas para que no dispararan. «Pero no disparaban», añade Negreira con una carcajada. «Una vez sí, al Crisi», le rebate Ramón Muñoz. «Tuvo que salir de noche y una patrullera fue a su encuentro y largó una ráfaga al aire». «Para asustar», se burla Negreira. «Sí, para asustar», reconoce Muñoz. «Encendieron los focos y hubo que dar la vuelta».

David Troncoso también me ha contado con orgullo que, gracias a Pescamar, Mozambique tiene ahora técnicos bien formados en el sector pesquero. «Hay carreras navales en las universidades del país y se han creado escuelas técnicas. Existen muchas posibilidades, tanto de capital humano como de proyectos». Flavio, un conductor que lleva veinte años en la compañía, tiene dos hijas en la universidad. Troncoso dice que ellas son el ejemplo de una nueva generación preparada, «algunos con becas de la empresa», de padres no cualificados y con un futuro mejor.

¿Cómo fue introducir una empresa privada en un entorno comunista? Negreira me explica que en Mozambique se aplicó un comunismo «tropical» en el que casi nada funcionaba. «Todo era público. La propiedad era del Estado, y todos eran funcionarios, incluso los camareros. Llegó un momento en el que ibas a un bar que estaba lleno de camareros y donde no había nada que servir. A falta de cerveza te daban un vaso de agua. Y a final de mes todo el mundo recibía su sueldo». Francisco cree que fue una especie de simbiosis: «ellos querían crear una industria, formar a la gente y tener sostenibilidad económica y fiscal. Pescanova quería establecerse y perdurar. Llevamos treinta y cinco años reparando la flota aquí. Siempre se contrataron soldados, tuberos y carpinteros mozambiqueños. Nuestro activo es la estructura que tenemos alrededor de Pescamar. Hemos creado un polo industrial con talleres, diques, y eso ningún otro lo habría hecho».

Pescamar es una de las principales compañías exportadoras de Mozambique. Da empleo a más de mil trabajadores y tiene un volumen de facturación de unos treinta millones de euros. Está formada por tres empresas pesqueras con un total de 32 barcos, 4.500 toneladas de cuota de langostinos y un astillero de reparación naval, Beiranave. Les pregunto si trabajar en Pescamar es algo demandado entre los mozambiqueños. «Durante años fue la empresa número uno en exportaciones, precursora de buenos sueldos para los trabajadores mozambiqueños y privilegios en el trabajo», me responde Ramón Muñoz. «Todos querían trabajar aquí. Cobraban cada mes y recibían una vez a la semana tres o cuatro kilos de pescado», añade Ramón Tajés. «Comparado con

otras empresas nacionales, el salario era un doscientos o trescientos por ciento mayor». «Pero eso crearía desigualdades», supongo. «Claro», me confirma Ramón Muñoz. «Había empresas estatales que venían a quejarse de que no podía ser así, que no podíamos habituar a la gente a esos sueldos. Las autoridades mozambiqueñas también se echaban las manos a la cabeza. Pero qué mínimo que si el trabajador realizaba bien su trabajo estuviera bien pagado».

En 1980 se produjo el fin de la Rodesia racista, que se convirtió en Zimbabue. Renamo se vio obligada a trasladar sus bases a Sudáfrica, donde siguió recibiendo apoyo y financiación de diversas fuentes. A mitad de la década Renamo contaba ya con un número considerable de combatientes, lo que le dotaba de capacidad para lanzar ataques a cualquier punto de Mozambique. El movimiento comenzó a establecer bases fijas en la provincia central de Sofala y decidió desarrollar también una organización con objetivos políticos.

En marzo de 1984 el presidente de Mozambique Samora Machel y el sudafricano, Pieter Botha, firmaron el Acuerdo de Nkomati, un pacto de no agresión, buena vecindad y cooperación mutua en el que convinieron que Sudáfrica dejaría de apoyar a Renamo, y Frelimo al Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela, al que todavía le quedaban unos años para salir de prisión. El acuerdo se consideró como una victoria de la política del régimen sudafricano. Sin embargo, Samora Machel sabía que «Sudáfrica era la clave del problema» y pensó que el acuerdo beneficiaría sus objetivos de reducir el apoyo a Renamo y la hostilidad de sus vecinos. La ex Rodesia blanca era ahora un aliado seguro con Robert Mugabe al frente del nuevo Zimbabue, y Malawi se había comprometido a dejar de dar apoyo a Renamo.

Vilas, que viene de la cocina con una nueva bandeja de langostinos, más grandes y de color rojo intenso, me explica que durante el conflicto no había ni los servicios básicos ni los transportes mínimos. «En cualquier lugar, como extranjero, regresas en vacaciones a tu país, compras un billete, vas al aeropuerto, te pones en la cola y una hora más tarde vuelas. Pero aquí no era así». Era difícil saber cuándo iba a llegar un avión y cuando iba a partir. En el aeropuerto siempre había viajeros esperando. La información era imprecisa, corrían rumores. Los más enterados decían: “Tal vez mañana llegue un Antonov”, pero no había certeza. Entonces la gente acudía en masa al aeropuerto y se formaban largas colas de pasajeros, sin tener la seguridad de si llegaría ese día. «Yo sé que tú, Ramón (Tajés), tenías gente en la fila», le recuerda Francisco. «Sí, en las colas del aeropuerto teníamos a un chico de Pescamar esperando para que, cuando supiera que venía el avión, cogiera una plaza. Luego corría a las oficinas gritando: “¡En una hora viene el avión!”, y el capitán o marinero que viajaba se vestía y se iba al aeropuerto. Así funcionaba». «Los Antonov supuestamente iban a Maputo», sonríe Francisco. «Te subías, pero a mitad de vuelo podían cambiar la ruta, y sin avisar, se desviaban a Chimoio para desembarcar a unos cuantos pasajeros. Allí, subían unos militares que llevaban a Tete, y después ya volaban a Maputo».

En los años 80 Mozambique seguía la ortodoxia de la URSS, me cuenta Ramón Muñoz. Si había que desplazarse por trabajo o por necesidades familia-

res, uno no podía coger el coche sin más. Había que acudir al secretario del barrio a solicitarle la *Guía de Marcha*, aunque sólo fuera para viajar a 60 kilómetros, y explicar las razones. Los comisarios políticos evaluaban los motivos y, si lo aprobaban, extendían el permiso y te autorizaban a salir fuera de Beira. «Todo eso se hacía por motivos de control y de seguridad. ¿Os acordáis cuando volaron los depósitos de Petromoz? También volaron el dique», recuerda Tajés. «No sé si fueron los de Renamo», dice Muñoz. «Yo creo que fueron los sudafricanos. Tiene su lógica, porque ellos apoyaban a Renamo».

¿Se sentían vigilados o controlados en el día a día? «No, no», responde Negreira. «En cuestión de trabajo íbamos y veníamos y nunca tuvimos problemas». Francisco me explica que en el mundo de la mar uno está siempre ocupado y no hay horarios que valgan. «No sales a las cinco de la tarde y vas al gimnasio. Se lía cuando menos te lo esperas». Hay una ley no escrita que suele cumplirse: «El día que quieren reunirse todos para comer una paella y tomar un vino, se rompe fijo un barco».

Los empleados se pasaban el día en la oficina, en el taller, en el barco o en el muelle. Se desplazaban lo mínimo posible. La situación no lo permitía. «Había mucho control de las autoridades. “¿Dónde va ese barco, qué está haciendo, con quién habla ese?”. Y eso cohibía mucho». ¿Y cada cuánto tiempo volvían a España? Los cuatro responden al unísono: «¡Cada seis meses!».

Imagino que vivir tantos años lejos de Galicia, en un país africano en conflicto y trabajar en el mar son ingredientes que asustarían a cualquiera. ¿Se preocupaban sus familias por la situación de Mozambique? Francisco toma la palabra para contarme que en Galicia, en los años setenta, no había muchas posibilidades. «O trabajabas en el mar o emigrabas». «Son familias de marinos, hijos de marinos que conocen perfectamente este ambiente», argumenta Negreira. Francisco, que también es hijo de marino, añade que cuando estás en casa no te haces a la idea de que tu padre está en África, y menos en un país en conflicto. «Sufres porque tienes una familia que está lejos, pero no por miedo», reflexiona Tajés. Para Ramón Muñoz no es lo mismo vivir en España y volver por las noches a casa después de tu jornada de trabajo que estar en altamar. «Son cosas de nuestra forma de vida». «Vivimos situaciones tan inverosímiles, que, si las contáramos allí, pensarían que son un farol», se ríe Tajés. «Te callabas y pasabas las vacaciones». «Cuentas lo bonito y luego regresas», dice Negreira. Francisco, con gesto pícaro añade: «Y las batallitas nocturnas tampoco las contarías». «Las batallitas nocturnas, cuando me despierto, ya no me acuerdo de ellas», susurra Muñoz encogiéndose de hombros mientras el resto ríe.

Los errores de Frelimo al adoptar un modelo de economía planificada en un país sin medios de producción y sin trabajadores cualificados, sumados a los sociales, que llevaron al descontento de una buena parte de la población rural por el desmantelamiento de las estructuras tradicionales del poder local, empujaron, junto a los desastres de la guerra, al abandono de las tesis comunistas tras la muerte de Samora Machel. Mozambique necesitaba créditos con urgencia de la comunidad internacional. Para ello, ingresó en 1986 en el Fondo

Monetario Internacional y un año más tarde en el Banco Mundial. El gobierno de Joaquim Chissano abrió la puerta al libre mercado, aceptando un paquete de medidas del FMI para reactivar su economía. Asimismo, preparó poco a poco el camino para la democracia pluripartidista a través de la elaboración de una nueva constitución.

A finales de los años ochenta la guerra seguía estancada, y no parecía que ninguno de los dos contendientes fuera a ganarla. La desaparición del bloque soviético y los nuevos intereses económicos externos forzaron a los contendientes a mover ficha y sentarse a negociar. Desde mediados de 1990 se trabajó en una solución al conflicto bajo la supervisión de la Iglesia católica, que culminó el 4 de octubre de 1992 con la firma, en Roma, del Acuerdo General de Paz. Los dieciséis años de guerra civil costaron a Mozambique más de un millón de muertos, la destrucción de la mayoría de sus infraestructuras y unas pérdidas de veinte mil millones de dólares.

«Fue una cosa milagrosa», asegura Negreira. «Mozambique debió de ser uno de esos países en conflicto en los que, al firmar la paz, se para totalmente la guerra. Ya se sabe cómo es en otros lugares: la firma de la paz no trae el fin de las hostilidades. Aquí se firmó y no volvió a escucharse un tiro hasta el año pasado». Negreira se refiere al rebrote de las hostilidades en la provincia de Sofala entre el ejército mozambiqueño y hombres armados de Renamo que hizo renacer el fantasma de la guerra. Desde abril de 2013 hasta septiembre de 2014 los enfrentamientos produjeron un goteo de víctimas casi a diario. Soldados de ambos bandos, pero también civiles, fallecieron en ataques por sorpresa de Renamo. En octubre de 2013 el ejército mozambiqueño bombardeó el cuartel general de Renamo en Gorongosa, donde su líder, Afonso Dhlakama, se encontraba acantonado desde un año antes. Dhlakama huyó “in extremis”, igual que en 1985, y permaneció oculto en el bosque durante 11 meses. Resultaba sorprendente a ojos de muchos extranjeros, que el líder del principal partido de la oposición, con 52 asientos en la Asamblea de la República, tuviera que vivir en una base en medio de la selva, fuera atacado y se escondiera durante casi un año en el *mato*. El ataque convirtió los Acuerdos de Paz de Roma de 1992 en papel mojado y puso en evidencia, 21 años después, que la reconciliación no había sido completa. Nunca se cerraron capítulos como la entrega de las armas, la integración de los ex guerrilleros en el ejército y la reforma de la Ley Electoral.

Tanto Frelimo como Renamo se convirtieron en partidos políticos tras el fin del conflicto armado. El ex movimiento marxista ganó todas las elecciones desde 1994. Afonso Dhlakama tiene 61 años. Desde 1979 es el jefe de Renamo. La comunidad internacional le apuntó con el dedo como responsable de cometer crímenes contra la humanidad durante la guerra civil. Con la vuelta en 2013 a las hostilidades, Dhlakama pretendió forzar al gobierno a negociar antes de las elecciones presidenciales del 15 de octubre de 2014. Acusó a su enemigo histórico de haber malogrado la democracia y de concentrar todo el poder durante años. Según parece, su verdadera intención era acceder al reparto de las riquezas

que están favoreciendo las inversiones millonarias del gas y el carbón. Cuarenta días antes de los comicios, las dos partes firmaron el cese de las hostilidades, dando fin a las escaramuzas. El exministro de Defensa mozambiqueño y candidato de Frelimo, Filipe Nyusi, ganó las elecciones con el 57% de los votos, mientras que Afonso Dhlakama alcanzó el 37% (144 escaños Frelimo y 89 Remano en el parlamento nacional). Como en anteriores ocasiones, Renamo no aceptó los resultados y acusó de fraude a sus contrincantes.

Desde que Mozambique logró la independencia, siempre existieron en Beira grupos de antifrelimistas. Las provincias de Sofala, Zambezia y Nampula son el bastión del partido Renamo, y de donde vienen el mayor número de votos en el parlamento nacional. ¿La gente de Beira sigue siendo de Renamo? «Absolutamente», me responden sin ninguna sombra de duda. «La gente de Beira no quiere saber nada de Frelimo, como Frelimo no quiere saber nada de Beira». Francisco Vilas puntualiza que en Pescamar son ajenos a este asunto, que es simplemente una lucha de partidos. «Ser socios del Estado tiene la ventaja de no ser socios de un gobierno. Aunque muchas veces aquí se confundan las dos cosas».

Vilas cree que Marcelino dos Santos es en parte responsable de la antipatía de los *beireses* hacia Frelimo, especialmente los de mayor edad. Dos Santos fue «muy duro y restrictivo», afirma Tajés. «Organizó en Beira una operación que se llamó “Peine fino” por la que se llevaban a la gente en camiones a los campos de reeducación de Niassa». Los campos de reeducación eran rudimentarios campamentos de trabajo en medio del bosque, alejados de distracciones mundanas y con reminiscencias estalinistas. En sus inicios se pretendió cambiar la manera de pensar de la gente, pero con el tiempo se convirtieron en lugares de deportación y castigo para la población que se desviaba de la línea política, que eran delatados por sus vecinos o incluso por cuestiones más intrascendentes como no tener documentos.

Marcelino dos Santos fue el gobernador de la provincia de Sofala entre 1983 y 1986. Era un marxista-leninista declarado, estaba posicionado en el ala más izquierdista del partido, aunque fue evolucionando hasta aceptar el capitalismo como un mal menor para abrir la puerta a la ayuda económica occidental y recabar apoyos en la lucha contra Renamo.

Francisco me cuenta que Felisberto Manuel, actual director general de Pescamar, fue secretario de exportaciones del ministerio de Comercio en los años en los que Marcelino dos Santos era gobernador en Beira. En un país como Mozambique y en aquellos tiempos de escasez, las cuentas del Estado se controlaban hasta el último céntimo. Como la balanza de pagos era deficitaria, había que importar lo mínimo posible. El gobernador de cada provincia mandaba al gobierno central la lista con los productos necesarios para comprar en los mercados exteriores. Estando Felisberto un día en el ministerio, le dijeron a su compañero, el secretario de importaciones: “Te llama el camarada Marcelino”. Todo el mundo sabía que cuando te llamaba Marcelino dos Santos era o para morir o para ser desterrado. El hombre fue a comprarse un traje, dejó a su mujer el dinero que tenía, se despidió de su familia y tomó un avión para

Beira. Había cometido un error fatal: había retirado de la lista que había mandado Marcelino dos Santos, por parecerle una necesidad secundaria, unos bañadores para el equipo femenino de natación. Del aeropuerto de Beira le llevaron al Palacio del gobernador. Le condujeron a una sala con un ventanal que daba al jardín, desde donde veía la piscina y a Marcelino dos Santos bebiendo vino con unos amigos. Era un día de intenso calor. El funcionario iba vestido con su traje nuevo y sudaba en aquella habitación sin aire acondicionado. Pasaron varias horas que se le hicieron interminables. Por fin, se le acercó y le preguntó si era el secretario de importaciones del ministerio. Tras contestarle afirmativamente, Dos Santos le pidió amablemente que le acompañe hasta la piscina, le ofreció una copa de vino y le invitó a bañarse. El funcionario se disculpó varias veces, pero ante la insistencia del gobernador le contestó que no tenía traje de baño. “¡Ves!”, exclamó Dos Santos. “Ahora vuelve a Maputo y firma la orden de compra”.

A partir de 1992 se produjo un cambio drástico en Mozambique. La guerra había terminado. El país se encontraba devastado, había millones de desplazados internos y refugiados en los países vecinos. Sin embargo, gracias a la apertura hacia la economía de mercado y tras un programa de ajustes estructurales, Mozambique fue incluido en los planes de financiación de organismos internacionales como el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Donantes extranjeros comenzaron a destinar millones de dólares para proyectos de educación, sanidad y agricultura. La constitución, que se había aprobado en noviembre de 1990, concedió nuevas libertades y allanó el camino para la celebración de las primeras elecciones pluripartidistas. El 29 de octubre de 1994, en un clima de euforia y con la participación masiva de los mozambiqueños, Joaquim Chissano, candidato de Frelimo, se convirtió en el primer presidente democráticamente electo de Mozambique.

Negreira me comenta que la etapa comunista fue muy diferente de lo que han sido estos últimos años. «Fue un cambio parecido al de (la transición en) España». Ramón Tajés explica que antes de la paz, aunque hubiera dinero, no tenía valor porque no había dónde ni en qué gastarlo, pero que a partir de 1992 empezó a haber de todo, y aquel dinero ya no llegaba para nada.

La ciudad de Beira se fue transformando. Ramón Muñoz recuerda que antes no había ni un solo coche circulando por las calles. Ni un ruido. Durante años no tuvieron teléfono. Hablaban con Pescanova cada mañana por radio. El único teléfono de la ciudad estaba en manos de una operadora a la que había que pedir conferencia con España. «La mujer decía: “¡Ah!, con Vigo”. Para ella, Vigo era España», recuerda Vilas. «Esperabas mucho hasta que te conectaban. Luego, todo el mundo te oía la conversación». A la vuelta de 5 o 6 años todo cambió con el “boom” económico. Ahora, con las nuevas tecnologías resulta imposible imaginar un mundo sin teléfono móvil e Internet. No hace tanto tiempo, la gente del mar escribía cartas. Francisco escribía desde Galicia a su padre, que estaba en Sudáfrica. Llevaba las cartas a Pescanova, las agrupaban, las metían en los barcos que iban a ese destino, y al llegar se distribuían. En Mozambique era lo mismo.

«En aquella época, cuando era un niño, me resultaba tedioso escribir. Ahora pienso que debería haberlo hecho más». Hoy los jefes de máquina tienen Internet en el barco. En el tiempo libre no había mucho que hacer, leían novelas. Estaban conectados al mundo a través del programa de onda corta de radio *Españoles en la mar*. «Era fundamental. Los marineros hablaban con sus familias por la radio y podían escuchar historias cercanas de España».

Me interesa conocer cómo ha sido su relación con la población mozambiqueña durante tantos años, no sólo en el trabajo, sino en otros aspectos de la vida diaria. «Esta gente es maravillosa», afirma Negreira. «Muy noble. Tienen mucho mérito y trabajan muy bien». «De lo mejor de África», añade Tajés. Vilas me comenta que los empleados mozambiqueños de Pescamar trabajan mucho y se ganan bien la vida. Nos cuenta el caso de un empleado muy considerado, con buen salario, tiene coche, sus hijos asisten a la escuela portuguesa, pero nunca le llega el dinero, porque tiene a toda la familia a sus espaldas». Ramón Muñoz cree que es porque hay más sentido de apoyo a la familia que en Europa. «Es producto de la necesidad. Nosotros en España, ahora, con la crisis, tenemos a nuestro cargo a hijos y nietos, pero los mozambiqueños, además, tienen a primos, sobrinos y demás familia». «Todo lo que pasa aquí ya lo viví en Galicia de niño», recuerda Negreira. «Las familias se apoyaban. De mi casa iban productos para los familiares de la aldea, y de la aldea traían patatas para la mía. Eso se perdió».

Uno de los momentos más críticos que vivió la compañía gallega fue el secuestro por piratas somalíes del *Vega 5*, en 2010, un barco de la flota de Pescamar en Beira. Un *dhow* —barco pequeño de origen árabe y vela triangular, característico del Océano Índico— navegaba a unas 220 millas de la costa de Somalia. La tripulación estaba compuesta por piratas somalíes que asaltaban a los barcos mercantes y petroleros que cruzaban el Índico. Avistaron un atunero. La embarcación pirata lanzó un par de lanchas para abordarlo. Fracasaron en el intento, y uno de los esquifes se perdió hasta que se topó, cerca de las islas Comores, con un velero de recreo francés con base en Madagascar. Lo secuestraron para utilizarlo como nuevo barco corsario. Navegaron hacia la zona de Quelimane, donde de nuevo fracasan en el intento de asaltar un barco. Poco después, se quedaron sin combustible y se dejaron llevar por la corriente, dirección sur, hasta que el 28 de diciembre se cruzaron por casualidad con el *Vega 5*, un palangrero de 24 metros de eslora y capacidad para 140 toneladas de carga, de la compañía Pescamar y bandera mozambiqueña, que faenaba cerca de la isla de Bazaruto, fuera de las 12 millas. Desde el puente de mando avistaron el velero sin prestarle atención. Muchas embarcaciones de pesca deportiva frecuentan esas aguas, y en ningún momento intuyeron el peligro, ya que Mozambique no está dentro de la zona de riesgo de la piratería somalí. Cuando se encontraba a una distancia de 100 metros, los piratas dispararon una ráfaga de kalashnikov al aire. Luego subieron a bordo, cortaron la radio y se hicieron con el timón. El *Vega 5* no era, a priori, el objetivo de un atraco. Es muy probable que los bucaneros somalíes desearan secuestrar el barco para

volver a casa pero, al descubrir entre la tripulación a dos marineros blancos, sus planes cambiaran radicalmente.

Ramón Tajés es el encargado de hablar a diario por radio desde tierra con los barcos de la flota de Pescamar que se encuentran faenando en los caladeros para recoger el parte de pesca, las novedades e incidencias. El Vega 5 no respondió. Imaginó que el puente estaría vacío y el capitán atareado en cubierta. Transcurrida una hora, volvió a llamar, sin éxito. Comenzó a inquietarse. Mandó un correo electrónico al barco, pero tampoco hubo respuesta. La boya satélite de seguridad PIB, que salta cuando el barco se hunde, no mandó ninguna señal, por lo que pensaron que la embarcación tendría un problema de radio o sufriría un corte de energía. Decidieron esperar al día siguiente. Pero el Vega 5 seguía sin dar señales. Empezaron a sospechar que algo extraño había ocurrido. Enviaron dos barcos a la zona por si estuviera a la deriva y fletaron dos avionetas, una en dirección norte, otra hacia el sur. La primera no encontró nada, pero la segunda avistó al Vega 5 navegando a toda máquina rumbo norte.

En ese momento entendieron que se trataba de un secuestro. Seguidos por las avionetas fletadas por Pescamar y por efectivos de la Operación Atalanta, descubrieron que el palangrero gallego recaló en el puerto de Haradheere, cercano a Hoby, en Somalia, región controlada por la tribu de los secuestradores. Desembarcaron a la tripulación, formada por 19 mozambiqueños, 3 indonesios y los dos marineros gallegos, Juan Alfonso Rey y José Alfonso García. El gobierno español, el mozambiqueño y Pescanova iniciaron los contactos con los secuestradores y decidieron llevar el caso en secreto, alejado de toda publicidad que malograra la liberación de la tripulación.

Las negociaciones se presentaban largas, complejas, intrincadas y plagadas de obstáculos. Los piratas modificaron el Vega 5 para que fuera más efectivo en futuros abordajes. Una vez remozado, volvió al mar con unos 80 piratas y 22 marineros de Pescamar. Los dos españoles permanecieron en tierra custodiados, por ser considerados como la parte del botín más preciado. Los somalíes sabían bien que ni Mozambique ni ningún otro país africano pagaría un rescate por los marineros raptados. Los antecedentes de los secuestros de los pesqueros españoles Alakrana, Sakoba y Bakio hacían a los piratas somalíes frotarse las manos.

A mediados de marzo, desde el Vega 5, que se había convertido en buque nodriza para los bucaneros, intentaron abordar a un carguero panameño. Un helicóptero y una patrullera india se lo impidieron disparando al palangrero, que se incendió y se hundió a 600 millas de la costa oeste de India. Los militares rescataron a setenta y cuatro tripulantes y los trasladaron a la India. Sesenta de ellos eran piratas (más de la mitad menores de edad), y trece, marineros de Pescamar (siete mozambiqueños y dos indonesios desaparecieron en el naufragio). Al llegar a la India, los metieron en la cárcel sin distinguir a piratas de marineros. Pescamar envió a su jefe de recursos humanos para negociar con las autoridades judiciales y dejar claro que sus marineros eran víctimas de los piratas. Finalmente fueron liberados y regresaron a Mozambique en un avión fletado por la compañía.

Pescanova dirigió las negociaciones hasta que a mediados de mayo los secuestradores liberaron a los dos marineros gallegos, que regresaron a España en un barco de Pescanova que estaba en la zona aguardando su puesta en libertad. Hay quienes afirman que se pagaron cerca de tres millones y medio de euros; sin embargo Francisco Vilas me asegura que no se registró ningún pago a los piratas. Juan Alfonso Rey y José Alfonso García, capitán y contramaestre respectivamente del Vega 5, sufrieron un verdadero calvario durante los casi cinco meses de secuestro. Casi a diario les cambiaban de lugar por las disputas entre las diferentes tribus somalíes.

Muchos de los marineros mozambiqueños secuestrados todavía trabajan en la empresa, y de los dos españoles, uno se jubiló y el otro sigue pescando en Mozambique. «Fue un caso de mala suerte», lamenta Francisco. «Nunca más hubo un caso de piratería en este país». «Fue una sorpresa total», confirma Muñoz, «una posibilidad entre un millón. Estaban fuera de la zona donde piratean los somalíes. ¡Pero si nunca pasaban de Tanzania para abajo!».

Remite el calor y Francisco Vilas me propone visitar las oficinas, los talleres, el dique y el puerto donde se encuentra la flota amarrada. Antes de despedirme de los tres marineros, les pregunto qué tiene Mozambique para que se hayan quedado aquí tanto tiempo. «Comencé a trabajar aquí a los veintiuno. Empiezas de cero, echas raíces y acabas haciendo aquí tu vida», responde Ramón Tajés, que está casado con una mozambiqueña. Ramón Muñoz, por su lado, me dice: «Yo vine siendo un chaval de veintitrés años. Imagínate, treinta y siete años ya. Llevamos aquí toda la vida». Muñoz se casó por segunda vez con una mozambiqueña con la ha tenido cinco hijas y varios nietos. Dos hijas de su anterior matrimonio viven en Galicia. «El gallego se amolda allí donde está», filosofa Manuel García Negreira. «A mi familia le encanta Mozambique. Vienen dos veces al año a pasar una temporada, y yo voy otras dos. Si pudieran, estarían aquí todos».

Negreira, al final, se anima a acompañarnos y recorreremos brevemente la ciudad antes de ir a las oficinas de Pescamar y al puerto. Pasamos por la Plaza del Metical y la Plaza del Municipio. Dejamos atrás bellos edificios de la arquitectura colonial. La sede de la compañía es un bonito inmueble restaurado de principios del siglo XX de tres plantas, fachadas color amarillo y teja roja. Lo acompañan los talleres mecánicos, dos grandes naves blancas y azules con los anagramas de Pescanova y Pescamar dibujados en el frontal.

Es sábado y las instalaciones están vacías. A medio kilómetro se encuentra el astillero y el dique. Saludamos a João Chivale, director de producción de Beiranave. Comenzó trabajando en Pescamar hace 20 años como mecánico. Recibió una beca para estudiar ingeniería naval en Ucrania, de donde regresó, cinco años más tarde, casado con una rusa. Trabajó como jefe de máquinas de un barco de la flota de la compañía. En 2004, tras comprar el astillero a una empresa portuguesa, Chivale pasó a dirigir Beiranave. «Los astilleros han formado y han dado trabajo a mucha gente que no hubiera aprendido de otra forma», me dice. «Muchos se han marchado a otras empresas después de salir formados de aquí».

La treintena de barcos de Pescamar están amarrados en el puerto. Se diría que duermen mecidos por la suave brisa del verano. A una semana de las fiestas navideñas, la actividad es mínima. En enero y febrero el ajetreo será frenético: habrá que poner a punto todos los barcos para que el 1 de marzo, inicio de la campaña, estén pescando en el caladero. Vilas me explica que, cuando están en el mar y tienen una avería, solo regresan a puerto si, con los medios disponibles en el barco no pueden repararla. «Es como en la fórmula uno. Cuando llegan a puerto, se reparan rápidamente y cuanto antes salen al mar».

Subimos a uno de los barcos. Recorremos con precaución la cubierta, que está deslizante. Maromas, cables, maderas y aparejos de pesca ocupan el poco espacio libre. En el interior, los camarotes de la tripulación, el comedor y la cocina, y la zona de trabajo son de tamaño reducido. Sorprende que una veintena de personas convivan durante días en tan poco espacio desarrollando una actividad intensa y dura. Una vez se suben las capturas a bordo, se seleccionan los langostinos por tipos y tamaños y se separan del resto del pescado que cae en las redes. Se les somete a un baño antimelanósico para eliminar el riesgo de exceso de sulfitos y la melanososis. Después, se colocan ordenados en las cajas de cartón y pasan al túnel de congelación ultrarrápido, que permite que el marisco se congele a los pocos minutos de su captura y esté listo para llevar a los mercados.

En el año 2000 un ciclón azotó las costas de Mozambique, arrasó el puerto y barrió la flota. Unos barcos subieron empujados por los vientos al puerto, otros se hundieron, y otros tantos se destrozaron chocando unos con otros. «Fue el 20 de febrero. Teníamos la flota lista para salir el 1 de marzo», recuerda Vilas. Montaron una operación a gran escala para preparar la campaña en tiempo record. Se desplazaron desde España y Sudáfrica mecánicos y técnicos de fibra de vidrio que trabajaron con el equipo local. «La inversión económica y humana fue enorme. Al final fue el mejor año de pesca de la historia».

«En la pesca del langostino, si no estás en el mar el 1 de marzo, fracasas», me explica Negreira, «porque el primer mes de pesca es casi la solución de toda la campaña». «Hay una concentración muy grande de langostinos, y cuando empiezas a arrastrarlos, es cuando los capturas», dice Francisco. «Con la llegada del otoño, desciende la temperatura del agua, el camarón se dispersa y se va hacia la playa. Ahí ya no le puedes pescar porque son aguas poco profundas».

Varias empresas faenan en el caladero mozambiqueño. Pescamar captura casi la mitad de la producción total. El caladero está cerrado por decreto: no pueden entrar más barcos de los registrados. Fue Pescamar quien, a principios de los años noventa solicitó la parada biológica durante el periodo de reproducción del langostino para ayudar a controlar y mejorar el caladero porque esta empresa sabe que la estabilidad en el sistema de cuotas pesqueras y licencias garantiza la continuidad y regularidad de la producción.

La bala mágica que mata al mosquito

E

n noviembre de 2005 la revista *Time* incluyó al doctor Pedro Alonso en la lista de las personas más influyentes en la lucha por la mejora de la salud en los países en desarrollo. El mismo año en que esta publicación norteamericana le nombraba “héroe solidario” por su empeño por erradicar la malaria, trescientos millones de personas en el mundo estaban infectadas por la picadura del mosquito que produce la enfermedad y causaba la muerte de un niño cada treinta segundos. El número de fallecidos era como si cada tres meses se produjese un tsunami con las mismas víctimas que el que devastó el sudeste asiático en 2004. Hace diez años, en algunas partes de Mozambique, nueve de cada diez niños menores de cinco años estaba infectado con el *plasmodium*, el parásito que penetra en el cuerpo humano a través de la picadura del mosquito *anopheles*.

Pedro Alonso me dijo una vez que, junto a la revolución de las nuevas tecnologías de la información, la otra gran revolución que se está llevando a cabo en el mundo es la revolución de la salud. Se ha progresado en estos últimos quince años como nunca antes. «Siempre comenzábamos nuestras charlas diciendo: “Cada año mueren en el mundo doce millones de niños menores de cinco años”. Ahora son menos de siete millones». «¿Existe el peligro de pensar que la labor ya está concluida?». «No, sigue habiendo siete millones de muertes anuales, que no deberían ocurrir. Seguimos teniendo enormes retos: no tenemos una buena vacuna contra la tuberculosis, no tenemos todavía una buena vacuna contra la malaria, y las muertes maternas siguen siendo inaceptables».

Pedro Alonso ha centrado gran parte de su trabajo en buscar las razones claves de mortalidad de los grupos de población más vulnerables de África: niños y mujeres embarazadas. Alonso es mundialmente conocido por sus investigaciones para crear la vacuna que erradique la malaria; sin embargo, me aseguró que su trabajo más trascendental lo llevó a cabo en Gambia y se publicó en la presti-

giosa revista *Lancet*, en 1991. «Fue la primera demostración de reducción de la malaria gracias a las mosquiteras impregnadas en insecticida, que es la herramienta hoy y para los próximos 15 años, de la lucha contra la malaria. Esa sí que salva vidas. Ese fue mi trabajo clave, sin embargo se me conoce por la vacuna».

Casi la mitad de la población mundial continúa expuesta a la malaria. En 2014, hubo doscientos millones de personas infectadas, de las que unas seiscientas mil fallecieron, la mayoría en África. Sólo en Mozambique, donde la enfermedad es endémica, se producen alrededor de 1,8 millones de casos anuales, de los que fallecen 177.000 personas, la mayor parte niños menores de cinco años.

En otoño de 2013 entrevisté a Pedro Alonso en Maputo cuando trabajaba en Mozambique para la *Agencia EFE*. Alonso me dijo que «nunca existirá “la vacuna”, sino varias vacunas, que poco a poco irán incrementando la eficacia con nuevos prototipos y nuevos avances». «Nos enfrentamos», me explicó, «a un organismo biológicamente muy complejo, que para erradicarlo completamente requiere de múltiples herramientas, no sólo de vacunas, sino también de mosquiteras, insecticidas, acceso a diagnósticos y tratamientos con fármacos eficaces, y del refuerzo de las unidades de salud». «Lo que resuelva la malaria no será lo que los americanos llaman “una bala mágica”, sino la combinación de varias balas entre las cuales las vacunas pueden ser importantes, pero no la única».

No es fácil saber en qué parte del mundo se encuentra Pedro Alonso. Menos desde que el pasado mes de octubre fuera nombrado director del Programa Mundial de Malaria por la Organización Mundial de la Salud (OMS). Su agenda produce fatiga sólo de imaginarla. El jueves tomó un vuelo en Bangkok, donde asistió a una reunión de la OMS, y aterrizó en Maputo cuando ya había anochecido. El viernes por la mañana asistió en la residencia del Embajador español a la imposición de la Orden de Isabel la Católica a Pascoal Mocumbi, el presidente de la Fundación Manhiça. El sábado viajó a Manhiça, cuartel general del Centro de Investigación en Salud (CISM), a unos 80 kilómetros de Maputo, que él mismo puso en marcha en 1996. El domingo a media tarde voló a Ginebra, sede de la OMS, donde se ha instalado temporalmente por necesidades de su nuevo cargo. Y el martes presentará en el parlamento británico el informe anual de la malaria en el mundo. No es fácil robarle unos minutos, mucho menos unas horas.

Es domingo por la mañana de un día ventoso y soleado. La noche anterior llovió torrencialmente, como lo hace en Mozambique cuando llega el verano y comienza la temporada de lluvias, que es la temporada de la malaria. Pedro Alonso ha pasado la noche en la modesta casa, dentro del recinto del CISM, donde se aloja cuando viene a Manhiça. Cuando llego está desayunando junto a su esposa, Clara Menéndez, médico, investigadora, directora de la Iniciativa de salud materna, infantil y reproductiva de IS Global, y compañera fundamental de Alonso desde que se conocieron en la facultad de Medicina de Madrid en los años ochenta. Los saludo, y espero en los jardines del centro a que terminen.

Pedro Alonso nació en Madrid en 1950. Es simpático, carismático, gran conversador, didáctico y afable. Tiene la voz fuerte y redonda. Es corpulento y

de estatura mediana, con la barba recortada y el pelo canoso. Dicen de él que es un hombre astuto, visionario y un excelente estratega. Ha sido director de ISGlobal, director del Centro de Investigación en Salud Internacional de Barcelona (CRESIB), jefe del Servicio de Salud Internacional y Medicina Tropical del Hospital Clínic de Barcelona y catedrático de la Universidad de Barcelona. A lo largo de años de investigaciones ha publicado más de trescientos artículos en revistas científicas. En 2008 recibió el premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional junto a su mujer, Clara Menéndez. Clara es un año menor que Pedro. Menuda y de movimientos elegantes, lleva el pelo liso en media melena. Es discreta, educada e inteligente. Viaja con su marido siempre que su agenda se lo permite. El CISM está desierto por ser domingo. Tras el desayuno, Pedro Alonso me propone dar un paseo por los alrededores.

El CISM y el hospital del distrito están en el extremo este de Manhíça, sobre un promontorio desde donde se divisa el río Incomati y extensas llanuras de cultivos. La localidad se encuentra a poco más de una hora de Maputo por la EN1, la principal vía que recorre Mozambique de norte a sur. Es una ciudad tranquila, de casas diseminadas en una gran planicie. Tiene un pequeño centro neurálgico que atraviesa la carretera, donde se concentran comercios, almacenes, iglesias y los principales edificios municipales.

Pedro Alonso y Clara Menéndez viajaron a África tras terminar sus estudios universitarios con el deseo de ejercer la medicina asistencial. Recalaron en un centro de investigación del gobierno británico en Gambia. Mientras iban conociendo la realidad sanitaria del continente, fueron descubriendo también los enormes agujeros de conocimiento que existían sobre las enfermedades africanas. La mayor parte de los pacientes que atendían tenía malaria, dengue, neumonía, diarreas. Desconocían por qué no existían buenos tratamientos y las razones de que unos casos se complicaran y otros no, muriendo un alto porcentaje, muchos de ellos niños.

A mediados de los 80 el mundo vivía sumido en el enfrentamiento entre el capitalismo y el comunismo. África no existía. Estaba fuera del radar geopolítico, salvo como escenario bélico de ese conflicto ideológico bipolar. Los estudios del estado de salud de las poblaciones eran conceptos nuevos. Muchas de estas poblaciones de los países en desarrollo sufrían enfermedades olvidadas y que importaban poco. Pedro Alonso me cuenta que ya se preguntaba en aquellos años por qué no se conocía más de ellas, por qué no se investigaban, por qué no existían fármacos. «No fui el primero», a finales de los ochenta y principios de los noventa, otros empezaron también a formularse ese tipo de preguntas.

De esas reflexiones surgió la descripción de la *Brecha 10-90* según la cual, de toda la carga de enfermedades en el mundo, el noventa por ciento está en los países en vías de desarrollo, pero sólo se invierte el diez por ciento de los recursos en su investigación. En el diez por ciento de las enfermedades restantes se invierte el noventa por ciento de los recursos. Aunque suene terriblemente injusto, Pedro Alonso asegura que no hay ninguna maldad intrínseca en ello. Obedece a lo que los economistas llaman «fallo del mercado». Pese a que

estas enfermedades afectan a millones de personas, no tienen mercado porque las padecen gente que no puede pagar su tratamiento. Al igual que ocurre en otros sectores del mundo capitalista, son las fuerzas del mercado las que empujan el desarrollo de la industria farmacéutica y de la sanidad. «Investigar para encontrar remedios a estas enfermedades no es rentable, mientras que investigar sobre la impotencia o la caída del pelo sí lo es».

Le han acusado de defender a la industria farmacéutica. «En España está de moda decir que en la industria farmacéutica son todos malos y perversos. No, la industria farmacéutica, que no está hecha de almas caritativas, responde a las leyes del mercado que nos hemos dado todos. Si hoy se levanta el presidente de Novartis y dice: “Voy a investigar en nuevos fármacos para el tratamiento de la leishmania”, a mediodía lo han cesado porque se han hundido las acciones en bolsa. Pero si anuncia: “Voy a invertir un billón de dólares en investigar nuevas *viagras*”, suben las acciones. Así de crudo. No son malos, es que así es la dinámica».

Caminamos por una alameda de grandes árboles de flores rojas en dirección al hospital municipal, que se encuentra a un centenar de metros del CISM y que es el elemento base de todo el proyecto. El hospital, que era hace años parte de un centro de formación de ayudantes comunitarios, fue reconstruido después de la guerra civil por una organización suiza. A las puertas del recinto un hombre y una mujer saludan al doctor. «Bom día, dotor Alonso, todo bem?». «Todo bem. E a criança?». «Todo bem». «Ótimo».

Pedro Alonso me explica lo que sin duda ya habrá repetido centenares de ocasiones en entrevistas, conferencias y reuniones sobre las líneas fundamentales de su trabajo para entender un mundo injusto y desigual. «Existe una segunda componente sociológica determinante en los países en vías de desarrollo: la relación salud-pobreza». Puede parecer una visión simplista, pero los pobres tienen peor salud y menor esperanza de vida. «¿Cuál es la manera de que tengan mejor salud? Que sean más ricos». Mientras que para unos, promover el desarrollo económico del país les permitirá que su situación sanitaria mejore, para otros las enfermedades y la mala salud de las poblaciones representan un freno al desarrollo. «Cuanto más pobre eres, más enfermas. Cuanto más enfermas, más pobre te haces», sostiene. «Yo no creo que sea ni una cosa ni la otra, sino una mezcla de las dos. La mejora de la salud, además de un elemento de equidad y de justicia, es también una estrategia de desarrollo económico social. Si no consigues mejorar la salud de las poblaciones, difícilmente se van a desarrollar. Y esos son los dos principios básicos de nuestra acción desde finales de 1980».

Unos años después de la experiencia en Gambia, Pedro y Clara decidieron cambiar de aires y se marcharon a Tanzania, a un centro ligado al Instituto Tropical Suizo de Basilea. Nuevamente su idea era trabajar en medicina asistencial a la población, pero ya comenzaron a plantearse el comienzo de su actividad investigadora. Allí contactaron con la Agencia Española de Cooperación, que se mostró interesada en financiar los proyectos que les rondaban la cabeza.

Sin embargo, les advirtieron de que en Tanzania sería difícil su sostenibilidad y les aconsejaron realizarlos en Mozambique, que por aquellos años intentaba salir de décadas de conflictos.

El equipo formado por Pedro Alonso y Clara Menéndez y otros dos colegas, que ya estaba ligado al hospital Clínico de Barcelona, decidió aceptar el reto e intentarlo. Para Alonso, si deseas hacer investigación en salud para el desarrollo, es fundamental tener presencia estable en los países. Sólo de esta manera se podrá abordar el otro gran reto que supone la insuficiencia de los propios países para formar y construir instituciones capaces de investigar. «Les dijimos que queríamos un hospital de distrito pequeño, sin muchas otras organizaciones alrededor, y que no estuviera muy lejos de la capital». El gobierno mozambiqueño les propuso montar el proyecto en Montepuez, un municipio en la provincia norteña de Cabo Delgado, a casi tres mil kilómetros de Maputo. Sus compañeros de proyecto probaron a ponerlo en marcha, pero después de un año Montepuez resultó ser un emplazamiento inviable para sus propósitos. Era un lugar remoto, alejado de un centro urbano y con un solo vuelo por semana a la capital «que salía cuando quería».

En marzo de 1995 Pedro Alonso vino a Mozambique para reunirse con responsables del área de sanidad del gobierno. Les propuso buscar una localidad en un radio de ciento cincuenta kilómetros de Maputo. Uno de los lugares que visitó fue Manhiça. Antes de tomar la decisión de establecerse allí, Alonso vino varias veces a ver las condiciones del lugar. La primera, llegó a las ocho de la mañana. El hospital estaba vacío. Le dijeron que normalmente estaba abarrotado, pero que ese día ya se habían marchado todos los pacientes. Tres meses después volvió a visitarlo a la misma hora y nuevamente lo encontró vacío. En esta ocasión le dijeron que durante la temporada de frío la gente venía más tarde. La realidad era muy distinta: «no había ningún médico y la directora del distrito se había ido dos años a Brasil».

Cruzamos la pequeña explanada que ocupan las instalaciones sanitarias. «Allí estaban acampados los cascos azules de Nueva Zelanda, que todavía estaban desminando la zona, justo delante de lo que fue nuestra casa durante años». Pedro Alonso señala el final del camino a espaldas del hospital. En la parte baja de la colina, el río Incomati hace una amplia curva para bordear la extensa planicie de campos de caña, propiedad de una empresa azucarera de Managra. En aquellos años las plantaciones estaban devastadas, y Manhiça era un pueblo prácticamente abandonado a causa de la guerra.

A finales de 1995 Pedro Alonso, y su reducido equipo se pusieron en marcha. ¿Tenían claro lo que querían hacer? «Clarísimo: investigación, formación y asistencia. Tres cuestiones indisolubles». Por eso deseaban estar ligados a un hospital, «porque es el lugar donde prestar asistencia, y porque es un buen observatorio para poder entender las patologías. Y no puedes hacer investigación y asistencia si al mismo tiempo no formas a gente».

«Nos cedieron esta habitación, que durante un año y medio o dos fue el Centro de Investigación de Salud de Manhiça», dice con sorna. La habitación es

un pequeño dispensario con pocas pretensiones en el extremo de un ala del hospital. «Me gusta enseñarlo porque este es el CISM hace veinte años». El cuartito apenas ha cambiado desde entonces, lo que sí ha sufrido una transformación es el hospital. «Hasta hace cinco años, eso no existía», señala los lavabos, una casita en el centro del complejo. Tuvieron que construir unos servicios nuevos con la ayuda de una pequeña fundación de Barcelona, porque en el edificio antiguo los retretes estaban permanentemente atascados. «Era un desastre. Los pacientes tenían que salir a una especie de campo abierto a hacer sus necesidades».

Se construyó un nuevo hospital con fondos de la Cooperación Española y la Unión Europea. El centro sanitario está formado por varias galerías de una sola planta y paredes pintadas de blanco. Ahora es un hospital que, «a pesar de las limitaciones del país», presta una buena asistencia, es razonablemente moderno y aireado y cuenta con una infraestructura mozambiqueña donde hay quince o veinte médicos con las consultas bien organizadas. Alonso insiste en matizar «con todas las limitaciones», ya que decidieron trabajar siempre a partir de las estructuras públicas del propio país. «Tiene sus desventajas, entre otras, que no es tuyo, no lo controlas. Pero a la larga, si hubiéramos montado nuestro hospital hubiera tenido poco sentido y menor sostenibilidad». Le pregunto qué hubiera sido de este lugar si no hubiera pasado por aquí hace veinte años, o si hubiera elegido otro hospital en otra provincia. «Seguro que nada de esto existiría. Gracias a que el CISM está aquí, a su buen funcionamiento y cierta labor para darle visibilidad, se ha podido ir ampliando».

Supuso un gran desafío empezar de cero en un país que acababa de salir de décadas de guerras y donde lo desconocían todo. Comenzaron censando a treinta y cinco mil personas de la región como estrategia de investigación, recogieron información sistemática y acometieron los primeros estudios descriptivos de malaria y neumonías para entender de qué enfermaba y de qué moría la población rural en Mozambique. A la vez fueron formando al personal local. Desde el primer momento les ofrecieron dos jóvenes médicos mozambiqueños. «Y eso es lo que hemos seguido haciendo desde entonces». Hoy trabajan en todo el distrito, un área de más de ciento sesenta mil habitantes (37.600 familias) y 2.380 Kilómetros cuadrados. El hospital mide y recoge todo lo que viene de la comunidad, lo que ha permitido al centro crear un censo de población específico con datos muy precisos que posibilita mapear las enfermedades, dónde se producen y su índice de incidencia.

Caminamos de regreso al CISM por la orilla de la carretera bajo la sombra de los grandes árboles de flores rojas que el viento zarandea con fuerza. El centro es un conjunto de edificaciones bajas integradas en el paisaje de la localidad. La pared exterior es blanca, y en la puerta de entrada destaca el panel con el nombre de la instalación y la placa de la Cooperación Española. Por encima del muro asoman tejados de dos aguas de tejas rojas y árboles frondosos. Me dice Pedro Alonso que han querido mantener la imagen de un lugar austero. «Nada de grandes elefantes blancos y construcciones estrambóticas». Desde el exterior es difícil imaginar que tras los muros se esconde un

sofisticado laboratorio médico de los pocos que existen de este tipo en África. «Esto ha sido una de las señas de identidad que siempre hemos querido mantener». Le digo que me recuerda a uno de esos hostales para mochileros extranjeros que viajan por África. Mi comentario le sorprende momentáneamente. Lo piensa y me responde moviendo la cabeza: «Literalmente. Es lo que tiene que ser».

Originalmente, esos pabellones eran un centro de formación abandonado. En 1998 los responsables municipales se lo entregaron a Pedro Alonso y su equipo para que lo adaptaran a sus necesidades. La mayor parte de la superficie era un descampado; el resto, algunas aulas y dormitorios en pésimo estado. Al principio llevaron a cabo pequeñas remodelaciones, siempre manteniendo la estructura externa. Con el tiempo, lo fueron ampliando según necesidades y posibilidades financieras. «Lo que era una letrina abierta al cielo, ahora es una unidad cualificada por la Agencia de Alimentos y Medicamentos (FDA) americana para evaluar la seguridad de nuevos fármacos, con tecnología punta y, sobre todo, con sistemas de calidad acreditados internacionalmente», me explica orgulloso.

El interior del complejo es sobrio y sencillo y permanece muy cuidado. Está formado por una serie de casas bajas de estancias relativamente pequeñas, de paredes pintadas de blanco o corinto y unidas por pasillos techados. Las puertas de los laboratorios dan al jardín interior, que está parcelado y surcado por caminos que conducen a los diferentes laboratorios. Al fondo del recinto se encuentra el comedor comunitario bajo una gran *palhota*, una construcción africana de madera, sin paredes y techo alto de paja. Las mesas están cubiertas con *capulanas*, el tejido tradicional mozambiqueño, de colores vivos, que visten las mujeres del campo. Allí almorzaría días más tarde con Pascoal Mocumbi, cuando me narró su huida clandestina de Portugal en 1961 y el periplo por el norte de España junto a un grupo de estudiantes de las colonias africanas para ir a estudiar a Francia.

Pedro Alonso va abriendo y cerrando las puertas de las diferentes áreas y me explica la función de cada sala. Los laboratorios son reducidos, claros, luminosos y dan la sensación de estar escrupulosamente limpios y ordenados. Algunos son únicos en Mozambique, y están equipados con la tecnología más puntera en el mundo. Con la didáctica de un profesor, Pedro Alonso me va mostrando las secciones y me explica el trabajo que se lleva a cabo: espacios para ensayos de vacunas; salas donde trabajan con tuberculosis resistente y neumonías; laboratorios de biología molecular, de parasitología o bacteriología, de extracción de material genético y de inmunología, con citómetros de flujo de cuatro colores -un aparato de rayos láser que permite diferenciar poblaciones celulares en sangre-. El centro cuenta con un laboratorio de bioseguridad de clase tres, de los pocos que existen en África, con presión negativa, de manera que si se abre una ventana, el aire no sale sino que entra, evitando así que patógenos peligrosos puedan escapar al medio ambiente. En una de las salas tienen nitrógeno líquido. Pedro me cuenta que esto ha supuesto un «salto gigantesco», que les permite guardar muestras a -180° y congelar células para luego revivirlas y estudiarlas «in situ».

En la entrada de algunos laboratorios hay un dispositivo con un pequeño teclado numérico y un lector de huellas digitales como medida de seguridad. Además, los empleados e investigadores disponen de una tarjeta de identidad de acceso a áreas restringidas. En la sala de frío hay una serie de congeladores con un sistema de control de calidad para verificar que la temperatura no oscila. Ahí se conserva una de las mayores colecciones del mundo de muestras (sueros, bacterias, virus y células) de las enfermedades de los países pobres.

En uno de los extremos del complejo hay una serie de generadores y una unidad transformadora de electricidad que fueron financiados con más de medio millón de dólares por la Fundación Gates. Tuvieron que volver a cablear todas las instalaciones para evitar subidas y bajadas de tensión o interrupciones en el suministro del servicio eléctrico –muy frecuente, sobre todo en época de lluvias– para que no se malograsen los aparatos ni las muestras conservadas.

«En este ambiente mochilero», continúa irónico Pedro Alonso al salir al jardín, «podemos hacer los estudios más avanzados del mundo en algunas de las enfermedades olvidadas». Esto es una ventaja, «porque ves al niño o al adulto enfermo, le sacas sangre y el resultado lo tienes aquí para estudiarlo sin necesidad de enviarlo a alguno de los grandes laboratorios». Además del área administrativa, una sala de reuniones y otras dependencias, también «construimos nuestro pequeño hostel con habitaciones para los investigadores que entran y salen, siempre desde la modestia y la austeridad».

Después de visitar todas las salas y laboratorios, nos dirigimos a través del entramado de veredas del jardín hacia su despacho. El centro está silencioso y casi inactivo. Tan sólo se escuchan las ramas de los árboles batir por el fuerte viento. Me invitó a pasar. Es una habitación cuadrada y sencilla. Bajo un ventanal luminoso, una mesa corrida ocupa toda la pared. En el lado opuesto hay una mesa de madera y cuatro sillas con asiento de tablillas, donde nos sentamos. A la derecha, una vitrina de cristal guarda libros voluminosos, archivadores y fotografías de Pedro Alonso con diferentes personalidades, entre ellas la Reina Sofía, que visitó el centro en las dos ocasiones en que estuvo en Mozambique. Del techo pende un gran ventilador de aspas metálicas que gira cadenciosamente. Las paredes están pintadas de blanco y amarillo oscuro. En una de ellas cuelga un grabado de tela con siluetas coloridas de mujeres africanas, en la pared opuesta luce el diploma que acredita la concesión del *Premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional 2008*, según reza en grandes letras góticas, «al Centro de Investigación de Salud de Manhiça, dirigido por los doctores Pedro Alonso y Clara Menéndez». Me sorprende encontrarlo allí. Hubiera imaginado que estaría colgado en algún lugar destacado de su casa en España o visible en un despacho de Barcelona o Ginebra. Pero entendiendo la importancia que tiene el centro para Alonso, me doy cuenta de que está en el lugar correcto.

Le pregunto qué hacen con todas estas muestras, sueros y cultivos congelados. «Estudiar», exclama sorprendido por mi pregunta. «El reto no sólo es publicar muchos artículos y avanzar las líneas de conocimiento, sino cómo

trasladar ese conocimiento a la acción diaria». Es lo que Alonso llama el «*downstreaming*», es decir, conocer más sobre las grandes enfermedades: malaria, tuberculosis, sida, las que afectan a la salud materno-infantil, diarreas y neumonías, y avanzar en el desarrollo de nuevos fármacos y vacunas. Se trata de saber «cómo trasladar ese conocimiento al beneficio del país y de la población y, por lo tanto, cómo influir en las políticas de salud nacionales».

Le pregunto también si a lo largo de estos veinte años los diferentes gobiernos de Mozambique han entendido esta forma de cooperación. Pedro Alonso me cuenta que siendo Pascoal Mocumbi primer ministro le dijo en su casa una de las primeras veces que se encontraron: «Precisamente porque somos pobres tenemos que investigar». «Mocumbi lo tenía muy claro. Yo creo que este país, como todos, tiene dos almas: una muy abierta, ilustrada, inclusiva, de visión a largo plazo, positiva y modernizadora, representada por Chissano, Mocumbi y alguno más, que veían todo esto muy bien y lo han apoyado mucho. Pero por otro lado sigue habiendo una rama nacionalista, cerrada, dura y compleja». Siempre hay quien recela y sospecha porque «todo lo que es extranjero les suena mal». «Esto nos ha llevado en ocasiones a situaciones complicadas con el gobierno, aunque en otras también hemos sido vistos como un valor muy positivo del propio país. No siempre ha sido fácil, y continúa sin serlo».

La captación de donantes tiene que ser fundamental. Puedo imaginar que el material y la tecnología habrá llegado escalonadamente y será carísimo. «Brutal», exclama. «Solo en mantenimiento y certificaciones —el laboratorio está certificado con ISO 9001—, nos cuesta al año 100.000 dólares. Es clave para poder hacer cosas y que sean reconocidas internacionalmente».

Sentados en su despacho, Pedro Alonso me cuenta que la Agencia Española de Cooperación (AECID) ha sido fundamental para conseguir todo esto. «Una de las claves de éxito de un centro de estas características es tener un financiador estable. No un solo donante que lo pague todo (de hecho la AECID aporta entre un veinte y un treinta por ciento), sino que sea un elemento multiplicador que les permita atraer más inversiones. «Si ellos ponen un millón de euros, nosotros conseguimos atraer otros seis».

El resto de la financiación llega de diferentes organizaciones. Desde la Fundación Bill y Melissa Gates, a través de sus distintos mecanismos, a la Unión Europea y otros organismos europeos y españoles. Ahora el CISM tiene unos cuarenta proyectos activos con quince financiadores distintos. Entre trescientas y quinientas personas trabajan en el centro, según el número de proyectos en marcha. Le pregunto si con la reputación y el prestigio del CISM es más fácil encontrar ahora financiación. Pedro Alonso suspira: «Solamente en el caso de la financiación internacional». «Hemos pasado momentos muy, muy complicados en distintos periodos. El último, con la crisis española. Hay que elogiar a la AECID, que continuó financiándonos, lo que nos permitió seguir captando recursos externos».

Eusebio Macete, director general del CISM, entra en el despacho. Intercambiamos saludos, y me propone que regrese un día de la siguiente semana, cuando el centro tenga más actividad.

El CISM es, según Pedro Alonso, el mayor centro de producción científica del país en términos de artículos publicados. Desde el punto de vista clínico, la institución da servicio asistencial al hospital de Manhíça y a otras cinco unidades sanitarias, todas integradas en el sistema público de salud nacional. Realizan entre treinta y cinco y cuarenta mil consultas, y unos seis o siete mil ingresos hospitalarios anuales en los últimos veinte años. Desde el punto de vista de formación, la Universidad de Barcelona es el primer socio académico de Mozambique. El mayor número de doctorados de estudiantes mozambiqueños se han realizado en España. El anterior y el actual director de la Facultad de Medicina de Maputo, dos de los directores de los programas nacionales de salud, varios de los docentes de la facultad y algunos de los investigadores del Instituto Nacional de Salud del país son doctores por universidades españolas.

Por la mañana me había recogido en Maputo un conductor del CISM para acercarme hasta Manhíça. En el vehículo también viajaba Ignacio Mandomando, un joven empleado del centro, con el que compartí conversación durante la hora de trayecto. Tiene cuarenta y un años, y aspecto de adolescente. Vestía camisa blanca y pantalones oscuros. Hablaba un español culto con acento musical. Trabaja en el CISM desde hace varios años. He descubierto después que es el director científico del CISM y uno de los mejores y más destacados investigadores mozambiqueños.

Ignacio Mandomando me ha contado que su apellido viene de su bisabuelo, un hombre muy influyente en su comunidad durante la época colonial portuguesa, con muchas dotes de mando. Por eso, aunque lo inscribieron en el registro civil con el apellido Devine, su descendencia adoptó el nombre de Mandomando. Ignacio viene de una familia humilde. Su madre murió cuando él tenía dos años. Su padre era pescador y apenas fue a la escuela, pero siempre tuvo conciencia de la importancia de los libros y la educación. Le castigaba si se lesionaba jugando al fútbol porque eso le impedía asistir a clase. «Fue una figura fundamental para llegar a ser lo que soy hoy», me ha confesado. De todos los niños de su escuela, solo tres consiguieron una licenciatura.

Ignacio Mandomando no sé quedó ahí. Después de estudiar veterinaria, hizo el doctorado en microbiología en la Universidad de Barcelona. De ahí viajó a las universidades de Maryland y Virginia, en Estados Unidos, donde hizo investigación en biología molecular. Conoció a Pedro Alonso a través de un profesor de la facultad relacionado con el CISM. En el año 2000 se integró en la plantilla de investigadores del centro. Comenzó en un pequeño laboratorio de parasitología. Desarrolló estudios sobre diarreas, sarampión y salmonela en el hospital de Manhíça. Posteriormente llevó a cabo estudios clínicos de malaria, enfermedades diarreicas y biología molecular. El último estudio que coordinó en el terreno fue una investigación que tenía como objetivo cuantificar el peso de las enfermedades diarreicas en siete países del mundo: tres asiáticos y cuatro africanos. Esos datos han contribuido para que las autoridades sanitarias mozambiqueñas acaben introduciendo la vacuna del rotavirus en el país. «Este es uno de los mayores logros: ver que contribuyes a

trasladar resultados en salud pública y, por tanto, a salvar las vidas de los niños, que son los más vulnerables».

Pedro Alonso me dice que en el campo de la formación han apostado por un modelo en el que jóvenes licenciados acuden al centro para aprender mientras trabajan ahí durante cuatro o cinco años. Más tarde, hacen en el extranjero su maestrazgo, la especialidad médica y el doctorado. Y después, les siguen formando. «Lo que estamos tratando, aunque sea feo decirlo, es formar élites intelectuales e investigadoras en Mozambique, como las tienen otros países. Mozambique necesita tener un núcleo amplio de gente formada y competitiva internacionalmente, que pueda ir fuera y hablar de tú a tú con cualquiera».

Aplican el mismo criterio con los jóvenes licenciados mozambiqueños que con los españoles. «Es preciso tener la capacidad de entender y generar un sentido común con los investigadores mozambiqueños para que lo entendieran como propio. Pero también educar a nuestros colegas españoles de que esto no es un centro español, sino mozambiqueño, y que nosotros estamos aquí para, en la medida de lo posible, ayudar a que esto funcione y sea un éxito».

¿Podía imaginarse todo esto hace veinte años sentado en aquella habitación del hospital? «Queda muy feo decirlo, pero lo tenía muy claro», me responde. «Básicamente, porque tampoco hemos innovado mucho. Yo ya había trabajado cinco años en Gambia, luego en Tanzania. Había aprendido ciertos modelos de los británicos y otros modelos de los suizos. Entendí perfectamente que, si se ensamblaban, daba algo nuevo muy potente».

Repite que tenía muy claro que el modelo de estructura científica que había que montar era el de los tres pilares: investigación, unido a la asistencia y a la formación. «Fruto de ese trabajo, 20 años después, el director y los jefes de departamento son todos investigadores mozambiqueños. Yo no puedo jubilarme, pero me puedo ir a hacer otras cosas la mar de tranquilo, porque son personas altamente competentes». Alonso, que se incorporó el pasado mes de octubre a la sede de la OMS en Ginebra, ya formaba parte desde 2011 de su Comité Asesor en políticas de malaria y dirigía el Comité Científico de la Estrategia Técnica Mundial contra la Malaria. Tuvo que dejar sus cargos en IS Global porque eran incompatibles con su nuevo puesto, pero continúa siendo miembro honorario del consejo de patronos de la Fundación Manhiça.

A principios del nuevo milenio, la contribución de África al conocimiento de las enfermedades en el mundo era de menos del dos por ciento. Una institución como el CISM, en un país donde no existía ningún centro de investigación de esa naturaleza, suponía todo un desafío. Ni Mozambique ni el entorno estaban preparados. No había servicios de auditorías de investigación ni una actividad reguladora para fármacos en investigación. Tuvieron que crear los mecanismos para hacer investigación reconocible y bajo normas éticas. Hubo que ayudar a formar el Comité Nacional de Bioética, que «es producto en gran medida de este centro». Hasta hace 10 años los estudios de una buena parte de los medicamentos que se consumen en África se llevaban a cabo en Europa,

Norteamérica o Asia. En tan poco tiempo, Manhiça ha conseguido estar en una situación muy favorable. Según Alonso, ni Oxford ni el ejército americano ni ningún otro tenían infraestructuras como las que se han creado en el CISM.

Le pregunto si es sólo esa la fórmula para reducir los siete millones de muertes causadas por la malaria. «No, esa es nuestra contribución», responde rotundamente. «Sería absurdo decir que sólo es debido a la labor de investigación y formación. Pero el conocimiento será una de las herramientas estratégicas para continuar avanzando y mejorando el desarrollo económico y social». Este concepto es tan válido, o más, ahora que hace 20 años. Con el fin de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y con los nuevos de Desarrollos Sostenible, existe una agenda de cómo hay que gestionar la prestación de servicios universales a la población. Pero ese, dice Alonso, no es nuestro papel. «Este centro tiene que seguir siendo un puntal de generación de conocimiento, y de su traslación a políticas públicas que aporten beneficios reales a las poblaciones africanas».

Sé que a los científicos les incomoda poner fecha a los resultados de sus investigaciones, pero le pregunto si sería posible conseguir esos fármacos para la erradicación de la malaria, tuberculosis y neumonías, y si saldrán de aquí. «Que el conocimiento salga de aquí, sí. Que se fabrique aquí, eso será otra historia», me responde. La vacuna de la malaria RTS, S/AS01E está en fase de evaluación por la Agencia Europea del Medicamento y se registrará en los próximos meses. «¿Es la vacuna de Manhiça? No, pero este centro ha hecho la parte clave de los estudios del desarrollo de ese producto».

Pedro Alonso, que estuvo vinculado a mediados de los años ochenta a la investigación que realizó el colombiano Manuel Patarroyo, retomó los estudios que había emprendido un grupo de investigadores norteamericanos a finales de los noventa. Habían conseguido índices de protección iniciales del noventa y cinco por ciento. A finales de 2013, Alonso me comentó que del noventa y cinco por ciento original habían pasado a un cincuenta por ciento de protección.

Finalmente, en julio de 2015 la AEM dio el visto bueno a Mosquirix, el nombre comercial de la vacuna desarrollada por la multinacional GlaxoSmithKline. En los ensayos clínicos que se han llevado a cabo en el CISM, se consiguió reducir un 36% los casos de malaria en los niños vacunados desde los cinco meses. A partir de ahora, la OMS debe hacer un estudio valorando otros factores para decidir si recomienda la vacuna en los países endémicos de la enfermedad.

El CISM es el centro que más años lleva trabajando con esta vacuna en África, y todos los estudios hechos desde 2002 hasta ahora han salido de sus laboratorios. Son la base de la primera generación de vacunas de malaria. Además, en el CISM se han coordinado los estudios de registro de nuevos fármacos antipalúdicos que ya se están usando. Asimismo, el ministerio de salud de Mozambique ha adoptado las vacunas del hemofilus y del neumococo, y gracias a los estudios realizados en este centro, hará lo mismo con la vacuna del virus del papiloma humano y del rotavirus a través del fondo de la OMS.

Pedro Alonso mira el reloj. Tiene que ponerse en marcha si no quiere perder el vuelo a Ginebra. Clara Menéndez entra en la sala para recoger su ordenador y algunos documentos que están sobre la mesa. Me ofrecen acompañarlos en el coche hasta el aeropuerto de Maputo y seguir conversando. Durante el trayecto, Alonso me dice que, gracias a gente como Eusebio Macete e Ignacio Mandomando, entre otros, ve el futuro del CISM como un lugar de investigación vibrante y expandiéndose a otras zonas del país. «Un actor relevante a nivel exterior, abierto a las colaboraciones internacionales, y por lo menos con otros 20 años de futuro». Una hora más tarde llegamos al aeropuerto y nos despedimos en la puerta de entrada a la terminal.

Unos días después y atendiendo a la invitación de Eusebio Macete regreso al CISM. Sonia Mocumbi, hija de Pascoal Mocumbi, pasó a recogerme con su coche. Sonia trabaja también en el CISM como responsable de las relaciones Institucionales. Su labor se centra en impulsar la imagen institucional del centro y en buscar apoyos políticos y financieros para la eliminación de la malaria.

Llueve con violencia durante el viaje. Los campos y caminos están anegados, ha habido corrimientos de tierra y se han abierto profundos surcos en la carretera. Un camión ha volcado su carga sobre el asfalto y varios coches se deslizan dentro de las grietas. Tardamos más de tres horas en llegar a Manhíça. Macete nos espera bajo el porche del registro de entrada al centro. Corren ríos calle abajo. Decido aventurarme bajo el chaparrón y remontar la calle para visitar el hospital como me recomendó Pedro Alonso. Los enfermos se resguardan de la lluvia en las galerías. La mayoría son ancianos, y madres con niños pequeños a las espaldas que esperan pacientemente ser atendidos en las consultas. Me cruzo con algunos médicos mozambiqueños en bata blanca y con el fonendoscopio al cuello.

En el CSIM Macete da instrucciones a los empleados, atiende llamadas en el teléfono móvil y recibe la visita de una delegación de la embajada de Estados Unidos en Maputo. Me explica que su día a día está muy relacionado con el entorno. «Es como llevar un coche en el desierto. Siempre tienes que tener en la cabeza que al mínimo problema que ocurra, hay que buscar un teléfono, porque aquí cerca no encontraré nada». El gran desafío es mantener la capacidad humana y material. Si se estropean los equipos, hay que repararlos rápidamente aunque en el entorno no haya empresas de servicios especializadas ni técnicos con los conocimientos necesarios.

Macete no ha olvidado la fecha del 4 de octubre de 1999, cuando a las ocho de la mañana comenzó a trabajar en el CISM. Tuvo previamente una entrevista con Pedro Alonso, que le habló de la actividad investigadora del centro y de los proyectos de la institución. Macete le confesó que de todo lo que le había contado tenía una sola preocupación: «Yo no soy un genio. La idea que tengo de la gente que hace investigación es que son muy ilustrados e inteligentes, y mi patrón de inteligencia no es muy alto». Alonso le respondió que no precisaban de genios, sino de buenos trabajadores. «Si es para trabajar, nos entenderemos», le aseguró.

Eusebio Macete habla un español culto y fluido, una mezcla de dejes tropicales y catalanes. Es elocuente, simpático y tiene una gran agilidad de reacción. Tiene el pelo corto y la frente despejada. Viste una camisa blanca con dibujos de diseño africano, pantalón negro y alpargatas de campesino oscuras. Nació en 1968. Su padre era mecánico de tractores en una compañía azucarera y su madre, campesina. Pasó su infancia en el campo. Es hijo del sistema marxista que Samora Machel puso en marcha en Mozambique tras la independencia de Portugal con el objetivo de elevar las tasas de educación de la población. Cursó secundaria durante tres años en Cuba, regresó a Mozambique y continuó estudiando sin que sus padres tuvieran que costear su formación. Se matriculó en la facultad de medicina de la Universidad de Maputo. Disfrutó de una beca de la Cooperación Suiza para terminar sus estudios con la condición de trabajar cada día en el del ministerio de Sanidad. Eligió el departamento de epidemiología, desde donde conoció la situación del país, viajó por las diferentes provincias y se familiarizó con el sistema nacional de salud.

En aquella época no se contemplaba la investigación. Fueron educados con la mentalidad de servir al enfermo del campo. Al acabar medicina, el sueño de cualquiera era ser médico rural entregado a salvar vidas en un distrito abandonado. Sus primeras responsabilidades en el CISM fueron la atención asistencial en el hospital de Manhiça y trabajar sobre el terreno en un estudio de redes mosquiteras en varias provincias. En 2003 Pedro Alonso le nombró coordinador del centro. Ese mismo año, el CISM empezó el primer estudio en Mozambique para la prevención de la malaria utilizando un tratamiento preventivo de pastillas, cuando los niños venían a vacunación. Este concepto de tratamiento intermitente, realizado por brigadas móviles (personal del sistema nacional de salud que se desplazan a vacunar allí donde no hay centros de salud), funcionó bien y amplió la red de cobertura de vacunación de la población.

En 2005 y 2008 Eusebio Macete realizó su doctorado en la Universidad de Barcelona y un máster en Salud Pública y epidemiología. En 2007 pasó seis meses formándose en la sede central de la OMS, en Ginebra. De regreso a Barcelona, trabajó en la AECID, cogiendo experiencia en gestión de proyectos. En esa última etapa estuvo muy involucrado en las discusiones para la creación de la Fundación Manhiça. En julio de 2008 regresó a Mozambique y en noviembre asumió la dirección del CISM, que le había propuesto Pedro Alonso. «Este cambio de generación nos obliga a mantener la atmósfera, la imagen y la cultura de trabajo que se ha creado a lo largo de todos estos años, al margen del entorno que nos rodea».

Eusebio Macete afirma que es muy difícil ganar confianza y muy fácil perderla. «Yo pienso que el gran desafío del CISM es mantener a lo largo del tiempo la confianza y el prestigio que ha conseguido construir a nivel nacional, regional y global». «El gobierno de Mozambique tendrá que asumir el potencial que se ha creado en Manhiça. Se ha hecho a base de mucho esfuerzo, gracias a la cooperación internacional, pero poco a poco el gobierno tiene que ir creando condiciones para que pueda asumir la totalidad. Con esto, no quiero decir que

significa la salida de la Cooperación Española, ni mucho menos; pero tiene que haber una señal del gobierno de Mozambique de asumir este potencial».

Eusebio Macete me explica que el CSIM ha construido una plataforma de crecimiento institucional muy importante, con una estructura financiera administrativa que encaja en la estructura del país. «Es una institución contable y auditable transparente, que en un país como este es un paso enorme». Es importante mantener esa cultura de transparencia, de buen trabajo y prestigio. Según Macete, el futuro del centro depende mucho del futuro del país y de su estabilidad. Piensa que la gente tiene que percibir confianza en el modelo de gestión nacional. «Esa cultura del bien público, de no sobrepasar al estado, vendrá con el tiempo. A Europa le llevó más de 50 años llegar donde está hoy. Mozambique necesita estabilidad de gobernación».

Le pregunto si no existe en Manhiça el riesgo de fuga de talentos. Macete lo interpreta como una necesidad humana de supervivencia. «Una persona que haya nacido en esta esquina del mundo tiene todas las barreras que el ser humano pueda tener. Desde aquí se ve que hay otro lugar en el que poderse ganar bien la vida, que a sus hijos no les piquen los mosquitos y que su mujer pueda trabajar de forma digna. Existe, pero le impiden ir». A pesar de esa necesidad de supervivencia y el deseo del ser humano por mejorar su futuro, en general los mozambiqueños no emigran mucho. Cuando lo han hecho, ha sido por causa de las guerras, como refugiados a países vecinos, o por estudios y formación. El mozambiqueño está muy arraigado a su tierra, y la comunidad mozambiqueña en el exterior es pequeña. Ahora, con el descubrimiento de grandes yacimientos de gas y otros minerales y el crecimiento económico, el país se ha convertido en un lugar atractivo. Incluso muchos extranjeros se están asentando aquí. Por eso los mozambiqueños se preguntan: “¿Por qué tengo yo que irme?”. «A poco que hayas estudiado puedes encontrar trabajo».

Como dijo Eusebio Macete a sus compañeros de master en Barcelona, «lo que yo voy a hacer en Mozambique, ya lo hicieron en España diez generaciones antes que vosotros. Ahora me toca hacerlo a mí en mi país».

El tren del progreso

Los trenes todavía eran de vapor cuando Juan Ignacio Campo llegó a Mozambique a principios de 1988. Sobre la mesa de su despacho en el costado sur de la estación de trenes de Chamartín, en Madrid, extiende meticulosamente documentos y fotografías que tomó durante los casi siete años que vivió en África. «Hacía mucho tiempo que no salían de esta caja», me confiesa. «Me traen recuerdos fantásticos». Al encuentro también acude Juan Carlos Beiro, que, al igual que Juan Ignacio, formó parte del equipo de once cooperantes que la compañía española Renfe envió a Mozambique para reestructurar y reorganizar los *Caminhos de Ferro de Mozambique* (CFM). Juan Ignacio Campo es gerente de proyectos internacionales de Adif, empresa asociada de Renfe. Estuvo en Beira entre 1989 y 1991 como responsable del proyecto de mantenimiento de vías y señalización. Tras pasar los siguientes cuatro años en España, regresó a Mozambique a las oficinas centrales de CFM hasta 1999. Su compañero, Juan Carlos Beiro, ocupa el cargo de director de cooperación internacional de Renfe. Llegó a Beira la misma semana de la firma de los Acuerdos de Paz de Roma, en octubre de 1992, para dar asistencia a los talleres de CFM, y permaneció allí hasta finales de 1998.

La presencia de los empleados de Renfe en Mozambique estuvo precedida por la firma de un acuerdo de cooperación entre los dos países para la rehabilitación y optimización de los *Caminhos de Ferro*. El proyecto era parte de la ayuda que España prestó al país tras su participación en la Conferencia de Donantes para Mozambique celebrada en Ginebra en septiembre de 1986. La conferencia fue la respuesta de la comunidad internacional a la llamada que el Secretario General de Naciones Unidas, el peruano Javier Pérez de Cuéllar, había realizado meses antes para paliar la crisis que se cernía sobre el país. A aquella conferencia de donantes de Ginebra asistieron Ángel Gómez y Fernando Delgado, directivos de la empresa española de ferrocarriles.

En aquel tiempo, Mozambique era uno de los países más pobres del mundo (todavía lo es hoy). Existía una necesidad urgente de alimentos y materiales para reparar las infraestructuras destruidas como consecuencia de los estragos que estaba causando la guerra civil. Era lógico, por tanto, que Mozambique, como sus países vecinos Zimbabue y Malawi, que dependían del tren para encontrar una salida al mar a sus productos, tuvieran un interés especial en rehabilitar el transporte por ferrocarril.

Juan Ignacio descuelga de la pared de su despacho un enorme mapa de Mozambique para mostrarme la distribución de las líneas ferroviarias, que están vertebradas en tres corredores que atraviesan el país: una en el norte, otra en el centro y la tercera en el sur. Cada corredor permitía sacar materias primas y bienes a los puertos de Nacala, Beira y Maputo respectivamente, o llevar grano y otras mercancías al interior de África.

El Corredor de Beira, un pasillo de unos 320 kilómetros, contaba con dos líneas, ambas de vital importancia para la diezmada economía de Mozambique y para las exportaciones de los países vecinos. Las vías llegaban hasta el mismo puerto de Beira. A 28 kilómetros, en la Villa de Dondo, se bifurcaban. Una iba a Machipanda y conectaba con Zimbabue; la otra se dirigía hacia el norte, atravesaba el río Zambeze y en la ciudad de Sena se volvía a dividir en dos ramales: uno en dirección noroeste a Moatise y a las minas de carbón de Tete; el otro, hacia el norte, hasta Malawi. Eran líneas que transportaban principalmente mercancías, aunque también pasajeros. Malawi era un gran productor de azúcar, algodón, cereales y leguminosas. Por tanto, la línea de Sena era esencial para llevar esos cargamentos a los barcos que atracaban en Beira. También lo era la línea de Machipanda, que unía el puerto con una zona de gran producción agrícola interna y continuaba hasta Zimbabue, que en aquellos años era el mayor cliente del puerto de Beira. Hoy el propio Mozambique se ha convertido en su mejor cliente, aunque Malawi, Zimbabue y Zambia siguen precisando los puertos mozambiqueños del Índico. Además, la línea de Machipanda conectaba con la red ferroviaria de la República Democrática de Congo, que importaba y exportaba a través del puerto de Beira una buena parte de los minerales que se extraían en la provincia de Katanga.

En 1983 los responsables de CFM se vieron obligados a cerrar la circulación de la línea de Sena. La decisión se tomó tras la voladura del puente sobre el río Zambezi y los continuos sabotajes de los combatientes de Renamo, que planificaron minuciosamente la completa destrucción de las vías y causaron numerosas bajas entre los empleados de la compañía. Con estos ataques, Renamo buscaba desestabilizar el país y dañar los planes económicos que Frelimo había implantado tras la independencia. Por entonces la línea de Sena transportaba al puerto de Beira un millón y medio de toneladas anuales de mercancía, principalmente carbón de Tete. Muchos años después serían las empresas extranjeras mineras quienes financiarían la reconstrucción de la línea de Tete a Beira. «Ignacio y yo hicimos un viaje para ver si había forma de sacar el carbón por Malawi, pero estaba destruida», me dice Juan Carlos Beiro mostrando las fotos

de aquel periplo. «Fue una aventura en medio del *mato*». Sin embargo, la línea de Machipanda se rehabilitó y continuó operativa a pesar de los constantes ataques que destruían parte de su infraestructura. El gobierno de Frelimo hizo «un esfuerzo de guerra» para defenderla. Destinó cinco batallones para proteger los convoyes y garantizar el abastecimiento de combustible a Zimbabue, que tras la llegada al poder de Robert Mugabe en 1980 se convirtió en un aliado en la retaguardia de Samora Machel para hacer frente a las ofensivas de Renamo.

Rui Fonseca, ex presidente de la Empresa Nacional de Ferrocarriles de Mozambique (CFM), me contó en Maputo que aquello «fue el intento de desestabilización que los países vecinos habían montado contra Mozambique». «Aquí no hubo guerra civil», afirmó. «Guerra civil hubo en España, en EE UU y en otras partes del mundo». Nada más conseguir la independencia de Portugal, «teníamos dos Estados vecinos que eran dos países racistas (Rodesia y Sudáfrica). Usted no escoge a sus vecinos. Ellos crearon Renamo, y no lo hicieron como alternativa política ni como un partido». Fonseca reflexionó: «Ya pasamos página y debemos pensar en la paz, en la estabilidad y en el desarrollo del país. Vivimos aquellos momentos difíciles. Ahora miramos hacia delante. Hoy Renamo ya no es el partido del desorden, sino un partido político que contribuye de hecho a la estabilidad».

Fui a ver a Rui Fonseca a su casa en el barrio residencial de Polana, en Maputo. La propiedad, de la época colonial portuguesa, era grande, de una sola altura, y disponía de un jardín frondoso de césped bien cuidado con piscina, *palhota* y parking bajo techo. El interior de la vivienda tenía aires de noble linaje victoriano suspendido en el tiempo. Nos sentamos en un extremo de un salón alargado en grandes sillones de cuero y tela gris, ante una sólida mesa de madera y cristal. Las paredes de color vainilla estaban repletas de cuadros clásicos, retratos de antepasados y pinturas modernistas. Había dos formidables colmillos de elefante y un gran caparazón de tortuga ennegrecido junto a una enorme chimenea de piedra vista. Del techo colgaban varias lámparas antiguas con bombillas de bajo consumo, y en una esquina había un árbol de Navidad de plástico adornado con bolas de colores y luces titilantes.

Rui Fonseca es un humanista, un hombre culto, distinguido y elegante. Es de ascendencia portuguesa, pero también tiene sangre celta, germánica y francesa. Es corpulento y de movimientos lentos. Tiene los ojos azules, el pelo gris y las cejas pobladas. Vestía una camisa blanca de rayas azules de diferentes grosores, pantalón oscuro y zapatos ingleses negros. Llevaba gafas de pasta castañas, como las que usaba Manuel Azaña. Hablaba despacio, acariciando las palabras y estirando las frases.

Fonseca comenzó a trabajar en la compañía de ferrocarriles en 1976 como ingeniero. Más tarde ocupó el cargo de director nacional adjunto. El consorcio era todavía un organismo dentro del ministerio de transportes, aunque en 1995 pasó a ser una empresa pública. En 1997 ocupó el cargo de presidente del consejo de administración hasta su jubilación en 2010. «Mucho tiempo», se

lamentó. «Yo creo que en esos puestos no se puede estar más de diez años. Yo estuve trece». Ahí terminó su carrera. Tiene 72 años. Sigue dando consultorías cuando CFM se lo requiere. Ante la escasez de profesores, enseñó matemáticas y física, sobre todo a nivel preuniversitario, cuando los portugueses se fueron de Mozambique tras la independencia en 1974.

Sus padres y hermanos se marcharon entonces a Portugal; pero él, que contaba 22 años y estudiaba en la universidad, decidió quedarse porque «ya tenía relaciones con Frelimo y coincidía plenamente con su proyecto e ideario político». «Además, yo nací aquí. Tenía poco que ver con Portugal y no lo conocía». Se quedó solo en Mozambique. «Bueno, solo no. Me quedé con el pueblo al que pertenecía y con el que me identificaba». Sus padres, a pesar de no estar de acuerdo, respetaron su decisión. Les dije que no se preocuparan por mí, que iba a trabajar y a hacer mi vida. «E hice mi vida». «Estoy muy satisfecho de haber podido contribuir, muy modestamente, al desarrollo de mi país y de mis hermanos mozambiqueños».

Los proyectos de colaboración de Renfe en Mozambique estuvieron financiados en parte por la AECID con un total de 5,7 millones de euros, entre 1988 y 1997. Se desarrollaron en varias fases. Durante los primeros años la empresa de ferrocarriles española prestó asistencia técnica al corredor ferroviario central de Beira, del que Rui Fonseca era también director. Los cooperantes de Renfe se encargaron del mantenimiento de la infraestructura de la vía y de los motores y componentes de las locomotoras y vagones, además de la gestión del tráfico y señalización. Renfe también firmó contratos de asociación con CFM por trabajos de asesoramiento y venta de material. Rui Fonseca me dijo que una de las primeras adquisiciones fue la compra con un crédito FAD de doscientos vagones fabricados en España. Esos vagones transportaban balastro (grava que se extiende para asentar y sujetar las traviesas de las vías férreas) para la rehabilitación de las líneas, que hoy todavía se usan en el mantenimiento de la vía.

En 1988 Beira era una ciudad sitiada por los guerrilleros de Renamo, muy activos en todo el centro del país. Estuvo desabastecida durante meses de agua y luz por los sabotajes a las torres de transporte de energía. Incluso el saneamiento planteaba un problema serio, porque las estaciones de bombeo no funcionaban sin electricidad. «Hubo que construir una central de emergencia», me explicó Fonseca. «Ese proyecto también estaba incluido en el conjunto de ayudas para el corredor de Beira, porque sin energía no había nada. Necesitábamos la energía, y las comunicaciones ferroviarias y por carretera».

Hoy Mozambique cuenta con 4.787 kilómetros de vía férrea. Se está construyendo una nueva línea, que va de Tete a Malawi, de unos 200 kilómetros, destinada a sacar el carbón de esa zona minera hasta el puerto de Nacala, con mayor calado que el de Beira. Estando Renfe en el país, se pretendió enlazar esta vía con la inexistente red ferroviaria de Malawi. «Vimos la posibilidad de construir esa línea», me cuenta Juan Ignacio Campo. «La estuvimos visitando con los responsables de los dos países, pero al final no se hizo. En aquel entonces parecía utópico».

Mozambique tiene en su subsuelo una de las mayores vetas de carbón del mundo. Está entre los diez mayores productores de este mineral. Además de las reservas de gas natural descubiertas en los últimos años en la provincia de Cabo Delgado, el país es un gran productor de aluminio y cuenta con grandes cantidades de rubíes, oro y minerales estratégicos. Sus puertos, principalmente el de Beira, tienen una gran actividad por su posición geográfica en el Índico.

Juan Ignacio y el resto de compañeros de Renfe llegaron a Beira una noche de enero de 1989. Los alojaron en el mismo hotel que ocupaban los soldados soviéticos que adiestraban a los militares mozambiqueños. En el hotel había un solo generador, que se ponía en marcha cuando los militares rusos se duchaban. El resto del tiempo no había ni agua ni luz. El grupo se sintió desengañado por las primeras impresiones del lugar. La mayoría contempló la idea de regresar a España al día siguiente. Pero «cuando a las cuatro de la mañana me desperté y vi aquel amanecer, me dije: “Yo me quedo aquí”. Y me quedé un montón de años».

«Vivíamos confinados. No se podía salir de la ciudad», recuerda Campo. «Pero la vida en Beira no era peligrosa. De vez en cuando íbamos a Zimbabue para oxigenarnos, que en aquella época era un país casi europeo». De los pescadores locales adquirían algo de pescado y camarones. Entre varios compraban un cerdo, lo mataban, lo despiezaban y lo congelaban para consumirlo los meses siguientes. «Si alguien se enteraba que llegaba Coca-cola, o chocolate, nos avisábamos unos a otros e íbamos a comprarlo», dice Campo. «Cuando en Navidad venías a España e ibas al Corte Inglés, te quedabas atontado». «Nos apoyó mucho también la gente de Pescamar», añade Beiro. «Las cartas nos llegaban a través de ellos, y todos los meses entregaban a todos los españoles que estábamos en Beira un bloque de pescado congelado». La sanidad era otro problema porque, a pesar de contar con seguro médico, el sistema sanitario mozambiqueño era muy precario. «Había una colonia cubana de médicos y profesores que vivían en pésimas condiciones. Llegamos a un acuerdo con ellos. Les pagábamos una cantidad mensual y los invitábamos a nuestras fiestas a cambio de atendernos en consulta», recuerda Campo.

Juan Carlos Beiro llegó a Mozambique en 1992. En ese tiempo se había construido un campamento con ocho casas para los empleados de Renfe, aunque seguían sin agua, luz, nevera o aire acondicionado. Beiro recuerda que para poder dormir se refrescaba con el agua del mar, a pesar del salitre. Más tarde consiguieron máquinas de aire acondicionado y, cuando había electricidad, aprendieron a destilar el agua de los aparatos. «Como había tanta humedad, se conseguía en muy poco tiempo un cubo de agua con el que nos lavábamos». Para los empleados mozambiqueños de la compañía, los empleados de Renfe construyeron pozos de agua en el recinto donde estaban los talleres, o la acercaban en cisternas desde las montañas cercanas.

Casi a diario los “bandidos armados”, que era como se conocía a los guerrilleros de Renamo, atacaban los trenes, y por la noche colocaban minas que reventaban los raíles. Juan Ignacio Campo me dice que entrañaba un cierto

riesgo salir a la vía. Las revisaban en camiones, escoltados por militares armados con sus kalashnikovs y con el dedo preparado en el gatillo. Se vieron forzados a blindar vagonetas y locomotoras con chapas metálicas para protegerse de las balas. «A mí nunca me ocurrió nada», dice Beiro, pero un compañero de Renfe que iba en una de esas vagonetas blindadas siguiendo a un tren fue testigo de un asalto. «Comenzaron a ametrallar el tren mientras por radio iba narrando el ataque al jefe de tráfico».

La falta de técnicos y personal especializado se hizo palpable en todo el país después de la independencia. Mozambique se quedó sin mano de obra cualificada por la salida masiva de los ciudadanos portugueses. «Fue la famosa 24/20: les dieron 24 horas para salir con 20 kilos de equipaje», explica Campo. Esto provocó que «el que había sido capataz, pasara a ser director de mantenimiento, con una falta absoluta de experiencia y conocimiento». Después recibieron ayuda de los países del bloque del Este. A los empleados más capacitados los mandaron a formarse a la Unión Soviética, Cuba o Hungría. «Lo que ocurrió es que los ingenieros, que eran pocos, cuando regresaron al país, no lo hicieron a puestos técnicos, sino a puestos de gestión», y siguieron sin cubrirse las necesidades de especialistas. Juan Carlos Beiro está convencido de que el país estaba en condiciones de poder salir adelante, y piensa que si hubiera tenido a la gente adecuada en cada momento, lo habrían podido hacer muy bien. «Era gente trabajadora y responsable, pero les faltaba orientación, y ahí es donde nosotros encontramos el hueco».

Caminhos de Ferro de Mozambique disponía de una gran flota de locomotoras de vapor alimentadas con carbón en buen estado de funcionamiento, pero los cooperantes españoles tuvieron que hacer frente a su sustitución por las nuevas máquinas diesel que llegaron como donaciones extranjeras, maquinaria moderna, «que incluso yo no había visto en Renfe», asegura Campo. «El problema es que no había mantenimiento», añade Beiro. Las locomotoras se quedaban fuera de servicio porque no había repuestos, y el carburante escaseaba. «Para que las baterías no se vinieran abajo, dejaban las locomotoras encendidas toda la noche gastando combustible». Campo piensa que el concepto de mantenimiento no existía porque iba vinculado al concepto vital de supervivencia. «Cuando la esperanza de vida es tan baja (en torno a los cuarenta y cinco años en 1990), tu perspectiva es radicalmente distinta a la nuestra».

Juan Ignacio Campo, que a los pocos meses de llegar a Beira se reunió con su mujer y su hijo de corta edad, nos narró la historia de la empleada mozambiqueña que trabajaba en su casa. «Le teníamos mucho afecto. Cuando sus padres celebraron las bodas de oro, le regalamos un traje, que una modista le hizo a medida para ir a la fiesta, a la que nosotros también asistimos. La ceremonia duró tres días. Cuando volvió a trabajar a casa, vino con el vestido que le habíamos regalado. Le preguntamos por qué lo llevaba puesto. Nos dijo que si mañana se moría, quería haberlo disfrutado».

Tanto desde el punto de vista profesional como personal, tuvieron que adaptarse a sus ritmos, a sus medios y a sus recursos. «Primaba más la persona

que su producción, que era secundaria», me dice Beiro. «Una de las principales necesidades de la gente cada día, más que trabajar, era encontrar agua para poder cocinar *maça* y *peixe seco*. Por eso no tenían arraigada la dinámica de la productividad». Muchas veces, cuando llegaban por la mañana a la oficina o al taller, inmediatamente se marchaban a comprar maíz, mijo o una gallina a algún sitio barato, porque lo que les inquietaba primero era comer. Dos horas más tarde regresaban con un saco enorme de maíz. «Su preocupación era vivir y, si luego había tiempo, trabajaban». Juan Ignacio Campo añade que no concebían el ahorro, porque el salario era tan bajo que no les permitía plantearse nada, ni coche ni nevera... «Cuando cobraban, se lo gastaban en cosas inmediatas». En 1990, el ochenta por ciento de la población en Mozambique vivía por debajo del umbral de la pobreza. Hoy está en torno al cincuenta y cuatro por ciento. Los objetivos de Desarrollo del Milenio, que concluyen en 2015, pretendían que la extrema pobreza se hubiera reducido hasta el cuarenta por ciento.

Renfe estuvo presente en el centro y sur de Mozambique entre 1988 y 1999 participando en la gestión operacional y en la elaboración del reglamento de circulación para adecuarlo a las técnicas modernas de circulación ferroviaria. Rui Fonseca me mencionó el trabajo «de gran valor» que dejaron escrito: manuales de procedimiento, de reglamentación y mantenimiento ferroviario. «Eran documentos muy valiosos para Mozambique y para las generaciones futuras». «El trabajo de cooperación con Renfe también supuso mucha formación», añade. Cuadros de Caminhos de Ferro recibieron adiestramiento de los cooperantes españoles, y otros tantos viajaron a España para formarse en diferentes especialidades y tecnologías.

Renfe nació al comienzo del régimen franquista en 1941. Existió como monopolio durante más de sesenta años, hasta que en 2005 las nuevas directivas económicas de la Unión Europea obligaron a España a abrir la red ferroviaria a la competencia. Se dividió entonces en dos nuevas entidades: *Adif*, responsable de la gestión de las infraestructuras ferroviarias españolas, y *Renfe Operadora*, a cargo de la explotación de los ferrocarriles. En abril de 1992 la compañía dio un salto a la modernidad al abrir la línea de alta velocidad Madrid-Sevilla coincidiendo con la inauguración de la Exposición Universal de Sevilla. Desde entonces, se han abierto dos mil cuatrocientos kilómetros de vías (la red de alta velocidad más extensa de Europa), y hay otras tantas en construcción o proyectadas. Renfe simultaneó entre Angola y Mozambique planes de cooperación cofinanciados por la AECID entre 1987 y 1998. Como plan de negocio, estableció acuerdos con Colombia, Venezuela y México. En la actualidad la compañía española participa en el proyecto de línea de alta velocidad entre Medina y la Meca, en Arabia Saudí.

Fonseca me dijo que el objetivo de CFM no era llegar donde Renfe estaba, porque la tecnología de la empresa española era muy avanzada. «La alta velocidad que tienen es un sueño para nosotros. Sería una inversión que nunca tendría retorno en nuestro caso, y no creo que en España dé retorno tampoco.

Ustedes tienen capacidad para mantener una red de alta velocidad para transporte de pasajeros que es excelente. No me pregunte si es mejor la española o la francesa, no sé», me dijo lanzando una carcajada. La alta velocidad no transporta mercancías, y por eso ellos no estaban alineados con España. «Nosotros tenemos que centrarnos y no dispersarnos».

Mozambique es un país de transporte de mercancías por excelencia. El transporte de pasajeros es importante, pero no genera los recursos suficientes para ser rentable. Rui Fonseca me explicó que en los tiempos en los que dirigía la compañía, el 84% del coste del transporte de pasajeros lo soportaba el transporte de mercancías. El viajero apenas pagaba un dieciséis por ciento. CFM no recibía subvención alguna del Estado. ¿Y quién lo subsidiaba? «Los recursos financieros que producía el transporte de mercancía nos permitía liberar una parte para destinarla al transporte de pasajeros. Esto hacía que fuéramos realistas. No podemos hacer transporte de pasajeros de altos vuelos en condiciones de eficiencia y seguridad».

Rui Fonseca recordaba con nostalgia la «relación fantástica» que tuvo con Renfe. Conoció a Miguel Corsini, que fue presidente de la compañía entre 1996 y 2004. También mantuvo una relación de amistad con Fernando Delgado y Ángel Gómez, hoy jubilados, que fueron su contraparte en las negociaciones entre los dos países. «Eran personas extraordinarias. Lidié mucho con ellos y guardo un recuerdo extremadamente grato del trabajo que desarrollamos juntos». Nunca hubo segundas intenciones ni agendas escondidas. Se lamentaba, por eso, de que la colaboración entre las dos empresas ferroviarias no continuara más allá. A primeros de este siglo se llevaron a cabo contactos y negociaciones para explorar conjuntamente la red ferroviaria del sur del país, pero no llegaron a ponerse de acuerdo las dos compañías. «Nuestro modelo era diferente, y ellos tenían otra visión, por tanto no fue posible. Lo lamento, porque las relaciones con España fueron muy importantes en unos momentos difíciles». Fonseca consideraba que los años de colaboración mutua beneficiaron notablemente a CFM. Insistió en agradecer a Renfe y al gobierno español, que en una determinada fase costeara la asistencia técnica a los Caminhos de Ferro de Mozambique. «Y eso no lo olvido, porque fue una dádiva hecha al país y a su economía».

José Ignacio Campo conoció a Rui Fonseca tanto en Beira, en su etapa de director del corredor, como en su estancia en Maputo cuando Fonseca era el presidente de la compañía. Campo me dice que se ha quedado sorprendido al enterarse de que Felipe Nyusi había resultado elegido presidente de la República en las pasadas elecciones de octubre de 2014. «Nyusi fue director de los Caminhos de Ferro en Nampula. Nos solía recibir cuando íbamos a alguna reunión a esa ciudad. Estaba en el mundo del ferrocarril antes de pasar al mundo de la política». (Filipe Nyusi desarrolló su carrera profesional en CFM en Nampula entre 1992 y 2007. Ese año fue trasladado a Maputo y ocupó el cargo de administrador ejecutivo de CFM hasta su nombramiento como ministro de Defensa en 2008.)

«África, o te engancha o la rechazas», sentencia Campo. Hubo compañeros que se pasaron los tres años contando los días que les quedaban para volver a España, «como si estuvieran en una cárcel». Para Juan Carlos Beiro fue una experiencia única, absolutamente diferente. «Cada día era distinto, y surgía algo nuevo. No había tiempo para aburrirse». «Siempre comentábamos entre nosotros que, si alguno hubiera tenido habilidades literarias, habría escrito un libro, porque pasaban tantas cosas que, vistas desde aquí, parecen incomprensibles». «Fuimos muy bien recibidos y atendidos. Admitían y acogían con agrado nuestro conocimiento y opiniones», asegura.

Juan Carlos decidió aceptar la oferta de Renfe de viajar a Mozambique tras su separación matrimonial. «Ese proyecto fue para mí una forma de empezar una nueva vida. Me ayudó mucho personalmente. Todos los días íbamos al trabajo para que aquello tuviera sentido. Y creo que ellos supieron valorar nuestro modo de involucrarnos». Pregunto qué recuerdos les queda de aquella experiencia. «Nostalgia y añoranza», comparten ambos. «Vivimos un tiempo diferente. Es difícil que se vuelva a repetir, porque las condiciones en las que estaba Mozambique en aquella época no se van a volver a dar nunca».

Yo tenía un hotel en África

C

uando Antonio Flores llegó a Maputo en marzo de 1983, estuvo a punto de ser testigo del último fusilamiento público. Vio retirar el cadáver del ajusticiado. El pelotón estaba formado por un único verdugo, y la víctima era un *indiano* que había hecho contrabando de camarones. Varios días después azotaron, también públicamente, al dueño del *O Buzio*, una discoteca con jardín y minigolf en la zona de la playa de Costa do Sol por haber cobrado unos meticales de más en el precio de la cerveza. «¡Y nosotros que íbamos a poner en marcha un hotel escuela!».

A principios de los años ochenta, Maputo era una ciudad-estado plagada de milicianos y atrapada por la guerra civil, de la que era arriesgado salir si no era por aire. Carecía de casi todos los productos básicos y sufría continuos sabotajes en el suministro eléctrico. En estas circunstancias de aislamiento y parálisis, la idea de abrir un hotel escuela no parecía muy sensata. «Aquello fue muy especial, precisamente por la dificultad de la guerra y el marxismo leninismo. Hubo que vencer las dificultades hasta poner en marcha el proyecto. Normalmente un proyecto se adapta al medio exterior; pero en el caso del hotel escuela fue al revés: el medio exterior tuvo que adaptarse al proyecto para que pudiera funcionar. Fue un espejo en el que se miraron muchas empresas y el propio Estado. Y no es que se pusiera en marcha porque el país se puso en marcha. Aquello era una isla. No había nada alrededor y nosotros funcionábamos como si estuviéramos en el Ritz», asegura Antonio Flores.

Antonio Flores y su esposa, Magdalena Vila, fueron los responsables de llevar a cabo el proyecto del Hotel Escuela Andalucía en Maputo, que durante unos años se convirtió en uno de los centros de formación más importantes y con mejor servicio de África Austral. «Fuimos espectadores privilegiados y, en cierta medida, actores influyentes sobre los poderes fácticos del Estado (Frelimo, gobierno, sindicato)». Antonio y Magdalena tuvieron que cambiar la forma de actuar y la forma de gestionar para ganarse la confianza de los mozambique-

ños, empezando por los trabajadores, negociar con los miembros del sindicato e inventar fórmulas para conseguir dinero que permitiera continuar con el proyecto, ya que los fondos de la Cooperación Española eran muy limitados. «Tuvimos que desaprender y volver a aprender».

He viajado a Marbella para conocer a Antonio y a Magdalena, donde viven jubilados. Nos encontramos en la sala de reuniones del despacho de abogados de uno de sus cuatro hijos. Todos ellos vivieron la «maravillosa experiencia africana». Estudiaron durante un tiempo en un internado sudafricano, al que recuerdan que acudían en una avioneta fletada por sus padres, y el resto en el colegio internacional de Maputo.

Magdalena y Antonio fueron funcionarios del ministerio de Trabajo. Accedieron a través de una oposición al Programa de Promoción Profesional Obrera (PPO) en 1967. Antonio es economista especializado en gestión de proyectos. Antes se había formado en dirección de hoteles. Durante unos años se dedicaron a labores de formación en Madrid y Las Palmas. Cuando llegaron a Marbella, a principios de los setenta, entraron a formar parte del primer hotel escuela de España, que había abierto sus puertas unos años antes. Antonio Flores fue su director durante veinticinco años.

En 1982 Antonio se planteó cambiar de aires. Fue seleccionado en un concurso del ministerio de Trabajo como jefe de oficina en la Embajada de España en Mozambique (más tarde fue agregado de cooperación, con status diplomático) para desarrollar una serie de proyectos en el área socio laboral. El hotel escuela en Maputo formaba parte del paquete de proyectos, pero a Antonio le pareció que «era lo último que Mozambique necesitaba». «Había leído bastante sobre Mozambique, quería ayudar al país a desarrollarse. Odiaba la asociación Reagan-Bhota y, sobre todo, quería probarme a mí mismo». Flores había estado en el país unos meses antes de que la plaza saliera a concurso. Le había llamado la atención un proyecto agrícola en Niamalo, en la provincia norteña de Nampula, una de las mayores regiones de producción de algodón del mundo durante la colonia portuguesa, que tras la independencia se había hundido. Como consecuencia de la paralización del cultivo del algodón, había más de sesenta fábricas destruidas o fuera de servicio y unos sesenta mil trabajadores desempleados.

Cuando regresó a Mozambique, se centró en el proyecto del algodón de Niamalo. Los medios de producción se encontraban abandonados y oxidados y faltaban piezas de recambio para poner en marcha la maquinaria y los vehículos. Al mismo tiempo había que formar gestores para dirigir las granjas y las fábricas desmotadoras, encargadas de separar las fibras del algodón de las vainas y de sus semillas. A pesar de las difíciles perspectivas, Antonio Flores informó a España de que estaba en condiciones de llevar a cabo el proyecto. Para conseguir los repuestos de las máquinas y de los tractores y camiones rusos y americanos, decidió hacer las piezas una a una, a mano, montando una fundición y utilizando los miles de toneladas de chatarra que había abandonada a su alrededor. Seleccionó a un ingeniero industrial del INEM para poner

en marcha un taller-escuela de fundición, torno y fresa (España contaba entonces con los mejores especialistas artesanales del mundo), y a un compañero del programa para ayudarlo a crear una escuela de directivos para las fábricas y explotaciones agrarias.

El sistema de economía planificada marxista que Samora Machel había impuesto tras la independencia no incentivaba mucho el cultivo del algodón. Los obreros, sin estímulos, no querían trabajar por dinero, porque la moneda local estaba muy devaluada, y no les alcanzaba para comprar lo poco que había disponible. Ante la falta de productos de primera necesidad, Flores decidió utilizar la economía de trueque y llevar de España arroz, patatas o maquinillas de afeitar para incentivar a los trabajadores.

El proyecto agrícola parecía prometedor. Sin embargo, mientras Antonio y el resto de técnicos se encontraban en España pasando unas semanas de vacaciones, miembros armados de Renamo atacaron la sede del proyecto y mataron a una veintena de empleados. Renamo, que tenía como estrategia de guerra destruir todo lo que pudiera ser una actividad productiva, intentaba con aquella acción torpedear las negociaciones del Acuerdo de Nkomati entre Frelimo y Sudáfrica, el pacto de no agresión que, tras la firma, Sudáfrica no siempre respetó. Este ataque acabó con el proyecto del algodón. España dio la orden de cerrarlo y Antonio Flores regresó a Maputo.

A principios de los años ochenta Mozambique era uno de los países más pobres y atrasados del mundo. La independencia llegó después de la guerra contra el régimen del dictador Salazar y la derrota de Portugal provocó la salida de cerca de un cuarto de millón de colonos que dejaron al país sin apenas personal formado. Inmediatamente después, Rodesia y Sudáfrica, gobernados por una minoría blanca racista, crearon y financiaron a Renamo, una organización guerrillera que se enfrentó a Frelimo en un cruento conflicto civil. Los destrozos de la guerra y el fracaso de la economía planificada de Samora obligaron a Mozambique a abrirse a las ayudas de los países del este y a la cooperación internacional para conseguir dinamizar los sectores básicos del país.

En ese contexto llegó a Maputo José Antonio Martínez Gil contratado por el gobierno mozambiqueño para dirigir el hotel Polana. El Polana era un lujoso e histórico hotel palaciego conocido como «la gran dama de África», diseñado a principios del siglo XX por el arquitecto inglés Herbert Baker. Durante la II Guerra Mundial se hospedaban allí espías nazis y británicos. Cuentan que la atmósfera era tan relajada, que los agentes secretos de cada bando intercambiaban saludos de cortesía en bares y pasillos. Tras la independencia el gobierno de Frelimo nacionalizó el Polana, que cayó en un estado de deterioro y decadencia. Lo mismo ocurrió con otros hoteles como el Tivoli o el Turismo, que languidecían sin actividad. El único que continuó siendo de propiedad privada fue el Cardoso, que pertenecía a una familia portuguesa que decidió quedarse en Maputo y consiguió mantenerlo abierto a duras penas. Después de pasar por varias manos, en 2002 la Fundación del Aga Khan se hizo con la propiedad del hotel Polana.

En aquellos años de conflicto civil en Mozambique pocos extranjeros viajaban al país. El Polana apenas recibía un puñado de clientes a los que no tenía mucho que ofrecer. Sin embargo, Martínez Gil se las ingenió para dotarlo de «ciertos detalles» de distinción. José Antonio Martínez Gil era un viejo conocido de Antonio y Magdalena. En los años setenta había realizado unos cursillos de gestión de establecimientos hoteleros en el hotel escuela de Marbella. Tomó buena nota de los métodos didácticos que había aprendido y se le perdió la pista. «Sabíamos que andaba impartiendo formación profesional con la gente de nuestro organismo en Bolivia y Costa Rica», me cuenta Magdalena. Describe a Martínez Gil como un *bon vivant*, detallista y ampuloso, un excelente relaciones públicas muy hábil para introducirse en círculos de interés. La oferta de dirigir el hotel Polana le suponía un atractivo estatus, a pesar de las complejas circunstancias en las que se encontraba Mozambique, un sueldo nada despreciable para la época y la residencia en el mismo hotel.

Antonio Flores supone que, cuando Martínez Gil vio que recibía el salario en meticales, aunque se lo hubieran prometido en dólares, y que apenas tenía valor, se sentiría defraudado. Tenía buenas relaciones con la Embajada española y debió de presentar el proyecto de abrir un hotel escuela en Maputo similar al que ya conoció en Marbella para incrementar sus ingresos.

En 1983 se firmó un convenio entre la Cooperación Española y el gobierno de Mozambique en el que se cedía el hotel Aviz, un viejo establecimiento hotelero portugués, para rehabilitarlo y convertirlo en el hotel escuela. El ministerio español ya había enviado algunos técnicos de cocina y restaurante, y José Antonio Martínez Gil ejerció como responsable durante un corto tiempo. Meses más tarde salió del proyecto sin haber conseguido ningún avance. Aquello le venía demasiado grande.

Tras el fracaso del proyecto agrícola del algodón, Antonio Flores acordó hacerse cargo del proyecto del hotel escuela. «Yo era muy escéptico, pero acepté. Pensé que no existían condiciones ni reunía las características necesarias para salir adelante».

El hotel Aviz, que más tarde pasó a llamarse “Hotel Escuela Andalucía”, era un edificio de estilo art-decó, que se encontraba cerrado y vacío. Había pertenecido a una familia portuguesa. Los muebles y el resto del material habían sido retirados y estaban guardados en un almacén cerca de la plaza de toros al cuidado de un retén de miembros de Frelimo. Tenía 64 habitaciones repartidas en cinco pisos, 16 por planta. Más tarde construyeron un anexo que incrementó mucho la capacidad de ingresos al liberar la primera planta del hotel, que se utilizó para aulas y oficinas. Antonio recordaba que en el quinto piso estaba la vivienda del antiguo dueño y, sobre ella, un recinto acristalado y con vistas panorámicas que habilitaron como su vivienda. «Luego supimos que había sido una *boite*. Encima de este espacio, y con acceso por una pequeña escalera de caracol situada al fondo, se llegaba a una especie de torre de vigía de un metro cuadrado donde se situaban los mástiles. Poner banderas en esa época hubiera sido una forma estúpida de significarse».

Estando en el hotel, Antonio y Magdalena fueron testigos de la lluvia de misiles que cayó sobre Maputo una tarde festiva en la que se incendiaron los polvorines de la ciudad. Uno de esos misiles atravesó la casa del suegro del canciller Luis Ranha y se clavó sin explotar en el jardín. «Todo el mundo pensó que era un ataque de Renamo (los “bandidos armados”) y, desde la Embajada fueron a buscarnos (estábamos con los niños). No obstante, en ningún caso hubiéramos dejado al aterrado personal y a los clientes del hotel solos. Los niños se quedaron también allí. Sacamos bebidas y nos pusimos a esperar, tras haber intentado inútilmente tranquilizar a los huéspedes, especialmente a los súbditos del este y a algunos portugueses pro-Frelimo. Maputo estaba ya cercado y sólo se podía salir por aire».

Cuando Antonio Flores desembarcó en el destartado hotel, todo estaba por hacer. No había clientes, pero tenía más de cien empleados. Al igual que la mayor parte de hoteles y empresas del país, el Aviz había sido nacionalizado cuando Samora Machel estableció el comunismo en Mozambique. Todos los trabajadores del hotel, que ya lo eran en la época colonial, acudían cada día a sus puestos aunque no hubiera nada que hacer. Para poderles liberar había que redactar una carta de exoneración. Si no, la policía podía detenerlos y devolverlos al lugar de trabajo o meterlos en prisión. «En aquellos años no había paro en Mozambique. A los que no tenían nada que hacer, los metían en camiones y se los llevaban a dos mil kilómetros al norte, a los campos de trabajo colectivos», me cuenta Antonio. Los empleados del hotel sólo comían, como dieta única y cotidiana, repollo hervido y bebían té con leche. «De vez en cuando me iba al mercado, compraba un saco de maíz y se lo daba. Ese día era una fiesta».

Al hotel Aviz le faltaba por construir la mayor parte de las instalaciones. En el convenio que habían firmado los dos países, España se comprometió a aportar los técnicos y Mozambique, los materiales de construcción. Pero Mozambique no los aportó, simplemente porque no los tenía. No existía ni hierro ni cemento ni ladrillos, y el agua había que llevarla en bidones. Tampoco había tela para las sábanas, cortinas o manteles. «Los primeros años fueron realmente angustiosos». El proyecto estaba en punto muerto. Flores se desesperaba porque no recibía fondos necesarios para realizar las obras, pagar los salarios o alimentar a los empleados, mientras se malgastaba el coste de los técnicos españoles, que estaban de brazos cruzados sin nada que hacer. Las reformas de remodelación de hotel, previstas inicialmente para tres meses, se retrasaron dos años.

Magdalena Vila llegó a Maputo en 1984, un año después de su marido. Había formado parte de la primera promoción de alumnos de la Escuela de Hostelería y Turismo de Madrid. Después se incorporó al hotel escuela de Marbella como profesora y estuvo ligada a él durante quince años. Tras la marcha de Antonio a Mozambique, pidió una excedencia para poder reunirse con él. «Fui como la mujer de Antonio Flores», resume Magdalena con un toque de ironía. «Llegué sin trabajo. Te podías volver loca porque no había de nada y estaba todo por hacer». Por eso se dedicó con todo su empeño a trans-

formar el hotel como si también estuviera contratada. Cuando su marido regresó a España a finales de 1988 para hacerse cargo de la dirección del hotel escuela de Marbella, Magdalena ocupó oficialmente su puesto y continuó en Maputo cinco años más al frente del Andalucía. «Acepté porque ya estaba muy identificada con todo aquello».

El hotel escuela Andalucía se inauguró en la primavera de 1985, «en medio de una situación caótica, como huida hacia adelante, sin dinero, con sesenta alumnos sin formación y ofreciendo a los clientes sólo el alojamiento, sin desayuno, sin comidas, sin jabón y sin escobas», recuerda Flores. «Las obras estaban lejos de concluir, faltaba equipamiento, y los problemas de personal suponían una dimensión difícil de atajar en un país con una situación social y económica de pobreza. Los obreros se ausentaban, tardaban el volver y a veces nunca regresaban. Los estudiantes robaban “a velocidad vertiginosa” comida para llevar a casa, cubertería, loza y toallas. Ni la presencia de los guardias, que también estaban implicados en los robos, ni las denuncias a la policía o las amenazas de expulsión los disuadían, porque su permanencia en la empresa no tenía más sentido para muchos de ellos que el poder robar. Luego, con la resignación de quien aceptaba un hecho que, tarde o temprano, parecían esperar que sucediera, se marchaban», escribió Antonio en un informe de aquellos años. La solución a estos problemas «no era otra que dar un sentido al trabajo. Las leyes laborales les impedían subir los sueldos o darles productos. Pero decidieron elevar considerablemente los salarios y distribuir pescado, azúcar y huevos a quienes no faltaran o no se retrasaran. Estas acciones redujeron considerablemente el absentismo y los atrasos, y comenzaron a provocar en los alumnos apego al hotel escuela, ilusión y estímulo».

En aquellos primeros años del hotel escuela Andalucía el país carecía de los productos más básicos. A penas se podía comprar, aunque se tuviera meticales. Las tiendas estaban cerradas, a oscuras, pero con los dueños dentro para que no les quitaran la propiedad. Los puestos del mercado de Maputo, un antiguo edificio colonial en la calle 25 de Septiembre, estaban vacíos. Sólo se vendían montones de zanahorias, coles y alguna otra hortaliza. Los alimentos estaban racionados. Cada persona recibía mensualmente dos kilos y medio de arroz, tres de harina y tres de maíz, medio kilo de jurel congelado, medio de judías pintas y uno de azúcar. Si se quería comprar algo más, había que conseguirlo por medio de lo que llamaban «esquemas». «Consistía en tener contactos y atraer su atención ofreciendo cosas a cambio», explica Magdalena. «Había que prender la chispa para que los que te podían proporcionar algo en Maputo lo hicieran».

Magdalena me cuenta cómo entraron en el juego de los esquemas. En una ocasión compró en la *loja* franca, -una especie de supermercado en divisas situado en la avenida 24 de julio donde de vez en cuando aparecían cosas de lo más curiosas-, un infiernillo, aceite de oliva y unos solomillos congelados. Invitaron a cenar a un puñado de personas con ciertas influencias en las direcciones nacionales para «despertarles la curiosidad». Las direcciones nacionales, departamentos creados por el gobierno central, eran responsables de las

diferentes áreas de actividades del Estado. Si querías, por ejemplo, conseguir madera, tenías que dirigirte a la dirección nacional de madera, solicitar una cantidad y esperar a ver qué decisión tomaban.

Para aquella cena Magdalena puso sobre la mesa un mantel y unas velitas que había traído de España, y preparó una *fondue* de carne. «No habían visto la carne desde la época colonial», se ríe Magdalena. «Estaban obnubilados. Nos preguntaron cómo habíamos conseguido todo aquello. Les dijimos que, si tuviéramos más medios, podríamos hacer eso y mucho más». «A partir de ahí, de algo tan simple, comenzaron a ayudarnos. Lo que pasa es que los esquemas eran *top-secret*, si se descubría todo se venía abajo».

La situación del hotel escuela Andalucía mejoró un par de años después, cuando pudieron prestar algún tipo de servicio que se pudiera canjear por dinero u otros productos. Su primer cliente fue un piloto de las Fuerzas Aereas portuguesas, de nombre Mourinho, que se había quedado en Mozambique después de la salida de sus compatriotas. Trabajaba en una compañía de avionetas de transporte. El hotel solo le ofrecía servicio de alojamiento, sin comida. Antonio y Magdalena tenían que prestarle sus propias sábanas. Con el dinero que Mourinho pagaba por su habitación, Antonio consiguió comprar *carapau* –una especie de jurel– congelado que había llegado de Angola y que se ofrecía dentro de la cartilla de racionamiento, a un precio muy bajo, para añadirlo al repollo de los trabajadores. El piloto vio lo que los empleados comían y pidió que le sirvieran también un plato. De ese modo comenzaron a ingresar algo de dinero dando de comer al único huésped que tenían.

Se corrió la voz de que en el Andalucía se servía coles con pescado. El piloto trajo a sus compañeros a alojarse en el hotel, y nuevos clientes acudieron a comer el único plato de la carta. «Al poco tiempo, tras una gestión, conseguimos huevos. Fue estupendo. Los cocinamos con patatas, y aquello comenzó a subir». Aumentaron progresivamente el número de clientes, «a pesar de que las condiciones que ofrecíamos eran nulas. Aquello no era ni hotel ni un hotel escuela. Y fuera de él, no había absolutamente nada».

Ante la pasividad en la toma de decisiones por parte del gobierno, invadieron un terreno vecino abandonado y lleno de basura, que era de propiedad privada. Las autoridades miraron hacia otro lado. Lo necesitaban para ampliar el hotel, construir un nuevo edificio de tres pisos y una piscina «sin licencia de obra y sin permiso de nadie». En ese momento tenían suficiente cemento gracias a un intercambio de habitaciones con clientes de la fábrica de cemento. La fábrica desviaba algunos sacos, que eran para la Cooperación Italiana, y nos los daban a nosotros».

«Poco a poco fuimos consiguiendo nuevas cosas. Pero lo más importante y llamativo fue cómo lo hacíamos», me cuenta Antonio Flores. Hacerse con carne o pescado se convirtió en una tarea intrincada. Negoció con Amador Suárez, un armador español que pescaba langostinos en la costa de Quelimane. Amasur, la empresa de Suárez, había firmado un contrato con el gobierno de Mozambique para faenar a cambio de entregar la fauna acompañante, que

es el pescado que sale en las redes con los langostinos. Nunca había fauna acompañante, simplemente porque Amador Suárez la volvía a arrojar al mar. Suárez no se podía permitir llevar ese pesado hasta el puerto de Maputo, tener un barco parado durante semanas hasta que consiguiera los permisos correspondientes y un camión frigorífico que distribuyera la carga.

Antonio Flores fue a hablar con el ministro de pesca, con el secretario de turismo y con otras autoridades para conseguir los permisos necesarios a pesar de la intrincada burocracia. Convenció a Amador Suárez para comprarle un barco con el pescado y llevarlo a Maputo. Antonio había acordado con las autoridades entregarles toda la carga. Luego, éstas le venderían lo que fuera necesitando a un precio superior al de compra, «con lo que ellos ganarían dinero». Cuando llegó el barco de Amasur, no había ningún funcionario en el muelle y las cámaras frigoríficas del puerto estaban estropeadas. Antonio consiguió unos camiones frigoríficos donde cargaron el pescado y lo llevaron a las cámaras del hotel escuela y del resto de los hoteles estatales. En medio de la operación, la policía los detuvo prohibiéndoles el reparto a pesar de contar con todos los permisos en regla. Antonio amenazó con descargar todo el pescado en la puerta de la casa del oficial de policía al mando. «Amador me dijo: “¿Entiendes ahora por qué no quiero traer pescado aquí?”». A partir de aquella primera entrega, Amasur fue sirviendo cantidades menores al hotel Andalucía para evitar problemas de almacenamiento.

«Para conseguir marisco, infringíamos la ley. Íbamos por la noche a escondidas a la Vila dos Pescadores. Los barcos que habían salido a pescar nos traían camarones y cangrejo que llevábamos al hotel». Tiempo después, con otro escenario y en condiciones más favorables, el marisco les llegaba en grandes cargamentos por avión desde Angola y otros puntos del país.

«¿Y la carne?», le pregunto. «Un día llegó un señor a venderme carne de vaca muy barata», me responde. «Tenía pinta de ser una estafa, pero quise ver lo que podía sacar de ahí». El hombre le proponía venderle mediante contrato toda la carne de vaca que deseara. Le mostró los títulos de propiedad del ganado y le pidió dos mil dólares anuales fijos, comprara o no la carne. «Salía a sesenta céntimos por kilo, baratísimo». Antonio Flores investigó y descubrió que realmente tenía las vacas que decía, pero estaban en territorio controlado por Renamo. No obstante, firmó el contrato y lo legalizó en la oficina de comercio. Con todos los sellos precisos en el documento, se marchó a hablar con un general del ejército al que conocía. «¿Usted quiere carne de vaca?», le preguntó Antonio. «¿Cómo que si quiero carne?», respondió el general sorprendido. «¿Está bromeando?». Antonio le mostró los permisos para despejar dudas. Le dijo que las vacas se encontraban en terreno controlado por el enemigo. «Ustedes van a buscar las vacas, se quedan con la mitad de la carne sin pagarme nada, y me entregan la otra mitad». «Fuimos los únicos en Maputo que teníamos toda la carne de vaca que queríamos”.

Gracias a un sinfín de gestiones, Antonio y Magdalena consiguieron lanzar el proyecto. Habían recuperado el mobiliario art-decó de la época colonial.

Diseñaron nuevos muebles, que se hicieron en las carpinterías de Maputo con estupendas maderas. Con el paso del tiempo descubrieron pequeñas tiendas de “indianos” que vendían telas toscas y de mala calidad, pero que les permitían vestir al personal y dar servicio al hotel.

Comenzaban los años dorados del hotel escuela Andalucía, que se extendieron desde 1985 hasta 1994. Se convirtió en un establecimiento hotelero de referencia, con todas las comodidades y servicios de un hotel de lujo, «incluso con un termo y tacitas para el té o café en las habitaciones». Se terminó de construir la piscina en el jardín en el terreno contiguo. A las lámparas de Murano les pusieron bombillas que proyectaban un brillo rutilante como si fueran del palacio de Versalles. «Nos daba un poco de pudor, porque fuera la pobreza era absoluta», reconoce Magdalena. Abrieron un restaurante, que llamaron Al-Andalus, copiado de los folletos del Zalacaín de Madrid. Se llenaba día y noche con unos cincuenta comensales. Hubo un momento en el que había que pedir reserva con quince días de antelación, «incluso con recomendación». Antonio me cuenta divertido que aprendió a valorar el poder de la «hoguera de vanidades», porque el reunirse en torno a una comida permitía que la gente llegara a acuerdos de alto nivel que de otra forma no se hubieran conseguido. «A pesar de que yo había estado en cientos de eventos magníficos, siempre me dejaban con una sensación poco grata. En Mozambique, a pesar de su pobreza, lo veía de otra forma. Era como mantener un rayo de esperanza».

En el hotel había un antiguo piano de cola que hicieron subir a un estrado. Como había estado durante mucho tiempo a la intemperie, lo tuvieron que reparar y afinar. La mujer de un cooperante búlgaro destinado en Maputo les pidió ensayar canto mientras el restaurante estuviese vacío «para no molestar». Cuando Magdalena y Antonio escucharon su voz se quedaron estupefactos. Le ofrecieron cantar tres o cuatro canciones por noche a cambio de alojamiento y manutención para su familia en el hotel. Más tarde incorporaron a un pianista profesional que la acompañaba. «Era surrealista», recuerda Magdalena, «ver en mitad de la cena a aquella búlgara subida en el estrado cantando arias» y escuchar nítidamente las explosiones al otro lado de la bahía, cerca de Catembe. Para Antonio era emocionante «el contraste entre la tragedia y la esperanza».

Dejamos el despacho del hijo de Antonio y Magdalena y nos vamos a comer a la playa de Marbella, a uno de los chiringuitos del paseo marítimo, que ya está lleno de turistas. El tiempo es suave y corre una brisa agradable. Comemos boquerones, salmonetes, acedías y pijotas. Como buenos *gourmets*, juzgan la calidad del pescado. Antonio nació en Vélez Málaga en 1944. Magdalena es dos años mayor y nació en Viella, Lérida. Es menuda, delgada, y con la cara estrecha y triangular. Tiene el pelo liso y gris en una melena corta. Habla dulcemente y con rapidez. Lleva gafas y un vestido beige de punto. Antonio es alto y corpulento. Pelo canoso, cejas pobladas y gafas de pasta oscura. Viste un pantalón oscuro, camisa de rayas de varios colores y zapatos Oxford. Hablamos sin prisa de gastronomía y salud, y sobre todo de su experiencia en Mozambique, de la que no dejan de brotar como una cascada anécdotas y recuerdos. Les

pregunto si sabían qué ha sido del hotel escuela Andalucía una vez que Magdalena regresó a España en 1994. Es ella quien me responde que, a partir de 1992, empezaron a abrirse nuevos restaurantes en Maputo que hicieron la competencia al Andalucía y fue perdiendo poco a poco la exclusividad. «El hotel escuela tenía unas instalaciones más modestas que no podían competir con las del Polana o el Cardoso, por eso su única estrategia consistía en ofrecer calidad y precio». «Después de irnos nosotros ya no fue nadie de España», dice Magdalena con añoranza. Finalizó la participación de la AECID y el Andalucía siguió gestionado por la Secretaría de Turismo de Mozambique y por el Instituto Nacional de Turismo. Con el paso de los años sus instalaciones se fueron degradando. El Estado lo vendió a Sonil Moz, una empresa familiar propiedad de un “indiano”, que prometió hacer inversiones millonarias para modernizarlo y elevarlo a la categoría de cuatro estrellas. Sin embargo, a principios de 2011 el hotel cerró, despidiendo a sus setenta empleados. Se desconoce su futuro. El edificio vuelve a estar abandonado.

Magdalena y Antonio comentan que la gastronomía y la restauración estaban totalmente desprestigiadas en Mozambique cuando llegaron al país. Nadie quería trabajar de cocinero o camarero. «Cambiar esa imagen fue muy difícil. Enseguida vimos que teníamos que convertirnos en un polo de desarrollo para el resto de instalaciones hoteleras y de restauración, la mayor parte públicas». Comenzaron trabajando con tres becarios que se habían formado en España en el hotel escuela de Marbella en las especialidades de alojamiento, cocina y restaurante. Los había enviado Martínez Gil, pero tenían un nivel cultural bajo y apenas podían expresarse en portugués.

«La formación era lo mío», apunta Magdalena. Los primeros alumnos llegaron en otoño de 1984, «sin pretensiones y con muy poca preparación». Los uniformaron como buenamente pudieron y les dieron clases de cocina, recepción, restaurante, bar y pisos durante tres meses. Más tarde, cuando ya consiguieron gente de base, convocaron a alumnos que tuvieran el noveno curso escolar (16-17 años). Algunos de ellos ya habían estado en Cuba, educados en la isla de la Juventud. Otros habían estado en Alemania del Este. «Allí, en el hotel escuela, había algo que les interesaba: tenían comida, ropa y no andaban vagabundeando. Muchos entraron por estas razones, pero bastantes se quedaron». Antonio añade que perdían alumnos porque «se los llevaban al ejército; otros huían, generalmente a Sudáfrica, y otros iban a la cárcel por robar comida (los apresaban los guardias del Frelimo, que vigilaban las puertas)».

El hotel escuela Andalucía formó a muchos directores, jefes de cocina y *maitres* que luego se repartieron por diferentes hoteles de Mozambique, como el Polana. Tuvieron unos cien alumnos por año, en cursos de dieciséis personas de tres en tres meses simultaneando disciplinas. Dentro de cada especialidad había dos cursos al mismo tiempo. Las condiciones para conseguir alumnos no eran buenas, pero la formación tenía un increíble poder de metamorfosis. «Había que ver cómo entraban y cómo salían. Dentro del hotel había un microclima de cierto refinamiento», señala Magdalena. El hotel escuela Andalucía

formó durante los diez años que duró el proyecto a cerca de mil alumnos. Alcanzó un gran prestigio en la industria hotelera mozambiqueña. El coste total fue de un millón setecientos mil euros, que aportó la AECID.

Se empeñaron en crear condiciones y en mostrar al partido gobernante y a los sindicatos cómo se podía hacer política social. Con los sindicatos era el mundo al revés. Tuvieron que discutir durante semanas. «No querían mejoras salariales de los trabajadores, ya que por ley no podían superar ciertas cantidades establecidas en las tablas del gobierno, pero finalmente aceptaron otras mejoras. En aquellos tiempos sólo había *repolho e carapau* para los empleados a través de la cartilla de racionamiento y en cantidades limitadas. El hotel escuela Andalucía decidió darles comida para llevar a casa y ropa, y facilitarles transporte para que no tuvieran de cuatro a seis horas diarias de camino a pie. Los empleados del hotel cobraban mil meticales al mes, incluidos los alumnos, que también lo necesitaban. «Pero eran prácticas anti-marxistas. Un día un ministro me regaló el libro de Lenin *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*», bromea Antonio.

Antonio Flores se había dado cuenta de que no había sido la guerra ni Renamo lo que había hundido la economía del país, sino la falta de estímulo, los precios de los productos y el metical: Mozambique vivía un desequilibrio monetario por el cambio fijo de su moneda. «Con un cambio oficial de un dólar por cuarenta meticales, mientras que en la calle se conseguían dos mil meticales por dólar, todo era posible para los extranjeros y nada para la mayoría de los nacionales».

En aquella época estaba penado alterar el cambio oficial y usar la doble paridad. Fue una ardua tarea conseguir de las autoridades permiso para poder vender en el hotel escuela Andalucía sus productos y servicios en meticales, en divisas o como más interesara en cada ocasión. «Nuestro esquema de funcionamiento estaba orientado a dar servicios rompiendo todos los modelos comerciales y oficiales existentes. La norma general era vender en divisas lo que se comprabas en divisas y en meticales lo poco que se podía conseguir en esta moneda. Nosotros lo mezclábamos todo, vendiendo en divisas a quien prefería hacerlo así (claro que más barato que lo que daba el cambio oficial), y en meticales a quienes permitíamos comprar en esta moneda, generalmente organismos oficiales, notables y gente que nos podía dar cosas a cambio en esa moneda. Para eso tuvimos que establecer, con la ayuda de Marcelino Dos Santos, encargado de negocios exteriores del gobierno, una doble lista de precios (distinta en *meticais* y dólares), lo que hubiera sido un grave delito de no estar amparados por el sistema, que veía en el hotel escuela un buen experimento ya que no les comprometía y no había lucro privado».

Finalmente les autorizaron a vender cerveza y otros productos en dólares o en meticales, lo que permitió al hotel escuela contar con las dos monedas. Una cerveza costaba mil doscientos meticales según el cambio oficial, pero el hotel la vendía a medio dólar, que eran veinte meticales. No parece importante, dice Antonio, «pero fue un hito revolucionario en Mozambique. Y no es que Dos

Santos cambiara las leyes, sino que me dijo que tirara adelante sin el más mínimo papel. No dije nada en la Embajada, claro».

En conferencias y escritos posteriores, Antonio Flores contó algunas de las experiencias que vivió en Mozambique: «Un ejemplo ilustrativo de ese efecto, para no entrar en concreciones más próximas, podría ser el del Gobernador del Banco Central de un país marxista-leninista que recibió la orden del Presidente de la República de intentar, por todos los medios, aumentar al máximo los depósitos en dólares procedentes de los extranjeros residentes. La estrategia que el mencionado Gobernador aplicó para el aumento de dichos saldos se basó — como en todo lo que entonces se hacía en el país— en la lógica de la física. Se dio orden de agilizar los trámites para los ingresos y de obstaculizar los de los reintegros. Esto, en apariencia, debería haber hecho aumentar los saldos. Si en un embalse se abren todo lo posible los accesos, y se estrangulan las compuertas de salida, el nivel ha de subir necesariamente. El único pequeño detalle que no se tuvo en cuenta es que las personas no reaccionan como las aguas de un río. Dos meses después, en aquel banco no quedaba un solo dólar».

«Nada influyó más en la sociedad mozambiqueña que la planificación de la economía», confirma Antonio. En uno de los informes que escribió a Madrid en mayo de 1985 explicaba la situación: «Como consecuencia de la política del gobierno de fijar precios oficiales a la producción, ésta se ha ido contrayendo paulatinamente hasta llegar a crear una situación de increíble escasez. Y si aún se produce es debido a la presión gubernamental y al estímulo que supone la existencia de un mercado paralelo, ilegal, donde los productos pueden llegar a alcanzar hasta cuarenta veces su valor oficial. Para agravar la situación, una parte considerable de los bienes, que tendrían que ser distribuidos por las empresas intermediarias estatales, son lanzados al mercado negro, donde su valor se multiplica en la proporción antes indicada. (...)».

La vida de Magdalena Vila y Antonio Flores tiene un antes y un después tras su experiencia en el hotel escuela Andalucía de Maputo. «Supuso demostrar que lo imposible se puede convertir en posible», me dice Antonio. «Encontrar la forma de darle la vuelta a las cosas para que te envuelva algo por lo que no hubieras dado nada, un proyecto sobre el que yo hubiera informado negativamente». Antonio pensó que aquel proyecto había sido una trampa mortal. «Le decía a Malen (a Magdalena) que no podíamos salir de allí con el rabo entre las piernas porque habríamos quemado todas nuestras naves en España. O volvíamos después de haber hecho algo importante e interesante o ya no tendríamos futuro en España».

Echando la vista atrás, Antonio Flores cree que el Andalucía, debido a las dificultades que encontraron y a la constante lucha que mantuvieron para sacar el proyecto adelante, les brindó la oportunidad de un «notable crecimiento personal y un tremendo aprendizaje». Está convencido de que la aventura de la puesta en marcha del hotel escuela fue un catalizador para Mozambique. Flores ha sido coordinador nacional europeo de formación profesional durante ocho años, «un trabajo mucho más importante que el que hice en Mozambique,

pero que no tuvo ningún mérito porque contaba con mucho dinero, y para todo lo que necesitaba llamaba a alguien y lo resolvía». «Nosotros hemos hecho muchos proyectos, entre ellos formar a casi todos los directores de hotel de Irak. Pero eso no es significativo, porque lo extraordinario del hotel escuela de Maputo fue que con su propia puesta en marcha se consiguiera cambiar muchas cosas en Mozambique».

El rey Juan Carlos I otorgó a Antonio Flores y a Magdalena Vila la Orden de Isabel la Católica en 1988 y 1992 respectivamente por su contribución al fomento de las relaciones de amistad y cooperación entre España y Mozambique.

«Siempre me encontré a gusto y arropada por los mozambiqueños», afirma Magdalena. «El viejo *maitre* del Polana, que acabó trabajando en el Andalucía, me dijo una vez: “Parece que ha vivido usted siempre con nosotros”. Fue la época más feliz de mi vida. Allí me sentí como la baronesa Blixen: yo tuve un hotel en África».

Tricornios en Mozambique

U

na mañana de diciembre de 2014 hojeaba los libros de la biblioteca de la Embajada española en Mozambique. La sala se encuentra en el tercer piso de un edificio en forma de prisma de muros blancos. La legación española está en el elegante barrio de Sommerschild, de Maputo, en una estrecha parcela con un pequeño jardín delantero junto a las garitas de seguridad, y encajada entre otras embajadas y oficinas de organismos internacionales. La biblioteca estaba en penumbra para evitar el intenso calor que hacía desde primeras horas del día. En el centro había una mesa grande para reuniones y encuentros. Numerosas obras y ejemplares estaban alineados sobre los anaqueles de una elegante vitrina de madera oscura y puertas de cristal.

Entre los libros que la Embajada ha ido reuniendo a lo largo de los años (se abrió en 1978) desde que los dos países establecieron relaciones diplomáticas en 1977, saqué uno de la fila central con un insinuante título en el lomo: *Quique, un guardia civil en Mozambique* escrito por José Curt. En la contraportada, junto al escudo de la Benemérita, un texto decía que a principios del siglo XXI, un grupo de guardias civiles fue destinado a Mozambique «como miembros de una misión de paz auspiciada por la ONU con el objetivo de modernizar su policía y organizar una academia profesional».

Había decidido incluir en este trabajo un capítulo sobre la participación de la Guardia Civil en las distintas misiones de paz en Mozambique, pero deseaba que el texto no fuera únicamente una enumeración de tareas y logros. Preciaba de un miembro de alguno de los contingentes que hubiera estado sobre el terreno para que me narrara, desde una visión personal e íntima, su experiencia en este rincón de África.

Continué leyendo la contracubierta del libro: «El capitán Enrique Redondo, Quique, será quien nos cuente, en primera persona, sus aventuras, venturas y desventuras en lo que fue, junto a su compañero el teniente Pablo Castro, uno de sus mayores retos profesionales y una experiencia de las que marcan el alma

con un antes y un después. Por eso, Quique no se limita a contarnos las peripecias de sus alumnos negros o a describirnos sus curiosas costumbres, que sorprenderán al lector, sino que hurga, con el bisturí de su mejor intención, en el alma de un pueblo y en su entramado político e histórico que ha desembocado en la violencia, en los niños de la calle, en la chatarra de la guerra y también en la amabilidad y en la fe de sus gentes en un mundo mejor».

Era perfecto. Mucho más de lo que podía esperar. Decidí no leer el libro, solamente conocer al protagonista y que me contara. Tomé nota de sus nombres, y pensé buscarles una vez regresara a España.

Tres meses después, gracias a las gestiones de los funcionarios de la Embajada española, conseguí el correo electrónico del general de brigada Francisco Díaz Alcantud, la persona que podría informarme del paradero del capitán Enrique Redondo, Quique, y su compañero. Le escribí un correo solicitando su contacto. La respuesta me llegó a los pocos días.

«En relación a su correo abajo referenciado relativo a la cooperación efectuada por la Guardia Civil con la Policía Nacional de Mozambique en los diferentes proyectos de colaboración y en el que interesa el testimonio de los guardias civiles “Enrique Redondo” y “Pablo Castro”, se participa que realizadas las consultas oportunas en los diferentes ficheros obrantes en esta Secretaría de Cooperación Internacional, ningún guardia civil que responda a los nombres facilitados participó en las misiones internacionales desarrolladas en Mozambique. A fin de facilitar algún contacto sobre participantes en la colaboración entre la Guardia Civil y la Policía de la República de Mozambique, se participa lo siguiente:

Proyecto en la Academia de Ciencias Policiales (ACIPOL). Se desarrolló íntegramente en el Centro de Formación de la Policía de la República de Mozambique, facilitando programas de formación para los cuadros de mando sobre temas relacionados con la seguridad ciudadana, unidades de control de masas, tráfico, búsqueda y localización de explosivos y lucha contra la droga. Desarrollado bajo el auspicio de Naciones Unidas, comenzó el 26/03/2000, finalizando el 21/12/2003, participando un total 20 Guardias Civiles, siendo uno de ellos el Teniente Coronel D. JULIO SERRANO CHECA, cuyos datos de contacto son: xxxxxxxx.

Firmado: Francisco Díaz Alcantud, General de Brigada. Jefe SECI».

Lo primero que pensé fue que la Guardia Civil no tenía la intención de facilitarme la identidad de Quique, y prefería elegir a un mando que se ciñera a un relato oficial sin detalles que pudieran resultar irreverentes y frívolos para la institución. Decidí, no obstante, escribir al contacto que me proponía el general Díaz Alcantud. El testimonio de su paso por la Academia de Policía de Mozambique sería interesante, pero dudé que tuviera la frescura que yo deseaba escuchar del guardia civil Quique, después de haberme topado con aquel libro.

Aun así quise quemar mi última posibilidad preguntando al nuevo contacto si él, que había estado sobre el terreno, recordaba a alguno de esos dos pintorescos guardias civiles. Al poco me contestó:

Buenos días. Soy el teniente coronel Julio Serrano, designado como punto de contacto del proyecto ACIPOL. En primer lugar me pongo a su disposición significando que es para mí un verdadero placer poder colaborar con ustedes y recordar la excelente experiencia de trabajar en Mozambique durante aquellos años, de los que guardo estupendos recuerdos. Al mismo tiempo me gustaría comunicarles que yo sí conozco al capitán Redondo y al teniente Castro, ya que ambos son fruto de la imaginación de mi suegro, José Curt, el cual, basándose en parte en los correos electrónicos que yo enviaba a la familia y amigos desde Maputo, decidió escribir el libro *Quique, un guardia civil en Mozambique*, cuyos protagonistas son el Capitán Enrique (Quique) Redondo y el Tte Pablo Castro.

Un saludo. Tte Col. Julio Serrano.

«Para ser honestos me gustó lo justo», me confiesa, tras una carcajada, el teniente coronel Julio Serrano en su despacho del Mando de Operaciones de la Guardia Civil, en Madrid, al preguntarle por el libro. Y se explica: «Si yo leo ese libro siendo ajeno al personaje, me habría encantado. Pero cuando te ves reflejado como uno de los personajes diciendo cosas que yo no digo, tuve una parte de rechazo totalmente subjetiva». Tras una pausa, rectifica: «La verdad es que es muy bonito recordarlo. Había tantas cosas sorprendentes que, por tener a la familia y a los amigos al tanto, les enviaba todos los días un correo con historias sobre Mozambique». Según los iba enviando, su suegro, José Curt, los fue recogiendo. Además, Curt fue a visitarle a Mozambique y «con lo que vio completó el libro». José Curt, un hombre culto, apasionado por la escritura y autor de varias obras, le propuso al yerno cuando regresó a España escribir un libro. «Hazlo tú si quieres y yo encantado», le respondió Serrano. «Lo noveló, le dio otro aire a los personajes y los hizo suyos. Yo le decía: “Yo no soy éste”. Él me respondía: «No se trata de que lo seas”». El otro personaje del libro, el teniente Pablo Castro, es en la vida real el teniente Pedro Delgado, su compañero de piso y de aventuras en Maputo, y «desde entonces íntimos amigos».

«Mozambique me enganchó muchísimo. Les escribía: hoy hemos ido al hospital. Hay que verlo como está, las condiciones sanitarias. El médico se pone los guantes por la mañana y se los quita por la noche. Si eres el primer paciente, fenomenal; pero si eres el último, vas mal». Julio Serrano les hablaba también de los peinados que se hacían las mujeres y otras cosas divertidas que les ocurrían. Le llamaba la atención las ceremonias religiosas, rebosantes de color, música, canciones y bailes. «Íbamos a misa. Duraba dos horas y media y ni te enterabas. No te podías creer que llevaras tanto tiempo. En España a los veinte minutos ya estás mirando el reloj a ver si acaba ya».

El teniente coronel Julio Serrano, Quique en la ficción, es simpático, alto, atlético y bien parecido. La cara angulosa y el pelo tiznado con algunas canas. Viste un jersey de lana y un pantalón vaquero. Habla con energía y sentido del humor. Mueve las manos y sonríe constantemente. Se refiere a su trabajo con pasión, especialmente a sus experiencias en el exterior. Su despacho es espacioso y está repleto de figurillas, cuadros, placas y fotografías en recuerdo de su paso por África.

Cuando Julio Serrano salió de la Academia General Militar de Zaragoza en julio de 1993 con el grado de teniente, le destinaron a un grupo antiterrorista en el País Vasco durante varios años. Regresó a Madrid y trabajó en una unidad de investigación fiscal y droga, «fraudes en la Unión Europea». Siendo capitán, participó en lo que luego sería el embrión de Frontex. Tras volver de Mozambique, a finales de 2001, recaló en la Jefatura Fiscal, en temas de drogas, y después en inmigración. Pasó por Cooperación Internacional y más tarde regresó al Centro de Coordinación Antiterrorista del Ministerio del Interior. Ahora está en la Plana Mayor de la Jefatura de Unidades Especiales y de Reserva de la Guardia Civil.

El culpable de que Julio Serrano fuera en misión a Mozambique fue el comandante (hoy general) Francisco Díaz Alcantud, de la Secretaría de Cooperación Internacional, que ya había estado allí y le fue despertando el interés narrándole sus aventuras. Era la época en la que la Guardia Civil se había sumado a las diferentes misiones de paz que Naciones Unidas desplegaba en zonas de conflicto o postconflicto. «Para ir a Bosnia a hacer garitas en un cuartel, prefería quedarme en España». Sin embargo, se sentía atraído por un proyecto como el de Mozambique. Al cabo de un tiempo recibió una llamada de Díaz Alcantud. «Hay una plaza para ir a Mozambique. ¿Quieres ir? Pero me lo tienes que decir ya». Era viernes. El lunes necesitaba una respuesta. Lo consultó con su jefe y su mujer, que viene de familia de militares. «No sé si luego se arrepintió, pero viendo la ilusión que me hacía me dijo que fuera». Siete días más tarde subía a un avión con dirección a Maputo.

Julio Serrano apenas sabía dónde estaba Mozambique, qué tiempo hacía ni qué ropa necesitaba llevar. «Al subir al avión, me quedé dormido de la tensión que llevaba acumulada: carreras, despedidas de la familia y amigos, y de comentarios del tipo: “Cómo se te ocurre irte”. La azafata me tocaba para ver si estaba muerto». Era noviembre de 2000, tenía el grado de capitán, 32 años y dos hijos de tres y un año —a su regreso de Mozambique tuvo un tercero—.

Al llegar a Maputo los fue a recoger el compañero al que iban a dar el relevo. Estaba impresionado por los colores, los olores, la gente. En el trayecto en coche su colega les iba hablando del lugar. «Yo no escuchaba. Lo miraba todo impresionado. Se me iba a salir el cuello».

Dos meses después de la firma del Acuerdo General de Paz de Roma, en octubre 1992, se desplegó la misión de Naciones Unidas en Mozambique (ONUMOZ). Su objetivo era facilitar el cumplimiento del acuerdo, que contemplaba verificar el alto el fuego, la desmovilización y reintegración de los soldados de las Fuerzas Armadas y Renamo, la formación de un nuevo ejército

conjunto, la reintegración de unos seis millones de refugiados y desplazados, y la prestación de asistencia técnica. Además, sería el garante del proceso electoral que culminó con las primeras elecciones democráticas multipartidistas en octubre de 1994. En la primera reunión que mantuvieron después de la firma de la paz el entonces presidente del gobierno, Joaquim Chissano, y Afonso Dhlakama, líder de Renamo, en septiembre de 1993, ya trataron el asunto del despliegue de los agentes ONUMOZ y la formación y reciclaje de la futura policía. Dhlakama había acusado al gobierno en no pocas ocasiones de haber desviado elementos del ejército a la policía. La misión de ONUMOZ duró dos años y la dirigió el diplomático italiano Aldo Ajello, que al inicio de su mandato tuvo que vencer las reticencias de ambos contendientes a entregar las armas. Al menos cuarenta agentes de la Guardia Civil tomaron parte en esta misión.

Joaquim Chissano tenía claro que no podía haber una verdadera democracia sin seguridad y orden, y se señaló a la policía para asumir esa tarea. La nueva constitución de 1990 ya recogía que la policía debía ser neutra y republicana. Pero la policía de Mozambique era «partidista, centralizada e ineficaz», en palabras del embajador español en la época, José Eugenio Salarich. En la cabeza de los agentes, que venían de un régimen de partido único, no estaba tan claro ese nuevo papel de tratar a todos los actores políticos y sociales por igual. Algunos habían recibido algo de formación en la antigua RDA, pero cuando cayó el muro tuvieron que volver a casa. A finales del siglo XX había unos 18.000 agentes, con una pésima formación y muy mal vistos por la población. Era, por tanto, necesario reestructurar la institución policial. Mozambique no tenía capacidad financiera, pero aceptó pedir apoyo a la comunidad internacional bajo el proyecto del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, el PNUD, con fondos de varios países, entre ellos España. En esta misión de nuevo participaría la Guardia Civil.

En Maputo fui a ver al ministro del Interior, Alberto Mondlane. El ministerio, un edificio de corte estalinista, de pasillos de suelo oscuro y paredes deslucidas, se encontraba en la parte baja de la ciudad. Alberto Mondlane, que fue rector de la Academia de Ciencias Policiales en la que participó la Guardia Civil, estaba acompañado por el general Eduardo Mussanhane, director nacional de Seguridad Penitenciaria, y por otros funcionarios sentados alrededor de una mesa larga. Alberto Mondlane vestía de negro de pies a cabeza: traje, camisa y corbata. Mussanhane llevaba una camisa blanca con el cuello desabotonado. «Confieso que no fue fácil», me dijo Mussanhane, que fue el coordinador del proyecto de reforma de la policía. Algunos de los países donantes «cuestionaban que una policía rural –en referencia a la Guardia Civil– pudiera reformar una policía urbana».

Salvados los obstáculos, a finales de 1995, la Guardia Civil comenzó a prestar asistencia técnica bajo el programa del PNUD. Dicho programa tenía el ambicioso objetivo de fortalecer la Policía de la República de Mozambique (PRM) para perseguir la delincuencia y el crimen, garantizar su respaldo al Estado de Derecho y permitir que los mozambiqueños gozasen de sus derechos civiles y políticos dentro de su sistema democrático.

Era necesario llevar a cabo un «reciclaje general» y transformar la gran masa de policías. «Llegamos a la conclusión de que había que centrarse en la formación», apuntó Mussanhane. La primera fase giró en torno a la formación básica, sin especialidades. Se presentaron problemas en el enfoque del proyecto entre la Guardia Civil y los responsables mozambiqueños sobre los tiempos y los objetivos que se deseaban conseguir. «Teníamos que pasar de la formación de reciclaje a la formación especial de iniciación y formación de cuadros. Ahí se definió la segunda fase, que lideró el equipo técnico de la Guardia Civil, a los que luego se juntaron otros países como Alemania, Estados Unidos, Holanda y Suiza, por los buenos resultados que fueron dando», dijo Mussanhane.

«Siempre estuvo ahí la idea de tener una escuela de formación superior de cuadros para un nuevo contexto socio-político del país», afirmó el ministro Alberto Mondlane. Se comenzó a diseñar la Academia de Ciencias Policiales (ACIPOL) y los contenidos de la formación básica. «Llevamos la experiencia de la Guardia Civil, de la policía portuguesa, suiza y la propia mozambiqueña, de tal forma que el temario de la ACIPOL no fuera copiado», añadió Mondlane. «Tenía que quedar claro que la Guardia Civil no venía aquí para cambiar a la policía de Mozambique, sino para ayudarla a dar un paso necesario para proteger a su pueblo». «Invertimos mucho tiempo diseñando programas de formación». El general Mussanhane me contó que hubo un problema con las teorías de las diferentes escuelas de cómo formatear el temario. «Por eso nosotros decíamos que no queríamos hacer una academia igual a la española o a la portuguesa. Nosotros queríamos una academia mozambiqueña». Ambos apuntaron a un problema de influencia entre España y Portugal. «Al principio fue necesario batirnos para luego entendernos bien», recordó el ministro. «Las discusiones para resolver ese problema fueron tales que tuvimos que salir fuera a reflexionar a la sombra de un árbol. Después de esa reflexión entendimos que queríamos que la solución fuese esa. Y desde entonces el árbol se quedó con el nombre del «árbol de la concordia»», dijo Mussanhane. «El embajador (José Eugenio) Salarich realizó un papel muy importante,» reconoció en general.

La Guardia Civil y la policía de Portugal aportaron profesores y recibieron alumnos mozambiqueños en sus academias nacionales respectivas. «Cuando la Guardia Civil entró, lo hizo con mucha fuerza, con profesores que tenían mucha experiencia. Cuando se marcharon, no se llevaron el material, lo dejaron», me dijo agradecido Alberto Mondlane. «Algunos de los especialistas que trabajaron con nosotros vinieron a ganar experiencia. Puede parecer que fuimos nosotros los que aprendimos de España, pero España también aprendió aquí y formó cuadros. Hubo ganancias en las dos partes», afirmó Mussahane.

La Academia de Ciencias Policiales (ACIPOL) se situó en Michafutene, una pequeña localidad cerca de la capital. La misión de Julio Serrano y sus compañeros guardias civiles era dar clases a los alumnos de primer curso y preparar el temario del segundo nivel para que los que los relevaran hicieran lo propio y prepararan los siguientes cursos académicos. Acudieron a la formación alumnos llegados de muchas partes del país. Los había muy jóvenes, pero también de

más edad. Algunos de los mayores ya eran policías. Tras los Acuerdos de Paz de 1992 habían ingresado en la policía, y ahora acudían a formarse. La mayoría habían participado en la guerra civil en uno de los bandos. «El alumnado era muy heterogéneo. Aquí vas a una academia militar y el perfil es estándar», me explica Serrano. «Te encontrabas a una señora que tenía cuatro hijos y a un chavalín que podría ser perfectamente uno de ellos».

El idioma no fue un obstáculo. Se entendieron enseguida. «Se mantuvo todo el año el *portuñol*. Ellos hablan un portugués muy sencillo y estructurado, y nosotros hicimos el esfuerzo de aprender y hablarles en portugués». A Julio Serrano le pareció una gente muy divertida. «Decíamos cualquier gracia y se partían de risa. Tenían una alegría de vivir que daba envidia. Nosotros no la tenemos en Europa». Serrano me cuenta que en una ocasión acudió al ministerio en Maputo a una reunión con un alto mando. La cita era a las nueve, pero hasta las once no apareció. Se excusó diciendo que en el autobús que venía al ministerio los viajeros se pusieron a cantar. Se lo estaba pasando tan bien que se quedó un rato entretenido. «No me podía creer que la justificación que nos dio de su retraso después de dos horas esperándole sentados en un sillón fuera que iba cantando en el autobús», me dice entre risas. «Al principio, esas cosas te fastidiaban, pero llegabas a admirarlas. Ya me gustaría a mí ser tan feliz y mirar la vida con esos ojos».

«Los guardias civiles se lo pasaron muy bien», me dijo Emilio Valverde, encargado de UNOPS (el brazo operativo del PNUD) para la gestión del proyecto de capacitación de la policía de Mozambique en el que participó la Guardia Civil. Valverde recordaba que aunque se mantenían las jerarquías del cuerpo, aquí estaban más relajados. Alquilaban pisos entre dos del mismo rango, salvo el teniente coronel y el coronel. «Incluso se casaron dos o tres», me contó Valverde. «Uno de ellos se enamoró. Lo dejó todo colgado en España, se fue a vivir en una choza de una zona rural, sin luz, sin agua y con mucha malaria. Tuvieron que irle a buscar y convencerle de que no era futuro».

Emilio Valverde llegó a Mozambique en marzo de 1998, cuando tenía 34 años. Es médico especializado en biología molecular. Hizo su tesis en medicina legal en Santiago de Compostela. Gracias a su experiencia previa trabajando con la Policía Nacional y con la Guardia Civil se hizo con el puesto para «gestionar el papeleo administrativo que suponía el proyecto» de la formación de la policía mozambiqueña. Me explicó que tenía tres componentes: una de asistencia técnica y otra de formación, de las que se encargaba la Guardia Civil, y una tercera de compra de equipamientos y rehabilitación de infraestructuras. «Mi labor consistía en dar soporte administrativo a todo eso. Muchos concursos, firmas de contratos, acciones institucionales con donantes, con el ministerio y con ONU». Entre sus atribuciones estaba pagar a la Guardia Civil. «Por eso me querían mucho» dijo entre risas. «Este era un destino muy cotizado. Se ganaba bien».

El contingente de la Guardia Civil, que participó desde 1997 hasta 2003 en las dos fases del proyecto, estuvo formado por unos treinta agentes. Se renovaba

cada año. Durante algún tiempo también hubo miembros de la Benemérita en Nampula, Pemba, Quelimane y Xai Xai dando apoyo a comandos provinciales.

La Guardia Civil se encargó de adiestrar a la policía mozambiqueña en topografía y tácticas policiales. «Policía en la calle», apunta el teniente coronel Serrano. Le mostraban cómo pedir la documentación, engrilletar, registrar o cachear, hacer un control de carreteras y cómo moverse en el campo. También les dieron instrucción de tiro y protección de la naturaleza. «Fue complejo. Tuvimos que meternos en su legislación. No tenía sentido explicarles la nuestra».

A nivel policial, los instructores españoles hicieron énfasis en el asunto del partidismo. Muchos de los cadetes venían vestidos con la camiseta de Frelimo o llevaba el llavero del partido. Julio Serrano me cuenta que insistieron bastante para que comprendieran que la neutralidad era fundamental, que podían votar a quien quisieran, pero que no eran la policía del partido del gobierno sino la policía de la República de Mozambique. Así, cada vez que hubiera elecciones, si cambiase el gobierno, no cambiarían la policía por otra nueva. Para argumentar mejor este punto, les contaron la propia historia de la Guardia Civil, que desde su creación en 1884 había estado con la monarquía, la república, la dictadura, con el partido socialista y con partidos conservadores. Les reiteraron que era fundamental respetar las normas que marca el gobierno, hacerlas cumplir y atender al ciudadano.

«El trato al detenido también era otro asunto básico», considera Serrano. «Les decíamos que, si se les escapaba un delincuente, ya le cogerían tarde o temprano, pero que no había que dispararle, porque le podían matar. No podéis matar a una persona porque haya robado una gallina». En Mozambique circulaban muchas armas y mucha munición de la época de la guerra civil, sobre todo kalashnikovs oxidados y en estado lamentable. «Insistíamos mucho en evitar la práctica de las *mordidas*. Incluso yendo nosotros de uniforme nos paraban y nos decían que habíamos cometido una infracción. Sólo querían dinero». Cuando el sueldo de un policía apenas alcanzaba los 40 euros, resultaba complicado que con la autoridad del uniforme no hubiera corrupción.

Le pregunto a Julio Serrano qué tal alumnos eran. «El nivel cultural de la mayoría era muy bajo», dice, «pero tenían muy buena voluntad y nunca ponían pegas. Decías cualquier cosa y se volcaban a hacerlo». De todo el cuerpo de policía que había en aquella época en Mozambique, sólo un puñado eran licenciados. Algunos habían ido a la escuela, y un buen número apenas sabía leer y escribir. «Iban a todos los lados desfilando. Cuando se juntaban dos se ponían a desfilarse», recuerda. «La puntualidad era nefasta. La mayoría llegaba después del profesor».

El teniente coronel Serrano destaca que la convivencia fue estupenda. «A veces nos enfadábamos, pero tuvimos que entender que estábamos allí para ayudar, no para imponer». Las buenas relaciones con los alumnos de la academia les permitieron conocer a sus familias, visitar donde vivían y pasar muy buenos ratos con ellos. «Conocer el Mozambique más rural». En una ocasión fueron a visitar al tío de uno de los alumnos en la furgoneta de la Guardia Civil.

Después de una buena distancia tuvieron que dejarla en el camino y hacer un trecho andando. En el bosque distinguieron unas chozas, y allí estaba el tío. Había trabajado en las minas en Sudáfrica. «Nos enseñó su carnet de identidad. Ponía “Edad: se le supone unos 25”». «Les llevamos latas de refrescos, y cuando las abrían se asustaban. Fueron encantadores con nosotros, y muy abiertos».

Julio Serrano estuvo ocho meses en Mozambique. Me cuenta que fueron recibidos con humildad. «Eran capaces de quitarse de comer para dártelo. Y yo veía aquello con mis escrúpulos, pero me lo comía». Recuerda los deliciosos pescados de los quioscos detrás del *Mercado do Peixe*, o los fines de semana de playa en Macaneta comiendo arroz con marisco. Le fascinaban las historias que les contaban de *macumba*, la brujería de la vida cotidiana, sobre hipopótamos que se convierten en hienas. Me narra alguna de las aventuras que vivieron en los parques naturales entre elefantes «que te hacían sentir de verdad que estabas en otro continente». Y la divertida y enternedora anécdota de las primeras escaleras mecánicas de Mozambique que pusieron en un centro comercial. «La gente se pasaba la tarde subiéndolas y bajándolas». «Regresé sintiéndome muy querido por todos los alumnos». «Ríete de París Hilton. Yo me hice cientos de fotos con ellos de todas las formas». El último día de curso se despidió de Alberto Mondlane, entonces director de la Academia, y del jefe de estudios Sukane. Les organizaron una fiesta. «Gente que no tenía de nada, prepararon una despedida con cuatro cosas que salieron de ellos». Por la noche, un colega mozambiqueño y tres amigos vinieron con un saco de langostinos y una botella de vino blanco a despedirle. «Además del trabajo, han quedado buenos recuerdos».

Julio Serrano está convencido de que, a nivel profesional, hagas lo que hagas, siempre va a quedar algo. «Siempre va a quedar un poso. Nunca es un esfuerzo perdido. Estoy convencido de que dejamos la policía de Mozambique mejor de lo que la encontramos. No me cabe duda, aunque sigan cobrando mordidas», subraya con una carcajada. «Aprendimos que ni siquiera lo que tú tienes es lo mejor. Posiblemente es lo mejor para tu país o para tu cultura, pero no para la suya. O tal vez no estuvieran en condiciones de ponerlo en práctica». «Yo te traigo mi experiencia y te la ofrezco de corazón». Como dicen las últimas palabras que José Curt le dedica en el prólogo a Quique, el teniente coronel Julio Serrano «vivió, sufrió y gozó en directo Mozambique, sin “playback”».

Con España «la relación activa en el área de orden y seguridad pública tuvo un corte, involuntario, y la práctica determinó que los contactos no fueran tan fuertes después como cuando teníamos el proyecto», dijo el ministro de Interior, Alberto Mondlane. «Después de aquello comenzamos a pedir una cooperación con España, e hicimos contactos a través de la Embajada para ver si podíamos establecer relaciones bilaterales en el área de seguridad y orden público. Sabemos que España puede darnos mucho en el área de formación de cuadros. Tiene instituciones fuertes y personas con mucha experiencia. Vale la pena aproximarnos más».

«Había mucho interés en el proyecto, sobre todo en lo que era tangible: coches, radios, formación de los hombres, rehabilitación de infraestructuras»,

me dijo Emilio Valverde a modo de evaluación. «Pero el proyecto tenía también los intangibles, la reforma institucional». De una parte, España quería retirarse del proyecto porque en aquel tiempo suponía casi el cincuenta por ciento de los fondos de la Cooperación Española en Mozambique. «Había muchas presiones por parte de bastantes ONG para que ese dinero no se canalizara exclusivamente a la policía. Por otra parte no se veían progresos en la reforma institucional». Nunca se aprobó la ley de policía. Valverde me explicó que durante el último año de aquel proyecto, entre 2002 y 2003, se preparó lo que se llamó el Plan Estratégico, que iba de 2003 a 2013, «muy ambicioso, muy bien hecho», con participación de mucha gente, tanto del Ministerio del Interior de Mozambique y otros ministerios como de la sociedad civil.

El proyecto estuvo financiado por España y Holanda al 50% a través del PNUD, Alemania también puso algo de dinero, pero para temas puntuales. España se retiró y Holanda decidió continuar apoyando la UTIPE (Unidad Técnica de Implementación del Plan Estratégico) a partir de 2004. Valverde hace memoria: «Eso duró 2004 y 2005; en 2006 me fui, estaba cansado y no veía avances». Suspira y sonríe con resignación.

La identidad mozambiqueña

U

n año y medio antes de las primeras elecciones multipartidarias en Mozambique de noviembre de 1994, una comisión de juristas mozambiqueños fue invitada por la Agencia Española de Cooperación Internacional para asistir a las elecciones generales en España, en junio de 1993. Uno de los objetivos de la visita era mostrar el sistema de identificación del elector basado en el Documento Nacional de Identidad (DNI), por el que varios ministros de Mozambique habían mostrado interés.

Las autoridades mozambiqueñas le estaban dando vueltas a la creación de un *bilhete de identidade* para identificar a la población y realizar un censo útil para las elecciones de 1994. Conocían el sistema de la compañía inglesa Thomas De La Rue, fundada a principios de siglo XIX en Inglaterra por un francés. De la Rue es una de las mayores multinacionales dedicada a imprimir por el mundo documentos de alta seguridad: billetes, pasaportes, tarjetas de identidad, tarjetas inteligentes, etc. Thomas De la Rue ya había estado en Angola y en otros países para fabricar un carné sólo válido para cada proceso electoral, un gasto enorme para el país, pero altamente beneficioso para la compañía. Los juristas mozambiqueños vieron con entusiasmo que el DNI español era útil no sólo para votar, sino también para reorganizar las administraciones públicas del país. El grupo regresó a Mozambique, celebró sus primeras elecciones democráticas, y nada se volvió a saber del documento de identidad hasta pasado un tiempo.

Eduardo Echevarría es químico e informático. Tras concluir los estudios universitarios trabajó durante algunos años en empresas dedicadas a la construcción y al sector petroquímico. Un día leyó en un anuncio de periódico que una empresa con deseos de internacionalizarse buscaba un ejecutivo. Se presentó y ganó la plaza. La empresa resultó ser la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. Era el año 1991 y la FNMT era una empresa estatal que se dedicaba a hacer monedas, billetes y sellos. La compañía tenía un problema importante de ingre-

sos. Vendía el sesenta por ciento de su producción, pero no conseguía hacer lo mismo con el cuarenta por ciento restante. Necesitaba abrirse al exterior, y contrataron a Eduardo Echevarría para ampliar y diversificar la fábrica con proyectos internacionales. Víctor Lezama, un antiguo jesuita, primer coordinador de la Oficina Técnica de Cooperación española en Maputo, y Francisco Carabela, un mulato mozambiqueño ministro de Industria durante la guerra vinieron a Madrid con el deseo del presidente Joaquim Chissano de retomar el asunto del documento de identidad, ya que pensaba que era interesante para las necesidades del país.

«Hicimos un proyecto y lo valoramos. Creo recordar que eran 7,3 millones de dólares», dice Echevarría. «Ellos no tenían un dólar y la Fábrica no podía aportar ese dinero al ser una empresa, aunque fuera estatal». Eduardo Echevarría buscó durante meses en distintas instituciones internacionales la financiación necesaria para poder llevar el proyecto adelante. Después de llamar a muchas puertas, lo consiguió. «La AECID fue la primera que dijo que ponía dinero en el proyecto, y eso me sirvió de palanca para que otros se animasen», revela Echevarría. La financiación se montó sobre tres patas: un tercio la AECID, otro tercio la Unión Europea y el restante, Mozambique, a través de un préstamo del Banco Mundial. Los fondos servirían para la adquisición de equipos informáticos y *software*, reparación de edificios, compra de vehículos y pago de los primeros salarios.

El proyecto consistía en la elaboración de un documento nacional de identidad en papel, como el antiguo DNI español, y de una base de datos de ciudadanos. Echevarría había pensado establecer una única oficina en Maputo, pero alguien «con bastante buen criterio» le dijo que el país era grande y alargado y que en la zona centro no había carreteras, por lo que decidió establecer otra oficina de emisión y recepción de datos en Nampula. En el proyecto colaboraban dos empresas. Una era la propia FNMT, que era especialista en la parte física del documento, el papel, el plástico, la impresión y la seguridad. De la parte informática, que supone la creación de una gran base de datos, se encargó Sema Group, una empresa francesa que después fue adquirida por una compañía petrolera americana y más tarde pasó a llamarse Atos Origin. Atos tiene unos cien mil empleados en Europa y alrededor de cinco mil en España. Ambas compañías formaron una UTE (Unión Temporal de Empresas) y fueron las encargadas del proyecto del documento nacional mozambiqueño.

Mozambique necesitaba modernizar el sistema de registro e identidad heredado de la época colonial portuguesa. Era insuficiente para las necesidades de las estructuras del nuevo Estado, principalmente en los procesos electorales y en el movimiento de personas. La administración del Estado necesitaba contar con datos eficaces de la población y con un documento de identidad seguro y fiable.

El presidente Joaquim Chissano recordó el día que recogió su nuevo carné, que en el tiempo de la administración colonial portuguesa el documento de identidad estaba ligado al concepto de ciudadanía, que era privilegio de un

grupo de personas oriundas de la metrópoli. A las poblaciones nativas no les era reconocido ese derecho. Para ellos había un registro propio. Los varones mayores de catorce años usaban la «libreta indígena». Existía, por tanto, una legislación previa y tradición colonial sobre identificación de ciudadanos y en la utilización de algún tipo de documento de identidad. Ambos aspectos ayudaron a la implantación del proyecto.

Mozambique ya contaba con centros de recogida de datos repartidos por todo el territorio, algunos en puestos de policía. El proceso consistía en un registro censal en el que recogían los datos de los ciudadanos. Los datos se mandaban a las oficinas de Maputo y Nampula. Allí se elaboraba el censo y se producía el documento. Una vez hecho, se volvía a enviar a los puntos de registro, donde se distribuía a los ciudadanos. El proyecto estaba listo para procesar los datos del registro de población de Mozambique y emitir unos veinte mil documentos por día. La previsión era hacer un millón y medio el primer año, tres millones el segundo, y cuatro y medio en tercero. El negocio era muy lucrativo y los ingresos abultados. Se decidió dar gratuitamente el documento al veinte por ciento de la población que no tenía recursos. El resto pagaría veinte mil meticales (treinta mil meticales por recargo de urgencia). El proyecto echó a andar en enero de 1996.

Eduardo Echevarría viajó a Maputo por primera vez ese mismo año. «El país estaba hecho un desastre. El ministerio del Interior era un desbarajuste, al igual que los registros. Tenían cartones y fichas de los ciudadanos cubiertos por el polvo y comidos por los ratones». Los edificios estaban muy deteriorados y no había empleados con conocimientos suficientes en informática. «Hubo que formarlos. La gente fue encantadora y estaba muy bien dispuesta, todos deseando aprender. Al final el proyecto salió adelante». La puesta en marcha duró tres meses. Eduardo Echevarría me cuenta, que como en todas partes, hay buenos y malos empleados, «técnicamente hablando». «Me encontré a gente que ya estaba relativamente bien formada, que había estudiado en Portugal y en Sudáfrica, y otros que estaban enchufados».

Los directores de los centros de Maputo y Nampula recibieron formación en la FNMT de Madrid durante un mes. «Vieron cómo funcionaba aquí en DNI, enredaron en las propias máquinas, les impartimos cursos y les ofrecimos material para llevar». Después regresaron a Mozambique y comenzaron a formar a la gente. La FNMT y Sema Group tenían empleados desplazados al país tanto en la parte técnica, para el arreglo de las máquinas, como en parte la informática.

«En aquella época, a lo mejor se hicieron un millón de registros. En la base de datos teníamos datos y la filiación de la gente; pero algo muy importante que se hizo fue la huella. La huella dactilar se la dimos con un programa que estudiaba los puntos característicos de la huella, de forma que se podía utilizar para identificar a la gente». El sistema se llama AFIS (del inglés *Automated Fingerprint Identification System*). Permite verificar rápidamente una huella con las que están registradas en la base de datos y mostrar la información registrada del individuo: nombre y apellidos, número de identificación, antecedentes, peligrosidad, etc.

Esta base de datos compartida hace que la potencia que tiene AFIS en materia de búsqueda de sospechosos o en un accidente sea excepcional».

Echevarría me explica pacientemente que la huella recogida con tinta tiene muchos más problemas si se compara con el método actual por barrido láser. En aquella época el sistema que utilizaron en Mozambique fue el de tinta. Les impartieron cursillos para que registraran correctamente las huellas de los ciudadanos y las metieran en las bases de datos de Maputo y Nampula. «Era un sistema de identificación civil que luego podría haberse ampliado a la parte policial. La policía española en aquella época utilizaba el mismo AFIS que les dimos a ellos».

Eduardo Echevarría ya está jubilado. Me invita a tomar un café a su casa en la zona norte de Madrid para contarme su experiencia en la participación del proyecto de la emisión del documento de identificación de Mozambique. «A nivel personal fue una experiencia maravillosa. Estoy enamorado de Mozambique. La gente es estupenda. Todavía hoy tengo muy buenos amigos. Con el ministro de Interior de la época, Almerindo Manhenje, me unió una muy buena amistad. Íbamos cogidos de la mano, con el consiguiente cachondeo de toda la colonia española y de mis compañeros. Era una persona encantadora, amable, educada y ejecutiva. Jamás nos pidió nada». (Almerindo Manhenje se formó en Rusia y fue piloto de los aviones militares Mig. Fue condenado en 2011 a dos años de prisión por corrupción al desviar fondos del Estado mientras ocupó la cartera de Interior entre los años 1996 y 2005.)

Eduardo Echevarría estuvo viajando durante seis años a Mozambique, cuatro o cinco veces cada año, en estancias de un mes o mes y medio. Lamenta no haber podido vivir allí durante todo el tiempo que duró el proyecto. «Iba y venía. Mi mujer trabajaba en Madrid y mis hijos estaban en el colegio. Cada vez me traía una artesanía africana». Me las muestra. La casa está llena de estatuas de madera, esculturas, máscaras, bustos y huevos de avestruz labrados. Hay una enorme estatua de madera de arte maconde en el suelo del comedor. «Me la regaló la policía de Nampula. Una preciosidad. Claro, que venir cargado con esto desde allí... ¡No sabes cómo pesa!». Eduardo Echevarría es un hombre culto y de exquisitos modales. Toca el piano y tiene la licencia de piloto. Además de la emisión del documento de identidad de Mozambique, también fue el responsable de otros proyectos de la FNMT en México y Ecuador.

«Les fui a visitar algunas veces después para ver cómo iba la cosa. Poco a poco fue decayendo, porque la gerencia fue un verdadero desastre. El director de la oficina de Maputo venía de la policía y era “un enchufado” del ministro. Lo primero que hizo fue montar un despacho espectacular y ponerse una secretaria, que yo creo que apenas sabía leer. Daba órdenes que no tenían ni pies ni cabeza». Sin embargo, el centro de Nampula estuvo funcionando durante más tiempo que el de Maputo. Los aproximadamente siete millones de dólares de presupuesto del proyecto estaban destinados a la adquisición de las máquinas, a adecuar los edificios y a pagar los primeros sueldos. El primer año el mantenimiento corrió a cargo de la FNMT. «Después, les dejamos funcionar a ellos».

Había que pagar las licencias de Microsoft, el papel y los plásticos. «Con el dinero que fue generando la emisión de los documentos, se compraron coches en lugar de invertirlo. Además, se quedaron sin dinero para comprar plásticos. Ahí yo cometí un error. El problema de estos proyectos es el mantenimiento. Se lo debería haber dado a una empresa privada, aunque hubiera sido el “dedo de Dios”, pero seguramente hubiera funcionado».

Los responsables mozambiqueños se quejaron de la complejidad y de los defectos del sistema que se había instalado en el centro de emisión del documento de identidad, de una formación incompleta y una asistencia insuficiente por parte de la FNMT y Sema group. Con el tiempo, los problemas se fueron subsanando y el documento de identidad fue válido hasta que en 2009 se sustituyó por el nuevo *bilhete de identidade biométrico*, un sistema más moderno de identificación con mayores niveles de seguridad frente a falsificaciones. El gobierno de Mozambique adjudicó un contrato por diez años a la empresa belga Semlex, especializada en sistemas de identificación y verificación biométricos para producir el nuevo documento de identidad, el pasaporte y el documento de identidad para extranjeros, el “DIRE”.

La lluvia que se lo llevó todo

E

El 1 de marzo de 2000, Rosita Pedro nació en las ramas de un árbol. Tres días antes, su madre, Sofía, de 26 años, había huido de su casa cuando las fuertes lluvias comenzaron a inundarla. Ayudada por sus vecinos, se encaramó con dificultad, por el avanzado estado de gestación, a las ramas más altas y seguras junto a su suegra, de quien la recién nacida recibiría el nombre, para ponerse a salvo del agua. Un helicóptero militar de rescate sudafricano en busca de víctimas avistó a varias personas dispersas entre las ramas. Al acercarse le informaron de que una joven estaba a punto de dar a luz. Regresó a la base, recogió a un médico militar y volvió al árbol. Llegaron minutos después del alumbramiento. El soldado descendió del helicóptero por una cuerda hasta la rama donde estaban la madre y la recién nacida, cortó el cordón umbilical y las aseguró a su arnés. Las imágenes de televisión del helicóptero elevando a los tres por encima del paisaje anegado dieron la vuelta al mundo. Aquel día, la vida de Rosita y su madre cambiaron para siempre. El gobierno mozambiqueño le concedió una bolsa de ahorros para su futuro y entregó a su madre una nueva casa. Desde entonces las dos han viajado por el mundo contando su historia.

Diez años después, Rosita recibió un homenaje de los militares sudafricanos que participaron en su rescate. El ministro de Defensa de Sudáfrica, Lindiwe Sisulu, la recibió junto a su madre y su hermana pequeña, Cecilia. La institución se comprometió a que a Rosita no le faltara de nada el resto de su vida, contribuyendo a los costes de su educación y otras necesidades. Sisulu bromeó diciendo que tal vez algún día Rosita se uniría a las SADF (Fuerzas Armadas de Sudáfrica), pero Rosita le contestó educadamente que prefería ser médico. No obstante, la joven le hizo un guiño asegurando que, tras haber visitado muchos países, Sudáfrica era su favorito.

Rosita se convirtió en una celebridad gracias a que las cámaras de televisión estaban allí el día que nació. Cerca de catorce mil personas fueron rescatadas por los helicópteros militares de árboles y tejados durante el mes que duraron

las inundaciones. El drama de Sofía y Rosita suscitó la reacción inmediata de la comunidad internacional, que se volcó para ayudar a Mozambique. José Javier Sánchez, Director del departamento de Inclusión Social de la Cruz Roja Española, lo llama «efecto CNN»: «Rosita nace en un árbol y lo graban las cámaras. Esto dispara la atención al país y la llegada de la ayuda de emergencia. La respuesta fue exagerada, aunque el país necesitaba de todo antes y después de las inundaciones, pero el efecto CNN fue clave».

No fue un buen comienzo de milenio para Mozambique. «El año en que se conmemoraba el XXV aniversario de existencia del país y que el Gobierno y donantes preveíamos celebraciones bien fundadas sobre una transición política ejemplar en África y en el mundo, un desarrollo económico sólido y sostenible y una transición social que poco a poco iba sacando a Mozambique de los últimos puestos del ranking mundial de Desarrollo Humano, súbitamente ha sido testigo de lo contrario», escribió José Eugenio Salarich, embajador de España en Maputo entre 1997 y 2001, en su informe de 2000 sobre el país.

En solo unas semanas gran parte del desarrollo que Mozambique había conseguido después de años de esfuerzo quedó destruido. Tras los meses de enero y febrero de lluvia sin tregua, llegaron las peores riadas de la historia del país, que afectaron a la zona sur, principalmente a las provincias de Gaza, Inhambane y Maputo. Los ríos Buzi, Limpopo, Save y Umbeluzi se desbordaron anegándolo todo. Las inundaciones afectaron a cuatro millones y medio de personas —el 27% de la población— y causaron cerca de setecientos muertos y cien desaparecidos. Más de medio millón tuvieron que huir de sus casas y refugiarse en zonas altas, colinas, tejados y árboles, donde quedaron incomunicados, en muchos casos durante dos meses.

La furia del agua destruyó carreteras e infraestructuras, líneas eléctricas, industrias y las cosechas del diez por ciento de las zonas cultivables del país. Se perdieron más de 20.000 cabezas de ganado. Las ciudades quedaron asoladas. Las riadas destruyeron o malograron edificios públicos, escuelas y hospitales, y poblados enteros desaparecieron bajo las aguas.

Salarich escribió también que «las inundaciones han constituido una brusca llamada de atención sobre la fragilidad de la economía y su indefensión ante los desastres naturales de un país con apenas 200 dólares de renta media per cápita, cuando las cifras de crecimiento económico desde hace unos años habían generado expectativas que a todas luces han demostrado necesitar de mucha mayor solidez para considerar que el proceso económico está afianzado». A pesar de la fragilidad que pusieron de manifiesto las inundaciones, el diplomático español señalaba que «no todo puede considerarse negativo». Las inundaciones provocaron una respuesta inmediata y desbordante de la comunidad internacional a la llamada del presidente Joaquim Chissano, que se puso al frente de la coordinación, con la ayuda del primer ministro, Pascoal Mocumbi.

Durante meses, la solidaridad con Mozambique fue sorprendente. La llegada de material de emergencia fue continua y decisiva para afrontar la catástrofe humanitaria. Diferentes países de la Unión Europea y Estados Unidos

enviaron decenas de aviones cargados de ropa y calzado, tiendas, mantas, utensilios domésticos, medicamentos y artículos de higiene, equipamiento para tratamiento de agua, equipos de construcción, escolar y otros. España también se sumó al esfuerzo internacional. Fue uno de los países más activos durante las inundaciones y que más ayuda aportó, con un total de cinco aviones de material y tres helicópteros, que se integraron en la fuerza multinacional para apoyar en las evacuaciones y el transporte de la ayuda humanitaria a 150.000 afectados. Además, se envió un contingente de las Fuerzas Armadas formado por 140 militares; la mitad personal sanitario. El Escalón Médico Avanzado del Ejército de Tierra se encargó de la instalación de un hospital de campaña en Chacuelane, que fue el referente de la ayuda médica en la región. El hospital contaba con varios quirófanos y se prestó ayuda a miles de personas, muchas de ellas se encontraban alojadas en el campo de refugiados de Chokwe. El compromiso de permanencia del hospital se extendió hasta mediados de julio. La asistencia médica fue asumida por Medicus Mundi, que continuó auxiliando a la población. El costo de esta operación fue de unos cuatro millones de euros.

Tras la catástrofe se celebró en Roma una conferencia de donantes para la reconstrucción de Mozambique, donde la ayuda internacional se comprometió a donar 450 millones de euros. El presidente Joaquim Chissano mostró su agradecimiento expresamente a la Cooperación Española, «que demuestra ser punta de lanza de la ayuda humanitaria cuando el país más lo necesitaba», según escribió el embajador Salarich. Chissano agradeció públicamente al gobierno español «el cumplimiento rápido y generoso de las promesas ofrecidas hacía sólo una semana». De camino a la conferencia de Roma, Chissano se detuvo unas horas en Madrid para agradecer en persona al presidente del gobierno español, José María Aznar, la generosidad y la eficacia de España con Mozambique.

«La respuesta tanto interna como exterior sobrepasó todas las expectativas», me informó Ernestina Jama, Secretaria general de la Cruz Vermelha (Cruz Roja de Mozambique). «Gran parte de este apoyo fue posible gracias a la generosidad de los mozambiqueños, que contribuyeron para ayudar a las víctimas individualmente o en organizaciones a través de trabajo voluntario, material y con dinero». Ernestina Jama, que fue coordinadora del área de salud durante las inundaciones de 2000, ocupa un despacho en el último piso de un modesto edificio frente al Hospital principal de Maputo donde se encuentran las oficinas de la Cruz Vermelha.

«Nadie esperaba que las lluvias alcanzaran aquella dimensión», observó Jama. «Fueron días de lluvias tan fuertes que desbordaron todo. Cuando llegamos en helicóptero a Xai Xai, el pueblo había desaparecido, solo se veían los techos de chapa de las casas. El agua era turbia y lo cubría todo». La dimensión del desastre pilló al gobierno de Chissano desprevenido. Se creó un gabinete de crisis formado por miembros del gobierno y por el PNUD, Cruz Roja de Mozambique, OXFAM y Naciones Unidas para coordinar la gestión de la ayuda de emergencia y de la crisis. No existía un departamento estatal para la gestión de este tipo de catástrofes, y la misión recayó sobre la Cruz Roja de Mozambique,

que tuvo que liderar toda la respuesta internacional y coordinar la participación del resto de comités internacionales de la Cruz Roja. «Fue una pesadilla», me confesó. «Éramos pocos y nos tuvimos que dividir entre las provincias afectadas. 80 mil personas solo en Chaquelane (Chokwe). Trabajamos las 24 horas del día. La gente estaba agotada. Incluso si quería seguir ayudando no podía más». Ernestina Jama reconoce que no estaban preparados para dar respuesta a la llamada de ayuda internacional que lanzó el presidente Joaquim Chissano. No tenían recursos para responder a las exigencias de las organizaciones que llegaron al país ni infraestructuras para instalarlos y darles apoyo. La respuesta inmediata de las numerosas organizaciones extranjeras «desbordó la posibilidad de coordinar una “invasión” tan rápida».

Cada Cruz Roja nacional que llegó a Mozambique, me contó Ernestina Jama, fue ubicada en una región en función de su especialización. «El gran desafío para la gestión fue cómo coordinar las actividades de los socios, incluso cuando ya estaban en sus zonas de asistencia». «Fue una situación muy crítica».

La Cruz Roja fue una idea de Henry Dunant, un hombre de negocios suizo, testigo de la batalla de Solferino, en Italia, en 1859, entre los ejércitos austriaco y francés. El choque dejó miles de muertos y heridos en los campos a los que asistió con voluntarios de la región. Tras aquel sangriento acontecimiento, Dunant decidió crear una organización «cuya finalidad será cuidar de los heridos en tiempo de guerra por medio de voluntarios entusiastas y dedicados, perfectamente cualificados para el trabajo». Rápidamente se fueron uniendo al proyecto de Dunant más países. En 1863, se creó el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), que fue el encargado de elaborar el primer Convenio de Ginebra sobre la protección de los soldados heridos en los conflictos. El trabajo de la Cruz Roja se amplió con el paso del tiempo a la acción humanitaria de víctimas civiles de conflictos, a las víctimas de desastres naturales, y a la acción preventiva y en favor del bienestar social y de la calidad de vida.

El movimiento Internacional de la Cruz Roja, con sede en Ginebra, está formado por dos organizaciones: por un lado, el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). Es una organización supranacional garante de los acuerdos de Ginebra y solo actúa en caso de conflicto armado. Tiene el mandato que le dan los países firmantes del convenio. Por otro lado se encuentra la Federación Internacional de las Cruces Rojas y Medias Lunas Rojas, compuesta por 189 países. Cada una tiene soberanía en su país.

La Cruz Roja Española asistió a la llamada de emergencia de Mozambique al igual que las de otros países como Alemania, Bélgica, Dinamarca, Suecia e Islandia. «La Cruz Roja española fue un modelo», aseguró Ernestina Jama. «Nosotros no teníamos mucha experiencia y España sí». En la Federación de Cruces Rojas se valoró mucho la presencia española por la lengua. La comunicación fue más fácil y facilitó el trabajo. En aquella época casi nadie hablaba inglés en Mozambique, y con las demás cruces rojas necesitaban usar intérpretes, pero no había medios. «Tuvimos una excelente relación, sobre todo con Pepe: fue el mejor delegado que ha habido en Mozambique. Trataba a todas las

personas de la misma forma. Era un gran organizador, un excelente *coach* y tenía mucha experiencia».

Unas semanas después, tras mi regreso de Mozambique, quiero conocer a Pepe, del que Ernestina Jama me ha hablado con tanto entusiasmo. Es la mañana de Nochebuena y José Javier Sánchez, Pepe, me recibe en la sede de la Cruz Roja en Madrid, un conjunto de edificios emblemáticos de la arquitectura de la capital, de fachadas de ladrillos rojos, construidos a principios del siglo XX como hospitales. José Javier tiene la maleta de mano lista para viajar a Granada. La sede está desierta. Las oficinas son amplias y luminosas y las mesas ocupan espacios comunes, algunas separadas por cristales. En las paredes cuelgan fotografías de las diferentes acciones en las que la Cruz Roja participa por el mundo.

Le cuento a José Javier que en la sede de la Cruz Vermelha de Maputo le conocen sólo por Pepe y que guardan un excelente recuerdo de su paso por el país. Se ríe abrumado y complacido. Me dice que mientras estuvo allí se preguntó muchas veces cómo se había metido en aquello. «Ahora, 15 años más tarde, lo veo con más perspectiva, pero entonces me llevaba las manos a la cabeza».

Cuando la ayuda internacional llegó a Mozambique, el gobierno dividió el país en diferentes zonas a nivel de emergencia, «pero la emergencia internacional la hicimos de otra manera». A la Cruz Roja española se le adjudicó la ciudad de Maputo y el resto de la provincia, que luego fueron ampliando a otras áreas. Su actividad primera y fundamental fue llevar plantas potabilizadoras a los lugares donde era preciso. No fue una tarea fácil, muchos puentes habían desaparecido, las carreteras estaban cortadas por el barro, y los coches se quedaban atascados. «La situación era inimaginable», exclama. «Pero se consiguió llevar agua de buena calidad a ciudades, zonas con escuelas o allí donde la gente se tuvo que concentrar por las lluvias y no disponía de agua de calidad». Gracias a la utilización de plantas potabilizadoras y a la desinfección con cloro se evitó una epidemia de cólera, que se hubiera extendido como la pólvora.

Además de agua, la CRE acercó a la población afectada mantas, herramientas, semillas, equipamientos para cocinar y mosquiteras. «Así estuvimos hasta finales de año». El trabajo que realizaron también incluía la sensibilización de la gente más expuesta a cuestiones de salud, malaria y VIH incluso del peligro que entrañaban para las poblaciones rurales las minas antipersona; con las inundaciones, el agua había arrastrado miles de ellas cambiándolas de lugar.

«Pero el proyecto más importante que realizamos fue el de reconstrucción de casas». Reconocieron y se distribuyeron las zonas entre las organizaciones, y junto con Naciones Unidas coordinaron la tarea de volver a levantar viviendas. «Llegamos a construir 2000 casas de todos los tipos y en diferentes lugares». En Catembe, una localidad al otro lado de la bahía de Maputo, las casas cercanas a la laguna habían quedado destruidas con la lluvia. Había una zona más alta donde la CRE, ayudados por la población local, levantó un barrio con 210 casas dotándolo de agua corriente, escuela, centro de salud, guardería y hasta un pequeño huerto para cultivar cada familia.

Salvo en las ciudades, una gran parte de las casas de Mozambique son infraviviendas construidas con materiales de desecho, cemento, barro, caña y tejados de palma o cinc. Sin saneamientos, luz eléctrica y agua corriente, alojan a un gran número de miembros de una familia en un espacio reducido. José Javier describe las casas que construyeron en Catembe como «muy decentes, quedaron muy bien»: de ladrillo, ventanas de madera, tejado de lata y suelo de cemento. Tenían 20 metros cuadrados, dos habitaciones y la letrina fuera. Tardaron dos años. «Después de tantísimo esfuerzo vuelves cuatro meses después y ves que aquel barrio tiene vida, con plantas, casas pintadas, vallas... te das cuenta que la gente estaba a gusto y eran felices».

Cruz Roja Española también tuvo que levantar viviendas en otras regiones para un gran número de familias que lo habían perdido todo. «La situación fue más complicada porque había otras sensibilidades. Teníamos que ir en barca y construir con caña y barro, pero la población también se implicó y salió bien. Había gente que incluso ponía bombillas, y eso que no había electricidad. Sólo como decoración». Recuerda que un vecino de uno de los nuevos poblados reconstruidos tenía un equipo de HIFI. En una visita de su jefe lo vio y le preguntó dudoso si había elegido correctamente a los destinatarios de la ayuda. «El hombre me dijo que el aparato no funcionaba. Metió la mano por detrás y sacó un pequeño transistor de radio a pilas».

José Javier Sánchez es el subdirector del departamento de inclusión social de Cruz Roja Española. Hace unos años decidió poner fin al trabajo de campo en el extranjero. Hasta entonces vivió mucho tiempo pegado a la acción. Estaba en Guinea Bissau cuando le mandaron a Mozambique porque medio país se ahogaba bajo las aguas. Llegó el 13 de marzo de 2000. En enero y febrero las lluvias habían sido torrenciales, y en marzo se desató la emergencia por las “cheias”, las crecidas de los ríos. Fue para una misión de seis meses y se quedó tres años. De marzo a agosto del primer año trabajó los siete días de la semana, las 24 horas, sin descanso. Mozambique fue el único país en el que se planteó vivir. Entre 2002 y 2005 estuvo en Kosovo. En 2005, fue director de la Unidad de África II, que reúne a 35 países. En 2009 pasó a la sede de Madrid para llevar la coordinación de todos los programas de inmigración. Además, desde 2012 lleva el proyecto de respuesta a personas afectadas por la crisis económica en España. Nació en Granada en 1966. Estudió ingeniería industrial en Madrid, y el bachiller en el colegio de los Hermanos Maristas de Granada, del que me confesó que guarda muy grato recuerdo y al que quizás, curiosamente, le deba su “vocación misionera”.

Ernestina Jama se lamentó por la muerte de cuatro voluntarios de su organización durante las inundaciones. Reconoció que, a pesar de la falta de experiencia y de los errores, aprendieron mucho. «Ahora cada proyecto tiene que tener capacitación completa. En algunas provincias se construyeron oficinas no solo para los voluntarios sino también para almacenar los stocks de las posibles emergencias futuras. Eso fue el resultado de aquellas lluvias».

Transmito a José Javier estos comentarios de Ernestina Jama. José Javier me dice que, en general, la coordinación de la emergencia en Mozambique fue

muy buena. «Cuando la CRE y de otros países llegamos a las zonas aisladas afectadas por las inundaciones, nos encontramos con voluntarios de la Cruz Roja mozambiqueña que ya estaban allí. Tenían una infraestructura muy bien desarrollada y muchos grupos de voluntarios». Con el agua anegando medio país, y tras conseguir llegar a aquellas zonas después de dos o tres semanas, se encontraron que ellos ya habían dado una pequeña respuesta, «muy básica, sin medios, pero importante para organizar a la comunidad en esos primeros días».

José Javier me acompaña hasta la puerta principal del edificio de Cruz Roja. Antes de despedirnos me confiesa que los tres años que vivió en Mozambique fueron los más interesantes de su vida, muy intensos, agotadores. «Lloré todo el camino de vuelta. Lo disfrute mucho, y eso que durante las inundaciones viví cosas muy duras... Cuando pienso en Mozambique, recuerdo gente bailando, gente alegre y riendo. Recuerdo la fuerza de la gente y su lucha».

«En las inundaciones de 2000 lo perdimos todo», me dice la misionera Elisa Verdú, directora del hospital Carmelo, en Chokwe, provincia de Gaza, un centro sanitario de referencia en el país para enfermos de tuberculosis y VIH/SIDA. «Las esperábamos. Todos los días íbamos al río y veíamos cómo iba creciendo». Una de las religiosas del hospital, que vivió las inundaciones de 1977, recordaba que en aquella ocasión «el agua había llegado hasta la puerta, pero no entró más». El director de Sanidad del distrito y el ministro de Sanidad de Mozambique les dijeron que pusieran unos sacos con tierra y unas piedras, y así no entraría el agua. Era el 27 de febrero. Nadie imaginaba lo que estaba por llegar. Al día siguiente entraron dos metros de agua y se inundó por completo la planta baja del hospital. A los enfermos los subieron al primer piso, a la torre de la iglesia y al tejado. Llevaban con ellos banderas que agitaban para que los evacuaran. Sólo se podía salir por helicóptero. Así convivieron durante días, atrapados por las, aguas, «como piojo en costura».

El embajador José Eugenio Salarich envió un helicóptero para rescatar a las religiosas españolas, pero declinaron la oferta. «Había más de 200 personas con nosotras, ¿cómo nos íbamos a marchar en helicóptero?», comenta con sonrojo. «No podíamos dejar aquí a la gente, sin comida, sin nada».

La época de lluvias en Mozambique coincide con el verano austral, durante los meses de diciembre a marzo. «Estuvimos así quince días, con un calor horroroso, sin agua. Sólo teníamos Fanta, que es dulce. Y no la querían». La hermana Elisa me describe alguna de las dantescas escenas que soportaron esos días: «las camillas con los muertos navegaban por el patio y por el huerto. Nuestros trabajadores jóvenes se ataron a los postes del hospital e intentaron empujar las camillas que flotaban para que se fueran con el agua corriente abajo. Eran dos metros de agua. ¿Cómo hacer para enterrarlos?». Al no poder escapar del primer piso, distribuían la medicación diaria metiéndola en bolsitas de plástico, y éstas en un cubo que subían y bajaban al tejado y a la torre. Allí, uno que sabía leer las repartía.

Poco a poco consiguieron evacuar a todos los enfermos del hospital a las localidades próximas de Macía y Chaquelane. Quince días después, cuando el

nivel del agua descendió, bajaron del primer piso y salieron a la calle, que estaba llena de heridos y gente que lo había perdido todo. La hermana Elisa se encontró con el director de Sanidad del distrito sentado en una acera haciendo curas y dando aspirinas a la población. Le dijo que había mucha gente sufriendo y las necesitaban. «En ese momento aparecieron miembros de Médicos Sin Fronteras. Venían buscando un sitio donde poder tratar a los afectados. Les dije que el Carmelo estaba disponible. Allí montaron un hospital de emergencia con la ayuda de ese director de Sanidad». El personal de MSF atendió en dos semanas a casi toda la población. «Gente que había estado sumergida en el agua durante días, con heridas tremendas». Al poco tiempo llegó la ayuda de militares españoles, que montaron un hospital de emergencia en la zona.

Tras mejorar la situación, los equipos de emergencia se marcharon, y recibieron ayuda de la cooperación internacional, que les permitió renovar de arriba abajo el hospital Carmelo y la iglesia. Las obras duraron un año porque los daños habían sido cuantiosos. Luego llegaron las inundaciones de 2013. «Fueron mucho más violentas», me asegura Elisa, «porque las de 2000 se esperaban, y el agua subió poco a poco. Las últimas tuvieron menos agua, pero fueron más rápidas y bruscas». El 23 de enero de 2013 la hermana Elisa tenía una reunión en el ministerio de Salud de Maputo. Salió de Chokwe por la mañana con sol. Cuando llegó a Maputo le dijeron: «No vuelvas, estamos bajo el agua». «Supimos que venía la lluvia en el telediario de las ocho de la tarde. No avisaron a la población». «No funcionó el sistema de aviso previo y el agua volvió a golpear a Chokwe», me había contado Ernestina Jama en la sede de la Cruz Roja de Mozambique. «Este sistema debe mejorarse e integrarse en otras áreas, e interactuar conjuntamente para evitar posibles desastres futuros. La cuestión ahora es cómo evitar esas catástrofes haciendo llegar la información a las comunidades para que estén sobre aviso». Y añadió: «Todavía no estamos preparados». «Y pasó lo mismo», se lamenta Elisa. «A los enfermos, como están en la planta baja, hubo que sacarlos. El ministerio de Salud mandó el primer día camiones grandes, abiertos, y coches, para evacuar a los que pudiéramos. Los llevaron a Macía y los pusieron bajo los árboles durante casi un mes. En 2000 los evacuaron en helicóptero». Tres enfermos murieron porque estaban graves. «Muchos no quisieron subir a los camiones y se quedaron colgados en el primer piso y en la torre con nosotras». Pidieron ayuda a la Cooperación Española, pero les dijeron que, como el gobierno mozambiqueño no había declarado oficialmente la emergencia, no podían actuar todavía. «Fuimos un poco por lo privado: amigos, parientes, parroquias, y con eso recuperamos algo». Cerraron el hospital hasta agosto. No pudieron trabajar en el internado, sólo las consultas externas. Miembros de Médicos Sin Fronteras de España las llamaron interesándose por la situación. «Les dije: “Venid a verlo”. Vinieron al día siguiente y se quedaron cuatro meses. ¡Chapeau! Son geniales».

La Reina Sofía, en su viaje a Mozambique en abril de aquel año, le entregó personalmente material adquirido por su Fundación y le agradeció en un emotivo homenaje público todo lo que había hecho por los mozambiqueños

durante las inundaciones. Compartió protagonismo con la hermana Carmen, de las Mercedarias, otra monja española infatigable que ha empleado su vida al servicio de este pueblo y que durante los últimos años ha organizado un hogar para niñas en la zona de Catembe.

La hermana Elisa Verdú nació en Alcoy (Alicante) en 1942. Pertenece a la congregación de la Caridad de San Vicente Paul. Estudió medicina en la universidad de Navarra y se especializó en medicina interna y cirugía en el hospital de la Fe de Valencia. Se unió a la organización Medicus Mundi y viajó a Ruanda en 1975, donde permaneció hasta que, en 1986, le pidieron ir a Mozambique. Llegó en plena guerra civil. La destinaron al centro de salud de Chaquelane, «un lugar aislado donde tenía que hacer de todo».

«La guerra fue pesadísima», me dice. Sufrieron numerosos ataques y asaltos, les quemaron la casa en dos ocasiones, y el hospital en tres. «Lo construíamos y lo volvían a quemar». No podían dormir en casa. Tenían que huir de noche, dormir en tiendas de campaña y en los coches. «Pero siempre intentamos estar cerca de los enfermos». En el hospital trataban, además de a enfermos habituales, a los heridos de la guerra. A los enfermos de tuberculosis y SIDA no los atendían por la mañana, porque los heridos del conflicto llegaban con casos más urgentes, orejas cortadas, amputaciones o heridas de minas. De los «suyos» se ocupaba después. Pero a las tres de la tarde tenían miedo de que los atacaran y proporcionaban a cada enfermo lo que necesitara para pasar la noche escondido. Había incluso que quitarles los sueros y a la mañana siguiente llegaban deshidratados. «Y al día siguiente a ver quién acudía y quién no». «Mantuvimos el tipo porque la población no tenía adónde ir. Nunca dejamos a los tuberculosos ni a los enfermos de sida». Para complicar más las cosas, en aquel contexto de guerra sufrieron una epidemia de cólera con más de dos mil afectados, que tuvieron que atender sin agua y alojándolos en tiendas de campaña. «Fue una odisea».

Nunca consiguieron saber si los asaltantes eran de Frelimo o Renamo. «Sí sabíamos que Renamo estaba al otro lado del río. Cuando el río estaba seco, lo cruzaban y atacaban; pero cuando el río bajaba con agua estábamos tranquilas». Les robaban medicamentos y comida. «No sé. Los de un bando y los del otro», se ríe. «Un día llegó una chiquita en mal estado a tratarse. Me dijo que ella era de las que nos había atacado. ¡Qué tonta! Como se estaba muriendo ya, se confesó».

Con la incertidumbre diaria vivieron hasta los acuerdos de paz de 1992. Le pregunto si no pensó en salir del país durante una temporada, hasta que las cosas se calmaran. «¿Y qué íbamos a hacer?», me responde. «La población dependía mucho de nosotros porque éramos un punto de referencia. A veces nos quedábamos a dormir en una iglesia, porque a la gente le daba confianza. Otras veces salíamos huyendo por la noche incluso con los enfermos andando». Insisto y vuelvo a preguntarle si se le hizo larga la guerra. «Sí, fueron cinco años. Éramos inocentes. Yo era muy joven y me ponía el mundo por montera. Hoy no lo haría. Otra así y desaparezcó», contesta con una carcajada.

No creo que desapareciera. Está allí para ayudar donde más duele. Tiene 72 años y una vitalidad desbordante. Habla rápido, monta las palabras como si le embargara la prisa. Las historias terribles de la vida que le rodea parecen anécdotas porque están narradas con humor e ironía, como si fuera una defensa, la única manera de sobrevivir a tantos años de dolor, desolación, enfermedad, pobreza y muerte. Tiene el pelo blanco. Me dice que está cansada; pero intuyo que es un cansancio viejo, que viene de un largo y duro camino recorrido.

En una ocasión sus compañeros médicos del hospital de la Fe le preguntaron cómo estaba el tema del sida en África. «En Ruanda se hablaba, pero aquí, en 1987, silencio total. Me preguntaron por qué no hacía un estudio para ver cómo era la situación. Me regalaron doscientos tests de Sida y me los traje». En el ministerio de Sanidad de Mozambique le indicaron que lo hiciera con enfermos de tuberculosis en el centro en el que trabajaba. El estudio descubrió que el 95% de los tuberculosos tenían VIH/SIDA. «Era una novedad para el país. Desde entonces nos hemos dedicado a tuberculosis y sida».

Tras los Acuerdos de Paz de 1992 decidieron trasladarse de Chaquelane, que era un centro de salud periférico, al hospital Carmelo en Chokwe, de acceso más fácil para los enfermos de tuberculosis. El convento Carmelo, en el que vivieron hasta 1976, se había construido en los años sesenta y fue entregado a la congregación de las Hermanas Carmelitas Descalzas. Tras la independencia, las misioneras se marcharon y el convento fue nacionalizado y utilizado como almacén. Pero en 1993 el gobierno se lo devolvió a la Iglesia. Las instalaciones estaban en ruinas. En 1995 lo rehabilitaron con ayuda internacional como hospital para enfermos crónicos de tuberculosis y VIH/SIDA. «Empezamos con treinta camas y ahora tenemos ciento quince. Cien de adultos y quince para niños», enumera con satisfacción.

«Aquello se ha hinchado como un globo». Hasta 2002 no había posibilidad de tratamiento. Hoy, el hospital da cobertura a más de ocho mil enfermos al año. El hospital Carmelo es un centro estatal, pero con un acuerdo con el gobierno para que la hermana Elisa y sus compañeras lo dirijan y lo gestionen. «Así funcionan mejor las cosas, porque vivimos en el hospital y estamos todo el día encima, las 24 horas aquí metidas. Sólo que ahora el volumen de trabajo es grande», declara. Aunque el hospital estaba pensado como un centro de enfermos crónicos, el volumen de pacientes ambulantes es terrible. El presupuesto que el Estado le destina es insuficiente, por eso se financia con fondos de proyectos de España e Italia.

El hospital Carmelo es una hacienda cuadrada de dos plantas, con un jardín en el centro a modo de claustro, galerías con arcos, muros color siena y techos de teja roja. Está situado en la parte alta de un municipio de casitas diseminadas en un territorio llano.

Al igual que el sistema sanitario mozambiqueño, el hospital Carmelo sufre la falta de personal médico cualificado. «Hasta 2013 hemos conseguido tres médicos mozambiqueños», me comenta con un tono de frustración. Desde 1990 participan en un proyecto con una organización de jesuitas de Barcelona

que les ayuda a formar a jóvenes mozambiqueños. Más de treinta han estudiado medicina, enfermería, derecho y economía en España. «Tengo un médico que vino en 2013 y ahora van a venir dos más, gente a la que pagamos nosotros los estudios. Les falta crecer un poco. Pero ya es una esperanza». «Además, ahora tenemos un contable y otro de recursos humanos, y se van quedando. Así puedo ir dejando un poco de lado esos asuntos». ¿Qué perspectivas tiene?, le pregunto. Me contesta que la gente está muy comprometida. «Hemos visto a niños que son huérfanos de padre y madre porque murieron aquí en el centro, pero ellos estaban libres de sida. El médico que hay ahora es el mayor de cuatro hermanos. Estudió medicina. Tenemos un acuerdo para que, cuando acabara de estudiar, dedicase dos años al hospital». «Luego, estamos construyendo un laboratorio. Seguimos aumentando los apadrinamientos».

Quiero saber si tiene planes de futuro. Me responde entre risas: «Además de médico, soy monjita. Tengo 72 años, pero estoy bien. Me gusta este tipo de medicina. Me he dedicado a ella toda la vida. Nuestra vocación son los pobres, y aquí hay muchos. Estamos muy metidos en la población». O sea, a morir con las botas puestas, le digo. «Sí, hasta que Dios quiera. Si ahora voy a España, me meterían a coger el teléfono en la portería y a hacer ganchillo delante de la tele. Con 72 años, yo no sé nada de medicina española, sólo de sida y tuberculosis. Me siento realizada. Es lo bueno de estar en África. Como hay poca cosa, puedes tener inventiva, crear servicios y solucionar problemas a la gente. Con poco se hace mucho. Además, el estilo de vida es mucho más fraterno, más simple, menos sofisticado. Incluso las hermanas son diferentes. Es otro estilo de vida». La hermana Elisa toma velocidad, como una bola pendiente abajo: «Yo estoy realizada como persona, como médico y como hija de la Caridad. Los tres objetivos que Dios me pide los estoy realizando. Tengo amigos en España que me dicen que me ven muy bien. Yo les digo que estoy bien porque estoy haciendo lo que me gusta, y eso no tiene precio. Muchos de ellos se quejan de su situación en el hospital. A uno no le dejan hacer, el otro quiere ser jefe. Yo, sin embargo, hago lo que me gusta y como me gusta. No tiene ningún mérito, lo hago porque me gusta, estoy contenta y me siento bien conmigo misma. Es fundamental para vivir, ¿no te parece? Estoy un poco loca. Soy una loca perdida».

«Imagínate, aquí el 42 por ciento de población está infectada con el SIDA. Prácticamente uno de cada dos. Cuando mis hermanas (tiene dos que viven en España) ven lo que vivo, me dicen que es como si me estuviera pegando golpes contra la pared empeñada en tirarla con la cabeza. Te podría contar historias...». Dudo un instante, pero al final se lo pregunto: ¿Algún día se podrá atajar el sida en África y reducirlo?. «Aquí en Chokwe, no», me responde sin espacio para la duda. «Hay mucha promiscuidad. Te sientas todas las mañanas delante de un enfermo o enferma y te dice: “Tengo un niño pequeñito”. Les pregunto: “¿Dónde está el padre?”. “El padre está en Sudáfrica”. “¿Cuándo se fue a Sudáfrica?”. “Hace tres años”. “¿Y éste?”. “Este es de otro”. “¿Y este otro está casado?”. “Sí, tiene tres mujeres”. Y le digo: “Cuando el padre regrese de Sudáfrica, que venga a hablar conmigo”. Viene el padre y le pregunto: “¿Cuántas

mujeres tienes?” Tengo una fija y en las minas aprovecho y tengo otras. Al final te salen catorce. Y eso son vías de contagio. No lo para nadie. Y como no les entra en la cabeza, van a “pito libre”».

Venía a ayudar al pueblo mozambiqueño

Antes de despedirme de Joaquim Chissano en su casa de Maputo, me prometió que me llamaría tan pronto como recordara el nombre del político español con el que mantuvo las primeras conversaciones siendo ministro de Asuntos Exteriores de Mozambique para el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países. Pensé que sólo era un acto de cortesía de su parte. Unas horas más tarde, Chissano me telefoneó para decirme que había recordado el nombre del diplomático: Emilio Casinello.

Emilio Casinello inició su carrera diplomática en asuntos relacionados con la descolonización en África. Fue el primer embajador de España en Angola, en 1978. También tuvo una fuerte conexión con América Latina. Fue director general de Iberoamérica y embajador de España en México de 1982 a 1985. En 1992 fue comisario general de la Exposición Universal de Sevilla. En la actualidad tiene una fundación que pretende contribuir a la prevención y resolución de conflictos junto a personalidades que han tenido capacidad de decisión, pero que ya no están en el poder.

España y Mozambique entablaron relaciones diplomáticas en 1977. Hacía solo un par de años que el país africano daba sus primeros pasos como Estado soberano. En plena guerra fría, la política marxista de Frelimo le colocaba en la esfera de los países tutelados por la Unión Soviética. España por su parte, salía de 40 años de ostracismo de dictadura franquista y comenzaba una costosa transición a la democracia constitucional. Un camino plagado de trampas y dificultades. El ingreso en la Comunidad Económica Europea era todavía un sueño lejano.

Ambos países mantuvieron desde el primer momento unas relaciones bilaterales magníficas y cercanas. Los nexos históricos y culturales lusos y españoles, la cercanía lingüística, la presencia en suelo mozambiqueño de misioneros y otros colectivos que se remontan a los años coloniales, y la relación afectiva y sentimental ayudaron a anudar lazos entre ambos pueblos.

España ha estado presente en la evolución de Mozambique, desde los Acuerdos de Paz a la consolidación democrática y el desarrollo social y económico a partir de 1992. A lo largo de estos años se realizaron numerosas visitas de dirigentes políticos, ministros, miembros de la oposición y empresarios de ambos países. Hoy, las relaciones entre España y Mozambique son fluidas y de confianza, no solo en el ámbito de la cooperación sino también en el político.

La Cooperación Española en África subsahariana era a finales de los setenta escasa, intuitiva y poco estratégica. No existía una política africana de cooperación. En esos momentos solo había tres países africanos en los que España cooperaba, pero sin una visión de conjunto del continente. Mozambique era uno de ellos. El inicio de relaciones diplomáticas y la buena disponibilidad política facilitó que en 1980 ambos firmaran el Convenio Básico de Cooperación, que fue la base de posteriores acuerdos complementarios. Desde 1989 se han suscrito varias Comisiones Mixtas que han ido definiendo las relaciones de cooperación entre los dos países.

Los cambios políticos y económicos que se fueron sucediendo en Mozambique marcaron la evolución de la cooperación y la participación de las agencias internacionales de desarrollo. Después de concluir los principales programas de rehabilitación tras el conflicto armado, el gobierno mozambiqueño y los donantes diseñaron estrategias que pasaran de la ayuda de emergencia a planes de desarrollo sostenible, proyectos a largo plazo que ayudasen a reducir la pobreza y fortalecer las prioridades nacionales en salud, educación, creación de empleo y desarrollo rural.

Visito a Gonzalo Robles, Secretario General de Cooperación Internacional para el Desarrollo, en su despacho de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (la AECID) en la zona oeste de Madrid. El edificio, construido en los años cuarenta, fue sede del Instituto de Cultura Hispánica y posteriormente del Instituto de Cooperación Iberoamericana, hasta que se convirtió en el cuartel general de la AECID en 1988. Nos encontramos el penúltimo día del año 2014, y los despachos y pasillos viven la calma navideña. Es un típico día de invierno madrileño, de frío seco, viento calmo y cielo azul limpio e intenso. El despacho de Gonzalo Robles es amplio, cálido y luminoso. El suelo es de madera barnizada y las paredes están decoradas con cuadros y fotografías. En ausencia de Alberto Virella, Director para África y Asia, nos acompaña el jefe de departamento Jorge Peralta, a quien conocí un año antes en una visita de trabajo que realizó a Maputo. Charlamos animadamente sobre el proyecto del libro y la estupenda idea de recoger los testimonios de aquellos españoles que han estado presentes en Mozambique durante el último medio siglo de historia común. Gonzalo Robles viste una chaqueta azul oscura, camisa de rayas y corbata. Lleva unas gafas con cristales ovalados, sin moldura, casi imperceptibles. Sentados en unos sofás de cuero negro, Robles me habla de la presencia de España en Mozambique, de las razones para mantener la ayuda a pesar de los tiempos económicamente convulsos que vivimos, y de las líneas futuras de actuación de la Agencia.

«Las vulnerabilidades y las necesidades humanas son el motor de la Cooperación Española», comienza exponiendo. «La razón que nos mueve es potenciar el desarrollo de las personas, de las sociedades y de los países. Por tanto, la cooperación fortalece los Estados, atiende el crecimiento económico y las necesidades sociales básicas de educación, salud y seguridad alimentaria». Gracias a la cooperación se generan lazos culturales y económicos que permiten «la presencia en los países de sectores (españoles) que de otra manera hubieran tenido más dificultades». «Por tanto», añade, «la cooperación también ha sido una puerta de entrada a una razón social, económica y cultural más amplia».

Gonzalo Robles cree que la cooperación con Mozambique ha estado muy presente «no sólo cuantitativa sino cualitativamente en casi todos los sectores fundamentales de los Objetivos del Milenio. Hemos hecho cooperación bilateral, multilateral y cooperación delegada con las ONG, que están muy presentes en Mozambique. Es decir, España ha estado con todo su potencial, con un compromiso pasado, presente y futuro».

Gonzalo Robles nació en Madrid en 1959. Es el secretario general de la AECID desde enero de 2012. Antes había sido delegado del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas y secretario de estado para Extranjería e Inmigración. Entre 1986 y 1996, y desde 2004 hasta 2012, fue diputado en el Congreso por el Partido Popular. Ha sido concejal del Ayuntamiento de Madrid y miembro de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa. Estudió Antropología Social y Cultural, y se graduó más tarde en Administración y Dirección de Empresas por el IESE.

La Cooperación Española participó en Mozambique desde los años ochenta en proyectos de consolidación del proceso democrático, de rehabilitación de infraestructuras y de fortalecimiento institucional. Llevó a cabo el proyecto de asistencia técnica de Renfe en la red ferroviaria mozambiqueña, diferentes proyectos agrícolas, asistencia sanitaria directa y formación de técnicos en salud. Además, apoyó al Plan de Atención Primaria del Plan Nacional de Salud, desarrolló proyectos turísticos y concedió becas para diferentes áreas formativas.

Posteriormente, los apoyos fueron encaminados a consolidar el proceso de paz y la reconstrucción del país tras los conflictos armados. Asimismo, se impulsó la cooperación orientada al desarrollo de Mozambique en un nuevo marco de paz y estabilidad tras los acuerdos de paz de 1992, la misión de paz de los cascos azules y la celebración de las primeras elecciones democráticas de 1994. España envió 25 observadores al proceso electoral integrados en el equipo de la Unión Europea y de Naciones Unidas. Además, apoyó al PNUD en el programa de reintegración en la vida civil de los militares desmovilizados. Más tarde, desarrolló el proyecto del documento de identidad mozambiqueño y la capacitación de la policía del país. Llevó a cabo la rehabilitación del centro de salud de Polana Caniço, participó en la creación y formación del personal del centro de investigación de malaria de Manhiça, y tomó parte en el amplio programa emprendido por Medicus Mundi de desarrollo sanitario en diferentes

distritos de la provincia de Cabo Delgado, así como en el programa de apoyo al hospital José Macamo, ejecutado por Médicos sin Fronteras.

En esos primeros años noventa, se abrió la Oficina Técnica de Cooperación (OTC) en Maputo, y se construyó un edificio de cinco plantas, frente al hospital general, para alojar a los técnicos españoles y albergar la oficina de la Agencia. En ese periodo se ejecutó el proyecto de recogida de residuos sólidos y limpieza de Maputo y Beira. También se elaboró el *Libro Blanco de los recursos naturales de la provincia de Cabo Delgado*, región de concentración de la Cooperación española, con el objetivo de «inventariar los recursos forestales, minerales, hídricos, pesqueros y turísticos de la provincia». Se financiaron ONG españolas, principalmente del sector salud y en áreas de acción social, que desarrollaron una labor relevante y de impacto en la mejora de la calidad de vida de los mozambiqueños.

Las inundaciones de 2000 marcaron una intensa etapa de ayuda durante la emergencia y en la posterior reconstrucción de las áreas afectadas. A partir de esta catástrofe, aumentaron de forma considerable los recursos y España entró a formar parte de los países donantes que dan apoyo presupuestario general y sectorial a Mozambique.

La Cooperación Española se despliega a través de múltiples actores. Además de la AECID, han intervenido las Comunidades Autónomas, los ayuntamientos (el convenio entre Barcelona y Maputo es especialmente fructífero), instituciones privadas, parroquias o clubes deportivos, y se ha actuado en los más diversos ámbitos: refuerzo de las instituciones municipales, gestión de hospitales, organización del nuevo Ministerio de Cultura, y un larguísimo etcétera.

Le pregunto a Gonzalo Robles qué planteamiento tiene la AECID de cara al futuro con respecto a Mozambique. Robles me explica que la Cooperación Española está siguiendo un proceso de concentración geográfica y sectorial impulsada por la revisión que hizo el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) a finales de 2011. «Se llegó a la conclusión de que estábamos en demasiados sitios». Robles piensa que, al igual que otras «cooperaciones potentes» como la francesa, inglesa o alemana, «tenemos que estar de alguna manera más selectivamente y más estratégicamente». «Dicho claramente: estábamos en 50 países y nos quedamos en 23». En estos momentos claves hay que ver cuáles son las prioridades y elegir dónde quedarse, «y España decide quedarse en Mozambique de una forma consciente».

«Nosotros creemos que nuestra presencia en Mozambique —un país que tiene un potencial enorme de crecimiento pero que tiene también unas debilidades importantes— tiene un valor añadido, aporta algo a lo que pueden hacer otras agencias internacionales, y que tiene una capacidad de diálogo, tiene una presencia real, que nos obliga en muchos sentidos a seguir estando y a seguir priorizando Mozambique».

El presidente de la AECID considera que, un vez tomada la decisión de quedarse, era necesario establecer un diálogo estructurado con el país para ver qué demanda Mozambique en este momento histórico, cuál es su plan propio

para su desarrollo y decidir en qué sectores participar. Fruto de esos diálogos, en noviembre de 2014 el director Alberto Virella firmó en Maputo el Marco de Asociación País (MAP), que define las líneas estratégicas de la Cooperación Española en Mozambique para el periodo 2014-2016 y establece un presupuesto de 46,55 millones de euros. El secretario de Estado de Cooperación Internacional y para Iberoamérica viajó a Maputo en abril de 2015 para firmar la Comisión Mixta con Mozambique, que dio forma jurídica al MAP.

El plan establece la voluntad de ambos países de trabajar conjuntamente sobre una estrategia de acción basada en tres sectores de concentración. El primero se refiere a la gobernanza democrática, fundamentalmente en las áreas de buen gobierno y finanzas públicas, apoyo a los sistemas de gobernación local en el ámbito de la desconcentración de competencias y apoyo a la sociedad civil. El segundo, al desarrollo rural y agrícola de modo que las intervenciones tengan un enfoque integral de lucha contra la inseguridad alimentaria y la desnutrición, y se focalicen en pequeños agricultores. El último sector es el relativo a la salud, centrado en la mejora de la gestión y planificación y de la calidad asistencial a través de la formación de recursos humanos, la investigación médica, la mejora en la salud materno-infantil y la lucha contra la malnutrición crónica.

Junto a los instrumentos tradicionales de cooperación (apoyos presupuestarios sectoriales, proyectos y programas bilaterales, multilaterales o subvenciones a ONG) incorpora otros más novedosos, como el programa de conversión de deuda, las asociaciones público-privadas o las iniciativas de cooperación delegada, adaptándose así a la nueva realidad económica y social de Mozambique. Además, se prevé que España vuelva a la modalidad de la ayuda presupuestaria general, tal como había solicitado reiteradamente el gobierno de Mozambique.

Gonzalo Robles menciona que se acaba de lanzar el nuevo Fondo de Naciones Unidas para el Desarrollo Sostenible. Es el primer fondo que se crea en la ONU para el post-2015, y se ha aprobado un proyecto a través del Fondo multilateral para Mozambique.

Hablamos del “boom” económico que el país está viviendo con la explotación de los hidrocarburos y de la importancia de saber movilizar esos recursos. «A medida que el país va creciendo en renta, hay que procurar que haya una movilización de sus propios recursos, por eso su fortalecimiento es muy importante; según crece es importante que tenga una administración capaz de usar bien esos recursos, que planifique correctamente, que haya control y transparencia».

Durante la conversación, Jorge Peralta confirma los datos que Gonzalo Robles va exponiendo sobre Mozambique. En Maputo, un año antes, Peralta me dijo que la previsión es que en 2020 empiece a notarse la entrada de los fondos de los grandes recursos extractivos, pero que hasta que eso ocurra «Mozambique va a necesitar en términos macroeconómicos que llegue la ayuda de donantes internacionales». «Es un país muy dependiente. Hasta hace

cuatro o cinco años, el cincuenta por ciento del presupuesto venía de la ayuda internacional». Sigue habiendo unas desigualdades enormes, dos velocidades, dos tiempos. Uno de los objetivos de la cooperación internacional es intentar reducir esa brecha. «Ese ha de ser el papel. Ha de ser menos asistencialista, proveedora de bienes y servicios, como lo podía ser antes, y debe ir más en el sentido del diálogo de políticas con el gobierno mozambiqueño e intentar conseguir que las prioridades marcadas por él sean las correctas en términos de desarrollo».

Jorge Peralta me comentó que no se trata de dar lecciones, es el gobierno de Mozambique quien tiene que tomar esas decisiones. Pero estamos en un momento muy importante «porque en 2020, el gobierno de Mozambique puede encontrarse con que no sabe muy bien qué hacer con todo ese dinero. Y lo que puede ser peor, que lo que hace no sea lo mejor en términos de desarrollo, en términos de reducir la brecha entre los ricos y los pobres, en términos de tener sistemas públicos sólidos de educación y de salud». «Yo creo que este momento de transición, si no hay una cooperación internacional que acierte en los mensajes que quiere transmitir y que tenga una interlocución fluida con el gobierno mozambiqueño, posiblemente en 2030 el país no habrá mejorado demasiado. Habrá un “boom” en recursos, pero no mejorará para toda la población».

Cristina Gutiérrez, coordinadora general de la AECID en Maputo desde mediados de 2014, es médico de formación, especialista en microbiología y parasitología clínica y medicina tropical. Estuvo presente como voluntaria médica de Naciones Unidas en los campos de refugiados en Bosnia y Herzegovina durante el conflicto de Kosovo. Trabajó en los Balcanes durante ocho años como responsable de proyectos y coordinadora de la AECID. Antes de ocupar la coordinación de la Cooperación Española en Mozambique, pasó cuatro años en el mismo puesto en la OTC de Rabat, Marruecos.

Nos encontramos en varias ocasiones durante mi estancia en Mozambique en diciembre de 2014. A pesar de que estaba ocupada entre reuniones con diferentes interlocutores del gobierno mozambiqueño y la presentación de informes, tuvo tiempo para rastrear en los archivos de la OTC información y fotografías que pudieran ser de interés para este trabajo. Le pregunté cuáles eran las dificultades de gestionar los planes de la cooperación en Mozambique. Cristina Gutiérrez me dijo que la mayor parte de ellos tienen que ver con la complicada arquitectura de la ayuda al desarrollo en ese país. «El número de donantes es enorme, lo que hace que cualquier foro de coordinación sea multitudinario. Además, se han multiplicado los grupos y subgrupos de trabajo en cada sector, resultando en agendas imposibles y muchas veces con escasa participación de mozambiqueños». Sin embargo, Gutiérrez me aseguró que «la larga trayectoria de la Cooperación Española con Mozambique hace que nuestro trabajo sea muy apreciado por nuestras contrapartes directas, lo que hace fácil nuestro día a día, al contar con el apoyo y el respeto de las instituciones y autoridades locales».

Mozambique se ha convertido en un país atractivo para inversores de todo el mundo, que han puesto sus ojos en sus recursos naturales. Posee uno de los yacimientos más grandes de carbón del mundo y está entre los 10 primeros productores. Además, las reservas de gas natural descubiertas en los últimos años en la Bahía de Rovuma, cerca de la frontera con Tanzania, son tan grandes que abastecerían a Alemania, Gran Bretaña, Francia e Italia durante una década. Mozambique es también un gran productor de aluminio y cuenta con importantes minas de rubíes, oro y minerales estratégicos para la industria médica, nuclear y aeroespacial como el tantalio, la ilmenita, el rutilo, el circonio y el berilio. Sus puertos se encuentran en una posición geográfica envidiable para transportar energía a Asia, principalmente a los mercados chino e indio.

A pesar de ser una de las economías de más rápido crecimiento en los últimos años —por encima del 7 por ciento—, Mozambique es uno de los países más pobres y endeudados del mundo. Ocupa el décimo puesto por la cola (el 178 de 187 países) en el Índice de Desarrollo Humano, según datos de PNUD. Seis de cada diez mozambiqueños viven con menos de un euro al día y la renta per cápita es menor de 500 euros. Veinte años atrás no alcanzaba los 70 euros, lo cual demuestra que sus indicadores de desarrollo han ido mejorando significativamente en las últimas dos décadas, desde que concluyó el conflicto armado.

Mozambique tiene una superficie aproximada de 800 mil kilómetros cuadrados y casi 26 millones de habitantes (10 millones más que hace 25 años), de los que el 45 por ciento son menores de catorce años. La población crece a un ritmo del 2,8 por ciento anual. La esperanza de vida al nacer es de cincuenta años, once años más que en 1970. Los mayores de sesenta y cinco no alcanzan el uno por ciento. La tasa de natalidad es de 38,8 por cada mil (en 1990 era de 43) y la de mortalidad, 12,3 por cada mil (en 1990 era del 20). 90 de cada mil niños mueren antes de alcanzar los cinco años (en 1970 eran 264 y en 2000, 163). En los últimos quince años se ha reducido la mortalidad infantil un 46 por ciento. Cada mujer tiene una media de cinco hijos.

La mitad de la población mayor de quince años no sabe ni leer ni escribir. La tasa de alfabetización de los niños alcanza el 90 por ciento, la de los jóvenes varones el 80 y la de las mujeres solo el 56, ya que muchas de ellas se casan siendo adolescentes y son madres antes de los dieciocho. Un 70 por ciento de los niños no acaba la primaria, y sólo el 3,6 por ciento de los mayores de veinticinco ha realizado estudios secundarios, la mayor parte varones. Hay un maestro por cada 55 alumnos, y no siempre tienen la preparación conveniente para una educación mínima de calidad. Apenas el 5 por ciento de la población utiliza Internet. El 22 por ciento de los niños entre cinco y catorce años realiza algún tipo de trabajo.

En Mozambique hay un médico para cada 30 mil habitantes, tres veces menos de lo recomendado por la Organización Mundial de la Salud. Se estima que serían necesarios sesenta años para tener un número aceptable de médicos y alcanzar la cifra ideal de la OMS. La población mozambiqueña muere princi-

palmente por el VIH —el 11 por ciento de la población está infectada—, neumonías y tuberculosis, diarreas, malaria, enfermedades coronarias y diabetes. Muchas de ellas fácilmente curables.

El treinta por ciento de la población del país vive en ciudades. La capital, Maputo (recibió el nombre en honor de una jefa tribal), se llamaba en los tiempos de la dominación portuguesa Lourenço Marques (navegante luso que llegó a las costas de Mozambique en 1544). Entonces era una ciudad tranquila y bella de apenas 800 mil habitantes que durante años vivió adormecida en el sueño colonial hasta que el país se convirtió en objeto del deseo. Empresarios y hombres de negocios, miembros de nuevas embajadas y trabajadores de ayuda humanitaria de instituciones y organismos supranacionales y ONG han desembarcado en los últimos años en el país. Maputo ha crecido hasta superar el millón de habitantes —también han crecido considerablemente las ciudades de Beira, Pemba y Nampula, al ritmo de casi el cinco por ciento anual en los últimos 25 años—, y se ha convertido en una ciudad extremadamente cara, siguiendo la estela de Luanda, en Angola. El precio del alquiler de casas y apartamentos, muchos de ellos en un estado deplorable de conservación, está a niveles similares a los de Madrid, París, Londres o Nueva York. Cenar en uno de los restaurantes que han aflorado en los últimos años cuesta lo mismo que en cualquier ciudad europea. Miles de coches y grandes todo terrenos importados de Japón atascan en hora punta las otrora tranquilas calles y avenidas de Maputo. La clase media nacional, todavía escasa, favorecida por el crecimiento económico y empleada en las empresas y organismos internacionales, empuja el consumo que la mayoría de la población no sueña alcanzar.

Mozambique dispone de 36 millones de hectáreas de tierra cultivable, si bien sólo un diez por ciento tienen un rendimiento productivo. Casi la mitad de la superficie del país está ocupada por bosques, de donde se extraen maderas tropicales codiciadas en los mercados internacionales, sobre todo en China. Tiene dos mil quinientos kilómetros de costa que ofrece oportunidades turísticas y de pesca. El Plan Nacional de Reducción de la Pobreza de Mozambique para el periodo 2011-2014 establecía como objetivo «la búsqueda de un crecimiento económico inclusivo y la reducción de la pobreza y la vulnerabilidad a través del incremento de la producción y la productividad en los sectores agrícola y pesquero, la creación de empleo, y el desarrollo humano y social. El buen gobierno, la macroeconomía y la adecuada gestión de las finanzas públicas son los pilares de apoyo indispensables para el logro de estos objetivos».

Mozambique está dividido en once provincias. La lengua oficial es el portugués, aunque conviven varios dialectos bantúes y siete grupos étnicos, entre los que destacan por su número los macuas, thsongas, shonis, zambezis y makondes. Las iglesias evangélicas han irrumpido con fuerza en Mozambique robando creyentes al culto católico, que supone un tercio de la población. El treinta por ciento es musulmán, y el animismo permea todas las creencias populares.

Muchos españoles han participado en proyectos de cooperación en Mozambique: miembros de ONG, personal de la OTC, especialistas, técnicos, religio-

sos... Casi todos se han sentido fascinados por el país, y unos pocos han acabado quedándose a vivir aquí. Julio Cihuelo dio muchas vueltas por el mundo hasta que hace más de dos décadas decidiera que Mozambique era su sitio.

A principios de 1995 viajé a Israel en uno de los momentos más convulsos —si es que ha tenido algún periodo de su historia que no lo haya sido— para escribir una serie de artículos para el rotativo español *Diario 16*. Joan Soles, corresponsal de Catalunya Radio en Jerusalén, me recomendó visitar a Fortunato Riloba, un fraile franciscano que vivía en un convento de la ciudad de Jericó y que llevaba 40 años en Oriente Medio. Era de un pueblo de Burgos, donde había nacido en 1933. Había estudiado derecho canónico en Egipto, y vivió en Alepo y San Juan de Acre. Dominaba el árabe a la perfección y conocía varios dialectos regionales. De hecho, escribió una gramática árabe-española, que se sigue utilizando en la actualidad. En Jericó dirigía un colegio para niños y jóvenes, casi todos de familias musulmanas, que buscaban para sus hijos una buena formación en una escuela católica.

Cuando conocí a Fortunato, parecía un misionero anciano, aunque solo tenía 63 años. Era bajo y regordete, campechano y bonachón. Un hombre de poco hablar y buen comer, al que apenas le pude sacar unas palabras. La cocinera de la misión era una cristiana que satisfacía su buen paladar. Fortunato me invitó a alojarme en el convento durante unos días. Las habitaciones eran oscuras, sobrias y modestas, de gruesos muros de piedra, con una cama estrecha y un sencillo escritorio de madera. Cada mañana temprano me despertaba el sonido metálico del altavoz del colegio que atronaba los sonos del himno nacional palestino. A fuerza de escucharlo, llegué a aprenderme el estribillo.

Una mañana, Fortunato me contó que no lejos de allí vivía un español encargado de varios proyectos de cooperación que podría contarme muchas historias y que, además, (algo que él evidentemente admiraba mucho) «era un estupendo cocinero». Seguí sus indicaciones. Dejé el pueblo por un camino que cruzaba un campo de olivos y cañas. Al llegar a una casa baja y solitaria, llamé a la puerta. Me abrió un hombre de mediana edad, moreno y con bigote. «¿Quieres comer? Tengo conejo con tomate», fue su saludo. Julio Cihuelo trabajaba para la Agencia de Cooperación Española en un proyecto de recogida de basuras. Estaba desesperado porque las autoridades hebreas tenían retenidos desde hacía meses en el puerto de Ascalón los dos pequeños camiones de basura, especiales para las estrechas calles de Jericó, que había donado el ayuntamiento de Mataró. Cada día que Julio iba al puerto a intentar sacar los vehículos, faltaba un documento y las tasas portuarias no dejaban de subir. Fortunato no se había equivocado: disfruté de un delicioso almuerzo y de las historias de Julio en Oriente Medio.

Un año después viajé a Mozambique tras pasar por Ruanda y haber sido testigo del éxodo de retorno de los refugiados hutus desde los campos que se levantaron en el antiguo Zaire. Salía del edificio de la OTC en Maputo, cuando me topé con un hombre cuya cara me resultaba familiar. Al verme, me saludó:

«¡Hola! Soy Julio. Nos conocimos en Jericó. ¡El mundo es un pañuelo!». Le pregunté sorprendido qué hacía allí. «Mozambique es mi casa», me respondió. Seguía en Israel batiéndose contra todos los elementos, pero Mozambique era más que un lugar de vacaciones para él.

Julio Cihuelo dio muchas vueltas por el mundo antes de asentarse definitivamente en Mozambique. Nació en 1938, en el caserío familiar de Izaga, en las montañas de Guipúzcoa. La familia tenía vacas, vendían leche, y su madre hacía quesos. Eran los tiempos de la posguerra española. «En casa había comida, no nos faltaba de nada; pero nos sentíamos vigilados». Estudió como interno en los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Fuenterrabía, «una educación terrible y espartana»; después pasó a estudiar ingeniería industrial en Bilbao. En 1954 ganó una beca de los pastores vascos de Estados Unidos para estudiar durante tres años ingeniería de automoción en Denver, Colorado. Durante las vacaciones solía cruzar a México con amigos vasco-navarros. Con 21 años regresó a España. Hizo el servicio militar obligatorio en Tetuán, antes de la firma de los acuerdos que devolvieron la ciudad a Marruecos. Le destinaron como alférez a las Fuerzas Nómadas Blindadas de Ain Samara, en el Sahara español, cerca de la frontera con Mauritania, donde luchó contra las tropas marroquíes. Tras licenciarse encontró un puesto de trabajo en una compañía de transportes de Barcelona.

En 1966 le contrató una empresa para hacer viviendas prefabricadas en Basora, Irak, durante tres años. «Los bunkers de Saddam Hussein los construyeron los alemanes, pero el revestimiento interno lo hacía España», me dijo. «Babilonia me encantó. Como había leído tanta historia sagrada en los primeros años de estudios, cuando iba a los lugares bíblicos, me decía: “Todo eso yo lo leí”. Y ahora lo veía». Mientras estaba en Irak vivió uno de los numerosos golpes de Estado contra Saddam.

De allí pasó a Nairobi, Kenia, con un proyecto de construcción de viviendas. Más tarde a Lagos, Nigeria, para trabajar en la ampliación del puerto de la ciudad. «Todos estos eran proyectos de contrapartida: iba con contratos del gobierno español. La Cooperación Española era aún floja». Después, trabajó en Congo Brazzaville; en Doula, Camerún y Libreville, Gabón. Entre 1979 y 1986 vivió en Argelia, «un país maravilloso». «Me encantaba el desierto. Allí cambié mi ritmo de trabajo por el calor. Pasé a dormir durante el día y trabajar por la noche visitando las obras». De ahí se marchó a Guinea Ecuatorial, donde participó en la construcción de la defensa del puerto de Bata. Vivió entonces una experiencia terrible: la violación y asesinato de una joven religiosa española.

Después de Guinea Ecuatorial regresó a Barcelona para la construcción del túnel de Vallvidrera y el mantenimiento de la maquinaria en las obras del puerto de Barcelona. Posteriormente le propusieron un proyecto similar en Tenerife. Una semana antes de trasladarse a Canarias, la empresa le preguntó si quería ir a Mozambique. «Yo nunca llegué tan al sur en África», les respondió, y aceptó. Al llegar al aeropuerto de Maputo, el oficial del control de pasaportes le

preguntó a qué venía a Mozambique. «Les dije que me gustaba África y que venía a ayudar al pueblo mozambiqueño».

Le recogió Txabi Anuzita, su nuevo compañero de trabajo, que había llegado meses antes al país para realizar la formulación de un proyecto para un campo de refugiados —desplazados internos— del conflicto mozambiqueño. Anuzita pensó estar un mes y medio para hacer el diseño de un campo de refugiados en Marracuene, pero se alargó a tres. Regresó a Bilbao para entregar el informe a la AECID. El proyecto nunca salió adelante. Tres meses más tarde, decidió volver a Mozambique «sin trabajo, sin permiso de trabajo y sin dinero». Txabi Anuzita me contó hace unas semanas en Bilbao tomando un café cerca del Centro Unesco del País Vasco, donde trabaja como gerente, que en el avión conoció a un tipo de la empresa TERSA, que ejecutaba un proyecto de recogida de basuras de Maputo y decidió contratarle como técnico. El proyecto estaba financiado por la Cooperación Española, el ayuntamiento de Barcelona y el Banco Mundial. Las autoridades trajeron a una etnia de Inhambane para que recogiera la basura de Maputo; era un trabajo absolutamente denigrante que nadie quería hacer. Les pagaban tan poco que no tenían qué comer. En febrero de 1992 se marchó a Beira con un proyecto idéntico. Beira no tenía sistema de recogida de basuras. El BM daba dinero para financiar una estructura con camiones y contenedores. Fue entonces cuando llegó Julio Cihuelo.

«Tuvimos una relación muy intensa. Julio era tierno, agradable, amable. Era maravilloso. Fue para mí un amigo. Viví mil historias con él», me dijo. «Se adaptó muy rápido, tenía una relación muy especial con los trabajadores locales, y no tenía horarios». Julio Cihuelo fue el responsable del proyecto de la parte de parques, jardines y construcción. «El trabajo era muy interesante: Tirar toda la chatarra del parque del municipio, montar un taller y revisar todos los vehículos y máquinas que había».

A diferencia de Maputo, los encargados de recoger la basura eran vecinos de la ciudad. Txabi Anuzita me dijo que en 1992 hubo una hambruna muy grande en el país, la gente iba a buscar comida a la basura, «¡y nosotros se la quitábamos!». El proyecto de Beira era complejo. En medio de la guerra con Renamo, el calor y la humedad, trabajar en el tema de la basura era horrible. «Montamos un sistema de recogida muy potente. La ciudad se limpió». El proyecto duró un año. A finales de 1992 a punto de volverse a España, le ofrecieron la dirección de la AECID, como responsable de la OTC. «Me interesó, y la mudanza de Beira, en lugar de hacerla a Bilbao, la hice a Maputo». Sustituyó a Víctor Lezama, que fue el primer coordinador. Estuvo hasta febrero de 1996.

La guerra machacaba toda aquella parte del país. Dentro de la ciudad de Beira no se dejaba sentir el conflicto, pero en los alrededores, Renamo atacaba repetidamente para destruir las líneas eléctricas y hacerse con comida y nuevos reclutas. «Yo vivía en la playa, cerca de la casa del gobernador», me contó Julio. «A veces, Renamo hacía incursiones por un extremo de la playa y el ejército de Frelimo por el otro, de tal modo que el fuego cruzado era delante de

mi casa». Julio vivía en la parte de arriba de una casa de dos plantas. Un día se percató de que su cuerpo se veía desde fuera por el ventanal y era un blanco de las balas. «Tiré el colchón al suelo en una esquina de la habitación donde no había ventanas y todo eran paredes, y ahí dormí durante un tiempo».

En Beira, Julio Cihuelo conoció a Rabia, una joven mozambiqueña de origen *indiano*. Trabajaba en la ferretería de su familia, donde él acudía a menudo a comprar herramientas. Era la sobrina del dueño. Tenía 24 años y Julio superaba los 50. Rabia era musulmana. La relación fue en serio. Hablaron de casarse, pero el padre de Rabia le exigía convertirse al Islam. «Yo soy muy tolerante con todas las religiones, pero mi madre todavía vivía, tenía 98 años, y era una católica muy piadosa. Convertirme hubiera sido condenarla a muerte. Además, tengo un hermano fraile». Se siguieron viendo durante un tiempo, pero la condición de convertirse fue insalvable. Ahí acabó la relación.

En 1994 la Cooperación Española y el ayuntamiento de Barcelona propusieron a Julio Cihuelo ir a Israel. Llegó a Jerusalén para establecer la Oficina Técnica de Cooperación. Llevó a cabo proyectos municipales de limpieza y sanidad en Jericó, Nablus y Hebrón. También gestionó proyectos con los beduinos jordanos en el desierto de Wadi Rum, a los que les entregó cabras y vehículos todo terreno para llevar a los turistas por la ruta de Lawrence de Arabia.

En 1999 le buscaron un sustituto y le ofrecieron volver a Mozambique a montar un gran proyecto en Zimpeto para construir un centro de formación profesional, varias viviendas y las infraestructuras básicas de agua y electricidad. Localizó a Rabia, que seguía soltera. Decidió convertirse, al haber fallecido ya su madre. «Me puse el nombre de Jalil, que es el de Hebrón en árabe», me contó. «Rabia me llama Julio. Aquello fue un mero trámite. Ese mismo año nos casamos y construimos esta casa».

La casa de Julio Cihuelo está en Matola, un municipio en el extrarradio a 15 kilómetros de Maputo, donde la clase media mozambiqueña se ha asentado debido al alto coste de la vivienda en la capital. Julio ha construido la suya poco a poco, con sus propios medios. Es una casa amplia y sencilla, de una sola planta. Tienen un jardín con césped, plantas y algunos árboles de mangos. Saludé a su mujer y a su hija, de 14 años. Julio me propuso enseñarme su finca donde cultiva árboles frutales, un terreno de cinco hectáreas «que da para divertirse», a 25 kilómetros de allí en dirección a la frontera de Suazilandia. Nos montamos en su ruidoso y viejo *pick up*. La carretera discurría por una llanura fértil de tierra oscura y un verde deslumbrante por las recientes lluvias. El perfil de las montañas azuladas de Naamacha cerraba el horizonte. Julio iba saludando a los policías que patrullaban la carretera. «Conozco a muchos», exclamó. «Estuve apoyando la misión de la Guardia Civil en Michafutene para la formación de la policía de tráfico».

A Julio se le acumulaban las historias de su vida. Hablaba despacio, con un tono suave y un acento contagiado por el portugués. Es de mediana estatura, pelo canoso y un bigote poco poblado. Tiene el rostro moreno y surcado por profundas arrugas. Mantiene un físico ágil y jovial. Está jubilado desde hace ya

algunos años, pero sigue trabajando en la construcción de fincas frutícolas junto a su concuñado, Faruk Osman (diputado de la Asamblea de la República y Presidente de los empresarios de la provincia); echa una mano en algún proyecto de cooperación y cuida de su finca, «que aún no me ha dado ningún beneficio, sólo gastos». El resto del día escribe sus memorias y poesía. Julio tiene un gran sentido del humor, es de modales amables y gentiles, como sacados de otra época.

Dejamos el asfalto y condujimos por un camino embarrado entre parcelas de cultivo. El cielo estaba cubierto, y el calor era intenso y húmedo. Franqueamos la verja. Dos empleados sudorosos le saludaron «Tudo bem?». «Tudo». «¿Vieron algún cocodrilo?», les preguntó. «No, hoy no». «¡Cocodrilos!», me alarmé. «Sí, hay cocodrilos», me contestó despreocupado, como si habláramos de conejos que entran en su terreno a almorzarse unas zanahorias. «El otro día se comió a una persona», me dijo. «Bueno, no se la comió entera. Sólo la cara, un brazo y la pierna. Luego recuperaron el cuerpo». Nos bajamos del todoterreno y nos acercamos a un pequeño remanso de agua que formaba el río para ver si conseguíamos ver alguno. «Son enormes», añadió. No supe si era verdad o pretendía asustarme. Julio daba instrucciones a sus dos empleados para que cortaran la alta maleza que bordea el río por donde campan los cocodrilos. La presa estaba rebosante. «Cuando los sudafricanos tienen demasiada agua, abren sus compuertas y nos inundan todo esto», se quejó.

Julio Cihuelo cultiva nísperos, lichis, anacardos, guayabas, melocotones, manzanas, granadas, mangos, naranjas y limones. También tiene plantas de pimientos de piri piri, judías verdes, fresas y otros vegetales. «Vendo la fruta, aunque hasta ahora sólo he invertido». Me explicó que el sistema de venta es muy particular y anticuado. Llenan una lata de 20 litros de pintura vacía con la fruta y la pagan a tanto la lata. «Yo cometí un error plantando tantos naranjos, por eso de ser español. El mercado está inundado de las naranjas de origen español (las “valencias”) que se producen en la región de Nelspruit, en Sudáfrica», lamentó con una carcajada.

El terreno lo adquirió hace cuatro años a través de su mujer, que al ser mozambiqueña tenía derecho a solicitarlo al departamento de agricultura. La parcela vecina pertenece a la presidenta de la Asamblea de la República, Verónica Macamo. «Todo esto era antes *mato*. Lo desbrocé a mano y planté los árboles». Eso fue antes de comprar un tractor de segunda mano en Sudáfrica.

En 2000, el año de las inundaciones, Julio se vio involucrado, a petición del embajador de España, en el transporte de los militares que se desplazaron al país con el hospital de campaña. Después del proyecto de Zimpeto, pidió una excedencia de la Cooperación Española para trabajar con Cáritas Internacional en 128 proyectos entre el río Save y Punta Douro. «Todos los proyectos los visitaba yo. Eran principalmente de rehabilitación, de agua, salud, etc. porque todo había quedado destruido por la lluvia y la gente no tenía de nada». En 2003 pasó a gestionar la construcción de hospitales en diferentes provincias. «Muchas de las donaciones para estos proyectos eran de mujeres españolas

anónimas. Recuerdo que una donó 10 millones de euros». Ese año se jubiló, pero siguió trabajando con la AECID como personal local en proyectos de cooperación. «Ya no me quise ir de Mozambique». El último trabajo fue la inspección de calidad de la construcción del ayuntamiento de Naamacha, financiado por la Agencia Española. «Ahora ayudo de forma voluntaria a construir un nuevo convento a unas monjas de clausura (unas clarisas que han cambiado Burgos por estas tierras), porque el que tienen es muy pequeñito».

«He tenido una vida de nómada, de peregrino», se reía. «Una vez leí un libro de Richard Burton (el explorador, no el actor, me aclara), y en cierto modo me identificaba con él». «Ha sido una vida que he disfrutado mucho. Me dormía feliz y me despertaba muy temprano pensando en el estupendo día que iba a vivir».

Un viaje por el norte, desde los manglares

E

l avión sobrevoló la península de Pemba a baja altura. El mar, de intenso color verde y turquesa, perfilaba la extensa bahía en forma de riñón. El aparato realizó un pronunciado giro para encarar la lengua de tierra donde estaba la pista del aeropuerto. En la sala de llegadas me esperaba Jesús Pérez, cónsul honorario de España en Pemba y responsable de la cooperación española en la provincia de Cabo Delgado. Nos habíamos conocido dos años atrás, pero sólo nos vimos en un par de ocasiones después. Dejamos el aeropuerto en dirección a la ciudad. El sol caía a plomo. El calor era opresivo y pegajoso y la luz cegadora. Después de un breve paseo por la playa, donde los pescadores faenaban en pequeñas embarcaciones con aparejos artesanos, Jesús me llevó a comer al restaurante Kauri, en el puerto. Nos sentamos en la fresca terraza suspendida sobre la bahía mirando el ajeteo de los muelles.

Puerto Amelia, nombre colonial de Pemba, se levantó alrededor del puerto, que data de la última década del siglo XIX. En realidad, antes del puerto no había ciudad. La capital de las provincias de Niasa y Cabo Delgado estaba en la Isla de Ibo, en el archipiélago de las Quirimbas. Ibo era un lugar excelente para la defensa del comercio marítimo, que era la principal actividad de la región. Solo en 1902, cuando el comercio del algodón cobró importancia, las autoridades trasladaron la actividad del puerto de Ibo a Puerto Amelia, que tenía unas condiciones naturales magníficas para las nuevas exigencias. Además del puerto, que mantuvo una cierta actividad hasta que declinó tras la independencia, los regidores de la ciudad también trasladaron la capital al continente.

En 1997, Pemba apenas contaba con veintisiete mil habitantes. Hoy supera los ciento cincuenta mil. Este incremento se ha debido no sólo al efecto llamada de las recientes prospecciones de gas y petróleo en el norte del país, sino al magnetismo que la ciudad ha causado los últimos años en la población rural. Durante la comida, Jesús Pérez me explicó que, debido al descubrimiento de hidrocarburos, Cabo Delgado recibirá en los próximos años inversiones millo-

narias y se convertirá en el epicentro de la prosperidad de Mozambique. Sin embargo, Jesús teme que estos pujantes negocios causen graves desajustes sociales, y tal vez conflictos entre el gobierno, las multinacionales y los ciudadanos. «Las clases medias y altas se beneficiarán, pero las más bajas pueden quedar excluidas del progreso», se lamentó.

Cabo Delgado tiene una superficie de sesenta y dos mil kilómetros cuadrados y algo más de un millón y medio de habitantes. El cincuenta y tres por ciento de la población es musulmana y el treinta y siete, cristiana. La mayor parte de los habitantes se dedica a la agricultura, a la pesca y a la silvicultura (bosques y montes), aunque en los últimos años hay una tendencia creciente en los sectores secundario y terciario. La esperanza de vida es de treinta y seis años, el promedio de hijos por mujer es de seis y la tasa de mortalidad infantil es de 123,3 por cada mil nacidos vivos. La gente se muere principalmente de malaria (30,6%) y SIDA (20,7%). Una de cada tres familias no tienen acceso al agua potable. La tasa de analfabetos es del 66,6%, de los que el 80,9% son mujeres, y la mitad de los niños en edad escolar está fuera del sistema.

Jesús Pérez eligió Mozambique para realizar su doctorado en Antropología tras finalizar sus estudios de Humanidades en la Universidad de A Coruña. «Yo quería trabajar en África. No me importó que no hubiera financiación». El 27 de enero de 2000 llegó al aeropuerto de Maputo sin dinero y sin contactos. «Me dije: “¡Dónde me he metido!”». Se alojó en el hotel Hoyo Hoyo, un modesto establecimiento con los servicios básicos, pero se dio cuenta que ni siquiera ahí podría quedarse por mucho tiempo. Acabó instalándose en el barrio de Maxaquene, un suburbio histórico de Maputo, en un cuarto alquilado sin agua corriente. Durante cuatro meses visitó diferentes departamentos de la universidad Eduardo Mondlane y los archivos. Después, pasó unos meses en la Universidad Católica de Beira, donde fue perfilando lo que era Mozambique y lo que podría hacer. Se puso en contacto con la embajada española. Allí habló con Juan Antonio Pita, coordinador de la OTC. «Lo conocí, hablamos de mis proyectos y le dije que me interesaba la provincia de Cabo Delgado por sus características históricas».

Entre 1995 y 1999 la AECID y la UE habían financiado la elaboración del *Libro Blanco de los Recursos Naturales de la provincia de Cabo Delgado*, un estudio sobre el suelo, fauna, recursos turísticos, hidrografía, agricultura y minerales de la región. Una vez confeccionado, el gobierno de Mozambique solicitó a la AECID poner en práctica las recomendaciones estratégicas recogidas en el documento. Juan Pita le presentó a Carlos Pérez, que estaba al frente del programa de la Cooperación Española en esa provincia, y entablaron amistad. «Le pregunté cómo era Cabo Delgado». La respuesta fue desalentadora. Sin embargo, «llamé a mi director de tesis y le dije que quería hacerla en Mueda, un distrito de Cabo Delgado». Una semana más tarde dejaba Maputo y ponía rumbo a Pemba, dos mil quinientos kilómetros en transporte público (*chapas*, camiones, buses) por carreteras en pésimo estado.

«Fui a Mueda sin saber nada de aquello y sin contactos», me contó Jesús. Vivió en una cabaña de paja y barro, y con una vieja camioneta se desplazaba para

hacer el trabajo de campo. Cada mes y medio regresaba a Pemba. En una ocasión, fue a hacer unas entrevistas a una aldea remota, donde no habían visto a un blanco desde la época colonial. Se reunió con el jefe local y éste le pidió *la Guía de marcha* —un documento que durante la guerra civil sirvió para poder desplazarse, pero que luego quedó abolido—. Jesús les mostró todos los papeles que tenía, y les dijo que la “guía” ya no era necesaria. No consiguió convencerlos y le apresaron. Su traductor tuvo que regresar a la sede del distrito para dar cuenta del suceso. «Me metieron tres días en una casita sin techo. Era época de lluvias. Me comieron los mosquitos y otros bichos». El tercer día por la noche regresó su intérprete con un documento. Se reunieron todos alrededor del papel. Pasó de mano en mano y lo observaron al derecho y al revés. «Me di cuenta que podría haber evitado los tres días de cautiverio si les hubiera dado cualquier papel». Le dejaron libre y le invitaron a quedarse haciendo el trabajo que le había llevado allí.

Jesús Pérez me contó que era muy probable que las picaduras de los mosquitos durante las tres noches que pasó en la cabaña le causaran una malaria cerebral. Regresó a Pemba grave. Le llevaron al hospital. Entró en semi coma sin poder hablar. Le aplicaron quinina en vena. El médico le dio por desahuciado. Se despertó un día y medio después. Vicens, un amigo español, le llevó a su casa donde acabó por curarse.

Regresó a España tras concluir el trabajo de campo para escribir la tesis. Mientras tanto, se convocó una plaza de la AECID. Jesús se presentó y la consiguió. Tras defender la tesis regresó a Cabo Delgado para ocupar el puesto. Ese año se redactó el documento de Estrategia del País para 2005-2008, coordinado por Juan Antonio Pita y en el que Jesús Pérez participó. «Juan Pita fue el que sentó las bases de la Cooperación Española en el país, una manera de trabajar, una filosofía y un legado que llegan hasta hoy», afirma Jesús. El año 2005 representó una nueva fase de consolidación y crecimiento de la Cooperación Española. Cabo Delgado destacó como una prioridad para la AECID. Supuso un crecimiento exponencial de proyectos, dinero y personal. Más de doce millones de euros anuales. Llegó a haber diecisiete ONG entre 2007 y 2010, «los años dorados». Durante ese periodo se trabajó en los sectores de salud, educación, desarrollo rural, agricultura, gobernabilidad y apoyo a las asociaciones de la sociedad civil.

A partir de ese momento todo se precipitó en cadena. En 2008 Jesús Pérez fue contratado como responsable de proyectos de la AECID. Un año más tarde, se quedó como responsable de las organizaciones españolas de toda la provincia al marcharse Carlos Pérez, su antecesor en cargo. En 2009 le nombraron cónsul honorario. Un año después, se firmó el Memorando de Entendimiento entre la AECID y el gobierno provincial, que llegó a contar con tres millones de euros de presupuesto y creó un modelo de trabajo que tomó identidad propia. Pusieron en marcha por primera vez a nivel local la metodología PEFA (*Public Expenditure and Financial Responsibility*), una herramienta desarrollada por el Banco Mundial para el análisis de los sistemas de gestión de finanzas públicas de los Estados. «¡Fue un bombazo que llegó a Washington!», exclamó Pérez. El

programa ponía de relieve a través de veintidós indicadores las fragilidades del sistema y permitía mejorar las buenas prácticas de gestión pública. «El objetivo era actuar sobre esas fragilidades. No nos queríamos echar atrás. Nuestra razón de estar aquí era esa, trabajar sobre esas fragilidades. Madrid aceptó el reto y se puso en funcionamiento. Ahora somos la envidia de todos los donantes. De los veintidós indicadores, se ha avanzado en nueve. No es solo un logro de la AECID, es de todos: administradores locales, gobierno, instituciones, etc.».

La relación de la AECID con las autoridades políticas de Cabo Delgado ha sido muy franca y de mucha confianza, opinó Jesús. Ambos han necesitado de flexibilidad para alcanzar acuerdos satisfactorios y de mucha voluntad para aprender y progresar. También hubo momentos complicados, de diferencias y discusión; pero siempre alcanzaron el acuerdo final por consenso. «Hemos estado ahí cuando lo han necesitado y ellos también cuando lo hemos necesitado. Hay un cariño y un afecto infinito y de proximidad hacia la Cooperación Española cocinado durante muchos años».

Cabo Delgado ha experimentado recientemente un proceso de crecimiento gracias a las prospecciones de gas y otros recursos minerales. Hasta 2005 los avances fueron modestos. La pobreza estaba enquistada y las infraestructuras estancadas. La esperanza de progreso esos años eran mínimas. En 2006 se produjo un leve aumento en las perspectivas turísticas gracias a la combinación de fauna, playa y patrimonio. Aumentaron los negocios y se creó un cierto dinamismo en el ámbito hotelero. Pero en 2009 y 2010, el balón del turismo se desinfló. A pesar del pinchazo, el gobierno realizó más inversiones en Cabo Delgado. Mejoró la red de carreteras y el sistema sanitario. El índice de desarrollo subió del último al tercer lugar del país. Con ello mejoró la esperanza de vida, la alfabetización y, en menor medida, el ordenamiento del territorio, aunque la línea de partida era muy baja. El año 2011 fue clave. Se empezó a hablar de gas y petróleo. Grupos privados llegaron a la región y realizaron estudios de los recursos naturales: grafito, rubíes, carbón, madera y oro.

Jesús Pérez me llevó a tomar un refresco al restaurante del lujoso hotel Pemba Beach, a las afueras de la ciudad. El local disfruta de un constante movimiento de clientes. Todas las mesas estaban ocupadas, la mayoría por hombres de negocios chinos, italianos, portugueses, sudafricanos y norteamericanos. Los platos de la carta tenían precios solo para bolsillos adinerados. Disfrutamos de la agradable brisa del mar y de un bello atardecer. Jesús me explicó que se han creado expectativas locales, nacionales y extranjeras. Las inversiones que llevan a cabo las compañías extranjeras extractivas de recursos naturales han generado la aparición de empresas de servicios que les facilitan el trabajo de prospección. El caudal de millones de euros que circula ha inflado el presupuesto del Estado.

Los periódicos mozambiqueños informan asiduamente de los impactos en el medio ambiente y de conflictos con las poblaciones locales que causa la llegada de algunas empresas extractivas en las tierras donde se están estableciendo. Alda Salomão, abogada especializada en derecho ambiental, me había

contado un año antes en su despacho de Maputo que en los últimos cinco años ha habido una carrera de inversiones extranjeras para ocupar tierras en Mozambique, con el pretexto de que es una ocupación de tierras para desarrollar proyectos económicos con impactos beneficiosos para el país. Alda Salomão es la directora del Centro Terra Viva, una asociación que lucha por los derechos de los habitantes de las tierras ocupadas. Salomão me dijo que todos los grandes proyectos que ocupan tierras de más de 10.000 hectáreas están sujetos a la ley medioambiental, pero que la ley no se aplica con rigor. Además, se están priorizando los proyectos de inversión por delante de los derechos de las poblaciones a la posesión de tierra. Respetar sus intereses garantiza la estabilidad social. «No puede ser que cada vez que hay un proyecto de inversión las poblaciones sean desplazadas y reasentadas en otros lugares, sin saber si otro nuevo proyecto las va a sacar nuevamente de allí para reasentarlas en otro lugar».

Jesús Pérez piensa que «si no tienes capacidad para analizar y definir las necesidades, se pierde la posibilidad de hacer efectivo el desarrollo del país y se pierden los recursos. Ciertas inversiones generan muchos recursos y desincentivan la promoción de la actividad económica de otros sectores. Así sucede con el sector inmobiliario, donde se genera la especulación por el incremento del precio del terreno que alimentan las prospecciones.

Llegué a Pemba cuando Jesús estaba a punto de viajar a Galicia con su mujer y su hija por un periodo de siete meses. Después de quince años en Mozambique, necesitaba un tiempo de reflexión y descanso junto a su familia. Durante ese periodo fuera de África pudo disfrutar «de la buena literatura, la lluvia en los cristales, el fuego en la chimenea y la comida de mi tierra», me escribió recientemente en un correo electrónico a su regreso a Mozambique. Jesús Pérez habla despacio y con voz suave. Es cortés y educado. Tiene el pelo oscuro, la piel clara, es robusto y de talla baja. En 2014 recibió la Cruz de Isabel la Católica. «Mi trabajo es parte del saldo de una deuda que he contraído con este país, con la gente y con la AECID». Tras el lapso de esos siete meses en España, ha vuelto más descansado y con ganas de seguir adelante con todo lo que había dejado atrás. Jesús ha retomado su cargo como responsable de proyectos de cooperación en Cabo Delgado y el de cónsul honorario en Pemba.

Pemba es una ciudad animada y colorida. Desciende desde la zona más elevada, donde se encuentran los comercios, los bancos y otros servicios, hasta Paquiteque, la antigua aldea de pescadores, y la *Baixa*, cerca del puerto. Esta es la parte más antigua de Pemba, con viejas casas coloniales. La vida bulle en los barrios populares de Ingonane, Natite y Kariako. En la *Rua do Comercio* un grupo de mujeres se aglomeraban en torno a los montones de “ropa calamidad”, prendas de segunda mano que se vende en muchos mercados de Mozambique. Llegan al país desde Europa a través de donaciones a organizaciones humanitarias. Los fondos de las ventas se utilizan para proyectos sociales.

A la mañana siguiente estaba invitado a desayunar en la casa que las Hijas de Jesús tienen en el centro de Pemba. La orden se instaló en Mozambique en 2000 procedente de Brasil. María Josefa Pérez —Pepita— y Pilar de la Puerta

son religiosas *jesustinas* que se dedican a la enseñanza de niños y jóvenes. Comenzaron en la parroquia de Meteoro, a 90 kilómetros de Pemba, con una guardería. «Antes, los niños estaban debajo de un árbol de mangos. No había escuela», dijo Pepita, «ni se preparaban para aprender». También trabajaron en el campo de la medicina natural y en el de la promoción de las mujeres. Organizaron programas de alfabetización para enseñar a los ciudadanos lo que era «la constitución, sus leyes y la auténtica democracia». Desde la diócesis participaron la creación de una escuela de ciudadanía, ética y desarrollo, donde intentan paliar los efectos de «tanto tiempo de destrucción y guerra». Pilar aseguró que la mentalidad que ha quedado es difícil de cambiar. «Ven al blanco como alguien que viene a dar», añadió Pepita. «No asumen responsabilidades. Nosotros quisiéramos que los cambios fueran más rápidos, hacerlos sostenibles, no solo con dinero sino con responsabilidad».

Desayunamos en un estrecho porche junto a la puerta de entrada de la casa, donde las misioneras sirvieron té, café, pan y mermelada casera de frutas locales. Durante la conversación me contaron que, a pesar de sus esfuerzos, las posibilidades son pocas frente a los desafíos que vienen de fuera. «Vemos a los “gigantes” –los megaproyectos mineros– que vienen, y (la gente) lo vive como una gran oportunidad. Quieren sacar provecho rápido y obtener beneficios vendiendo todo lo que tienen, a cualquier precio». Mientras Pepita me extendía un pedazo de bizcocho recién hecho, contaba que era muy importante que la gente de las zonas rurales conociera la ley de la tierra, sus derechos, para que la protejan. «El peor especulador es el propio jefe de la aldea», dijo Pilar. «Nunca antes habían tenido nada, y ahora tienen la posibilidad de sacar algún provecho. Todo esto viene de un pasado de miseria y pobreza».

Venden sus tierras, la tierra de todos, la de la comunidad, y venden su madera. El concepto de propiedad es actual. Antes la tierra no tenía dueño ni límites. Se usaba según la necesidad de cultivar para la subsistencia. Recientemente han entendido que la propiedad privada de la tierra es un capital que les da beneficios, que tiene dueño y límites. «Y es terrible», se lamentó Pepita, «porque eso no proporciona mejoría ni les da riqueza. No están preparados para participar en ese fenómeno, que es el negocio de la tierra y la especulación». Esa realidad, en su opinión, se ve mejor desde la ciudad que desde una aldea pequeña donde la pobreza lo marca todo.

«Ha sido muy difícil con estas características sentarnos y tomar decisiones estratégicas a estos desafíos», me contó Pilar. «Nosotros somos extranjeros y sólo podemos acompañar», añadió Pepita. «Aceptan nuestra impulsividad y nuestras meteduras de pata», pero «tienen claro que ya fueron colonizados una vez y no lo quieren más». «La gente es muy acogedora. Tienen la voluntad de buscar el entendimiento y superar las dificultades. Nuestros proyectos, sin ellos, no hubieran sido posibles». «Nosotros no marcamos el paso», señalaron ambas. «Tenemos que encontrar su paso e ir a su ritmo».

Las religiosas dudaban si el país sabrá abrirse a una democracia plural y real, donde los ciudadanos sean tomados en cuenta y se puedan implicar.

Estaban convencidas de que el desarrollo pasará por un cambio político, «que podría estar dándose».

«El petróleo, el gas, los rubíes, el grafito... pronto va a pasar lo que en la película *Diamantes de sangre*», dijo Pepita entre risas. «El nivel de vida es carísimo, y la gente no va a poder vivir aquí. Solo lo harán la gente del puerto, hombres de negocios, funcionarios y ONG».

Las dos religiosas tenían miedo de lo que pueda traer la mina. Lo de ahora ya es oscuro y tenebroso, decían, y eso que solo las están explorando. Pilar y Pepita se referían al tráfico de seres humanos que viene por esa vía desde Somalia, Sudán y Congo y atraviesa Mozambique de camino a Sudáfrica. Pero también a la explotación sexual de las jóvenes y al tráfico de órganos, especialmente de niños, para el fetichismo. «Imagínate cuando salga el material (mineral)».

Jesús Pérez me puso en manos de Dias, un chofer de su confianza que trabajaba para la AECID desde hacía diez años, para acompañarme durante el viaje por el norte. Marcos Ghuillherme Dias era un tipo alto y atlético de la etnia de los machuabos, con las extremidades largas y las manos robustas. Llevaba el pelo corto y un bigote fino y recortado. Tenía la nariz ancha y los ojos rasgados y separados. Vino vestido con una camisa de cuadros azules y un pantalón blanco. Hablaba rápido y con voz fuerte. Era un tipo divertido y bromista. Conocía algunas palabras en español, de las que no aparecen en el diccionario de los buenos usos de la lengua.

Salimos de Pemba en dirección norte hacia Ibo por una carretera asfaltada y estrecha. El sol lucía alto en el cielo africano. La ruta discurría por la tierra de los macuas, una planicie de tierra roja y deforestada, donde sólo quedaban árboles bajos y arbustos. Nos cruzamos con decenas de potentes camiones que transportaban voluminosos troncos. Dias me dijo que la madera era para los chinos, que estaban esquilmando los grandes bosques de Mozambique. Vi centenares de casitas cuadradas y circulares de paredes de barro y caña y tejados de paja, desperdigadas por el paisaje. Después de un par de horas, dejamos la carretera asfaltada y entramos en una pista de arcilla. Durante la época de lluvias estos caminos se hacen intransitables y muchos poblados quedan aislados. Entramos en el Parque Nacional de las Quirimbas. Un cartel advertía que el parque es un espacio protegido para la fauna y la flora. La población de la reserva es principalmente de la etnia maconde. Sus pobladores conviven con gacelas, elefantes, monos y algún león. Hay caza furtiva de elefantes para la venta ilegal de marfil. La población, además, caza gacelas y monos para consumir su carne. «A los maconde les gusta la carne de mono», comentó Dias. «Es muy sabrosa». Se veían columnas de humo gris que se levantaban por encima de los grandes árboles. Eran quemadas controladas para ganarle terreno al bosque y abrir un espacio para las *machambas*, que son pequeñas parcelas donde plantar y levantar una cabaña. Había cultivos de mijo, mandioca y cacahuete. El terreno era ondulado. Por encima del bosque apareció el mar añil. El sol había comenzado a reclinarse, pero aún nos quedaban unas cuantas horas de luz para hacer la travesía hasta la isla de Ibo.

El Parque Nacional de las Quirimbas tiene una parte continental y otra insular. En la parte insular hay una docena de islas, de las que Ibo es la más importante. Solo unas pocas están habitadas y tienen una larga historia; otras están despobladas, pero en su conjunto forman uno de los archipiélagos más bellos de este lado de África. Esta región ya era un enclave importante del comercio árabe cuando los portugueses llegaron en el siglo XV.

El camino finalizaba en Tandanhange. Desde este punto parten las embarcaciones hacia las islas. En el centro de la explanada había un gran baobab donde los viajeros charlaban a la sombra con los porteadores, que cargan las mercancías por unas monedas. Las embarcaciones flotan a unos metros de la orilla en las aguas poco profundas del manglar. Tuvimos que remangarnos los pantalones hasta las rodillas y caminar por un fondo fangoso hasta la embarcación. Compartimos la travesía con cuatro mujeres vestidas con capulanas de colores vivos. Al capitán, un hombre maduro tocado con un gorro de punto blanco musulmán, le ayudaba un joven que se encargaba de no colisionar con las demás embarcaciones.

La barcaza de madera avanzó lentamente por el laberinto del manglar impulsada por un viejo motor que desprendía un fuerte olor a gasolina. La travesía solo era posible durante la pleamar. El mar estaba picado y el viento soplabla en contra. La mayor parte de los cuarenta minutos del trayecto hasta la isla de Ibo los realizamos al abrigo de los manglares. Las olas impactaban con fuerza contra el casco y nos mojaban. Las mujeres se cubrían el rostro con el extremo de las capulanas. Nos cruzamos con algunos *dhow* rebosando pasajeros y mercancías, que avanzaban ágilmente entre el oleaje. La barcaza se internó en un canal formado por bosques impenetrables sumergidos en el agua salada. Al fondo asomó el perfil de Ibo. Pasamos el embarcadero, que se encuentra al extremo oeste de la isla, y continuamos hasta una estrecha playa cerrada por edificios viejos al borde del mar.

El día iba muriendo y el sol se atenuó hasta desaparecer. La noche cayó súbitamente. En cuestión de minutos se hizo la obscuridad más absoluta. Me alojé en el hotel Miti Miwiri, un local modesto pero con encanto, de dos plantas, con jardín y piscina, regentado por Jörg, un joven austriaco. Tome una habitación amplia, con mosquitera y ventilador de techo, y una terraza que daba a la calle principal, jalonada por escombros de casas.

Tenía una cita para cenar con Luis Herrero e Isabel Martínez, responsables de los proyectos de la Fundación Ibo en la isla. Caminé hasta Ponte Cais, en el otro extremo de la villa, por calles oscuras junto a la silueta en penumbra de las casas en ruinas. El lugar de la cena no tenía nombre. Se encontraba cerca del embarcadero. Un par de mesas largas de madera colocadas en el porche de una modesta cabaña de madera y tejado de palma regentado por una pareja pintoresca: Florencia, una argentina delgada y menuda, y James, un escocés que lleva desde la adolescencia en Mozambique. La cena fue un delicioso menú a base de pescado a la brasa, langosta, pollo en salsa de cacahuètes, vegetales y arroz con leche de coco.

La Fundación Ibo se creó en 2002 por un grupo de banqueros y empresarios catalanes para promover el desarrollo económico y social de la población de la isla. Luis Álvarez Mora es el alma de la fundación. Fue a Mozambique acompañado por Rafael Gómez con la intención de construir un hotel. «La génesis de todo fue una idea un poco absurda: construir un hotel y destinar parte de los beneficios a la lucha contra la malaria», me contó Luis Álvarez un par de meses después en Madrid. Acompañados por el gobernador de la provincia, José Pacheco, que luego fue ministro de Agricultura, sobrevolaron la isla en avioneta. Quedaron prendados desde el primer momento. «Fue un flechazo». «Aquello era tan bonito y con posibilidades enormes. Me imaginaba todas las calles con las casas restauradas, con restaurantes y cafés. Veía la posibilidad de hacer un “mundo feliz” a lo Aldous Huxley», dijo con una carcajada.

A Luis Álvarez le atrajo la idea de que la isla fuera pequeña y manejable, con apenas cinco mil habitantes. Una población cerrada y estable donde podían implantar un proyecto integrado que implicase a todos los sectores de la sociedad y permitiera medir los impactos. «Esas son las ideas, luego la realidad te pone en tu sitio. Llevamos más de diez años peleando. Todo esto era muy teórico y nosotros no sabíamos verdaderamente donde nos estábamos metiendo», reconoció.

Álvarez me explicó que la idea del proyecto había nacido como una gran crítica a las ONG. «Yo siempre pensé que las ONG tienen mucho corazón y muy poca cabeza. Tenía ganas de hacer algo con más inteligencia, con más profesionalidad, con herramientas de la empresa privada. Luego te metes en este mundo y te das cuenta que hay muchas ONG que son para quitarte el sombrero». Juan Pita, responsable en aquellos años de la AECID en Mozambique, les dio un consejo. «Entrad en este país como inversores más que como ONG». «Nuestro proyecto, lo que quería, era enfatizar el desarrollo económico y la inversión más que los proyectos asistenciales». No obstante, Luis Álvarez reconocía que en el día a día se han convertido en ONG más de lo que hubieran querido, porque las necesidades de Ibo eran acuciantes. «Antes de poner a la gente a trabajar la tienes que dar de comer».

El gobernador, José Pacheco, supo manejar muy bien la situación. En la segunda visita de Luis Álvarez a la isla, con la firma pendiente del memorándum de entendimiento, la avioneta aterrizó en la pista de tierra del pequeño aeropuerto de Ibo. Pacheco había engalanado el pueblo y la gente los recibió con bailes y música de tambores. Estaban conmovidos por el inesperado y colorido recibimiento. Les trasladaron a la fortaleza. En el patio central habían colocado una mesa cubierta con tapete verde y las banderas de España y Mozambique. Pacheco dio un discurso en el que dijo a la gente que se iba a desarrollar la isla, que se crearían muchos puestos de trabajo, que se haría un hotel... «Allí, delante de todo un pueblo pobre, yo tuve que improvisar mi discurso. Me impresionaba toda aquella gente mirando, con caras expectantes. Lo peor es crear ilusiones, porque Ibo estaba muy mal hace doce años». «Fue un punto de no retorno. Nos habíamos metido en el ajo».

Luis Álvarez y sus acompañantes se comprometieron a desarrollar proyectos que fuesen auto sostenibles y necesarios para la población. Pensaron que sería interesante que cada proyecto incluyese la rehabilitación de uno de los edificios del patrimonio histórico de la isla. La villa tiene un rico conjunto de casas coloniales esperando a ser rehabilitadas. Cada edificio en ruinas tienen su historia propia: la pastelería, la antigua leprosería jesuita... «Ahí empezamos a hacer cosas muy mal hechas», reconoció Álvarez. Construyeron una escuela con una organización de Maputo. Cuando regresaron seis meses más tarde, estaba llena de cabras. Fueron a quejarse a la administración, y la cosa acabó en enfrentamiento. «Aprendimos lo que los cooperantes especialistas en desarrollo llaman “el principio de corresponsabilidad”: yo te construyo la escuela, tú la limpias y la llenas de niños». El administrador les dijo que no había pupitres. «Si los hubiera, la llenaríamos». Hicieron una carpintería para que los alumnos ayudasen a los carpinteros a hacer los pupitres de la escuela y se implicaran. «Fue un éxito. No les pones una escuela, la escuela es suya. Y eso fue el arranque».

Luis Álvarez recuerda que sus dos primeros proyectos consistieron en la construcción de la carpintería y la rehabilitación de la iglesia. Más tarde levantaron un centro nutricional, «que no es un comedor, sino que tiene una metodología diseñada por una nutricionista de Barcelona». Paralelamente fueron avanzando en la elaboración de otros planes asistenciales. Álvarez reconoció que «todo el valor de la evolución es inexplicable sin Luis e Isabel. Lucharon sin experiencia previa en África contra todas las dificultades».

Esperé a Isabel y Luis sentado junto al porche de la cabaña donde íbamos a cenar. La brisa del mar era plácida, la luna todavía no había salido y el cielo estaba colmado de estrellas.

Cuando Isabel Martínez y Luis Herrero llegaron a Ibo en 2006, en la isla no había electricidad ni teléfono. La batería del ordenador se acababa mucho antes de que pudieran volver al continente a cargarla. Cocinaban con carbón, las barcas no tenían motor y el único coche de la isla era el suyo. Vivían según el ciclo del sol. «Al principio fue duro, pero divertido», me dijo Luis. «Lo echo de menos. Me alegro haber vivido aquellos años sin electricidad. En realidad, fue lo que me atrajo de esto: la sensación de incomunicación». Isabel no se mostraba tan convencida de que cualquier tiempo pasado fuera mejor. «Tener electricidad te facilita la vida. Venir del primer mundo y encontrarte esto así fue una dificultad añadida».

Isabel y Luis ya habían estado en Ibo de vacaciones antes de aceptar el trabajo de la fundación. Vinieron de viaje a Mozambique y aprovecharon para visitar a Antonio, tío de Luis, que tenía entonces setenta años y trabajaba como voluntario en la isla. Antonio fue el primer cooperante de la fundación. Al poco de llegar a la isla, Antonio llamó a Álvarez: “Yo aquí no puedo vivir”, le aseguró. “O me compras un generador para tener un poco de luz o me vuelvo”. Álvarez le prometió que haría todo lo posible. Tres días más tarde le llamó de nuevo y le dijo que se lo había pensado mejor. «Me pidió que no le mandara el generador sino un atlas de estrellas. Al final le mandamos los dos», me contó Álvarez.

Isabel y Luis son de mediana edad. Luis es de Málaga, tiene el cabello alborotado y gris. Vestía camisa y pantalón blanco. Antes de enrolarse en los proyectos de la Fundación Ibo, trabajaba en la construcción. Tres meses después de ofrecerle Luis Álvarez el trabajo, ya estaba en este remoto lugar de África. Isabel es sevillana. Tiene el pelo rubio, la tez morena y vestía un vestido largo y amplio de tonos claros. Cerró «con muchas dudas» el despacho de abogados para venir a la isla a hacerse cargo de la fundación.

Isabel y Luis me explicaron que la fundación tiene dos proyectos de envergadura que requieren una financiación elevada. Uno de ellos es la gestión de residuos sólidos. El aumento del desarrollo en la isla ha provocado un incremento de basura que es necesario gestionar. El otro proyecto es la canalización y gestión del agua del acuífero y la construcción de fuentes públicas. En la isla hay agua para unas diez mil personas, pero está mal canalizada. Se ha estado clorando, aunque estas medidas no dejan de ser parches. Los hoteles que se han ido construyendo han agravado el problema. «Hay filtraciones y el agua dulce se está salinizando. El día que se acabe el agua dulce Ibo se acabará», advirtió Luis. De los doscientos pozos de agua dulce que hay en la isla, el veinte por ciento se han salado en menos de diez años por la sobre explotación y el abuso del agua.

Para Isabel, los proyectos de salud son los que más satisfacción producen porque mejoran la calidad de vida de la gente. «Uno de los más bonitos que hemos hecho», me comentó, «ha sido con la Fundación Barraquer. Han estado dos veces en la isla y se preparan para venir una tercera». Elena Barraquer y su equipo se desplazaron a Ibo durante una semana y operaron más de un centenar de cataratas. «Todavía hay gente que pasa por casa para recoger sus gafas», añadió Luis.

La isla de Ibo es la más conocida del archipiélago de las Quirimbas. Tiene una superficie de unos 40 kilómetros cuadrados y una población estable de unos cinco mil habitantes, la mayoría dedicados casi exclusivamente a la pesca artesanal y a la agricultura de subsistencia. El 40 por ciento de sus habitantes es menor de 14 años, y la esperanza de vida era hace dos décadas de 36 años, ahora ha subido a 45 años. Cuando llegaron Isabel y Luis, muchos de los habitantes de Ibo nunca habían salido de la isla. En los pequeños barrios hay mucha gente que vive igual que hace décadas, en la absoluta pobreza. Isabel pensaba que la isla se desarrollará mucho en los próximos años, pero no estaba convencida si a mejor o a peor. «La gente piensa que el gas les va a dar un futuro mejor, pero sospechamos que todo se va a quedar en las multinacionales. Muchos van a ahora a buscar trabajo a Pemba y, como no están preparados, no les contratan y vuelven frustrados».

Años después de su primer viaje a Ibo, Luis Álvarez ha retomado la idea que le llevó a África: construir un hotel. En nuestra cita en Madrid, Luis Álvarez vino acompañado de Juan Urquiola, uno de los patronos de la fundación. Álvarez y Urquiola se conocieron hace veinticinco años trabajando en el Banco Bilbao Vizcaya en Nueva York. Luis Álvarez decidió jubilarse siendo aún joven, pero

continúa haciendo negocios. Juan Urquiola es director de Asuntos Públicos del BBVA.

La Fundación Ibo tiene diez patronos, profesionales del mundo de la empresa y los negocios, que financian con su dinero la gestión de los proyectos. «Así podemos decir que el cien por cien de las donaciones que recibimos va a los proyectos», dijo Álvarez. Le pregunté si cuando fue a África iba con la idea de cooperación o de hacer negocios. «Nosotros siempre hemos creído que los negocios son una palanca del desarrollo», me respondió. «No son negocios para nosotros ni para la fundación. Es para que la gente se haga responsable con los proyectos». Álvarez dijo que esta mentalidad provocó al principio algunas suspicacias en la AECID, que no entendía su modelo. «Nuestro modelo tiene dos patas: una es asistencial, y otra, —aquí le sale su lado banquero— es la que permite dar un microcrédito a una persona para que monte un café o una tienda. Y eso es bueno».

El hotel que estaban construyendo en Ibo era de financiación privada, y sería explotado por la fundación. Álvarez me contó que el cien por cien de los beneficios iría destinado a otros proyectos rentables que procuren el desarrollo de la isla, y gestionados por gente de la isla. «Tal vez, en los próximos dos o tres años, el director será un blanco, pero la idea es que después lo gestione alguien local».

El hotel era un proyecto conectado a la escuela de artes y oficios, donde se han ido formando albañiles, carpinteros, fontaneros, encofradores, electricistas y cerrajeros. La idea de sus gestores es que, además de hotel, sea una escuela de hostelería donde gente de Ibo se forme para trabajar en el propio establecimiento. Además, él contempla que los ingresos sirvan para su propio mantenimiento y el del centro nutricional. «Yo creo que irá bien. Tiene un nicho de mercado, sobre todo ahora con el desarrollo del norte de Mozambique», afirmó Álvarez. «No se trata de explotar el hotel, sino de explotar las Quirimbas. A los turistas que vengan aquí hay que sacarles a pasear en barco, a pescar, a bucear».

Luis Herrero era el encargado de la supervisión del proyecto de la construcción del hotel. Herrero me explicó que las dificultades en el trabajo habían sido hasta entonces principalmente logísticas, pero también lo había sido la gente y la falta de formación. «Cada día faltaban un buen número de trabajadores. Comencé a ir a buscarles a sus casas. Les preguntaba: “¿por qué no han venido a trabajar?”. Me decían: “Lo olvidé”, o se habían ido a pescar. Costó cambiar esos hábitos. Ya no faltan tanto. Han adquirido la responsabilidad y el respeto por el trabajo».

«Vamos a seguir en Ibo», me dijo Luis. «Yo, en la fundación hasta que termine el hotel». Isabel dejó la fundación hace poco tiempo para desarrollar una iniciativa propia. Un *atelier* de cultura mixta, llamado *Saakata* —lagarto en suahili— donde busca promover en las niñas la responsabilidad en el trabajo. También creó una biblioteca, “Iboteca”, para fomentar e impulsar la lectura.

Al día siguiente, Isabel y Luis salieron temprano hacia Pemba y Maputo. Se encargaron de buscar a alguien de la fundación para mostrarme los proyectos de la isla. Raúl estaba puntual a la puerta de mi hotel. Llegó vestido con la camiseta

de la selección española de fútbol, y con el nombre de su tocayo, Raúl González, a la espalada. Raúl Pereira es mestizo, una mezcla de sangre de indio, blanco y de negro. Tiene el pelo canoso y alechugado. Nació en Pemba, pero vive en la isla desde hace catorce años. Después de trabajar dos años en la Fundación Aga Khan pasó a colaborar con la Fundación Ibo desde su implantación.

La isla de Ibo es una gran roca de coral. La mayor parte de las casas de la ciudad se construyeron con la piedra coralina y calcárea de su subsuelo. Las tejas venían de Marsella en los mercantes portugueses a su regreso de Europa. Muchas de las casas se levantaron hace más de cien años. La mayoría están hoy derruidas y abandonadas. Sin embargo, en muchos casos se intuye la belleza de su antigua construcción. Entre los muros en escombros se pueden ver restos de paredes con antiguos azulejos de cerámica y columnas ennegrecidas por el paso del tiempo.

Cuando Vasco de Gama llegó en 1498 a Ibo buscando la ruta marítima a las Indias, decidió establecer la isla como base de abastecimiento. Los navegantes lusos no fueron bien recibidos por las poblaciones árabes provenientes de Omán, que ya estaban presentes desde el siglo VII. Portugal no mostró demasiado interés por el archipiélago, y sus marinos no volvieron hasta 1524. En esa ocasión las intenciones fueron diferentes. Atacaron la cercana isla de Quirimba, donde mataron y violaron a la población musulmana, destruyeron sus barcos y cometieron pillaje en sus poblados. A partir de esa fecha comenzó la ocupación efectiva del archipiélago. Ibo era un centro importante del comercio de esclavos durante el dominio árabe. Cuando fue ocupado por los portugueses, se quedaron con sus negocios de oro, marfil y esclavos. En 1761, la ciudad de Ibo fue elevada a la categoría de capital de las provincias de Cabo Delgado y Niassa, disfrutando de un cierto relieve económico y comercial. El fin de la esclavitud fue el comienzo de su declive. El definitivo traslado de la capital del archipiélago a Porto Amelia —Pemba—, que empezó en 1902 y concluyó en 1929, acabó con la importancia estratégica y comercial de la isla. El poco calado del canal de Ibo forzaba a los grandes barcos a fondear mar adentro, lejos de la isla. Pemba, la tercera bahía más grande del mundo ofrecía, en cambio, unas condiciones idóneas para las actividades portuarias.

Tras la Conferencia de Berlín de 1885, que sirvió para resolver la expansión de las potencias europeas en África y llevar a cabo su repartición, Mozambique se dividió en tres zonas. En cada una de ellas se implantó una compañía comercial. Portugal concedió la explotación de todos los recursos a estas compañías mayestáticas, que se convirtieron en pequeños estados mientras los portugueses se dedicaron al comercio menor. La Compañía de Niassa disfrutaba de una extensión de ciento sesenta mil kilómetros en el norte de Mozambique, en el que también se incluía el archipiélago de las Quirimbas. Ingleses, alemanes y belgas se beneficiaron durante décadas de la riqueza de estos territorios, y sus productos viajaron por medio mundo hacia mercados lejanos.

Raúl me llevó por la Rua de la República, que es la avenida principal. Como el resto de las calles de la ciudad, está sin asfaltar y se encuentra flanqueada por

una hilera de casas en estado ruinoso. Pasamos por delante de la que fuera la vivienda de Ranchordas Odda, un rico comerciante indio que pertenecía a la Compañía de las Indias británicas. Oddas traía navíos de India para cargarlos de castañas de *caju* (anacardos), cacahuets y otros productos del continente. Ilabo Chalíe, un viejito de 76 años, estaba sentado a la sombra, en una de las piedras de lo que un día debió de ser la base de una columna del porche de la casa del comerciante indio. El anciano recordaba cuando la casa aún estaba en pie. «La castaña del anacardo y los cacahuets se traían del continente, se tostaban ahí mismo —señaló hacia los escombros del edificio contiguo— y se cargaban en los navíos para enviarlos a Asia». Todas las casas de alrededor pertenecían a Ranchordas Odda, y eran sus oficinas, viviendas y almacenes. La parte posterior de su vivienda daba al puerto. «Tenía chinos que trabajaban para él», añadió el viejito. «Un nieto de uno de aquellos chinos aún vive aquí».

Unos pasos más adelante se encontraba el centro nutricional, una casa de estilo colonial reconstruida hace cinco años por la Fundación Ibo, donde han atendido a más de mil niños con problemas de alimentación. La calle llegaba hasta la plaza principal de la ciudad, un espacio abierto, circundado por edificios. Uno de los edificios era una casa señorial en buen estado de conservación. Tenía una inscripción con la fecha de 1879. Era la vivienda donde se alojaban los gobernadores coloniales que iban destinados a Ibo. Nos paramos a la sombra de un *almendueiro* —almendro— de flor amarilla en el centro de la plaza. Corría una suave brisa del mar que atenuaba el calor. Bajo aquellos árboles había cuatro bancos de hormigón, que antes fueron de madera, donde la gente se sentaba a charlar. Raúl me comentó que eran conocidos como los *bancos da malingua* —de los chismorreos—. En otro punto de la plaza estaba ubicado el edificio en ruinas de correos, telégrafos y teléfonos, que disfrutó de gran actividad en tiempos pasados, ya que vendía las estampillas que precisaban todos los documentos oficiales. A su derecha estaba el inmueble de la delegación marítima, y a su izquierda el de las *Fazendas* —hacienda—. Más allá se hallaba la escuela Eduardo Mondlane, cerrada por las vacaciones de verano —las vacaciones de Navidad coinciden con las de verano—. En una de las esquinas de la plaza estaba situada la escuela de carpintería, obra de la fundación. Es un edificio sólido y alargado que termina al borde del mar, de muros blancos y azul celeste. En su interior, un par de jóvenes y un maestro pulían las aristas de un mueble. Frente a la escuela de carpintería se encontraba la iglesia de san Juan Bautista, construida entre 1764 y 1767. En el pasado sufrió varios ataques de piratas llegados de Madagascar. El último se produjo en 1815. En sus orígenes, el templo estaba construido con madera del manglar y paja de palma de cocotero. Más tarde se reconstruyó empleando diferentes materiales que la hicieron menos vulnerable al fuego, hasta que en los años sesenta del siglo XX adquirió su estructura actual, más sólida y modificada. La Fundación Ibo la rehabilitó hace cuatro años, reforzando las paredes y vigas de madera, y restauró puertas, ventanas y bancos. Hay varias lápidas en el suelo y en las paredes, que pertenecieron a personajes destacados —portugueses— de la sociedad de Ibo.

El sol cogió altura y el calor era intenso. Salimos de la plaza por una calle polvorienta que nos condujo al embarcadero. A un lado quedó el fortín militar de San José, construido en 1760, donde estaban emplazadas siete piezas de artillería de pequeño calibre para la defensa de la entrada del puerto. Antes fue un asentamiento de los *kimuani* —la gente de la playa—, descendientes de los suajili, musulmanes, que en 1522 repelieron el intento de conquista del marino portugués Pedro de Castro. El fortín fue restaurado en 1945 por el gobierno mozambiqueño. La isla de Ibo tiene unas condiciones favorables para su defensa. Por el lado de mar abierto los fondos son profundos, hay muchas rocas y el oleaje es fuerte. Por el lado del canal no hay mucho calado, y los grandes barcos tienen dificultades para llegar.

El Ponte Cais es el atracadero de las barcas que van y vienen al continente. Es una sencilla estructura de madera en dos alturas construido por la AECID y la Fundación Ibo. El embarcadero continúa por un malecón salpicado de acacias, cocoteros, jacarandas, castaños y *casuarinas* —pinos—. Las aguas son poco profundas y las fuertes mareas dejan al descubierto grandes lenguas de tierra y los árboles de los manglares. En la arena de la pequeña playa junto al malecón, reposa el esqueleto de una vieja embarcación apoyado sobre el costado de babor, cuya madera se pudre al sol.

La vereda de arena continúa al borde del mar, entre grandes árboles, hasta llegar donde se levanta el hotel de la fundación. El centro vacacional, todavía en construcción, contará con diez bungalows, club náutico, lavandería, vestuario y almacén, además de un comedor-salón. Las obras habían comenzado cinco semanas atrás y estaba previsto que concluyesen en agosto de 2015. Entre un grupo de unos treinta obreros locales, Juan Carlos Ramírez daba instrucciones en un portugués muy rudimentario. Juan Carlos es el jefe de obra, pertenece a la empresa española Kidman, responsable de la construcción del hotel. Juan Carlos es de Argamasilla de Alba, en La Mancha. Había llegado hacía unas semanas a Ibo escapando de la crisis española del ladrillo. Nunca antes había salido de España. Su mujer e hijo se habían quedado en su pueblo. «Los primeros días me dieron ganas de volverme», pero después fue viendo los progresos. «Ha sido complicado que entendieran nuestra filosofía de trabajo. Aquí todo se hace manualmente y lleva más tiempo, pero la gente se esfuerza mucho. El mayor problema es tener que traer el material del continente con los barcos y contar con las mareas». El hotel se está construyendo sobre una vieja casa colonial que una cooperante francesa convirtió en pensión veinte años atrás.

A pesar de los quinientos años de colonización portuguesa, la religión musulmana es más practicada que la católica. Esto se explica, en parte, por la presencia anterior de los árabes en la región. En Ibo hay diez mezquitas y una sola iglesia católica. Por las calles se veían hombres con la cabeza cubierta con el gorro de punto blanco musulmán. Las mujeres vestían *capulanas* y *lenzos*, y algunas llevaban el rostro pintado de *musiro*, una pasta blanca que extraen de una planta y que se untan como signo decorativo o para protegerse del sol. Antes lo solían emplear las doncellas en rituales como señal de virginidad y pureza. Al

atardecer encontré en el embarcadero varias muchachas con la cara pintada de *musiro* acompañadas de jóvenes de torsos atléticos que escuchaban música de rap y saltaban desde la plataforma de madera al mar.

En los tiempos de esplendor de la isla de Ibo, los comerciantes portugueses e *indianos* vivían en las casas que hoy se encuentran degradadas o en ruinas de la ciudad. La población local ocupaba los barrios de alrededor, en chabolas de paja y barro. A partir de la independencia, Ibo fue cayendo en el olvido hasta quedar dormida en el tiempo. En los últimos años, gracias a los proyectos de cooperación y desarrollo que se llevan a cabo, Ibo ha recibido un impulso considerable. Luis Álvarez cree que el turismo puede ser la palanca de desarrollo de la isla. Muchas de las casas que quedaron abandonadas después de la guerra están siendo ahora recuperadas por los hijos y nietos de los propietarios, aunque no todas se han rehabilitado con fidelidad al estilo original. Desde 2012 la isla cuenta con electricidad, que llega desde el continente a través de un cable submarino de siete kilómetros. Sigue sin haber prácticamente vehículos: algún tractor, pocas motocicletas y unas cuantas bicicletas. Hay algunos burros y vacas, y la población vive gracias a la agricultura de subsistencia.

Un camino de arena suelta, a la sombra de grandes pinos y acacias de flores naranjas, conducía a la fortaleza de san Juan Bautista, construida 1791. No está claro si ya existía anteriormente una construcción árabe o si era obra de los portugueses. La fortaleza sirvió para dar protección a la isla y como destacamento militar. La edificación es de muros bajos pintados en blanco y forma de estrella de cinco puntas, una construcción táctica castrense que facilitaba la comunicación entre los soldados de guardia. Cuenta con quince piezas de artillería para su defensa. En 1963 los portugueses convirtieron la fortaleza en una prisión para confinar a los enemigos del salazarismo sospechosos de pertenecer a Frelimo. La PIDE traía a los reclusos, con o sin pruebas, y los encerraba en la prisión, que podía albergar hasta a 300 presos, donde los torturaban.

En el interior se encuentra una cooperativa que vende artesanía de plata. Sulemane Rabio es un miembro de la cooperativa. No hace mucho tiempo solían comprar monedas de plata y otras joyas, que fundían para hacer sus trabajos. Pero en la actualidad la plata viene de Sudáfrica. El patio de la fortaleza es amplio y tranquilo, al abrigo del mar. Un gran árbol lo cubre parcialmente de sombra. En el otro extremo del patio hay un museo marítimo creado por la Fundación Ibo. Contiene maquetas, fotografías, cartas de navegación, aparejos de pesca y material de las barcas tradicionales locales. Raúl me explicó que la madera que se utiliza para la construcción de estas embarcaciones proviene de los árboles del manglar, que es más resistente al estar siempre en contacto con el agua salada.

En el perímetro interno de la fortaleza también se halla una capilla y un taller de arte maconde. Sentado en el suelo de una sala alargada y vacía estaba Manuel, un joven artesano que trabajaba el ébano con unas pocas herramientas rudimentarias dando forma a las figuras. En una pequeña sala contigua se

encontraban todas las piezas expuestas para la venta. Manuel me dijo que la madera que utiliza viene de fuera porque no hay árboles de *pao preto* — ébano— en la isla. Manuel llegó a Ibo en 2009 para vender sus tallas. Primero, la Fundación Aga Khan, y después el gobierno de Mozambique, le facilitaron aquel taller. La Fundación Ibo le proporciona madera y herramientas. Manuel aprendió de su padre a tallar siendo muy joven. Más tarde, se marchó a Tanzania para enseñar a los niños lo que había aprendido. Manuel es de Mueda, un municipio de Cabo Delgado, corazón del pueblo maconde. Durante la guerra de independencia contra Portugal muchos macondes se refugiaron en Tanzania y Kenia y trabajaron allí su artesanía. Las figuras y tallas de madera oscura se hicieron muy populares en los mercadillos del continente y en la venta callejera de los vendedores africanos, «pero este arte salió de aquí, de Mozambique», me aseguró.

La fundación Ibo participará en un ambicioso proyecto de la AECID que pretende rehabilitar y dar uso a la fortaleza a partir del año 2016. Se trata de una de las actuaciones del programa de patrimonio y tiene como fin hacer en ese espacio un centro de interpretación, un restaurante y mejorar los talleres y las tiendas, con el fin de dinamizar la vida de la isla.

En 1835 se construyó el Fuerte de *Santo Antonio*, el último de los fuertes con los que el ejército portugués pretendió defender la isla de las incursiones holandesas y francesas. Tiene un baluarte de tres metros y medio desde donde se avistaban las embarcaciones desde gran distancia. Las informaciones se transmitían a través de un sistema de señales a la residencia del gobernador, en el centro de Ibo. El puesto estaba muy bien artillado, con diecinueve piezas, once en las cañoneras y ocho en el baluarte.

Dejamos atrás el fuerte y tomamos un camino hacia el interior de la isla. En el número 33 de la Rua da Fortaleza, bajo el porche de una modesta vivienda de una planta, se encontraba João Batista descansando en una butaca de madera con las piernas en alto. Batista es toda una referencia en la isla. En aquella misma casa había nacido hacía 87 años. Fue consejero del gobierno local e historiador. Trabajó cuarenta y dos años para la administración portuguesa, y fue tercer oficial de la administración del gobierno reformado. Me dijo que la butaca en la que estaba sentado tenía más de cien años. João Batista es un anciano amable, risueño y divertido. Vestía una camiseta roja de fútbol y unos pantalones deportivos cortos de color negro. Tenía los brazos delgados y venosos, las piernas finas y las rodillas huesudas. Llevaba una gorra roja con la foto del presidente Emilio Guebuza, que fue su profesor de política en la universidad. Fue miembro y ferviente seguidor de Frelimo desde los años de la independencia. Estuvo detenido en un par de ocasiones por la PIDE y encerrado en la fortaleza de San Juan Baptista. Sin embargo, ha sido una voz objetiva y crítica contra algunos de los gobernadores que enviaron de Maputo para administrar la isla, a los que acusó de desinterés por Ibo, e incluso de corrupción. Tampoco parecía mirar con buenos ojos al actual gobernador, del que afirmaba que “se hizo una buena casa y engordó tanto que ya no cabe en la camisa”.

Me contó que el empeño de su vida había sido luchar contra el olvido de la isla de Ibo, preservar su existencia y conservar su legado. Ha conocido a numerosas personalidades mozambiqueñas y extranjeras que la han visitado, y participó en recepciones y reuniones con delegaciones oficiales que por diferentes razones vinieron a Ibo. João me mostró un pin con las banderas de Mozambique y Estados Unidos, regalo, me aseguró, del presidente Barak Obama, que le entregó el embajador norteamericano en Mozambique cuando le visitó para transmitirle el agradecimiento de Obama por el trabajo que había desarrollado en Ibo. «Es la única medalla que he recibido en mi vida», me dijo.

Luis Álvarez habría de contarme en Madrid que, después de haber cometido muchos errores y de haberles costado mucho dinero, frustraciones y un gran esfuerzo para implantarse en Ibo, «la fundación ha cogido velocidad de crucero y estamos encantados». «Entender tus propios errores es muy complejo», añadió Juan Urquiola. Álvarez me contó que para ayudar a proteger a la población contra la malaria, les repartieron redes mosquiteras. Los hombres la usaron como redes de pesca, y las mujeres se hacían vestidos con ellas. «Aprendimos entonces que no había que regalarlas, que había que venderlas aunque fuese por cincuenta céntimos». Luis Álvarez se sentía orgulloso de lo que estaba realizando la fundación: «Somos un motor fundamental en esta isla. Somos la primera empresa de Ibo». La fundación ha creado cincuenta puestos de trabajo y va a requerir más en el futuro, cuando el hotel esté en funcionamiento. «Ahora hay concepto de trabajo estable», dijo Juan Urquiola, «ya que antes se trabajaba cuando había hambre, y cuando no había hambre no se trabajaba». «Ahora hay moneda, cosa que antes prácticamente no existía porque se usaba el trueque», añadió Álvarez.

Para Luis Álvarez las nuevas tendencias de la cooperación apuntan a que hay que enseñarles a hacerse responsables de su destino. «Y en eso estamos. Es un proceso lento, muy lento». Juan Urquiola confirmó que muchas frustraciones surgen cuando quieres convertir a otra persona en reflejo o en imagen tuya. «Él no cambia. Es lo que es. Sin embargo, si entiendes lo que es y le ayudas a gestionar de manera adecuada, se convierte también en un proceso de aprendizaje tuyo. Es un proceso de aprendizaje de tus propios errores, y de entender que son propios». Luis Álvarez confesó: «Hemos querido hacer en Ibo en diez años lo que nosotros hemos tardado quinientos... Sí, la frustración es esa, la velocidad. Todo va muy lento».

Les pregunté si no existía una cierta frustración en el mundo de las organizaciones humanitarias al observar lo poco que habían progresado ciertos países receptores de millones y millones de dólares de los fondos de la cooperación internacional. Luis Álvarez citó a Albert Einstein: «Si buscas resultados distintos, no hagas siempre lo mismo». «Se está investigando mucho, hay nuevas teorías y corrientes. Nuestro proyecto es un poco laboratorio», reflexionó. «Tenemos a toda la población censada», continuó explicando Urquiola. «Queremos desarrollar herramientas y medir el impacto. Nos gustaría dentro de veinte años hacer balance y medir qué hemos hecho bien y qué hemos hecho

mal para poder sacar unas conclusiones válidas». En su opinión, falta un dato esencial para hacer estas evaluaciones: «cuánto peor estaría África si no hubiera habido toda esta ayuda. No se ha gastado mucho tiempo en estudiar eso».

Financieros, banqueros y empresarios inmersos en un proyecto de cooperación en África. ¿No es esto un lavado de conciencia?, les pregunté. «No es lavado de conciencia, es conciencia», respondió muy firme Juan Urquiola. «Ojalá se lavara. Yo no relaciono la banca con esto, yo lo relaciono con mi persona». Luis Álvarez nos contó en tono de broma que, cuando dice que se dedica a la banca, enseguida añade que la fundación es para expiar sus pecados. Urquiola se rió y le dio la razón: él se había unido a la Fundación Ibo «por egoísmo propio». «Es una necesidad interior que necesitaba satisfacer y que te lleva a salir de tus propias fronteras». Asintiendo con la cabeza, Álvarez añadió: «He aprendido a que hay que dar sin esperar nada a cambio, y lo acepto».

A las tierras altas del té

A

las cinco de la mañana ya había salido el sol. Dias, el chofer, aguardaba en la puerta del hotel con su bolso al hombro para dirigirnos al embarcadero donde nos esperaba un joven con el motor en marcha. Éramos los dos únicos pasajeros. La marea era favorable para hacer el camino de vuelta al continente. Dejamos la isla de Ibo internándonos nuevamente en los bosques de manglares. La brisa era fresca y el sol se reflectaba con intensidad contra el mar en calma. Nos cruzamos con algunas frágiles barcazas de velas triangulares, desde las que los pescadores lanzaban con destreza redes pequeñas. La travesía de regreso fue más breve. Tomamos de nuevo el coche en Tandanhange, que había estado custodiado por el dueño del quiosco.

Cruzamos el río Lurio, que hace frontera entre las provincias de Cabo Delgado y Nampula, por el puente de piedra, construido en 1945. Antes de entrar en la ciudad de Nampula, paré en la congregación de las Carmelitas del Sagrado Corazón de Jesús para visitar a las religiosas Mercedes Tejerina y Encarnación Flórez. La sede se encuentra a la salida de la ciudad en la carretera que une Nancala y Nampula. La finca está rodeada de bananeros y tiene un gran portón color óxido con el nombre de la congregación en la parte superior. En el interior del recinto hay varios edificios de una planta, de muros rosa pastel y malva, que acogen las habitaciones de las internas, las oficinas, comedores y otras dependencias. En el centro hay un jardín bien cuidado de plantas bajas y flores, entre pasillos acerados y árboles frondosos que proporcionan una extensa sombra. En el fondo del jardín se halla la capilla, que tiene forma circular.

La hermana Mercedes tiene ochenta años y lleva cuarenta y cinco en Mozambique. Llegó unos meses después de la independencia de Portugal. «Encontré un país muy alegre, y la gente estaba muy contenta». Mercedes me contó que la ciudad de Nampula era preciosa, en las tiendas había de todo, y en el campo tenían los productos básicos. Dos meses después se llevó a cabo el proceso de nacionalización. «A la Iglesia le quitaron todo», aunque años más tarde le devol-

vieron las misiones. «Los portugueses se marcharon, al igual que los *indianos*, que eran los comerciantes. Con su marcha, todo quedó desabastecido, faltaba de todo, y el pueblo fue perdiendo la alegría». En 1979 Mercedes enfermó de malaria y salió de Mozambique. Cuando regresó en 1984, en plena guerra civil, «el país estaba desconocido y la gente muy triste». Las iglesias, hospitales y las escuelas, que estaban dentro de las misiones, estaban destruidas. Renamo quemaba las cosechas y destruía los poblados rurales para evitar los planes marxistas de Frelimo de crear aldeas comunales. La gente acudía por el día a la escuela o al hospital de la misión, pero por la noche huía a refugiarse al bosque. La hermana Mercedes dijo que Renamo atacó su misión en cinco ocasiones, siempre entre las tres y las cuatro de la noche. Pedían medicamentos, comida, incluso libros religiosos, «pero nunca nos hicieron nada malo». «Mucha gente desapareció, y no supimos más de ellos. Nadie sabe cuánta gente murió. A las niñas se las llevaban como esclavas sexuales y a los chicos los reclutaban como soldados. Fueron dieciséis años de guerra y destrucción. La gente nos decía: «Hermana, ya estamos cansados, no queremos más guerra».

La hermana Mercedes llevaba una falda estrecha hasta los tobillos, confeccionada con tela de capulana naranja y amarilla, camisa blanca y sandalias abiertas. Sobre el pecho reposaba un crucifijo de metal. Tenía el pelo corto y gris y la cara redonda. Con la llegada de la paz hubo que reconstruir el país. «Ya no nos volvimos a acostar nunca más con miedo a un ataque», comentó. Mercedes dejó de dar clases en la escuela y se dedicó a alfabetizar a mujeres, que estaban muy marginadas en la sociedad mozambiqueña. «Construimos un internado para inculcar en las jóvenes la idea de que un pueblo sólo se desarrolla con cultura». En muchas aldeas solo acudían a la escuela hasta los 12 años. «En el internado les dábamos formación humana y religiosa para desarrollar su conciencia de mujeres, y las mandábamos a la escuela del gobierno». La hermana Mercedes reconoció que fue una tarea muy costosa porque las propias mujeres no creían que pudieran tener un papel diferente. Sin embargo, algunas, me dijo Mercedes, llegaron a ser abogadas. Todo esto ocurría en zonas muy aisladas y sin educación donde aún se practicaban los ritos de iniciación. En las ciudades todo cambió mucho y rápidamente. Mercedes insistió en que debían de ser las jóvenes que ellas habían formado las que tenían que romper con la tradición de los ritos de iniciación. «Incluso siendo católicos creyentes recurren a sus propios ritos, que tienen mucho de magia, fetichismo y espíritus. No es fácil cambiarlo. Es parte de sus vidas, y nosotras no podemos hacer nada».

Durante la conversación, la hermana Encarnación trajo de la cocina una bandeja con zumo de maracuyá natural y rosquillas hechas en la congregación por las misioneras. Encarnación tenía 77 años, vestía una camisa blanca, falda larga gris y las mismas sandalias y crucifijo que su compañera. Tenía el pelo blanco y usaba unas gafas doradas. La casa de la congregación es también un internado donde se alojan muchachas jóvenes que estudian en la escuela y en la universidad. Algunas de ellas optan por la vida religiosa. La hermana Encarnación dijo que en los últimos años el cambio más profundo que se ha vivido

en el país ha sido en el campo de la educación. Se crearon escuelas hasta en las zonas más remotas y un buen número de mujeres llegaron a terminar el bachiller. Para Encarnación esto ha ayudado a cambiar la concepción de los ciudadanos ante los problemas que les rodean y a que sean más críticos. Hay un porcentaje de la población que ya mira más allá de la subsistencia a un horizonte de progreso. «Incluso dentro de Frelimo se oye a gente con otra mentalidad y con otra forma de pensar». Encarnación lamentó que, a pesar de las mejoras en educación, muchos jóvenes que terminan la escuela superior no consiguen entrar en la universidad, porque ésta no puede absorber a tantos con deseos de seguir formándose, ni en escuelas técnicas que asuman la gran demanda y faciliten el desarrollo. «Así que entran en la universidad los mejor situados económicamente y (eso) provoca mucha frustración».

Al salir ya había oscurecido. En el centro del jardín había un gran árbol rebosante de mangos. La hermana Mercedes estiró el brazo para alcanzar unos cuantos y me los entregó: «Están maduros y muy dulces».

Nampula es la tercera urbe del país. Está situada en el interior de la provincia, y es un importante nudo ferroviario. Una ciudad comercial e industrial, colorida, bulliciosa y polvorienta, que ha crecido aceleradamente en los últimos años. La entrada por la carretera de Nacala es tortuosa durante el horario mercantil. Hay decenas de naves de fábricas que comercian con todo tipo de productos. Multitud de personas entran y salen con vehículos y camiones de los almacenes. Recordé que la hermana Mercedes me dijo que casi ningún negocio estaba en manos de los mozambiqueños. Son principalmente comerciantes *indianos*, nigerianos o chinos quienes manejan la economía de la ciudad. En Mozambique hay una pequeña clase acomodada que ha prosperado y se ha enriquecido a partir de una gran variedad de negocios que dan servicio a las empresas extractoras de recursos minerales. En las grandes ciudades la pobreza tiene otra cara, pero en el campo tiene la misma de siempre. Me encontraba cansado del viaje, pero decidí cenar fuera del hotel donde me alojaba y caminar hasta la catedral por avenidas colmadas de palmeras, mangos y árboles en flor. La noche se echó rápidamente sobre la ciudad.

Dias tomó la Nacional 1, que conecta el norte al sur del país, para dirigirnos a Gurué. Desde la salida del sol, las orillas de la carretera estaban transitadas por una hilera interminable de gente que se desplazaba a pie a través de un paisaje de campos de cultivo y cabañas de barro y paja. Sus sombras proyectadas sobre el asfalto eran alargadas. Los hombres tiraban de carros repletos de productos de la tierra, los jóvenes empujaban bicicletas con cargas desproporcionadas, y las mujeres, vestidas con capulanas coloridas y chanquetas de plástico chinas, acarreaban cestos en la cabeza y un bebé en la espalda. La carretera reptaba por un decorado boscoso, salpicado de montañas gigantes como islas de granito. Pequeñas nubes blancas moteaban la cúpula del cielo, que en África parece estar más bajo.

La frontera entre las provincias de Nampula y Zambezia se cruza por un estrecho puente metálico sobre el río Ligonha. Zambezia es la capital natal de

Días. Es una provincia fértil de tierra roja con más de cinco millones de habitantes. La carretera es sinuosa y con buen firme. Días se paró en un cruce de carreteras donde había barracas de comida. Docenas de niños rodearon el vehículo para vendernos sus artículos. Compramos bolsitas con pedazos de piña y mango, cucuruchos de cacahuets tostados, huevos cocidos y varias latas de Red Bull. Días se bebió una tras otra. Decía que le permitía estar alerta mientras conducía. El intenso olor a jarabe dulzón me mantuvo a mí también despierto. Días tenía cuarenta años, tres mujeres y cinco hijos. Me explicó que le quedaban diez años para llegar a tener trece hijos. «Un equipo de futbol con reservas». Pero antes, me confesó, debía encontrar una cuarta mujer.

El paisaje cambió según nos fuimos acercando a Gurué por la N-103. Las llanuras onduladas dieron paso a elevadas montañas y a paisajes frondosos. La región está situada en un vértice de un triángulo de gran producción agrícola. El clima es fresco y lluvioso. Hay pocos centros urbanos, y la población vive dispersa en los valles. El noventa por ciento trabaja en la agricultura familiar de subsistencia. Los campesinos desbrozan el bosque para levantar una casita de paja y barro y un terreno donde cultivar patatas, alubias, maíz, cebollas y tomates. Sin embargo, la falta de vehículos y carreteras que conecten las zonas altas y aisladas con los núcleos urbanos dificulta la salida de sus productos a los mercados locales. Muchos campesinos bajan la carga a sus espaldas desde la *machamba*. En la región tampoco hay industrias. Últimamente se han introducido multinacionales para el cultivo extensivo de soja.

La zona que rodea Gurué es un vasto campo de té. Anteriormente todo eran bosques. Las compañías madereras los talaron, y la población acabó esquilmandolos durante años para utilizar la madera como combustible casero. Gurué, que en tiempos coloniales se llamó Vila Junqueiro, nació con el té en los años treinta del siglo XX. La producción estaba en manos de un puñado de empresas que destinaban toda la cosecha a la exportación. Gurué es una ciudad tranquila y ordenada, de sesenta y cinco mil habitantes. El ambiente por el día es caluroso, pero por la noche la temperatura refresca gracias a la brisa que baja de la impresionante muralla montañosa que la protege por el este. La ciudad está a setecientos metros sobre el nivel del mar, y algunas cumbres de la cordillera superan los dos mil. El aire es limpio y fresco. Los valles están tapizados por grandes extensiones de arbustos de té que cubren el paisaje como una alfombra esmeralda. Todas las plantas tienen el mismo tamaño. La recolecta resulta una especie de poda en la que solo se cortan unas pocas hojas de los tallos superiores. Alrededor de la ciudad hay densos bosques de eucaliptos, y en menor cantidad, de coníferas, acacias, jacarandas en flor, árboles de mangos y lichis. En la orilla de los ríos que bajan a saltos desde las cumbres hay esbeltos troncos de bambú, anchos como brazos y que alcanzan quince metros de altura. El resto es simplemente té.

El tráfico dentro del municipio es escaso. Hay únicamente tres semáforos, que funcionan correctamente. La Avenida de la República es amplia y tiene una mediana central coronada por un arbusto que la recorre de principio a fin. Las

casas que la flanquean son de estilo colonial y se encuentran en buen estado de conservación. La mayoría tiene una baranda y una valla baja delantera que las separa del pavimento. En una de las vaguadas se halla el mercado tradicional, donde se venden productos frescos y baratijas chinas. Los edificios de la administración y del gobierno local son de corte estalinista y circundan la Plaza de la Independencia. En el centro hay un jardín en forma de estrella y una bandera de Mozambique de hormigón en el suelo.

En una pequeña colina en el extremo opuesto de la ciudad se encuentra la sede de la diócesis católica, que es la más grande y numerosa de la provincia de Zambezia. Su obispo es el religioso español Francisco Lerma. Llegamos en uno de los días más agitados del año. Todos los representantes de la diócesis -28 sacerdotes y varios misioneros- se reunían durante los siguientes ocho días para reorganizar las parroquias, elegir los nuevos destinos de los sacerdotes y llevar a cabo ejercicios espirituales.

Don Francisco me saludó afectuosamente y se disculpó por no poderme atender en ese momento, pero me invitó a compartir mesa con él durante la cena. La sede de la diócesis es una antigua propiedad de un colono portugués. El edificio principal es de arquitectura colonial, alargado y de una sola planta con el tejado de cinc. El interior tiene paredes blancas y techos altos. Las estancias son sencillas, con muebles de los años setenta y sillones deslucidos. Frente a la vivienda principal se encuentra una capilla modesta y la oficina del obispo, donde hay una antigua imprenta y un equipo de sonido. Por la parte trasera, una larga galería en forma de ele acoge las habitaciones para huéspedes. El resto de la propiedad son almacenes y jardines descuidados.

Cené con el padre Lerma en el comedor de la casa principal. Francisco Lerma es el obispo de Gurué desde hace cuatro años. «No soy un obispo misionero, sino un misionero obispo», me aclaró. Nació en 1944, en El Palmar, una pedanía de la provincia de Murcia. «Yo tenía claro desde pequeño que quería ser cura». Estudió en el seminario de Murcia, y más tarde teología en Roma, donde se licenció. Años después regresó a la capital italiana para hacer el doctorado en antropología social.

Francisco Lerma quería ser misionero en África. Cuando terminó sus estudios, sus superiores en Roma le preguntaron adónde quería ir: «Les dije: entre Ceuta y Ciudad del Cabo, allí donde quieran». En 1971 llegó a Mozambique. Primero trabajó en la misión de Maua, en la provincia de Niassa, durante la dominación portuguesa. «Viví cuatro años de guerra antes de la independencia. Fue una situación un tanto ambigua. Nos encontrábamos entre dos fuegos, los guerrilleros y el ejército portugués. No podía tender mucho ni para un lado ni para el otro». Un comandante militar portugués que pasó por la misión se lo explicó: «Ustedes no pueden ser ni muy amigos nuestros ni muy enemigos». La PIDE controlaba sus movimientos, las homilías y sus reuniones. Por la noche llegaba un coche de policía hasta las proximidades de la misión, donde interrogaba a los informadores secretos que tenían dentro y fuera. «No te podías pronunciar porque si lo hacías, en 24 horas te expulsaban. Tenías que mantener

una línea correcta, respetando y diciendo la verdad dentro de lo posible. Tenías que andar entre cristales», me dijo.

Francisco Lerma era un hombre menudo y delgado. Tenía el pelo corto y blanco. Vestía una camisa amplia de cuadros azules y manga corta, pantalones grises y zapatos negros. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba un anillo de plata con una inscripción. En la muñeca derecha tenía un reloj con cadena de aluminio. Del cuello le colgaba una cruz plateada labrada. El obispo Lerma es un hombre sobrio, educado y de expresión seria. Es un intelectual bien formado, que conoce en profundidad la Iglesia africana. Es autor de varios libros y estudios sobre antropología cultural que se utilizan como manuales en las universidades de Mozambique. Habla pausadamente acompañándose del moviendo de sus manos nervudas.

Me dijo que la Iglesia le pidió ser obispo, y lo aceptó. «A mi edad, no duraré mucho. Será breve». Sin embargo, disfruta de buena salud. Me contó que utiliza remedios naturales para controlar la tensión arterial y los brotes de malaria. «Todo lo que comemos aquí es muy sano. Productos de la tierra». El menú de la cena fue sencillo: *matapa*, judías rojas, *xima*, verduras, ensalada, arroz, mangos y maracuyás.

Don Francisco vivió la guerra civil entre Frelimo y Renamo, al igual que la de independencia, entre dos fuegos, con miedo y rodeado de violencia. «Nosotros en medio del pueblo no podíamos tener simpatía por uno u otro bando. Teníamos que tener una línea de verdad y denunciar cuando había un abuso. Una línea de conducta sí, pero no una tendencia política». Y explicó: «Aquí en África no es como en Europa, que quien calla consiente. En África, quien se calla no consiente, está diciendo no. Tu silencio vale más que una crítica abierta. El concepto cultural es diferente, y muy difícil de entender fuera del contexto africano».

Lerma dice que la Iglesia tomó parte desde el principio de la guerra hasta los Acuerdos de Paz de Roma. «No creo que haya otra conferencia episcopal que escribiese tantos documentos sobre la paz, la justicia, la verdad y el respeto, incluso ya en tiempos de Samora Machel, contra los campos de reeducación». Lerma dijo que la denuncia sirve de poco en África. Esa es la diferencia, según él, entre la manera europea y africana de enfrentarse a estas situaciones. «Estamos acostumbrados en Europa a las manifestaciones, a las huelgas, pero aquí no da resultado. Aquí funcionó a través del diálogo y el contacto con las personas. Es un trabajo muy lento». Y añadió: «El Acuerdo de Paz, por tanto, no es un acuerdo político de lo que se hizo en Roma. Aquello sólo fue la parte final. Hubo un trabajo de base en el que participamos todos, católicos y no católicos. La Iglesia pilotó los acuerdos».

«A pesar de que el proceso de paz trajo a Mozambique un periodo de desarrollo, estabilidad y seguridad, falta mucho por hacer. Se ha desarrollado la macroeconomía, pero no el desarrollo social». «En las cartas de los obispos también pedimos que los megaproyectos sirvan para desarrollar el país. Los megaproyectos no son negativos, sí lo es cómo se use el dinero de esos proyec-

tos. Hay riqueza, pero hay que invertir». Lerma lo explicó a través del ejemplo de la explotación de la madera: «Nos sentamos en la escuela o en casa en el suelo porque no hay pupitres o sillas; sin embargo, estamos viendo pasar camiones con maderas de primera calidad».

Tras la cena hablamos del papel de la religión, la católica, en las sociedades africanas. Lerma utiliza sus conocimientos de antropología social para establecer la relación entre ambas. Me contó que la *inculturación* del evangelio —según dijo, un término nuevo en el lenguaje de la Iglesia—, que es la armonización del cristianismo con la cultura de los pueblos, ha existido siempre. «Hemos tenido que hacer una síntesis entre las tradiciones y la religión católica. Es un trabajo de fe y de cultura. Donde la iglesia ha hecho síntesis, ha avanzado; donde no, ha fracasado, como en China». Lerma resumió el problema en dos palabras: desarrollo e inculturación. Le comenté lo arraigadas que están las creencias animistas y la magia en la mayoría de los pueblos africanos. «El campo de la espiritualidad tradicional es muy complicado, y sin ser iniciado es imposible entenderlo», afirmó. «La forma de hacerlo es acompañar durante el proceso a través de la cultura, de la escuela y de la formación. Hay dos cosmovisiones. Una parte del etnocentrismo, de que lo nuestro es lo mejor, y al querer imponer una cosmovisión a otra, se fracasa. Es un proceso muy largo en el tiempo y que debe hacerse desde ellos mismos».

Le pregunté si, cuando se jubilase, regresaría a España. «Para un misionero siempre hay trabajo», me respondió con una tenue sonrisa. «Dentro de cinco años me llegará la jubilación. Me quedaré en Mozambique a escribir». Hubo un silencio prolongado, el obispo Lerma suspiró y dijo: «La vida pasa rápida. Parece que fue ayer cuando estaba en el colegio en Murcia».

A la mañana siguiente, al despedirnos, me entregó un tratado de antropología cultural escrito por él. «Creo que te irá bien para entender».

Dejamos Gurué antes de la salida del sol. El cielo era violáceo. Las montañas tenían un aspecto lóbrego y frío. En las afueras de la ciudad centenares de trabajadores subían en camiones y furgones con destino a los campos de cultivo. Me urgía llegar al aeropuerto de Nampula antes de las once de la mañana para tomar un vuelo a Maputo. Teníamos suficiente tiempo si no surgía un contratiempo. Sobre la ruta, el tráfico era ligero y la previsión del tiempo, óptima. Dejamos las tierras altas de verde esmeralda y penetramos en llanuras agrícolas de tierra roja. En las orillas de la carretera encontramos numerosos chamizos de techo de paja donde se vendían piñas. En esta región existen grandes extensiones de monocultivo de piña. Muchas son compradas o robadas por la población local a las grandes corporaciones para venderlas en mercados locales y en la carretera. Dias me propuso comprar alguna. Nos paramos en uno de los puestos situado en una larga recta de la carretera. Dias me pidió que permaneciera en el coche mientras él negociaba el precio. Me dijo que si veían a un *mulungu* —un blanco— nos costarían más caras. Descendió del coche rodeado por tres jóvenes que le mostraban el género. Mientras, un niño delgado, vestido con un pantalón añil desgarrado por la pernera, una camiseta roída sin

color determinado y descalzo, me ofreció a través de la ventanilla, alzando con esfuerzo su brazo, tres piñas de gran tamaño. «*Tres ananas por 50 meticais*». Le dije que sólo deseaba una y le pregunté el precio. «*Dez meticais, senhor*», me respondió de inmediato muy serio. Le dije que no podía ser.

«Sí, señor. Tome su piña».

«¿Cómo te llamas?», le pregunté.

«Gerito», contestó.

«¿Cuántos años tienes?»

«Nueve».

«¿Vas a la escuela?»

«Sí».

«¿Te gusta estudiar?»

«Sí».

«Tienes que mejorar en matemáticas», le dije paternalmente, «porque si no, te van a engañar en los negocios. Si tres piñas cuestan 50 meticales, no puedes vender una por diez».

«Sí, señor. Es un precio especial. Su amigo ya compro cien», me contestó. Descendí del vehículo y vi cómo Dias cargaba apresuradamente en el maletero de todoterreno todas las piñas del puesto. Volví a mirar a Gerito fascinado y le compré las tres piñas por los 50 meticales, pero insistió en regalarme una cuarta, que me trocó con habilidad y la metió en una bolsita para comerla en el camino. Dias había visto una oportunidad de negocio. Montó en el coche y telefonó a su mujer. Le preguntó el precio de una piña en Pemba y echó cuentas de las ganancias.

Pensé que podía devolver el gesto a las hermanas Mercedes y Encarnación y llevarles un par de piñas de camino al aeropuerto. Avisé por teléfono antes de llegar a Nampula. Nos esperaban a la puerta de la congregación, donde nos detuvimos con el tiempo suficiente de tomar unas fotografías y desearnos felices navidades.

Dias se mostraba tranquilo a pesar del caos de tráfico que encontramos a la entrada de la ciudad. Bien sabía que los aviones en Mozambique no siempre salen a su hora. Todavía no podía sospechar yo que vería atardecer en Nampula. El aeropuerto de Nampula es pequeño, vetusto y oscuro. Se encontraba atestado de pasajeros y sus familiares con maletas y bultos, taxistas ociosos y vendedores de cacahuetes. En el mostrador de la compañía, el empleado me informó de que el vuelo tendría un par de horas de retraso. Pensé que, dentro de lo malo, aún llegaría a tiempo a Maputo para la cena de despedida de unos amigos, cooperantes extranjeros que dejaban Mozambique después de varios años trabajando en una organización humanitaria. Fueron pasando las horas. El avión, que debería haber hecho la ruta Maputo-Nampula, se había desplazado a Chimoio, porque, según fui sabiendo, el líder de Renamo, Afonso Dhlakama se había desplazado allí. Subí al segundo piso del aeródromo, donde se encontraba el bar. Hacía un calor sofocante que los ventiladores del techo no paliaban. Un televisor de plasma emitía una telenovela brasileña a la que nadie

prestaba atención. Pasé dos horas tediosas dormitando sobre una mesa, sin noticias de la hora de llegada del avión. Cuando el sol descendió y el calor bajó de intensidad, me asome al balcón que da sobre la pista. Vi a unos operarios extendiendo una alfombra roja frente a la entrada de la terminal. Aunque me resultó extraño, pensé que el recibimiento sería para Dhlakama. Pasó alguna hora más. Los operarios habían colocado junto a la alfombra unas macetas con plantas. Todo estaba montado en la pista. Se escuchó el lejano ruido del motor de un avión. A los pocos minutos aterrizó un aparato de la LAM, se dirigió a la terminal, pasó de largo dejando atrás la alfombra roja y se detuvo en la esquina opuesta. El primero en descender del avión fue, efectivamente, Afonso Dhlakama seguido de un breve séquito. Con un pequeño intervalo de tiempo, lo hizo el resto del pasaje. Cruzó la pista a pie, pasó delante de la zona engalanada hasta que lo perdí de vista al entrar en el edificio. Si aquella alfombra no era para el líder del partido de la oposición, ¿a quién esperaban? En ese instante se escuchó el ruido de otro avión acercarse al aeropuerto. Un grupo numeroso de hombres, mujeres y niños, vestidos con camisetas rojas, y con flores y globos, entraron en la pista y se fueron alineando a lo largo de la alfombra roja. Cantaban y bailaban alegremente. Un pequeño aparato privado de color blanco aterrizó. Se dirigió hacia el gentío y se detuvo con precisión a la orilla de la alfombra. Me disponía a grabar con el teléfono móvil la escena, que no dejaba de provocarme curiosidad. En ese momento, un hombre grueso, vestido de traje y con el rostro sudoroso, me impidió grabar y me apartó al interior de la sala. Inmediatamente después dio instrucciones de que bajáramos todos al piso bajo. «¿Cómo es posible que no se pueda filmar, ni siquiera permanecer en la terraza?», observé molesto; le pregunté quién era la persona que iba en el avión. Me contestó con indiferencia que no le estaba permitido darme esa información. «Ni cuando viaja Obama las medidas de seguridad son tan estrictas», espeté. Antes de obligarnos a abandonar la terraza pude observar cómo una decena de todoterrenos militares y civiles con los cristales tintados se instalaban en la pista mientras por las escaleras del pequeño avión descendía Armando Guebuza, el todavía presidente de la República de Mozambique, que acudía a Nampula para encontrarse con Afonso Dhlakama, su eterno enemigo, para una nueva ronda de negociaciones.

La cultura que une a los pueblos

E

n 1979 Luis Lage se encontraba en la misión de Santa María, en Namunio, provincia de Cabo de Delgado, junto con veinte profesores. El gobierno los había enviado para transformar aquel lugar en una escuela para 600 estudiantes de todo el distrito. Los padres holandeses e italianos de la misión de Santa María habían tenido 24 horas para marcharse cuando los planes marxistas de Samora Machel impusieron la nacionalización y confiscación de los bienes de la Iglesia. Las misiones habían sido durante la época colonial portuguesa pequeñas comunidades alejadas de los municipios donde los religiosos gestionaban iglesias, escuelas y hospitales.

Una de las tareas que asignaron a Luis Lage fue la de recoger todo el material de los religiosos y mandarlo a la diócesis de Pemba, porque los frailes no habían tenido tiempo de llevárselo. Crucifijos, retratos religiosos y documentos se quedaron en la misión tras su salida precipitada. La iglesia, con capacidad para mil doscientos feligreses, se quedó limpia y vacía. «¿Qué hacer con ella?», se preguntó Lage. «¿Reuniones, actividades culturales, cine?. ¡Cine! Encontré una máquina de proyección y decenas de bobinas de películas mudas de Chaplin y de otros de la época. Para mí fue una locura. Las limpié y experimenté. Sólo teníamos un generador para unas cuantas horas por la noche, y con él funcionaba el proyector. Así convertimos la iglesia en una sala de cine y cada semana venía mucha gente».

Luis Lage comenzó a conocer la historia de la misión, y quiso escribirla. Le hablaron de un anciano no lejos de allí que se la podía contar. Le llamó, le preparó un té y le explicó lo que quería. El viejo le contestó: “¡Bem!”, y comenzó a decirle en portugués: “Yo nací en 1910, fecha de la proclamación de la República de Portugal”. Le sorprendió que un viejito que vivía en un lugar remoto, en una aldea perdida, hablara un portugués tan correcto. «Lo que me dijo después cambió mi proceso revolucionario para siempre», me confesó: el anciano le contó que hasta los diecinueve años creció en el campo, en medio de una socie-

dad tradicional. Le hicieron el rito de iniciación, le enseñaron a ser hombre, a construir una casa, a respetar a su mujer, a los espíritus que formaban parte de su vida y a su dios. A esa edad ese era su mundo. Después llegaron los hombres blancos. Le bautizaron, y le dijeron que la verdad no era esa, que así no era la vida, que sus espíritus no eran lo que le habían dicho, que era diferente, que había un dios, y Jesús y María, que había que construir una iglesia (y una misión). Pasó un tiempo luchando entre sus espíritus y el nuevo dios de la iglesia de los blancos. Y fue cambiando su visión. Más tarde llegaron otros y le dijeron: "No hay Iglesia. Esa no es la verdad, la verdad es Frelimo, la verdad es la revolución". «El viejo me miró y me preguntó: "¿Qué historia quiere que le cuente ahora?"».

Voy a visitar a Luis Lage a la Facultad de Arquitectura de Maputo. La facultad de arquitectura está formada por una serie de edificios bajos y modestos de color ocre, a la sombra de esbeltas palmeras, mangos frondosos e imponentes mangostanes. En su despacho, un hueco estrecho sin puerta en un extremo de un largo pasillo, tiene una mesa cubierta por carpetas y documentos y dos sillas, y al fondo del habitáculo, un armario incrustado repleto de libros. Allí sentados, Luis Lage, que tiene el pelo y la barba blanca, me dice que una revolución es un proceso violento porque supone cambios, y esos cambios son cambios violentos. «Nosotros en Mozambique, pasamos por varios cambios, y hoy todavía estamos cambiando. Ahora no es la revolución, es algo que no sabemos muy bien qué es». ¿Pero, qué queda?, le pregunto. «Mis principios, el resto son los cambios», responde, y me explica que hay dos posturas: «o continuar la lucha, porque la lucha continúa, algo que yo creo que es justo, o acomodarse». «Yo me voy acomodando un poco, la vejez, pero desde la inconformidad». No es posible conformarse con la injusticia, con la incultura, con la falta de transparencia y la mala gestión». Y añade: «Las cosas no ocurren como queremos que ocurran. Los procesos tienen sus dinámicas propias. Yo pensé que corría mucho, pero no corrí tanto. Tenía dinámicas endógenas, pero ellas no pudieron alterar mis principios».

Luis Lage nació en Maputo en 1954. Aunque sus padres y abuelos también nacieron en Mozambique, pertenece a una familia de origen portugués. Creció en una ciudad colonial segregada. A los dieciocho años comenzó a tener conciencia de lo que era la sociedad y la colonia a través de las lecturas de libros prohibidos. «Los leíamos por fascículos. Me creó la conciencia de lo que ocurría en la sociedad donde vivía. Vivía como un blanco en una ciudad colonial». Aunque tenía amigos negros que también iban a su escuela, los negros vivían en Mafalala. Cuando se produjo el golpe de estado en Portugal, Lage ya tenía claro qué era Frelimo, y que el país iba hacia la independencia. Fotocopiaban los manuscritos clandestinos de la organización marxista. Esto le creó un conflicto familiar. La revolución de las clases sociales, el socialismo y esos asuntos no estaban muy claros para sus padres, que tenían recelos de las ideas de Luis. La represión fue muy fuerte, pero nada cambió su posición. Cuando el ministerio le envió a Cabo Delgado, se entregó completamente a un proceso de cambio social y político a través de su trabajo en la educación. «Un proceso muy claro para mí y muy importante en la revolución».

Luis Lage tiene un dulce acento caribeño al hablar español. Es muy elocuente. Gesticula con las manos y con la cara. Tiene un gran sentido del humor, y una carcajada amplia y profunda con la que acaba muchas frases. Su madre le había dicho recientemente: "Desde el día que te puse en la escuela hasta hoy nunca saliste". Vuelve a reír. «Es verdad, nunca salí. Me dediqué a la educación y a la formación, aunque yo preferiría ser recordado más como educador que como formador». Ahora, dice, su gran desafío es jubilarse. No en el sentido de no hacer nada, sino en cambiar la actividad de gestión por un trabajo junto a los barrios de la ciudad. «Tengo un proyecto con unos amigos para crear una asistencia social en el área de arquitectura y urbanismo para personas desfavorecidas. Un espacio donde la gente pueda ir a hacer consultas de todos los ámbitos. Un concepto multiplicador de asistencia urbana y social».

Luis Lage comenzó su carrera profesional como profesor de secundaria en 1974. Realizó un curso de artes gráficas y visuales, y en 1976 le enviaron a Cabo Delgado durante seis años como profesor y como director provincial de educación. Allí empezó su relación con España a través de los religiosos Vicente Berenguer, Miguel Buendía y Jose María Lerchundi. Después, estuvo cinco años en Cuba en la escuela mozambiqueña, por la que pasaron durante años veintiséis mil estudiantes dentro de los programas de cooperación entre los dos países. Tras regresar a Mozambique, ingresó en la facultad de arquitectura, de la que luego ha sido profesor hasta hoy.

A partir de 2000, con un grupo de estudiantes y profesores de la escuela de arquitectura llevaron a cabo un proyecto para la reconstrucción de edificios históricos. Su investigación dio lugar a una publicación exhaustiva, y el plano de Ibo, que financió la Cooperación Española. En aquel tiempo, Lage coincidió con Jesús Pérez, actual cónsul honorario de España en Pemba, que estaba en la isla haciendo pesquisas para su tesis doctoral.

La Cátedra Unesco y Julián Salas, de la Universidad Politécnica de Madrid, entraron en contacto con Luis Lage para hacer un curso sobre habitabilidad básica. «Así se instaló Madrid en la facultad de arquitectura de Maputo». Recibían dos o tres estudiantes para su trabajo de final de curso. Lo mismo ocurrió tras una visita a Barcelona. Se estableció un plan para que vinieran estudiantes del último curso de ingeniería ligados a Ingenieros y Arquitectos Sin Fronteras de Barcelona.

Lage trabajó en un proyecto para identificar e inventariar doscientos edificios de importancia cultural de Maputo. Clasificaron treinta de esos doscientos edificios de la ciudad. «Hubo que encontrar un consenso de lo que era patrimonio. Los edificios eran nuestros, pero eran de herencia colonial». «El patrimonio no se impone, se rescata», añade Lage. Publicaron un libro con esos treinta edificios. La Cooperación Española, que no había participado en el proyecto, vio el libro y propuso hacer lo mismo en Beira. «En Beira funcionó mucho mejor, teníamos más experiencia. Se hizo un catálogo con treinta edificios, y también se publicó un libro con el trabajo que realizamos».

En Mozambique, dijo Luis Lage, no hay una institución que cuide del patrimonio arquitectónico. «Es necesario decidir quién debe ocuparse de ese asunto.

La universidad está llevando a cabo una lucha con las instituciones del Estado para preservar el patrimonio de lo edificado. En este proceso la Cooperación Española y la embajada están participando muy conscientemente».

La cátedra Unesco sigue trabajando conjuntamente con Luis Lage y la facultad de Arquitectura, que organiza una maestría en planificación y gestión de asentamientos informales. Es una de las grandes luchas de la facultad con lo que ocurre en la periferia de las ciudades donde no hay infraestructuras y una tasa de crecimiento demográfico del 2,5%.

Carla Subirana reconoce que desembarcar en África negra sin haber estado previamente allí, y tener que hacer una película sobre una realidad de un país es algo de una gran responsabilidad, además de fascinante y desconcertante.

Kanimambo, que quiere decir “gracias” en lengua changana, es también el título de una película coral de tres historias, «como tres cortometrajes unidos», realizados por Carla Subirana, Adan Aliaga y Abdelatif Hwidar. Tres historias de varios personajes mozambiqueños marcados por la guerra, la pobreza y la enfermedad. «Héroes de lo cotidiano cuyo único objetivo es luchar por conseguir una vida mejor». *Kanimambo* es, según los responsables de la película, «una reflexión sobre el contraste y la diferente percepción de la vida en África y en Occidente».

La experiencia de *Kanimambo* supuso un antes y un después para los tres directores. En 2010 realizaron un primer viaje a Mozambique. «Necesitábamos un poco de realidad, conocer el país y su gente». Después, cada uno escribió desde su punto de vista una versión personal que reflejaba los contrastes y las experiencias que vivieron en un país en el que nunca habían estado antes. «No somos mozambiqueños, ni tampoco era el objetivo hacer una película mozambiqueña, sino una visión española sobre lo que nosotros hemos vivido y hemos sentido a través de tres historias, muy diferentes, pero complementarias, muy eclécticas, que se entrecruzan». A partir de ahí, los productores se pusieron a buscar financiación y dos años más tarde regresaron a Mozambique para rodar.

«Los productores de la película buscaban un mirada femenina», me explica Carla Subirana. «Me pareció estupendo. Me encanta todo lo que tiene que ver con el viaje. Siempre tengo la maleta preparada en la puerta para salir corriendo». Carla Subirana hizo, al igual que sus compañeros, dos viajes a Mozambique separados por dos años. El segundo de tres semanas, dos de ellas de rodaje. «Había una limitación temporal muy fuerte». En el primero viajaron al Norte, a la provincia de Cabo Delgado, porque la película era un proyecto vinculado a una ONG española que trabajaba en esa zona. Luego, por problemas con la organización humanitaria, cancelaron el acuerdo y el rodaje se tuvo que centrar en Maputo y alrededores. Toda la documentación que habían recogido, los personajes que seleccionaron y el trabajo de guion que habían

confeccionado no valieron de nada y tuvieron que volver a empezar. «A nivel de tiempos y a nivel práctico fue muy suicida desde el punto de vista del director y como creador que tienes que hacer un guion», reconoce Carla.

Establecieron la base de operaciones en Maputo, y rodaron en la ciudad y sus alrededores. Allí hicieron el casting con el equipo de producción, que fue mitad español y mitad mozambiqueño. Dos días antes de empezar el rodaje, Adán Aliaga no había encontrado aún su protagonista. Aliaga había conocido a una niña sorda y a un músico ciego en el primer viaje al Norte. Con ellos pensó hacer una historia de ficción. Sin embargo, el cambio de planes en la producción le forzó a buscar en centros de sordos de Maputo a una nueva protagonista y localizar a un músico ciego.

Al igual que Adán Aliaga, Carla Subirana perdió a su protagonista con el cambio de localización. Carla había conocido a Magdalena en el primer viaje, una mujer activista, seropositiva, que colaboraba con la organización *Ayuda en Acción* explicando en las pequeñas comunidades y aldeas asuntos relacionados con la prevención del sida. «Conocerla fue clave, porque era una mujer con mucho carácter. Un poco la esencia de la mujer mozambiqueña: mujeres fuertes, con realidades muy brutales. Me fascinó». Magdalena era una mujer abandonada, como muchas otras. Sin una figura masculina a su lado y con cinco hijos que criar sola. Dos años más tarde, de regreso a Mozambique, Carla reescribió el guion y partió de la idea de que su película sería una búsqueda de Magdalena. «Y en ese viaje, en esa búsqueda, iba conociendo a otras mujeres y otras realidades que generaban la idea mosaico para hablar de la esencia de la mujer mozambiqueña».

En ninguno de los colegios que Adán visitó encontró una niña con esa mirada que evocara los sentimientos que había descrito. Haciendo localizaciones y preguntando por una niña sorda en la ciudad, dieron por azar con Cecilia. La niña vivía en uno de los poblados de Catembe. Les costó convencer a su familia, porque no querían que su hija, que siempre había estado metida en una *palhota* de su pueblo, se fuera a rodar a Maputo durante toda una semana. Finalmente vino acompañada de su tía y sus primos, que también intervinieron en la película como figurantes. Aliaga me dijo que, a pesar de ser sorda, Cecilia no iba a un colegio especial ni sabía el lenguaje propio. La niña se comunicaba con su familia a niveles muy básicos, sin expresar emociones. Una profesora que trabajó con ellos le enseñó nociones básicas del lenguaje de signos para conseguir una mínima comunicación.

Haciendo el *making off* del rodaje, le pusieron la cámara a Cecilia en un plano fijo de una hora. «Fue alucinante», exclama Aliaga. «Poco a poco se fue abriendo, iba entendiendo el lenguaje de los signos. Era ver a una persona de trece años hablar por primera vez, como ver despertar a un ser humano. Nos pusimos todos a llorar».

Para el personaje del músico ciego, Adán Aliaga tampoco encontró uno adecuado entre los quince o veinte que contactó en Maputo. Habló con Chico Antonio, un músico muy conocido, con experiencia en los escenarios y que

incluso había grabado discos en Francia. Pero Chico Antonio no era ciego y nunca había interpretado. Le hicieron una prueba, le pusieron las gafas negras y anduvo apoyado en el hombro de otra persona y con la cabeza hacia arriba. Fue bastante creíble. Daba el perfil, cantaba bien y sabía tocar. «Le obligamos a tocar con una lata de aceite. Puede ser un gran problema para un músico conocido hacerle tocar con una lata, pero él lo aceptó».

Abdalatif Hwidar ya conocía África antes de viajar a Mozambique para rodar *Kanimambo*. Filmó su parte con actores locales profesionales reconocidos. Su historia trata de la relación de un padre y un hijo que debe recorrer grandes distancias para salvar a su progenitor. Es un relato que habla de la diferencia generacional y la guerra civil mozambiqueña. A diferencia de Carla Subirana y Adán Aliaga, no conseguí contactar con Abdelatif Hwidar para que me contara su experiencia en Mozambique. En una entrevista de Alain Garrido en la web *Cinema Lights*, Hwidar dijo que el segundo día en Mozambique quiso abandonar. «Cuando aterrizas, hay un momento hasta que haces un clic y te pones el chip africano. El caos, de ser un inconveniente, se convierte en aliado, y entonces lo integras. Es un proceso enriquecedor. Me costó dos o tres días adaptarme, entre los fármacos para evitar enfermedades y habituarme a todo. Eso sí, a partir del cuarto día, era medio mozambiqueño».

Abdelatif Hwidar nació en Ceuta en 1971, pero vive en Valencia. Es director de cine, escritor y actor. Recibió en 2008 el Goya al mejor cortometraje por *Salvador, historia de un milagro cotidiano*. Es autor de *Los últimos días* (2013), *La autoridad* (2010) y *Primer* (2014). Ha participado en series como *Ángel o demonio*, *Fuera de lugar*, *El príncipe* o la TV movie *Tres días de marzo*. En cine, participó en *El mono*, *Vida abismal* y *Fuerte apache*.

Carla Subirana no quiso rodar en Maputo. Le pareció que no representaba Mozambique. Decidió improvisar y viajó a zonas rurales junto al equipo de rodaje buscando a gente común. Buscando a Magdalena, Carla conoció a Fátima, que de manera altruista se dedicaba a visitar comunidades remotas, donde no llegan los médicos ni tienen acceso a medicamentos. Los llevó a conocer a una de las familias que visitaba. La madre y los niños estaban enfermos de sida en fase muy avanzada y el padre ya había muerto. Carla me cuenta que no sabían lo que se iban a encontrar, iban siguiendo a Fátima hacia la aldea. «Lo que vimos fue muy fuerte. Me generó mucha inquietud y me cuestionó qué hacer en ese momento sin tiempo para reflexionar». «Me costó mucho decidir a qué distancia poner la cámara y qué filmar. No puedes llegar y hacer un primer plano de esa mujer con una mirada en la que se ve la muerte. Son cuestiones éticas muy importantes». Finalmente, decidió poner la cámara a distancia, «y filmar así, con respeto a su intimidad. Y eso que para ellos no era ningún problema, ni hubieran dicho nada». Sólo hizo un plano cercano de Fátima explicando a la familia en qué momento se tenían que tomar la medicación: «Cuando veas salir el sol te tomas la primera dosis, y cuando el sol esté en el otro lado y se esté poniendo, te tomas la otra». «¡Me pareció tan bonito!», suspira Carla.

En octubre de 2013 conocí a Adan Aliaga en el mítico Teatro Avenida de Maputo, donde, con la intervención de la embajada de España, se presentó *Kanimambo*. Aliaga, que había viajado desde Madrid, estuvo acompañado por algunos de los actores que tomaron parte en la película. Aprovechó su estancia para dar charlas en centros, colegios y universidades de Maputo. Aliaga me dijo entonces que la experiencia de la película había sido increíble. «Hemos hecho una película, pero se nos han quedado cientos de películas por hacer». Fue una experiencia y un viaje emocional. Adan Aliaga nació en Alicante y estudió cine en Barcelona. Hace diez años realizó *La casa de mi abuela*, un documental sobre la vida de su abuela «que funcionó muy bien y tuvo mucha repercusión internacional». Luego hizo cuatro películas más, algunas de ficción y otras, documentales. En 2014 acabó *El Arca de Noé*, y pasará «moviéndola» todo 2015. A finales de enero, un día después hablar con Adán Aliaga, se marchó a Nueva York para rodar un cortometraje, «que tal vez sea el germen de algo más».

Kanimambo ganó el premio especial del jurado en el Festival de Málaga de 2012 y tuvo muy buena acogida en varios festivales internacionales. Se exhibió en Brasil y Portugal, en festivales de cortometrajes, en el centro Reina Sofía y en varias salas comerciales de Madrid.

Carla Subirana es crítica con el trabajo que realizó en *Kanimambo*. Cree que su fragmento es irregular porque no pudo trabajar con el tiempo de que ha dispuesto en otras películas. Reconoce que su historia tiene ideas muy bonitas y válidas, «pero que no están cerradas al cien por cien, como la idea del encuentro con el otro». Durante el viaje previo y el rodaje de su pieza sintió perplejidad. «Estamos acostumbrados a vivir en Europa, donde conocemos las convenciones y las claves, y las tenemos muy claras. Cuando tú eres el otro suceden muchas cosas que te hacen recolocarte y reubicarte. A la hora de volver a escribir el guion, rodar y relacionarme con la gente, me pareció que la única manera honesta de hacerlo era desde ahí, porque el punto de partida era la perplejidad».

Carla Subirana es de Barcelona. Estudió comunicación audiovisual en la Universidad Pompeu Fabra. En 2008 realizó *Nadar*, su opera prima, una película autobiográfica sobre la búsqueda de la identidad a través de la investigación de su abuelo, fusilado en el año 1940 durante la Guerra Civil, un tabú familiar. «Es un retrato familiar muy personal que tiene que ver con la memoria histórica, cómo la Historia afecta a las historias personales». En 2010 fundó una productora e hizo su segundo largometraje, *Volar*, una película sobre la Academia General del Aire y la formación de pilotos militares. «Mi forma de trabajar el documental tiene que ver mucho con la ficción. Parto de la realidad. Tanto las personas que salen como las historias son reales, pero trabajo mucho con la dramaturgia».

Kanimambo marcó a los tres directores. Carla Subirana me dice que «son viajes que te dejan huella en el corazón, porque te obligan a mirar de otra manera. Rompes con la mirada de la convención a la que estás habituado. Ves

esa realidad tan dura, pero a la vez la fuerza y la alegría que la gente tiene para tirar para adelante, que te hace cuestionar la base de la tierra sobre la que pones tus pies cada día. Ellos no tienen nada pero lo tienen todo. Esa es la gran lección. Aprender que con nada puedes vivir una vida con alegría».

Paulo y Sonsoles se conocieron en Maputo. Eran prácticamente vecinos. Ella vivía en el edificio de la OTC, la oficina de la Cooperación Española y Paulo Wilson, en una calle paralela, la Rua Kassuende, a tres minutos de distancia, en la casa de sus padres. Empezaron a salir juntos. Él había oído rumores pero nadie le dijo nunca nada. Fue un día a recoger su guitarra para hacer una prueba de sonido. Se la había dejado el día anterior en el apartamento de la joven cooperante española con la que mantenía una relación sentimental. Al llegar al edificio de la OTC, vio que había más seguridad de lo habitual. Preguntó a los guardias mozambiqueños del edificio, con los que Paulo tenía buena relación, qué ocurría. «Me dijeron: “Viene el padre de tu novia”. Me pregunté quién sería el padre de mi novia para movilizar a toda esta gente». Subió a su apartamento. «Me han dicho que viene tu padre, le dije. “Sí, sí, viene mi padre”, y se echó a reír. Estaba muy contenta e ilusionada». “Pero ¿quién es tu padre para que movilice a tanta gente ahí abajo?” dice que le preguntó. «Sonsoles siempre ha sido una persona muy discreta y muy humilde. Me dijo sonriendo: “Mi padre fue presidente del gobierno de España”. Me quedé completamente sorprendido». ¿Sabías quién era Adolfo Suarez?, le pregunto. «No sabía quién era Adolfo Suarez. Pero fuese quien fuese, era presidente de España. Yo no conocía la historia de España, pero en mi mente sabía que España era un país importante a nivel mundial. Le dije: “Muchas gracias por habérmelo dicho”. Yo solo quería coger mi guitarra y salir corriendo. “No, no”, me dijo Sonsoles, “lo vas a conocer y te va a encantar”». Paulo Wilson intentó excusarse: “No, tu padre llega hoy y necesitáis tiempo para estar juntos. Ya me lo presentarás otro día. Me voy”. «Toda la situación era demasiado y me asustaba. Una cosa era que ella quisiera que conociera a su padre y otra es que su padre me quisiera conocer a mí. Yo le agradecí que le hiciera ilusión presentarme a su padre, pero le dije que no». Cuando se dirigía hacia la puerta sonó el timbre. Sonsoles abrió y allí estaba él. «Me pilló dentro», me cuenta Paulo Wilson, divertido. Se abrazaron y se besaron. «Luego le dijo: “Papá, te presento a mi amigo Paulo. Paulo, mi padre”. Nunca olvidaré cómo me miró cuando me dio la mano. Yo en ese momento no era consciente de que estaba conociendo a una persona diferente, con una energía diferente, con una mirada completamente diferente. Me dio la mano, me miró a los ojos y me dijo: Adolfo Suarez, encantado de conocerle. Nos tiramos los dos hora y pico charlando sentados (en el sillón)».

Quedo una mañana con Paulo en una cafetería del barrio de Salamanca de Madrid. Llega a la cita antes que yo. Cuando entro, charla animadamente con uno de los camareros. Paulo Wilson es alto y delgado, de voz suave, cortés y

cordial. Viste jersey y pantalones oscuros, y una gorra de lana plana de cuadros marrones y verdes. Paulo Wilson nació en Nampula hace 41 años en el seno de una familia que en tiempos de la colonia se denominaba “de negros asimilados”. Así era como los portugueses de Mozambique llamaban a los negros a los que les permitían ir a la escuela adonde iban sus hijos y hacer una vida parecida a la suya, manteniendo las diferencias de origen. Al nacer Paulo Wilson, su tío, que era muy fan del músico norteamericano Wilson Pickett, de dijo a su padre que le tenía que llamar Wilson porque sería un chico con suerte. Paulo me explicó que Wilson no es el apellido familiar, sino Paulo, pero a él el registraron con el nombre de Paulo, y Wilson como apellido.

La madre de Paulo Wilson era enfermera. La transfirieron a Maputo, «que era adonde todo el mundo quería ir», cuando él tenía seis meses. En la capital vivió hasta que en 2001 se trasladó a vivir a Madrid, salvo tres meses que pasó con sus abuelos en Nampula cuando tenía diez años. Su padre era músico. «Siempre hubo una tradición musical en su casa». Cuando sus padres se separaron, Paulo era muy pequeño. Su padrastro era también muy aficionado a la música. Tenía una gran colección de discos. En Nampula, sus tíos maternos igualmente se dedicaban a la música. Hacían instrumentos, guitarras, baterías y las vendían a la gente del pueblo, porque en aquella época en Mozambique no tenían acceso a los productos de fuera. «No podías comprar guitarras porque no las había». Sus tíos las fabricaban y las vendían a las bandas locales. Tenían mucha habilidad y talento. En esos meses que vivió en Nampula comenzó su interés por la música. Cuando regresó a Maputo para estudiar, su atracción por la guitarra era cada vez más intensa. «Mi padrastro tenía una guitarra española y yo se la solía robar para tocarla en mi habitación a escondidas. No porque no me la dejara, sino porque me decían que tenía que estudiar y que me descen-traba. Él sabía que se la cogía». Si no podía tocar en casa, tenía amigos y vecinos que tenían guitarras y solía tocar con ellos. Paulo Wilson me cuenta que sus padres creyeron que descuidaba sus estudios. «Cuando terminé el bachiller superior, tenía un montón de excusas para no hacer las pruebas de acceso a la universidad», reconoce. «Un día me cogió mi padrastro y me preguntó: “¿Tú qué quieres hacer con tu vida? ¿Qué planes tienes? Porque veo que te estás escabullendo”. Yo le dije: “me encanta la música”». Su padrastro tenía miedo porque la música estaba muy mal vista en esa época en Mozambique. «Salíamos de una etapa comunista y se la asociaba a las drogas y a las demás influencias negativas que venían de Occidente. Había un cierto desprecio por el arte en general, por la música en particular. De hecho, me explica Paulo, los músicos en los eventos y espectáculos entraban por la puerta de atrás, y no se podían relacionar con la gente. «Con esto quiero decir que ninguna familia entonces quería que sus hijos se dedicaran a la música. Y cuando les dije a mis padres que yo quería dedicarme a la música, lo dije con mucho miedo, porque en mi entorno nadie se hubiera atrevido a decir eso en casa». Pero sus padres tenían una mentalidad muy abierta. «Me sorprendió la respuesta de mi padrastro: “Te vamos a regalar este año. Si demuestras en este

tiempo que tu pasión por la música es cierta, que te vas a dedicar y tienes talento para ello, tendrás todo nuestro apoyo. Pero para ello te tendrás que ganar tu propia vida”». Le compraron un piano de pared. Lo tuvimos siempre en casa y lo aprendí a tocar.

Paulo Wilson no estudió música, es autodidacta con el piano, la guitarra y el bajo. «El talento puedes tenerlo, pero hay que convertirlo en realidad». Me asegura que mucha gente en Mozambique tiene talento, «les sobra talento», pero luego no tienen la posibilidad de desarrollar todo ese potencial. «Hay materia humana pero faltan medios que lleguen al pueblo para desarrollar el talento con criterio y darle seguimiento. Hay músicos que se han ido a Sudáfrica y, cuando han tenido la oportunidad, han crecido».

Sus antiguos amigos músicos siguen tocando y viviendo en diferentes países. Uno de sus mejores amigos, Julinho, es guitarrista y miembro fundador del grupo sudafricano *Freshlyground*, muy popular en Sudáfrica, que grabó con Shakira la canción *Waka waka* para el mundial de fútbol de 2010.

Paulo Wilson reconoce que tiene «la suerte de vivir en Madrid desde hace ya años y de poder experimentar». «Toco con músicos importantes y con otros que tienen un nivel de exigencia mayor. Pero miro atrás y me digo: “Ojalá hubiese sabido hace veinte años lo que estoy aprendiendo ahora”. Deseo que los que están ahora donde yo estaba hace veinte años tengan acceso a esas posibilidades. Es algo que todavía no sé cómo plantear, pero me gustaría hacer algo al respecto».

Una vez transcurrido el año que “le regaló su padre”, Paulo se dedicó a la música. Se encargó de las actuaciones musicales del hotel Rovuma de Maputo, tocó en el bar Eagles, en la Baixa, con un músico estupendo llamado Dua Maciel. Estuvieron durante tres años en el Eagles con el grupo donde Dua era el líder y Paulo el guitarrista y la voz. Paulo es cantante, compositor, y toca la guitarra y el piano. Más adelante, Paulo formó su propia banda, que llamó *For Acoustic*. Les contrataban principalmente para tocar en las fiestas privadas y embajadas. También fue miembro fundador de los *Rockefellers*, un grupo que fue muy conocido en Mozambique, pero que ya no existe. Paulo Wilson compuso y tocó bastante en Maputo. Compuso una canción para el día del SIDA, que mereció el premio al mejor artista joven en Radio Mozambique.

La música que hace Paulo Wilson sigue siendo la misma que hacía en Mozambique: pop-rock acústico con influencias *country*, portuguesas y mozambiqueñas. «Un poco fusión». «Mi padre escuchaba de todo, desde George Benson, jazz, fusión, grupos africanos tipo Aziviza, grupos locales mozambiqueños o Michael Jackson. Tenía colecciones de discos desde ACDC a U2. Su padre, Joao Paulo, cantaba *blues*, *soul* y *marrabenta* (un ritmo y danza características de Mozambique)».

En 2001 se vino a España. Antes había conocido a Sonsoles Suárez. Sonsoles vivió en Mozambique durante cuatro años trabajando con la organización humanitaria CEAR. «Yo quería salir de Mozambique —antes había vivido un año en Sudáfrica—. Sonsoles llevaba ya cuatro años en Mozambique, consi-

deró que ya era tiempo suficiente y valoramos la posibilidad de venir a Madrid». Desde entonces desarrolla su carrera en España, con un paréntesis en Cascais, Portugal, entre 2009 y 2012. «Nos apetecía salir de Madrid y cambiar de aires. Yo estaba componiendo un disco en portugués. Lo terminé, pero no lo llegué a grabar». En 2005 había grabado *Cold hearted*, un disco pop rock de autor, compuesto y coproducido por él mismo. Es solista y trabaja con músicos en función del proyecto. Paulo Wilson me cuenta que está produciendo un nuevo disco. Desde hace dos años es músico residente en el hotel Palace, en Madrid, tocando la guitarra acústica y con voz, y como *dj*, “pinchando” en el restaurante Ten con Ten de la capital. Cuando regresa a Mozambique para visitar a la familia y los amigos, aprovecha para tocar en TV y en locales de Maputo. Tiene un proyecto para hacer un concierto en Mozambique, con los músicos de ambos países, incluyendo todo el trabajo que ha estado haciendo en España. «Quiero que se sea algo más que un concierto».

En 2012 Paolo y Sonsoles se casaron en Madrid. Le confieso que no supe de él hasta el día en que murió Adolfo Suárez, cuando vi en las imágenes de televisión un negro entre los miembros de la familia del ex presidente durante el funeral. Paulo me comenta que, cuando llegó, no estaba acostumbrado a tener tanta notoriedad por la atención que despertaba la familia de Adolfo Suárez. «Desde el principio me hicieron sentir como un miembro más. Aparte de la notoriedad que me ha dado, que considero que me ha ayudado en muchas cosas de las que estoy haciendo, haberme aceptado con tanta naturalidad como lo han hecho, también ha hecho que mucha gente lo hiciera con la misma normalidad. Me lo han hecho bastante fácil. Me he sentido afortunado, querido y apoyado. Soy uno más de la familia. Así me lo han hecho siempre sentir».

La vida continúa (Juan Carballado *in memoriam*)

U

na tarde de principios de diciembre de 1996 me encontré con Juan Carballado en los jardines del Hotel Escuela Andalucía de Maputo, donde me había citado. Me dijo que el lugar era un remanso de paz en la ciudad, donde además se podía tomar una cerveza fresca y a veces, un poco de jamón. Yo llevaba un par de días en Mozambique. Había viajado al país para escribir una serie de reportajes para Diario 16 y Cambio 16 sobre el desminado del país y la situación de los niños soldados, que habían sido forzados a combatir durante el conflicto civil en ambos bandos. Unos días antes, Inmaculada Vieira Fuentes, cooperante española de Medicus Mundi, había muerto por el disparo de un AK 47 de un agente de policía, que confundió el vehículo en el que viajaba con el de unos delincuentes. Juan Carballado la conocía bien y estuvo presente en la autopsia que se le realizó. Me dio la información necesaria para poder escribir una crónica para el periódico.

El de Juan Carballado era el único contacto que llevaba en mi agenda cuando llegué a Maputo. Me lo había facilitado unas semanas antes el periodista de Televisión Española Vicente Romero mientras compartimos largas jornadas de trabajo en el horror del conflicto de Ruanda. Romero me aseguró que Carballado era un punto de referencia en Mozambique.

Juan Carballado era médico traumatólogo en el hospital Central de Maputo. Había creado una sección donde fabricaban prótesis para mutilados de las minas antipersona y les enseñaban a usar sus nuevas extremidades. Carballado no sólo me facilitó informaciones y contactos para mis pesquisas, sino que se convirtió, sin compromiso alguno, en un gran anfitrión. Me invitó varias noches a cenar en su apartamento del *predio*, el edificio de la OTC española. Llevaba varias langostas o una gran *garopa* fresca —un pescado de la familia del mero—. «No te inquietes», me dijo para hacerme sentir bien, «no cuestan más de dos dólares». Allí conocí a su tercera esposa, Sofía, a su hijo de pocos meses y a Erika, una de sus dos hijas, aún adolescente, de su anterior matrimo-

nio, que pasaba una temporada en Maputo. Disfrutamos veladas amenas y largas conversaciones.

Estuve tres semanas en Mozambique. Después, no volví a saber nada más de él hasta dieciséis años después, salvo unas crónicas de prensa que escribió para Diario 16 durante las terribles inundaciones de 2000. En abril de 2013 llevaba unas semanas en Maputo, donde trabajé como corresponsal de la Agencia EFE. Con motivo de la visita de la Reina Sofía a Mozambique se celebró una recepción en los jardines de la residencia del embajador español. Pensé que sería una excelente ocasión para reencontrarme con Juan Carballedo y entregarle las fotocopias del reportaje que tantos años atrás escribí gracias a su ayuda. Me acerqué a un grupo para preguntar por él. Fernando Regúlez, que fue compañero y amigo suyo, me miró sorprendido y me dijo: «Juan murió hace cuatro años. Pero aquí delante de ti está su viuda y a su hijo». Allí estaba Sofía, efectivamente. «Te he reconocido por la voz», me dijo. «¿Recuerdas aquel bebé cuando estuviste en nuestra casa?». A su lado estaba Kesse, un joven alto y atractivo, que estudiaba en Sudáfrica y un año más tarde comenzaría su formación de piloto de avión en Grecia.

Juan Carballedo murió en Maputo el 13 de noviembre de 2008 de un ataque al corazón. Tenía sesenta años. Había nacido en Madrid en una familia de clase media. Casualmente fuimos vecinos en el barrio de Moratalaz, donde vivió de niño en la Colonia de los Ferroviarios, ya que su padre era médico ferroviario. Estudió medicina, y se especializó en traumatología en el hospital de La Princesa de Madrid. De ideas izquierdistas y anarquistas, participó activamente en las manifestaciones estudiantiles contra la dictadura franquista. Con el tiempo fue encauzando ese activismo radical hacia una sensibilidad social mucho más madura. Trabajó una temporada en el hospital de Segovia. En los años ochenta se marchó a Nicaragua, durante la guerra, para montar hospitales de campaña y formar al personal sanitario. Allí estuvo cinco años. Tras el fin del conflicto del país centroamericano se trasladó a Mozambique. Cuando llegó, en 1992, el país iniciaba la posguerra, empobrecido y devastado. Las minas antipersona causaban miles de muertes y mutilados, principalmente entre la población rural. Ya nunca dejó Mozambique. Siempre trabajó con un pie puesto en la parte clínica, en el hospital Central de Maputo como traumatólogo y vinculado a la formación, y el otro en la cooperación.

«La muerte de Juan me afectó muchísimo», me dijo Gonzalo Martín hace unos meses en una cafetería en el barrio madrileño de Hortaleza. Gonzalo Martín es médico. «Habíamos estado juntos en Cabo Verde para abrir allí unos proyectos», me contó. «Él se fue directamente a Mozambique y yo a Madrid, para pasar unos días con mi madre. Regresé dos días más tarde. Llevaba una barra de lomo y quedamos para beber unas cervezas y comérmolo». Gonzalo me contó que, al día siguiente de llegar él a Maputo, Juan tenía previsto participar en el programa de televisión *Españoles por el mundo*. Se encontraron en un hotel para tomar unas cervezas y conocer al equipo de rodaje. «Más tarde le dejé en casa y me fui a cenar con unos amigos. Durante la cena, me llamó

su mujer desconsolada. Fui inmediatamente para su casa. Llegué a los cinco minutos, intenté reanimarle, pero no pude hacer nada. Ya estaba muerto. Luego repatriaron el cuerpo. Esos días fueron muy duros».

«Viví su muerte en directo», me dijo por su parte Fernando Regúlez, que trabaja en la AECID en Mozambique, un día ventoso del pasado mes de diciembre en el Club Náutico de Maputo. «Éramos vecinos (en el edificio de la OTC) y, cuando se murió, llamaron a mi puerta. Estuvimos intentando reanimarle... Así es la vida. Éramos muy amigos».

A Emilio Valverde le despertaron aquella misma noche con la terrible noticia. «Yo estaba trabajando en Quelimane en aquel tiempo. Era medianoche. Estaba ya en la cama durmiendo cuando sonó el teléfono. Era Sofía: “Emilio, Juan se ha muerto”. Fue un palo muy duro. No dormí más esa noche, pero no lloré hasta el día siguiente, cuando lo asimilé». Emilio viajó a Maputo para estar con la familia. «Fue como si nos quedáramos huérfanos». «Con lo nacionalistas que son aquí, la muerte de Juan apareció en la primera página de los diarios de Maputo: *Muere el padre de la cirugía en Mozambique*», recordó con pesar. «Era un gran tipo».

Gonzalo Martín me confesó que la muerte de Juan le cambió la vida. «Fue como si se muriera un hermano. Éramos más que amigos. Nos contábamos nuestras miserias personales, nuestros conflictos internos y nuestras dudas. Su muerte cortó muchas cosas en mi vida. Fue al poco de separarme de mi mujer. Como si todo lo que suponía Mozambique se desmoronara». Gonzalo continuó haciendo algunos trabajos, pero fue abandonando poco a poco la cooperación. «Cada vez me lo creía menos. Vi que mi tiempo en Mozambique se estaba acabando». Ha buscado trabajo y ha regresado a España. «Además, mis hijos ya han crecido, y me gustaría que la escuela secundaria la hicieran en Europa, para que tengan más opciones», añadió. Su plan para el futuro próximo es trabajar en España e ir Mozambique un par de veces por año para hacer trabajos puntuales en el área de formación.

Mientras estudiaba medicina, Gonzalo Martín tuvo siempre la voluntad de trabajar en África. Es probable que por eso eligiera cirugía general, porque «era mucho más polivalente que hacer una especialización médica». Fue el primer médico español en salir de España para hacer la prestación sustitutoria al servicio militar obligatorio, al haberse declarado objetor de conciencia. En 1989 fue al hospital de los Hermanos de San Juan de Dios de Sierra Leona, célebre por los casos de los misioneros españoles fallecidos recientemente por Ébola. Regresó después de un año a Madrid, acabó su residencia en cirugía, y al día siguiente de darle el título se fue a Zambia. En Zambia trabajó en un hospital cerca de la frontera con la provincia de Tete. Era la época previa a los acuerdos de paz y la región estaba llena de refugiados mozambiqueños que acudían al centro sanitario, y le despertaron la curiosidad por el país. Allí conoció por carta a Juan Carballido. El director del hospital de Zambia donde trabajaba Martín era el autor del libro de cirugía más célebre de África, *Primary Surgery*. Gonzalo Martín tuvo la idea de hacer una versión española del manual para los

países latinoamericanos. «Comencé a contactar con médicos españoles que estuvieran por África, y uno de ellos fue Juan. Como en aquella época no había emails y las comunicaciones eran complicadas, decidí ir Mozambique a conocerle». Era junio de 1996. Fue para dos o tres meses y se quedó dieciocho años. Al final no se hizo la versión del libro en español, pero Gonzalo se quedó en el país, se casó con una mozambiqueña y tuvo dos hijos.

Gonzalo Martín me explicó que, cuando llegó a Mozambique tuvo dos sensaciones encontradas respecto de la sanidad en el país: por un lado, «que existe un sistema, cosa que en muchos países africanos no existe. Hay hospitales de misiones, privados, etc. Era un país de corte socialista con un sistema público, muy paternalista, con muchas carencias, pero todo controlado y en orden, basado en el sistema cubano. El sistema, por tanto, existía. Esa es la parte buena. La mala es que el sistema no tenía contenidos: había un centro de salud no sé dónde, pero el tipo que estaba en el centro de salud no solo no era médico, es que no era ni enfermero. Era un auxiliar que se dedicaba a poner vacunas, con todas las deficiencias que supone eso». «También el sistema de suministros, el sistema de registros de información y el resto del sistema era deficitario, empezando por la falta de recursos humanos mínimamente especializados». En la época de Samora Machel, que había estudiado enfermería, nombraron enfermeros a gente con un mes de formación, y los destinaban a lugares remotos del país donde no tenían seguimiento, supervisión ni cargo médico por encima que les pudiera dar formación continuada. Un caso similar fue lo que ocurrió con el sistema de enseñanza. «El sistema continúa existiendo», dijo Gonzalo Martín, «pero que se mueva está costando mucho». Le pregunté si en todos estos años no han aumentado los medios, el número de médicos y especialistas. «Son progresiones geométricas, y las progresiones geométricas al principio se mueven muy despacio», respondió. «Estamos en la fase en que las cosas aún no se ven. Se ha avanzado en la cantidad de médicos y en la cantidad de los recursos médicos, pero no en los procesos de desarrollo. Los médicos son una élite social y quieren estar en las ciudades y dar buena vida a sus hijos, como es normal, de manera que Maputo está saturado de médicos que no ejercen, haciendo todo tipo de trabajos no médicos, en ONG o instituciones internacionales, o en el Ministerio de Salud. Cuando dicen que en Mozambique hay ochocientos médicos, seguramente en clínica solo hay cuatrocientos».

¿Y cuál es el diagnóstico? Gonzalo Martín me explicó que la población está fundamentalmente desasistida. Tienen hospitales y tienen médicos, chicos jóvenes recién formados que están pensando en salir fuera del país para hacer una especialización. Según Martín, la irrupción de la cooperación también ha complicado la situación: las ONG han contratado a muchos médicos locales, les pagan mejor que en el servicio público sanitario y les han desviado para otras tareas. Los propios programas del Ministerio de Salud de sida y tuberculosis se han comido el sistema. Las agencias de cooperación norteamericanas entraron en Mozambique con mucho dinero, «a saco», y han destinado muchí-

simos recursos al sida, provocando un sistema desequilibrado. «A veces por malas decisiones políticas, muchas veces por presiones de la cooperación internacional, se meten recursos de una manera desequilibrada, de manera que el sistema sigue siendo poco funcional». «Si te pones enfermo en Maputo, todavía; pero si te pones enfermo en el *mato* lo vas a pasar mal. Yo he estado en provincias y lo conozco».

Pregunté cómo cree que evolucionará el sistema sanitario de Mozambique en los próximos años. «Creo que va a seguir avanzando a tumbos, pero también quiero creer que, cuando el país tenga más desarrollo, se descentralizará. Pienso que es parte del proceso histórico del país. No hay manera de detenerlo. Mozambique está en manos del dinero internacional. Ahora, con los recursos naturales, se han decidido por otro tipo de desarrollo».

El primer contrato que recibió Gonzalo Martín cuando llegó a Mozambique fue en el hospital José Macamo, en Maputo, uno de los proyectos más importantes de apoyo de la Agencia Española de Cooperación. Estuvo seis años trabajando como cirujano. Juan y Gonzalo decidieron relanzar el Consejo Interhospitalario de Cooperación (CIC), una organización no gubernamental médica española con proyectos en Cabo Verde, Angola y Mozambique en el área de la formación y el fortalecimiento de la salud. En 2003 Gonzalo Martín se trasladó al hospital provincial de Inhambane con un proyecto del CIC, donde estuvo hasta 2009 trabajando también como cirujano. Regresó a Maputo, se construyó una casa, que el mismo diseñó, «la única que tengo», y siguió dedicándose a proyectos de asistencia médica y de planificación de hospitales con el Ministerio de Salud de Mozambique, el CIC y una organización humanitaria americana.

Gonzalo y Juan estuvieron muy involucrados en la formación médica especializada. A pesar de ser cirujano, Gonzalo se encargó durante muchos años del programa de formación en ecografía. «Nosotros introducimos ecógrafos por todo el país, y formamos en ecografía a muchos médicos mozambiqueños». «La considerábamos una técnica perfecta para un país como Mozambique, porque es relativamente barata, fácil de mantener, no consume y tiene mucho rango diagnóstico. La curva de aprendizaje cuesta un poco, pero para eso estábamos nosotros», añade. «Fue un éxito a corto plazo, no a largo plazo. Si has recorrido África, te darás cuenta que los sitios están llenos de máquinas paradas. En concreto, en ecografía, las máquinas y los médicos están en sus hospitales, pero faltaba la formación». Me contó que en una ocasión llegaron a formar a casi cien médicos mozambiqueños. «Parece poco, pero en Mozambique es mucho. Hasta hace poco, en Mozambique había seiscientos o setecientos médicos. Por tanto, un veinte por ciento de los médicos del país sabía hacer ecografía básica; pero luego, a efectos prácticos, en el terreno, haciendo ecografías, eran una minoría, tal vez un diez por ciento, el resto eran médicos que habían “trepado” políticamente y tenían un puesto de dirección o una beca para ir a Australia». Me confesó que, aunque piensa que todo el esfuerzo que han hecho se ha diluido en el mar del caos del desarrollo, quiere creer que, con el tiempo, ayudará a «encajar las piezas».

Gonzalo Martín me describió a Juan Carballedo como «una persona tremendamente humana que no parecía de esta época, con sus defectos como todos los seres humanos. Se entregaba a las personas». «Juan y yo trabajábamos juntos. Juan era más político, más relaciones públicas, más visible, y yo más técnico. Nos compenetrábamos muy bien. Éramos muy diferentes y muy iguales. Yo era más introvertido, más detallista y más profundo. Juan era extraordinario para abrir puertas y caminos, para tener relaciones, para atraer a la gente. Yo las iba cerrando. Era muy echado para adelante, se comprometía a mil cosas que luego no eran tan fáciles de cubrir, e iba dejando los flecos por detrás. Tenía un motor de arranque que los demás no teníamos. Juan era de los que abría juego, pero le faltaba remate. Pero para eso estábamos los demás. Yo iba por detrás apretando las tuercas para que la máquina funcionara. De esa manera nos completábamos los dos perfectamente. Durante años nuestro trabajo funcionó muy bien, y adquirimos muy buena reputación en el Ministerio de Sanidad».

«Juan Carballedo ha sido muy importante en este país», confirmó Fernando Regúlez. Todo un referente. Prácticamente abrió la Cooperación Española en Mozambique. «Tenía muy buena imagen en el ministerio de salud. Tuvo una relevancia muy importante en el país porque dinamizó todas las especialidades médicas». En su opinión, Carballedo era un médico de los de antes, que se creía el juramento hipocrático. Fernando Regúlez es economista, y ha trabajado durante años para la AECID en Maputo. Antes de viajar a África estuvo vinculado a diferentes organizaciones humanitarias en Latinoamérica. Después cambió de aires y se trasladó a Angola para unirse a Médicos Sin Fronteras. En un viaje a Mozambique durante unas vacaciones conoció a Lucrecia Paco, la actriz más conocida del país, y se enamoraron. Regresó a Angola, pero al poco tiempo decidió mudarse definitivamente, «sin trabajo», a Mozambique. «A mí lo que me trajo aquí fue el amor. Cuando llegué no sabía qué iba a hacer ni tenía perspectivas. Sólo me gustaba esa chica». Fernando Regúlez llegó en octubre de 1994, durante las primeras elecciones democráticas. «Fue un momento muy interesante para la historia del país». «Mozambique ha sido un país que pasó de una transición de guerra a un proceso de desmovilización exitoso, como hay pocos en el mundo. Se convirtió en la joya de la corona para la comunidad internacional, para el Banco Mundial y el FMI. Lo tomaron como laboratorio, la transferencia de un país comunista a un país capitalista». Mozambique fue un lugar cómodo para trabajar en ese sentido. «Se crearon unas dinámicas de las que hoy vemos las consecuencias: por ejemplo, el pobre empoderamiento del país. Juan Carballedo se encontró en aquellos momentos con ese proceso y se enfrentó. Tal vez eso fue parte de lo que le quitó la vida».

La hermana Elisa Verdú, directora del hospital de Chokwe, está acostumbrada a convivir a diario con la muerte. Me confesó recientemente que la pérdida de Juan Carballedo le causó una profunda pena. «Lloré tanto..., aún no lo he asumido». Juan era como un hermano para ella. «Una persona coherente y un médico extraordinario, con mucha conciencia y acogimiento, que quería

al enfermo». «Siempre que pasaba por Chokwe venía a visitarnos. Nosotras no tenemos traumatología en el hospital, por eso, ante cualquier duda, le preguntaba. “¿Qué te parece?”. Me orientaba, me sostenía y me apoyaba. Siempre estaba disponible. Fue un tipo extraordinario, un punto de referencia». Emilio Valverde, describió también a Juan como un «tipo excepcional, lleno de corazón, de ideas, de fuerza, de actividad. Era generoso y buena persona. No puedo encontrar más palabras para describirle. Yo siempre le decía: “Juan, quiero ser como tú”. Que se fuera así, fue un palo muy grande. Él hacía de unión, era muy ecuménico. No tenía enemigos».

Txabi Anuzita, que fue el segundo coordinador de AECID en Maputo entre los años 1993 y 1996, me dijo en Bilbao hace unas semanas de Juan Carballado que fue una persona muy entrañable y muy alegre. «Lo conocí desde el principio, desde que llegué. Cuando tenía algún problema con alguna ONG o con cooperantes, la persona a la que yo recurría era a Juan. Tenía una visión positiva de las cosas. Lo arreglaba todo con una sonrisa y un abrazo. El dignificó la cooperación. Todo lo hacía con corazón, aunque era un desastre con los horarios y con las citas», apuntó con una sonrisa. «Carballado ha sido la persona clave de la Cooperación Española, con contactos con ministros y personalidades del país. Sus amigos mozambiqueños lo han querido mucho». «Todo el trabajo que hizo en Nicaragua también tuvo mucha importancia. Y mi suerte fue haber sido su amigo. Salir con Juanito (Carballado) y con Julio (Cihuelo) por la noche era una delicia, lo pasábamos tan bien... Juan bailaba de maravilla y disfrutaba mucho, tenía un encanto especial. «En una ocasión hicimos un viaje Ignacio Cabria, Juan Carballado y yo en coche desde Maputo hasta el delta del Okavango y el desierto del Kalahari. Fue el viaje más maravilloso de mi vida», recuerda con nostalgia. «Nunca he vuelto a Mozambique. No quiero volver».

La sala de reuniones del “predio”, de la oficina técnica de la Cooperación Española en Maputo, el edificio por donde han pasado tantos doctores y cooperantes españoles del área de la salud, está dedicada a Juan Carballado. Una placa de bronce honra su nombre y su memoria. Como Juan, otros médicos españoles han dejado su vida en Mozambique. Concepción Valls murió en 2014 después de haber dedicado a este país sus mejores años trabajando como pediatra y directora de un hospital que ella misma impulsó.

Leí en algún lugar que el misionero Juan Torres decía que en África las personas enferman y mueren sin tanto dramatismo como en Europa: entierran a sus muertos tras practicarles sus ritos y ceremonias con mucho sentimiento; pero al día siguiente, la vida continúa.

La idea de este libro no fue mía. Me la robó Santiago Miralles Huete, embajador de España en Mozambique, antes de que a mí se me ocurriera. Aunque, siendo honesto, es improbable que yo llegara a idear este magnífico proyecto; sin embargo, acabé disfrutando del placer de escribirlo. Este libro tiene una parte muy importante de Santiago Miralles.

Una mañana calurosa y húmeda del verano austral de 2013, visité a Santiago Miralles en su luminoso despacho de la embajada de España en Maputo. No nos conocíamos, aunque unos meses antes de mi llegada, habíamos cruzado un par de breves correos. Julio Díaz, amigo común y también diplomático, en aquellos tiempos destinado en Nueva Zelanda, nos había puesto en contacto cuando le comunicé que me disponía a vivir una larga temporada en Mozambique.

No era la primera vez que pisaba aquella sala. En noviembre de 1996 me había recibido el entonces embajador, Francisco Viqueira. Unos días antes, una cooperante española había muerto tras recibir un disparo de un agente de policía mozambiqueño, en un confuso incidente plagado de errores policiales. Viqueira me facilitó información sobre el suceso para poder enviar una noticia al periódico, y me puso al día de la situación del país. Yo había llegado a Maputo después de salir del infierno de Ruanda para escribir una serie de crónicas para Diario 16 y Cambio 16 sobre los primeros años de la joven democracia, que se sacudía el recuerdo de la guerra civil, pero que aún sufría sus secuelas.

Desde el principio, la amistad con Santiago Miralles fue cercana y cordial. Más tarde se acrecentó por mi trabajo como corresponsal para la Agencia EFE en el país. Ya en aquel primer encuentro, de los muchos que se sucedieron, Miralles me confesó su deseo de escribir un libro sobre las fascinantes historias que había escuchado a los españoles que vivían o habían vivido en Mozambique desde la época colonial. Su idea era hacerlo antes de que el paso del tiempo acabara por enterrarlas.

Según pasaron los meses, Miralles me fue involucrando cada vez más en su proyecto, hasta que un día acabó sobre mi mesa. Con toda seguridad, la calidad de este trabajo tendría otra magnitud si lo hubiera escrito el propio Santiago Miralles, que es un autor reconocido de novela y teatro. Dejé Mozambique antes de lo que había previsto, sin embargo, este libro me permitió volver a los pocos meses para recoger las historias de sus protagonistas y recorrer más extensamente el país.

El propósito de esta obra ha sido narrar la vida de un puñado de españoles en Mozambique a través de sus testimonios. Junto a ellos también aparecen los relatos de mozambiqueños con los que compartieron experiencias y mantuvieron una vinculación con España.

Soy consciente (y responsable) de que no están todos los que son. Recoger el testimonio de todas las personas que han tenido alguna relación con el país a lo largo de los últimos cincuenta años hubiera desbordado la intención de este libro. Con la elección de los protagonistas que figuran en estas páginas he buscado ofrecer un relato amplio y variado. Una pequeña ventana por la que asomarse a algunos momentos de la historia de Mozambique. Por eso, desde estas líneas deseo presentar mis disculpas a aquellos que tenían méritos sobrados para aparecer en este libro. Especialmente a los numerosos misioneros y religiosas que han consumido sus vidas en este país realizando una labor silenciosa en favor de los más pobres y necesitados.

Entre mis dos primeras visitas a Mozambique transcurrieron dieciséis años. En ese tiempo, el país se ha desarrollado a dos velocidades diferentes, según fuera en la ciudad o en el campo. Los índices de desarrollo aumentaron, la calidad de vida de la población, en general, mejoró y el país creció en cifras económicas. Cuando regresé a Maputo a principios de 2013, encontré una ciudad irreconocible. Un espejismo del letargo en el que más tarde comprobé que seguía viviendo la mayor parte de la población de las zonas rurales.

Mozambique es un país de gente maravillosa. He encontrado muy pocas personas que piensen lo contrario. Un pueblo prodigioso que sufrió quinientos años de sumisión colonial portuguesa, y que a diferencia de la mayoría de los procesos de descolonización en África, lo consiguió a través de una guerra de liberación dolorosa, a la que le siguieron dieciséis años de cruento conflicto civil. En ese complejo periodo de su historia, Mozambique no fue más que una pieza olvidada del tablero de juego de un mundo bipolar, que sólo desapareció tras la caída del muro de Berlín y el fin de la Unión Soviética. Hoy, Mozambique lucha por encontrar su lugar en un mundo convulso y cambiante, donde el mercado global y los intereses económicos y geoestratégicos marcan el camino. La inmensa riqueza de su subsuelo, sin embargo, no garantiza un futuro de desarrollo y bienestar para la mayor parte de la población, que aún vive bajo la pobreza. El riesgo de que una inadecuada gestión de sus recursos naturales provoque una profunda fractura social es considerable.

El título del libro se me ocurrió cuando llevaba bien avanzada su escritura. Recordé una historia que me contaron en Mozambique, y que ya antes yo

mismo había escrito: «En la tupida sombra de un *cajueiro* —el árbol del anacardo—, una veintena de rapaces sentados en el suelo escuchan atentamente al maestro. Pensé cuánto me hubiera gustado asistir de niño a una escuela así, sin paredes ni puertas. A pesar de que el índice de escolarización ha aumentado considerablemente en Mozambique en los últimos veinticinco años, el acceso a la educación está ligado al lugar donde viven los niños, a su sexo y al nivel de pobreza familiar. Los mozambiqueños tienen una curiosa manera de describir el fracaso escolar: dicen “romper el boli”, cuando el joven renuncia en secundaria; “romper el lápiz”, cuando deja de ir en primaria; y “espiar desde detrás del *cajueiro*”, si nunca pudo asistir a la escuela».

La escuela y la educación son el motor fundamental del progreso de los pueblos. Su desempeño crea sociedades más sabias y más libres. Es importante que todos los que tienen alguna responsabilidad en esta tarea lo tengan presente.

Agradecimientos

Un profundo agradecimiento a Santiago Miralles, embajador de España en Mozambique, que fue quien concibió este proyecto. Sin su talento, empeño y esfuerzo este libro nunca hubiera llegado a publicarse. Mi gratitud especial a su esposa, Bárbara Ciordia, por su afecto, generosidad y repetida hospitalidad.

También quiero dar las gracias a Lucia Chicote, segunda jefatura de la Embajada de España y a Jaime Moreno, primer secretario, por sus valiosas gestiones para localizar y contactar con algunos protagonistas de este libro. Asimismo, gracias a Irene Galindo, Ana Rita Vera, María Lourdes da Silva y Dolores Santiago por su ayuda.

Mi agradecimiento a Fernanda Angius, mi profesora de portugués en Maputo, una mujer con un humor extraordinario, a la que le debo no sólo lo que sé de esta maravillosa lengua, sino haber compartido conmigo las fantásticas historias de su apasionante vida. Mi gratitud más sincera a Marisa Fernández-Gude por su inestimable generosidad y su gran corazón. Mi gratitud más afectuosa a Sonia Mocumbi por su amistad en tiempos difíciles. Gracias a Stella Langa, Andrés Panera y su mujer Limaya Bokassa por ocuparse de mí con cariño durante mis diferentes estancias en Maputo. Agradezco también a José Luis Celada haberme proporcionado algunas informaciones imposibles de encontrar salvo en su conocimiento.

Mi gratitud con los numerosos cooperantes expatriados que conocí en Mozambique por haber compartido conmigo sus experiencias, y a los mozambiqueños por mostrarme el amor por su tierra y una manera de ver la vida que tanta falta nos hace en Occidente. Me siento en deuda con todas aquellas personas que me confiaron sus historias personales para poder escribir este libro. Espero haber transmitido fielmente sus memorias y recuerdos.

Y gracias a los fantasmas y demonios que viven dentro de mí, porque ellos también han jugado un papel trascendental para poder escribir estas líneas sobre Mozambique.



Tras una vida de nómada, Julio Cihuelo echó raíces en Mozambique. En un terreno fértil de cinco hectáreas cultiva diferentes variedades de árboles frutales.

Trás uma vida de nómada, Júlio Cihuelo deitou raízes em Mozambique. Num talhão fértil de cinco hectares cultiva diferentes variedades de árvores frutíferas.

Juan Ignacio Campo, miembro del equipo de Renfe que participó en el desarrollo del sistema ferroviario de Mozambique, en una inspección del estado de las vías junto a empleados de Caminhos de Ferro de Moçambique.

Juan Ignacio Campo, membro da equipa da RENFE que participou no desenvolvimento do sistema ferroviário de Mozambique, numa inspeção do estado dos carris junto de trabalhadores dos Caminhos de Ferro de Moçambique.





Joaquim Chissano, presidente de Mozambique entre 1986 y 2005, estrecha la mano de Eduardo Echevarría durante la visita a la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre de Madrid.

Joaquim Chissano, presidente de Moçambique entre 1986 e 2005, dá a mão a Eduardo Echevarría durante a visita à Fábrica Nacional de Moneda y Timbre de Madrid.



Francisco Lerma, obispo de Gurúé, nació en El Palmar, una pedanía de la provincia de Murcia en 1944, y llegó a Mozambique en 1971: «No soy un obispo misionero, sino un misionero obispo».

Francisco Lerma, bispo de Gurúé, nasceu em El Palmar, uma aldeia da província de Múrcia em 1944, e chegou a Moçambique em 1971: «Não sou um bispo missionário, senão um missionário bispo».



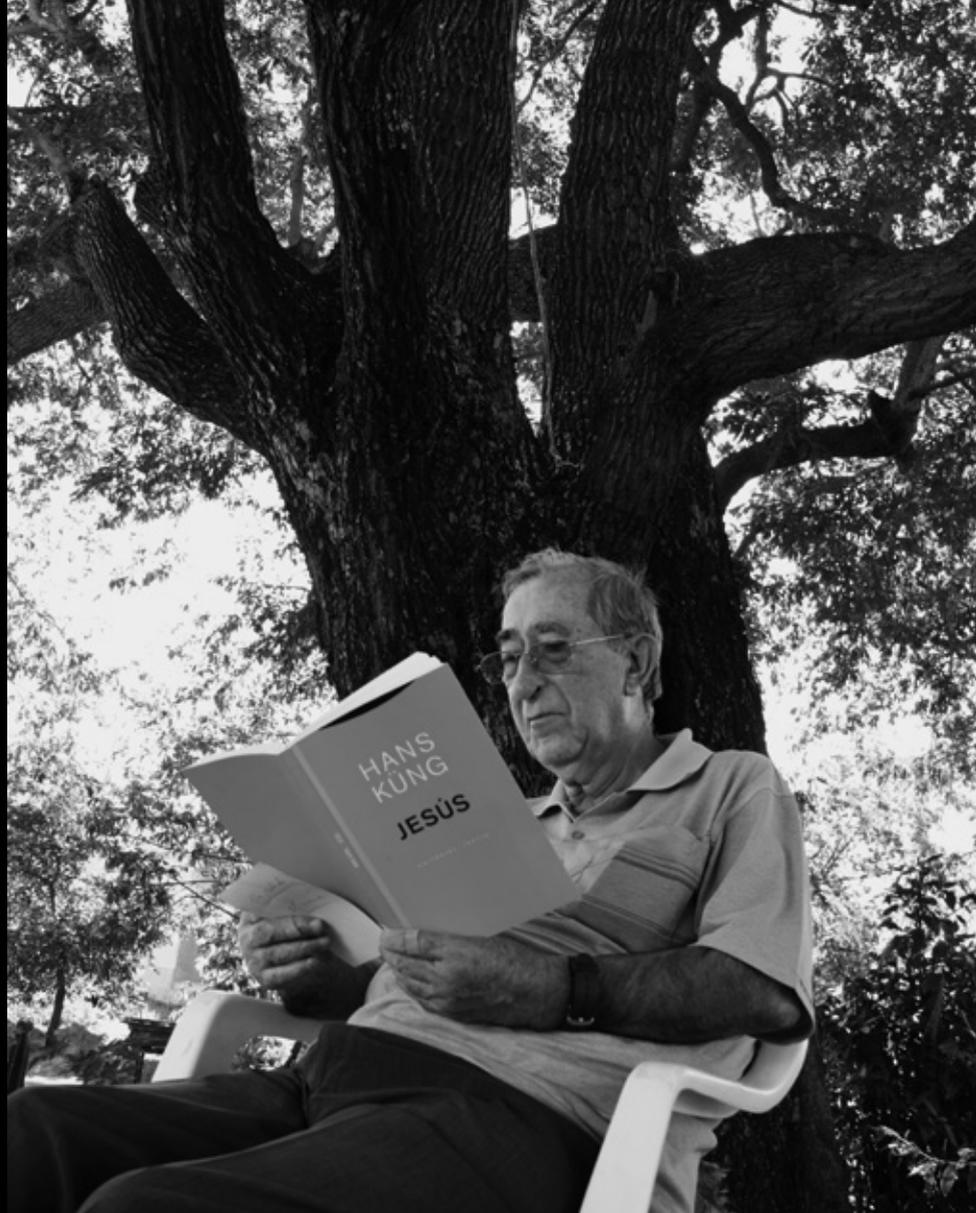
Muchas de las casas de la isla de Ibo se construyeron hace más de cien años con la piedra coralina y calcárea de su subsuelo. Las tejas venían de Marsella en los mercantes portugueses. La mayor parte están hoy derruidas y abandonadas.

Muitas das casas da ilha de Ibo construíram-se há mais de cem anos com a pedra coralina e calcária do seu subsolo. As telhas vinham de Marselha nos mercantes portugueses. A maior parte delas estão hoje derruídas e abandonadas.



Artesano de figuras de arte maconde trabaja el pao preto —ébano—
en una sala de la fortaleza de san Juan Bautista en la isla de Ibo.

*Artesão de figuras de arte maconde trabalha o pau-preto numa sala da
fortaleza de São João Batista na ilha de Ibo.*



Vicente Berenguer a la sombra de un ntoma, un árbol frondoso en el jardín de su casa parroquial al que llama «el árbol de los secretos», su lugar favorito para conversar y leer.

Vicente Berenguer à sombra de um ntoma, uma árvore frondosa à que chama «a árvore dos segredos», o seu lugar preferido para conversar e ler.



La Guardia Civil participó en la formación de la policía mozambiqueña en seguridad ciudadana, tráfico, búsqueda y localización de explosivos y lucha contra la droga entre 2000 y 2003.

Entre 2000 e 2003 a Guarda Civil participou na formación da policía moçambicana em seguridade cidadã, tráfico, busca e localização de explosivos, e luta contra a droga.



La flota de barcos de Pescamar, filial de Pescanova en Mozambique, amarrada en el puerto de Beira durante la parada biológica de la pesca del langostino entre octubre y marzo.

La frota de barcos da Pescamar, filial da Pescanova em Moçambique, amarrada no porto da Beira durante a parada biológica da pesca do camarão entre outubro e março.



La falta de infraestructuras y de medios de transporte que faciliten los movimientos de la población hace que, en África, las carreteras sean transitadas, a todas horas, por mujeres, hombre y niños.

A falta de infraestruturas e de meios de transporte que facilite o deslocamento da população faz com que, em África, as estradas sejam transitadas quase a toda hora por mulheres, homens e crianças



La llegada de material de emergencia fue continua y decisiva para afrontar la catástrofe humanitaria que provocaron las inundaciones de 2000. España fue uno de los países más activos y que más ayuda aportó a Mozambique.

A chegada de material de emergência foi contínua e decisiva para afrontar a catástrofe humanitária que provocaram as cheias de 2000. Espanha foi um dos países mais ativos e que mais ajuda ofereceu a Moçambique.



Cada 16 de octubre desde 1986, Carlos Jambo se pone, tal y como quedó, el uniforme que vestía el día que sobrevivió al accidente de avión en el que murió Samora Machel.

Cada día 16 de outubro desde 1986, Carlos Jambo coloca, tal como ficou, o uniforme que vestia no dia em que sobreviveu ao acidente de avião em que morreu Samora Machel.